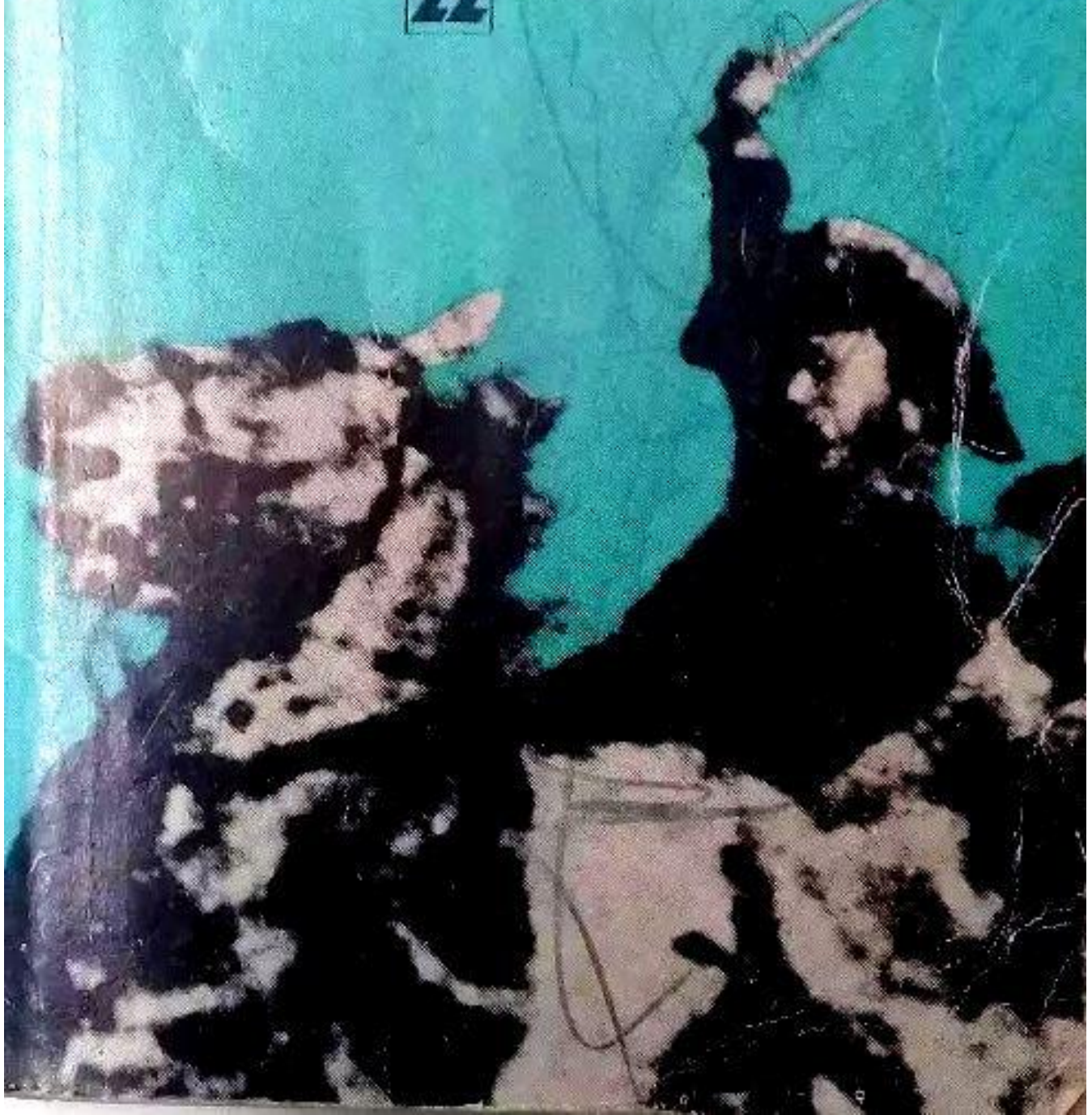
Jaime Eyzaguirre

O'Higgins

TOMO II

8ª Edición



LIBROS DE BOLSILLO ZIG - ZAG / 9

Portada de
EMILIO MARTIN

8ª edición: 5.000 ejemplares
AGOSTO DE 1972

©
1945 by Jaime Eyzaguirre
©
1945 by Empresa Editora Zig-Zag, S. A.
Derechos reservados para todos
los países. Inscripción Nº 11134.
Santiago de Chile.

Impreso en los talleres de
Editorial Universidad Católica.
Lira 140, Santiago de Chile.
Agosto de 1972
PRINTED IN CHILE. FABRICACION CHILENA.

Jaime Eyzaguirre

O'HIGGINS

Primer Premio en el
Concurso Nacional O'Higgins
convocado por el Gobierno de Chile

8ª EDICION

La presente edición
está auspiciada por el
INSTITUTO O'HIGGINIANO DE CHILE
en homenaje
al 194º aniversario del natalicio del
padre de la patria
don Bernardo O'Higgins

ZIG-ZAG

Santiago de Chile

24

EL NUEVO AÑO de 1819 venía cargado de tareas y preocupaciones. La guerra en el Sur seguía su curso y era indispensable ponerle término antes de expedicionar al Perú. Al embarcarse en Talcahuano, Osorio había dejado mil quinientos hombres en la región de Concepción, al mando del coronel Don Juan Francisco Sánchez, que pudo acrecentar estas fuerzas con las venidas en los transportes convoyados por la fragata "María Isabel" que lograron salvarse de las manos patriotas. La obra de Freire contra estos personeros del rey había sido resuelta e implacable, arrebatándoles plazas de importancia, como San Carlos y Chillán. Para reforzar esta acción se remitió desde Santiago al brigadier Don Antonio González Balcarce, que tomó la jefatura del ejército del Sur, ya bastante acrecentado, y prosiguió la tarea de liberación del territorio con el concurso de Freire, que ocupó Concepción en las postrimerías de enero, mientras Sánchez se batía en retirada al sur del Bío—Bío, rumbo a Valdivia.

Cuando se llevaban a cabo estas operaciones, que trajeron mucho optimismo a O'Higgins y San Martín, al punto de suponer ya terminada la campaña del Sur, la escuadra, al mando de su nuevo jefe, recibía órdenes de bloquear el puerto del Callao y batir en lo posible las fuerzas marítimas del virrey del Perú. Una parte de la flota partió encabezada por la fragata "O'Higgins", nombre que se dio a la antigua "María Isabel", y en la que Cochrane había enarbolado su insignia de almirante. Y los preliminares de la salida no fueron cosa sencilla, pues debieron reprimirse diversos actos subversivos, fruto natural de la heterogénea y mal disciplinada tripulación.

O'Higgins había puesto mucha esperanza en los resultados de esta primera ofensiva, encaminada a abrir una honda brecha de desconcierto y temor en las autoridades realistas del Perú e ir preparando los espíritus liberales para que en la hora de la gran expedición coadyuvaran con ésta a sacudir la dominación española. Sería el paso inicial de la obra tantas veces soñada.

En los mismos días en que los buques se daban a la vela, el cónsul Worthington, pronto a partir del país, iba al despacho del Director Supremo a hacer su última visita, y en ella no pudo menos de comentar las proyecciones políticas que tendría la liberación del virreinato. Worthington, que había llegado, aunque

sin éxito, a ofrecer su mediación ante los capitalistas de su patria, a fin de obtener dinero para equipar la empresa contra el poder español en el norte, estaba resuelto a no abandonar Chile antes de conocer las últimas miras de O'Higgins en el Perú.

"—¿Puede V.E. decir —interrogó al Director— qué clase de gobierno se proponen constituir estas provincias patriotas? Las monarquías hereditarias —agregó, intencionadamente— comienzan a adquirir mala reputación aun en las regiones más despóticas de Europa. ¿Se proponen ustedes constituir una monarquía?"

Bien sabía Worthington cuán importante era este punto, ya que del régimen que se implantara en los antiguos dominios españoles dependería en último término su mayor o menor vinculación con los Estados Unidos. Sólo la república era capaz de distanciar de Europa a los nuevos Estados y atarlos más a la patria del Presidente Monroe. No dejaba por otra parte de interesarle saber si Chile abrigaba propósitos de anexiones territoriales.

La respuesta no se hizo esperar y fue del todo clara. O'Higgins tomó en sus manos el ejemplar de una proclama que había dado a Cochrane para que repartiera en las costas del Perú, y leyó a Worthington estas palabras:

"—No creáis que pretendemos trataros como a un pueblo conquistado. Semejante designio no ha entrado jamás sino en la cabeza de los enemigos de nuestra común felicidad. Sólo aspiramos a veros libres y felices. Vosotros formaréis vuestro gobierno eligiendo la forma que más se acomode a vuestras costumbres, a vuestra situación e inclinaciones. Seréis vuestros propios legisladores, y, por consiguiente, constituiréis una nación tan libre e independiente como nosotros mismos. —Y entregando al cónsul la proclama, el Director Supremo agregó—: Estamos por que el pueblo forme gobierno, y tan pronto como el Perú esté emancipado, esperamos que Buenos Aires y Chile formarán con el Perú una gran Confederación, semejante a la de los Estados Unidos."

Ella se regiría por el sistema republicano.

Worthington estrechó por última vez la mano de O'Higgins deseándole el mayor éxito en sus aspiraciones y ofreciendo interponer sus buenos oficios ante el gobierno de su patria para obtener el reconocimiento de la independencia de Chile. Abandonaba el país llevando en su espíritu un conjunto de imágenes contradictorias. La sociedad le había indudablemente conquistado por su afabilidad y distinción y de ella debería

conservar un grato recuerdo. Por el Director Supremo experimentaba una natural inclinación. Le había visto por primera vez herido a raíz del desastre de Cancha Rayada y admirado su sangre fría, su sencillez y bien templado patriotismo. Pero también había presenciado la evolución de su carácter, a raíz del fusilamiento de los Carrera y del asesinato de Manuel Rodríguez. Ahora era menos comunicativo, más inclinado a la ostentación en la vida de palacio y ya no aparecía en público sino rodeado de una escolta protectora. Su estabilidad de gobernante descansaba más en el poder de las bayonetas que en la confianza nacional. Había perdido todo contacto con el pueblo, que antes le admiraba y quería como su héroe máximo. La Logia Lautarina le hacía una tremenda sombra, y hoy parecía a todos un "autómata movido por hilos subterráneos". A Worthington se le presentaba en su mutación como un nuevo Macbeth. Este "era valiente, hospitalario y honesto hasta el tercer acto; pero ¿cómo era en el quinto? Banquo y Macduff asesinados; la inocente familia de Macduff asesinada; la vida de Flane en peligro". O'Higgins, pensaba el cónsul, "seguramente va a morir como el valiente "thane". Y esto no lo decía sin tristeza.

Entretanto San Martín había sacado de Santiago al ejército de los Andes, dando por motivo al director Supremo que la vida de la ciudad relajaba la disciplina y la salud de los soldados. Y no por mero azar se instaló en el hermoso lugar de Curimón, a orillas del río Aconcagua y próximo a los Andes, pues en secreto pensaba volver con su ejército a la otra banda. Ni la guerra del Sur que seguían Balcarce y Freire, ni el despacho de la flota para bloquear el Callao y abrir así el camino a futuras y definitivas operaciones, parecían hablarle con suficiente fuerza de la tarea que en medio de la ruina económica sobrellevaba el Estado de Chile. Como si hasta ahora nada hubiera éste hecho para satisfacer sus deseos, escribió al Director Supremo una nota en que, junto con hacerle presente que para efectuar una acción en forma sobre el Perú se requerían seis mil cien hombres, le preguntaba de manera perentoria si se hallaba dispuesto a contribuir con ellos y en qué plazo.

O'Higgins, sinceramente deseoso de ayudar al plan de San Martín, no veía tan fácil hacerlo con los medios de que el erario disponía, y, en todo caso, consideraba imposible que Chile solo pudiera cargar con toda la mayúscula empresa. Su respuesta a San Martín, que no se hizo esperar ni un día, así lo estableció de manera clara. Después de reconocer en ella que la expedición al

Perú "es el único plan que solidará la independencia, terminando felizmente una guerra que en sí misma envuelve los principios de la disolución del Estado", agregaba que, "siendo éste un asunto a toda luz incontrovertible, sólo queda la cuestión de si puede Chile, sin más auxilios que sus propios recursos, realizar la expedición". Y ante esta cuestión, "nadie ignora —decía— que debe decidirse por la negativa. V.E. así lo está palpando. El gobierno lo conoce muy a su pesar y con no menos sentimiento lo demostrará ligeramente".

En seguida, con espíritu realista, pasaba O'Higgins a analizar las exigencias de la expedición, hasta concluir que ellas no podrían en manera alguna cubrirse con los solos recursos nacionales. Era demasiado tétrico el cuadro de las finanzas para forjarse ilusiones. "Reducidos los ingresos de Chile a poco más de un millón anual de pesos, producto de la amonedación y de su limitado tráfico mercante, era indispensable arruinar a todo capitalista para ocurrir a los dispendios enormes de una guerra de seis años, cuya duración, habiendo presentado épocas favorables a nuestros enemigos, también les dio la aptitud de cebar a la vez su voraz rapacidad en las casi dominadas fortunas de todos los chilenos; de una guerra que ha tenido separado de la dependencia de la metrópoli la mitad del territorio nacional, que ha causado la ruina de provincias enteras, excitando espantosas y repetidas emigraciones, alimentándose a costa del país mismo respecto de ambos partidos beligerantes; y que ha arruinado el comercio, la agricultura y la minería; una guerra, en fin, para cuyo fomento el numerario del país ha pasado rápidamente a manos del extranjero por medio del comercio libre, arbitrio por ahora destructor de nuestras fortunas, pero también el único que podía darnos los elementos para crear y mantener nuestros ejércitos y escuadras."

El gobierno, frente a esta bancarrota, no había permanecido indiferente, sino que se esforzó desde el primer momento por extremar las economías: "Se ha bajado al ejército y a todo empleado público y civil el tercio de su pago mensual. Se ha suspendido pagar por seis meses la deuda atrasada del ejército y la de todos los acreedores al fisco; se han terminado mil otros recursos, pero nada de esto es suficiente a hacer aparecer el metálico de que realmente carecemos".

A juicio de O'Higgins no quedaba, después de comprobar esta tremenda realidad, otro arbitrio que acudir al crédito exterior y financiar la urgente y necesaria expedición al Perú con un empréstito de seiscientos mil pesos. "Si V.E. aún puede

proporcionarse esta adquisición —concluía—, nada habrá entonces que este gobierno no allane por su parte para llevar a cabo una obra cuyo desenlace tiene en suspenso la suerte de América, empeñado el honor del gobierno y de V.E. y hacia la cual fijan sus ojos todas las naciones."

O'Higgins no había mencionado directamente en su respuesta la falta de concurrencia del gobierno de Buenos Aires en los preparativos de la expedición al Perú, pero indudablemente aludía a las promesas económicas de auxilio no cumplidas, al proponer la contratación de un empréstito por la cantidad expresada. San Martín lo comprendió muy bien y transcribió la nota al Director Supremo de las Provincias Unidas para hacer efectiva una ayuda que hasta ahora no pasaba de las meras palabras. Pero como no ponía toda su confianza en los resultados de esta gestión y quería simultáneamente presionar al gobierno de Chile, cuya incierta situación política le hacía confiarse en el apoyo de las armas, volvió en una carta íntima al jefe de su patria a sugerir el repaso de la cordillera por el ejército de los Andes, aunque sin ocultar las graves resultas que de esta medida podrían derivarse: "Si el ejército se acantona en ésta —anotaba—, es de necesidad que ese Estado lo pague, pues en ésta no hay esperanzas que lo verifiquen. Si usted lo manda repasar los Andes, debe necesariamente padecer una considerable deserción, por ser la mayor parte de él compuesto de chilenos. Si usted decide porque marche a las Provincias Unidas, estoy seguro que al mes se ha introducido la anarquía en todo el reino, pues lo que lo contiene son las tropas de las Provincias Unidas. En fin, en estas críticas circunstancias, usted verá lo que tiene que hacer; pero si usted se decide por la que pasemos los Andes, es preciso que valga el pretexto de alguna expedición española que se dispone a invadir esa capital, pues de ese modo se concilia todo mejor".

Por un momento las cosas parecieron clarificarse y nuevamente aunados los esfuerzos chilenos y argentinos para la gran empresa del Perú. Don Antonio José de Irisarri, el plenipotenciario al Congreso de Aquisgrán, de paso por Buenos Aires, cumplía el encargo de suscribir un tratado de alianza para dar realidad conjunta a la ofensiva contra el virreinato. Cuando el Senado fue impuesto por el Director Supremo del texto de ese acuerdo, le prestó su inmediata ratificación, ya que así veía posible una tarea en extremo necesaria para la seguridad de Chile, pero que el país por sus solas fuerzas no era capaz de emprender. Sin embargo, acontecimientos nuevos vinieron a tornar ilusorio este paso y a

impedir que el gobierno argentino otorgase a su vez al tratado igual confirmación.

Una agitación revolucionaria cada vez más intensa asolaba las provincias del Río de la Plata, y el gobernador de Cuyo, propenso a verse amenazado por las montoneras, no cesaba de participar sus temores a San Martín. Esta lucha civil podía acarrear consecuencias extraordinariamente graves, y el generalísimo no quiso perder un instante y trasmontó la cordillera a mediados de febrero, resuelto a interponer su influjo entre los bandos. "Tendré la mayor satisfacción –decía a O'Higgins al despedirse– de volver a ponerme a la cabeza del ejército, luego que cesen los motivos que llevo expuestos y que los aprestos para las operaciones ulteriores que tengo propuestas y confirmadas por V.E. estén prontos."

Para O'Higgins esta noticia resultaba un serio quebranto en sus esperanzas. Pero sobre todo la anarquía que iba cundiendo en la otra banda y que desde Montevideo alentaba Carrera con sus proclamas incendiarias le parecía un mal transmisible y capaz de espantosos efectos en estas tierras. Se hacía necesario correr a tiempo a su encuentro, y así recabó el acuerdo del Senado para enviar tropas en contra de los revoltosos. Y mientras éstas se preparaban, nació en los conciliábulos de la Logia la idea de remitir de mediadores entre el gobierno de Buenos Aires y los insurrectos al coronel Don Luis de la Cruz y al regidor Don Salvador de la Cavareda, gestión que en último término careció de eficacia, pues Pueyrredón se negó a admitirla por considerar que importaba colocar a los rebeldes en pie de igualdad con el régimen constituido.

La situación en Buenos Aires era bastante vidriosa, como se encargaba de decírselo a O'Higgins su agente diplomático en esa ciudad, Don Miguel Zañartu. La rama porteña de la Logia estaba en plena descomposición y ocupada sólo en intrigas menudas y en activar las reyertas provinciales. El ministro chileno había acabado por romper con ella, persuadido de que ninguna cooperación encontraría allí para dar cima a la empresa del Perú. "¿Y será posible –le decía al Director– que hombres tan miserables se lleven las glorias sobre Lima, después que no son más que fríos espectadores de los sacrificios de Chile? ¿Será posible que el vencedor de Chacabuco quede tan obscurecido en esta nueva expedición, como no quedó en aquélla debido sólo a su valor? Desengañémonos, las glorias son del General aun cuando nada haga... San Martín apagará a V. y en los grandes

resultados sucederá siempre lo que en Maipo. No sonará un chileno, aunque ellos sean los que todo lo hagan. Por otra parte, los rumores de la expedición española vuelven con mayor fuerza que antes... De manera que el mando le viene a V. naturalmente porque a San Martín lo han de necesitar aquí o bien para hacer la guerra a los españoles o a los portugueses, con quienes están coligados... ¿Qué derecho tienen ellos para poner jefe a las fuerzas de Chile, cuando no quieren contribuir a la expedición? ..."

En el curso del mes de marzo, una nota de Pueyrredón hizo saber a O'Higgins que a los peligros internos sumaba ahora Buenos Aires los temores del ataque de una expedición española, que, según informaciones de procedencia inglesa, se estaba preparando en Cádiz, lo que hacía indispensable el pronto paso a esas tierras del ejército de los Andes y la dilación para circunstancias más propicias del plan expedicionario al Perú. Los acontecimientos habían súbitamente transformado en realidad lo que apenas unas semanas antes San Martín señalara a su gobierno como un buen pretexto para hacer atravesar la cordillera a las tropas de su mando. Y si entonces al generalísimo no se ocultaron las consecuencias de la medida, ahora O'Higgins sólo presentía como inevitables resultados de la misma el rebrote vigoroso de la anarquía y la pérdida irremisible de la libertad de Chile. Sin aguardar un momento tomó la pluma y se dirigió a San Martín, para representarle la enorme gravedad del paso. Pero en el curso de su carta, la gratitud hacia el hombre y la tierra que con tanta generosidad habían coadyuvado a la emancipación de Chile le hizo olvidar los propios temores, hasta acabar pensando en la urgencia de servir las actuales necesidades de sus amigos:

"Terrible cosa es mover el ejército de los Andes a la otra banda, y más terribles los riesgos a que este país queda expuesto. Los facciosos se reanimarán, y el virrey del Perú (si Cochrane e desgraciado) tentará una nueva invasión, tanto más así cuanto que la provincia de Concepción le invita con la guerra que hace en unión con los indios bárbaros. Peligra la libertad chilena restablecida por el trabajo y sudor de usted mismo y la sangre de tantos buenos patriotas. Pero si, como demuestran las comunicaciones del Director Pueyrredón, sea indudable la expedición española al Río de la Plata, no hay remedio, ni se presenta arbitrio alguno que reemplace esa medida. Es justísimo que todos los esfuerzos de los hombres racionales y de la gratitud se ocupen en salvar al pueblo de donde recibieron su libertad y de donde en nuevas adversidades pueden volverla a traer. En fin, si

los maturrangos vienen a Buenos Aires, cuanto Chile tenga y pueda yo contribuir a la defensa de tan digno pueblo debe contarse con toda certeza, como usted con su amigo invariable."

Si O'Higgins parecía dispuesto a resignarse a lo que creía irremediable e incluso se mostraba pronto a acudir en auxilio de Buenos Aires, el Senado, mirando las cosas con menos apasionada generosidad y con un realismo más crudo, se resistió a acoger la orden del gobierno argentino. Desde luego, no le pareció cosa tan segura que Buenos Aires fuera el lugar de destino de la expedición que se armaba en Cádiz, y aún aceptando esto, estimó que sería absurdo no accionar sobre el Perú, pues el virrey, al sentirse libre de peligro, concentraría todas sus tropas en el Alto Perú y las Provincias del Río de la Plata se verían así entre dos fuegos, atacadas por tierra y mar. Por otra parte, la mayoría de los soldados del ejército de los Andes eran chilenos y su paso a la otra banda no iba a significar otra cosa que promover su deserción, en circunstancias en que el país estaba urgido de brazos para su defensa, tanto interna, contra revoltosos y realistas del Sur, como externa, si fallaba en el Norte la tarea inicial de la escuadra. "Cuando tan poderosas razones no hagan variar de opinión al Supremo Gobierno de las Provincias Unidas —terminaba el Senado en su nota al Director—, puede al menos proponérsele que queden en este país dos mil hombres de aquellos de que no se recele deserción, con sus correspondientes oficiales, para que, unidos a otros tantos del ejército de Chile se verifique la expedición proyectada a Lima." Así el alto cuerpo dejaba muy en claro su deseo de que esta empresa se llevara en todo caso a efecto, a pesar de los grandes sacrificios que debería irrogar al Estado y aunque no se contara para ello con el apoyo argentino ni la dirección de San Martín.

La Logia acabó también por inquietarse, y en la noche del 16 de marzo convino en diputar al sargento mayor Don José Manuel Borgoño para que se trasladara de inmediato a San Luis a convenir una solución con el generalísimo. O'Higgins, que se encargó de transmitirle este acuerdo, se encontraba aún presa de la mayor incertidumbre, sin saber si debía dar cabida a los razonamientos que le dictaba el interés propio e inmediato de Chile o a los incontrolados y vehementes impulsos de su corazón agradecido hacia el país que ahora parecía reclamar la retribución de su ayuda. "Aseguro a usted —escribía a San Martín— que estoy sin tino, ni sé lo que hago, con el repaso de las tropas de los Andes; bien me hago cargo de las necesidades de Buenos Aires y

los riesgos que la amenazan, pero este Estado queda en inminente riesgo sin saber el resultado de Lord Cochrane. Conozco, es cierto, que Buenos Aires pide lo que es suyo, y nuestra gratitud nos obliga no solamente a auxiliar esta medida, sino, a pesar de las pérdidas que deben esperarse de Chile, prestar las fuerzas que tengamos."

Mientras partía Borgoño, el agente diplomático argentino, Don Tomás Guido, que con gran energía había hecho ver en la Logia las funestas resultas de la destinación del ejército a la otra banda, creyó indispensable remitir a San Martín una extensa carta al respecto. "La orden de nuestro gobierno para que repase el ejército —le decía en ella— parece que se funda: 1º en la venida de la expedición de España; 2º en la imposibilidad de practicar la expedición a Lima; 3º en la seguridad de este país por la existencia de la escuadra; 4º en la destrucción de sus enemigos exteriores y en la necesidad de remover los celos de los mal contentos por la existencia del ejército de los Andes en Chile." Sobre el primer punto, Guido advertía que si Buenos Aires esperaba reforzar su defensa con el ejército de los Andes, debía tener presente que no llegaría éste intacto a su destino, pues, componiéndose en más de dos tercios de hijos de Chile, desertarían al abandonar el territorio. Además, renovaba el argumento del Senado de que el virrey, al saber el traslado del ejército, concentraría sus tropas en el Alto Perú para invadir la región del Tucumán y seguir sin dificultad a Córdoba. "Dígame usted —decía a San Martín— si son comparables las ventajas de aumentar el ejército (de Buenos Aires) por la medida propuesta, con los males que caerían sobre Buenos Aires con la pérdida de nuestras provincias, y si aun cuando lográsemos derrotar a los españoles en las playas del Río de la Plata quedaríamos en la aptitud de arrojar a La Serna de nuestras provincias después de los desastres consiguientes a una invasión tan formidable."

"Se habla de la imposibilidad de practicar la expedición a Lima —agregaba más adelante—, pero usted no ignora que cuando se ha tratado este punto con el gobierno de Chile, se ha calculado sobre la suma de seis mil hombres para dar un golpe decisivo sobre la capital del Perú. En efecto, tal vez no hubiera recursos para realizarla tan pronto como se necesita, pero no es lo mismo, como usted sabe mejor que yo, la habilitación de un ejército dispuesto a abatir la masa de fuerza que oponga Pezuela, que preparar tres mil hombres para atacar puntos indefensos e introducir la revolución en todo el Perú." El Senado ya estaba gestionando el dinero necesario para una expedición de este alcance.

En cuanto al tercer punto, Guido no era menos explícito: " Se cree también que Chile nada tiene que temer por estar defendido por su escuadra y por haber arrojado a sus enemigos exteriores, pero conviene, amigo, no nos equivoquemos en estas cosas. Ni uno ni otro fundamento existen. Usted sabe que la escuadra debía forzar el puerto del Callao el 17 de febrero, según las cartas de Lord Cochrane; hoy se ha cumplido más de un mes y hasta esta fecha nada sabemos de su resultado. La empresa era peligrosa y hay justos motivos para temer un contraste en cuyo caso quedaba Chile a descubierto de un ataque". ¿Quién podría dudar de que en tal circunstancia le sería fácil al virrey remitir refuerzos a Valdivia y Chiloé para seguir la resistencia española en el Sur de Chile hasta ahora no abatida? "Sánchez se ha retirado del Bío—Bío con más de 500 veteranos; todas las tribus de los indios se han sublevado; la frontera ha sido embestida con impetuosidad, después de la retirada de Balcarce; los guerrilleros Zapata y Pincheira amagan por San Carlos; Freire ha dicho oficialmente que no responde de la seguridad de la provincia (de Concepción) si no se le auxilia inmediatamente; el invierno se acerca, y si en medio de la desolación de la provincia hace Sánchez la guerra de recursos por la espalda a la fuerza que cubre la línea del Bío—Bío, al mismo tiempo que es amagada de frente por los indios y los fusileros de Sánchez, perece aquélla o se disuelve infaliblemente. ¿Es esto, amigo querido, haberse acabado la guerra en el país y estar afianzada la libertad de Chile de sus enemigos exteriores? "

Y después de subrayar el estado inerme en que quedaría el país con la pérdida del ejército del Sur y la ausencia simultánea de la fuerza de los Andes, decía, refiriéndose al argumento fundado en las rivalidades chileno—argentinas: " ¡Ay! , amigo mío; eche una ojeada sobre este desgraciado país y considérelo perdido sin remedio. Pese usted las desgracias que caerán sobre él y las execraciones que mereceremos por no haberlas prevenido en tiempo. Entonces no podremos responder ante el tribunal del género humano que los celos de los hijos de Chile nos han estrechado a abandonarlos, porque éstos ni en realidad existen entre los hombres pensadores ni entre los americanos inocentes que lo habitan y muchas clases merecen bien no les abandonemos en las garras de los españoles..."

"En verdad —terminaba Guido— veo perdidas las fatigas de usted, la sangre de sus compañeros y los desvelos de sus amigos después de los esfuerzos más generosos por la libertad de América. Veo, en fin, que el paso del ejército tras los Andes

prepara estos conflictos, los peligros de nuestro país y la ruina general de la América. Perdidos Chile y el Perú, la experiencia nos ha acreditado que una consumación lenta basta para concluirnos. Compáreseme, pues, los bienes que se propone Buenos Aires aumentando algunos hombres para su defensa, con los perjuicios en que se cerca a toda la América, y déme usted su opinión como la única que puede consolarme... Yo quisiera convertir las arenas en hombres para defender a mi amada patria y escarmentar a sus crueles agresores. Deseo también participar allí de los peligros que ella corra, pero jamás ocultaré a mis amigos como usted mi opinión, ni aun a mi gobierno, en una causa en que estoy tan empeñado como el primero de mis conciudadanos y cuyos compromisos no he renunciado nunca."

Sea que estas razones y las que adujo Borgoño, el plenipotenciario de la Logia, disiparan las dudas que San Martín tenía del interés de Chile por la expedición al Perú y concluyeran por abatir sus susceptibilidades, sea que se acabara de convencer de que la medida por él sugerida más de una vez del repaso del ejército de los Andes no sólo iba a acarrear la ruina de Chile, sino muy pronto la de su propia patria, el hecho es que prometió interponer sus oficios ante el gobierno de Buenos Aires para dejar sin efecto la orden decretada.

O'Higgins, que no había captado el sutil juego de San Martín y sólo veía en el traslado del ejército la pérdida del orden interno de Chile y el término de las esperanzas de liberar al Perú, recibió con gran alivio las noticias que le suministró Borgoño. Ahora San Martín comenzaba a ver con menos temor la expedición de Cádiz y tenía confianza en que cesarían en su patria las luchas de los caudillos. Además, decía contar con doscientos mil pesos de su gobierno para invertirlos en la empresa al Perú.

Con todos estos antecedentes, la Logia de Santiago acordó acelerar los trabajos preparatorios de la expedición, completando la dotación de los cuerpos y el aprovisionamiento de víveres y pertrechos de guerra. Sus miembros se mostraron conformes en que la gran expedición debía efectuarse a más tardar dentro de dos meses y medio, cualesquiera que fueran los resultados de la acción encomendada a la escuadra. Y O'Higgins escribió de inmediato al generalísimo reclamando su presencia en Chile para que se colocara al frente de la obra.

Entretanto, la insistencia que anteriormente había puesto San Martín en el traslado del ejército debía ahora volverse en su contra. Pueyrredón, que por la irregularidad de los correos no

alcanzó a tiempo a imponerse del cambio de actitud del general, reiteraba a O'Higgins en una nueva comunicación la urgencia de que las tropas repasaran la cordillera, dejándose en Chile a disposición del gobierno una fuerza de dos mil hombres. Y cuando vino a dar contraorden, ya varios regimientos habían atravesado los Andes, perdiéndose muchos soldados por la temida e inevitable deserción.

La noticia de la salida de las tropas del país debía, por otra parte, estimular a los díscolos y enemigos del régimen a intentar su caída. Desde hacía algunos meses unas partidas de aventureros, encabezadas por tres hermanos Prieto de la ciudad de Talca, mantenían en continua inquietud a las autoridades. Su jefe principal, Don Francisco de Paula Prieto, había llegado en su audacia a pasar disfrazado a la capital, donde se puso en contacto con enemigos políticos de O'Higgins e hizo distribuir en su contra violentas proclamas revolucionarias. Todos los esfuerzos realizados para batir a los guerrilleros resultaron por un tiempo estériles y la cosa fue tomando tal gravedad, que los auxilios urgentes reclamados por Freire para acabar con la guerra del Sur llegaron a verse interceptados por las bandas de revoltosos, debiendo permanecer en Talca en espera de refuerzos para guarnecer la ciudad. Sólo después de incontables trabajos y peripecias cayeron uno a uno los cabecillas en poder de las fuerzas del gobierno, y pagaron con la vida sus muchos desmanes.

La guerra del Sur había tomado asimismo un giro de ferocidad nunca soñado. El capitán Vicente Benavides, que después de servir en las filas realistas hasta la batalla de Maipo, donde cayó prisionero, llegó un tiempo a ganarse la confianza de San Martín, había retornado a sus viejos ideales, transformándose en el más implacable enemigo de la patria. Sus montoneras eran el terror de las poblaciones y campos y un auxiliar espléndido para los realistas de Sánchez, que Balcarce había expulsado al sur del Bío–Bío, en la creencia de que así toda la guerra quedaba terminada. Ahora, Freire, con escasos medios, se quejaba desesperado a O'Higgins: "El general Balcarce se ha retirado, anunciándonos la paz, y se ha llevado todos los pertrechos de la guerra". De un lado los montoneros y de otro los araucanos embravecidos hostigaban sin descanso al valeroso coronel, que no cejaba en la brecha. Al fin O'Higgins supo que Freire había logrado ahuyentar a Benavides, que fue a buscar refugio entre los indios del corazón de Arauco. Pero esta bonanza ¿hasta cuándo duraría?

COMENZABAN A llegar noticias de la escuadra. Un parte fechado el 10 de marzo impuso a O'Higgins de que Cochrane había efectuado un primer ataque al Callao. La espesa neblina obstaculizó bastante la conveniente distribución de los buques y el combate no tuvo más ventaja que amedrentar a los realistas. Pero el almirante agregaba su satisfacción por la fórma en que los marinos habían cumplido su deber en este encuentro inicial. "Yo me había prometido —decía al Director Supremo— que la gente que forma la tripulación de la "O'Higgins" sostendría su puesto con todo el honor propio de los hijos de un Estado libre, pero tengo la más honrosa complacencia en poder informar a V.S. que la prontitud, alegría y bravura de todos los oficiales, soldados y marineros han excedido mis esperanzas."

El jefe del Estado iba ya sintiendo la compensación de tanto esfuerzo y sacrificio. Esa heterogénea marinería, en que convivían chilenos fervorosos y aventureros sin pàtria, empezaba a unificarse en el espíritu gracias a la inteligencia y disciplina del hábil jefe. La causa nacional podía en adelante exigir de ella los mayores riesgos y sacrificios.

Supo más adelante O'Higgins que Cochrane había puesto en práctica la orden de bloquear el Callao, pero que escaso de víveres y sin posibilidades de realizar una acción eficaz, pues la escuadra del virrey se abstenía de presentar batalla y no era posible destruirla por falta de cohetes incendiarios, creyó más adecuado dejar allí sólo la corbeta "Chacabuco" y continuar con los demás barcos por la costa, hacia el norte, donde le fue fácil procurarse las provisiones de que carecía. Poco después se le fue a juntar el contraalmirante Don Manuel Blanco Encalada, que venía desde Valparaíso con el resto de la escuadra, y Cochrane lo remitió con tres buques a auxiliar al "Chacabuco" en el bloqueo del Callao. Por su parte, él siguió en su excursión costera, causando perturbaciones al comercio virreinal y conquistando valiosas presas.

O'Higgins seguía con la más viva ansiedad el curso de las noticias que esporádicamente llegaban a su conocimiento, y, aunque complacido de la tarea de Cochrane, no dejaban de inquietarle las consecuencias que podrían derivarse de las presas hechas por el almirante en buques de propiedad neutral. Es verdad que se trataba de privar al enemigo de todo auxilio, pero

no lo era menos que Chile debía proceder con mucha cautela con los países extranjeros que aún no habían reconocido su independencia y que en los actuales momentos toda fricción con naciones de la importancia de Gran Bretaña o los Estados Unidos podía ser de extraordinaria gravedad.

Pero mientras el Director se hallaba en la confianza de que Blanco mantenía el bloqueo del Callao y que allí aguardaba el regreso de Cochrane, el contraalmirante apareció súbitamente en Valparaíso con los buques de su cargo, alegando que la escasez de víveres y la imposibilidad de procurárselos en las costas del Perú le habían obligado a retirarse. La indignación de O'Higgins y de sus colaboradores al tener esta noticia subió de punto. Blanco, con su desobediencia a Cochrane, ponía en grave peligro los intereses de Chile y colocaba al resto de la escuadra bajo la amenaza de una total destrucción. El gobierno, por otra parte, acababa de remitir al Callao, en la creencia de que allí se encontraban los buques chilenos, al bergantín "María Elena" con un abundante y costóso aprovisionamiento, y era cosa inevitable que caería en manos de los realistas. Por muy hermano de la Logia y meritorio que fuera Blanco Encalada, su actitud pareció a todos digna de condenación, y el ministro Zenteno, al pie del oficio en que aquél comunicaba su llegada, estampó una providencia implacable: "Contéstese al oficiante que mientras que en un consejo de guerra se examina su conducta relativamente a haber alzado el bloqueo, permanezca arrestado en su casa".

O'Higgins se dirigió de inmediato a Valparaíso, donde se le recibió con repiques de campanas y manifestaciones de respeto. Estaba resuelto a despachar de nuevo al Perú los buques llegados, que ahora había puesto bajo el mando del capitán Guise. Pero no era esto cosa sencilla, pues se adeudaban a la tripulación sus sueldos, y los recursos del erario ya no daban abasto para tantas exigencias. Le fue preciso recurrir una vez más a la generosidad de los particulares y al crédito de los comerciantes extranjeros, para subsanar el obstáculo que periódicamente se presentaba a sus propósitos.

No llegó, sin embargo, a ponerse a la vela la división de la escuadra, pues Lord Cochrane con los demás buques llegó a Valparaíso el 17 de junio. Su presencia desvanecía ya muchas inquietudes y los banquetes y saraos con que una vez más se le agasajó, trayendo buen humor y optimismo, acabaron por repercutir favorablemente en la posición de Blanco, que ya el Director Supremo y su círculo miraban sin tanta hostilidad. "Soy

de opinión —dijo Cochrane en el consejo de guerra— que el contraalmirante Blanco, habiendo dejado el bloqueo del Callao, no hizo sino ejercer el poder discrecional de que estaba revestido para obrar según su libre y mejor juicio, no pudiéndose, en consecuencia, hacerle reproche o cargo legítimo en la materia." Y los demás pareceres coincidieron con el del lord, quedando así Blanco rehabilitado.

Pero si Cochrane demostraba condescendencia para con Blanco Encalada, no la tenía, en cambio, con su secretario. San Martín y los de la Logia habían querido tener un hombre de su confianza cerca del almirante para conocer hasta sus más íntimos pasos, y vieron en el argentino Don José Antonio Alvarez Jonte la persona indicada para esta comisión. Como poseía el inglés, y desde Londres había viajado con el lord, nada podía sorprender a éste tenerlo como secretario. Y así fue, en efecto, al principio; pero luego el jefe de la escuadra vino a percatarse de que Alvarez Jonte más trazos tenía de espía que de auxiliar, y sin ambages se lo manifestó a O'Higgins. "Yo necesito un secretario —le dijo— que sea capaz de anotar claramente las materias relativas a la escuadra, que esté igualmente revestido de un alto carácter de integridad, sin que se mezcle de alterar lo que yo haya escrito, ni menos pretender corregir los escritos de los demás, a pretexto de que aquellas alteraciones pueden ser agradables, mientras él mismo se apresura a dar curso a sus cartas que lleven igual dirección. Tengo una aversión inextinguible por todo manejo que tenga el sello de doblez; y cuando llego a descubrirlo, obro con decisión." Y no faltó tiempo para que los hechos así lo probaran, pues al regresar un día a Valparaíso de un paseo campestre, encontró a Alvarez Jonte con las manos metidas en su correspondencia, y, enfurecido, después de increparle por su abuso de confianza, lo puso en arresto.

Hasta O'Higgins llegó una extensa carta de Alvarez Jonte relatando el incidente. "Aquí me tiene usted —concluía— arrestado por un hombre a quien tanto he servido y sacado de apuros, tapando sus faltas y exaltando su nombre, porque ha observado que yo no podía fomentar su codicia y porque, como le digo a usted, ha creído que soy espía de usted y de San Martín, a quien mira con celos." Era difícil operar en el asunto, y el Director Supremo, siguiendo las mismas recomendaciones del afectado, procuró explicar ante Cochrane la conducta del secretario, dando a la vez curso a su renuncia y disponiendo que se le pusiera en libertad, lo que Cochrane demoró intencionadamente en poner en práctica.

La llegada al país de un nuevo barco adquirido por el gobierno en los Estados Unidos y que recibió el nombre de "Independencia" fue ocasión de nuevos incidentes. El Director Supremo había prometido el mando de esta fragata al capitán Don Martín Guise, cuyas cualidades eran de sobra conocidas y que además ya señalaban algunos como un eventual sucesor de Cochrane en la jefatura de la escuadra. Pero este último, antes de que se hiciera efectiva a Guise la promesa, se apresuró a proponer para el cargo al capitán Don Roberto Forster, que servía de comandante de la fragata "O'Higgins" y le estaba ligado por amistad y parentesco. Con este paso el lord no sólo quería obstruir la ascensión de un émulo, adicto por añadidura al grupo de San Martín, que le parecía cada vez más antipático, sino que además buscaba para sí el incremento de sus utilidades económicas. "Me persuado –decía el almirante en su nota al gobierno– de que el Estado va a ser beneficiado con el ahorro de la plaza de un capitán a bordo de la "O'Higgins", tomando yo mismo la responsabilidad y ejercicio de las funciones de tal, que en atención al corto número de buques, de ninguna manera son incompatibles con las de comandante en jefe." Y detrás de esta razón tan atendible y hasta digna de encomio, el escocés calculista veía la posibilidad de cobrar en el reparto de presas, no sólo la cuota propia de jefe de la escuadra, sino también la de comandante de navío.

Esto lo comprendió claramente O'Higgins, y con más razón su ministro Zenteno, que estaba tomando entre ojos al almirante. Pero el primero tenía demasiadas esperanzas colocadas en la persona del marino británico y estimaba irreemplazables sus servicios, para exponerse a perderlos rehusando su petición. Y así, haciendo vista gorda de las lucrativas combinaciones que el lord escondía tras su proposición, dio curso al nombramiento de Forster, prometiendo a Guise otro ventajoso cargo para el futuro.

El desairado capitán no se resignó tan pronto a sacrificar sus ambiciones y menos cuando creía ver en Cochrane sólo un explotador del Estado. Le envió una carta en que desahogaba su despecho disparando contra la calidad moral de las personas que le rodeaban, y el almirante, que a su vez consideraba a Guise un instrumento de las maquinaciones de San Martín, supo recoger el guante: "En cuanto a vuestras sugestiones respecto del carácter de los individuos que me rodean, os diré que son superfluas, porque conozco a éstos profundamente, así como conozco el carácter, las acciones secretas y aun las confabulaciones de aquellos que menos

lo sospechan". Esto tocaba en lo lleno a Guise, que replicó con altivez' "De las tramas a que alude su señoría, no hago caso alguno, ni acostumbro dirigir mi conducta por la chismografía de cada día. Aunque no haya sido tan conspicuamente conocido como su señoría ni mi fama haya circulado en el mundo ni circulará acaso jamás tanto como la de su señoría, he mantenido, sin embargo, mi dignidad de hombre y mi deber de jefe durante bastantes años (muchos antes, sin duda, según parece, de que mi nombre llegara a oídos de su señoría) para ser confundido en la obscuridad de una nocturna traición. Sobre este punto su señoría tendrá ocasión de hablarme personalmente y con menos misterio".

Tras las últimas palabras quedaba enredada la insinuación de un duelo que los despiadados polemistas tratarían de hacer efectivo.

Pero no eran éstos los únicos problemas con que el complejo carácter de Cochrane ponía a prueba la paciencia y discreción del Director Supremo. El almirante estaba demasiado convencido de sus cualidades técnicas y de la altura de su rango para tener gestos de apocamiento, y habituado al régimen europeo, no podía resignarse a las estrechas condiciones que para el ejercicio de su cargo le proporcionaba la joven y desvalida república chilena. Por eso reclamó por la exigüidad de su sueldo y pidió, además de su aumento, que se le concediera en las presas la misma parte que en Inglaterra se otorgaba a los marinos de su grado.

O'Higgins, aunque conocía como nadie las penurias del erario, accedió sin replicar, pensando de seguro que las capacidades se pagan caras. Y el almirante, queriendo estimular por otra parte el enganche de los aventureros extranjeros en el servicio de la escuadra, exigió, además, para los oficiales y tripulación la propiedad total de las capturas. Esto ya pareció al Director Supremo excesivo, pues contaba con incrementar los recursos fiscales con el cincuenta por ciento del valor de las presas y no eran esos momentos de aflicciones económicas para renunciar a una posible entrada. Pero Cochrane insistió en su pedido fundado en razones de peso que acabaron por abatir la resistencia de O'Higgins. "A la verdad —dijo el último al Senado, apoyando la petición del lord—, esto es pedir mucho y concederlo es demasiado. Yo convengo con el almirante en que, en la necesidad indispensable de valernos de los extranjeros para existir políticamente, es preciso halagar sus caprichos y aun satisfacer si fuese posible su codicia. He aquí el conflicto y la lucha entre la

dignidad del gobierno y la política actual de la nación. Pero vamos al objeto: afiancemos la independencia y arribemos entonces a ese grado de que ahora nos priva nuestra apurada y menesterosa situación."

El Senado se resignó a lo inevitable, sobre todo porque en esos momentos se hablaba de la inminente venida al Pacífico de una expedición española, y si los extranjeros comenzaban a desertar de la escuadra, la defensa del país quedaba reducida a un mito.

Una vez más se insistía en los propósitos de revancha de la metrópoli, y las noticias que se filtraban desde Europa, sobre todo al través de los diarios ingleses, mantenían en los espíritus una creciente inquietud. San Martín, que pretextando razones de salud se hallaba aún inmovilizado en Mendoza, transmitió ciertas informaciones de Buenos Aires que hacían verosímil el que la tan anunciada expedición española atacara en primer término al Río de la Plata, y sugirió que la escuadra chilena corriera a su encuentro al Atlántico para prevenir esta amenaza. Esto significaba, en realidad, alterar todos los planes convenidos sobre la prolongación del bloqueo del Callao, y O'Higgins, para resolver en tan delicado asunto, reunió en su palacio a Cochrane y al agente argentino Don Tomás Guido, que esta vez apoyaba la sugestión de San Martín. El almirante se mantuvo firme en la necesidad de no innovar. El ataque y destrucción de la flota del virrey y la sublevación del Perú, alentada por la propaganda patriota, le parecían los objetivos más inmediatos. En esto lo siguió también O'Higgins, que estaba persuadido de que el traslado al Atlántico de la escuadra chilena no tendría otro resultado que estimular al virrey a efectuar desembarcos de tropas en el territorio que quedaría indefenso en sus manos. Por otra parte, las noticias que acababa de recibir el Director Supremo de Don Miguel Zañartu, su agente en Buenos Aires, le permitían afirmar que la expedición anunciada desde la Península tardaría lo suficiente como para que desde luego lograra Cochrane abatir a los realistas del Perú.

Algo después, nuevos antecedentes llegados de la otra banda vinieron a confirmar la impresión de O'Higgins de que la amenaza al Río de la Plata no era en manera alguna inminente. Esto facilitó la partida al Callao de la escuadra, que ahora iba bien premunida de cohetes inflamables, con los que se esperaba atacar eficazmente a las naves del virrey. Una vez destruidas o capturadas éstas, se bloquearía el puerto para impedir todo auxilio del exterior y sobre todo el acceso de la anunciada

expedición de España, a la que el almirante estaba también seguro de aniquilar.

En los primeros días de septiembre se alejaba Cochrane de Valparaíso a cumplir su importante cometido. O'Higgins no había podido hacerse presente en los últimos aprestos de la escuadra, porque un súbito ataque de apoplejía le puso a las puertas de la muerte. Las largas vigilias consagradas al trabajo y las preocupaciones sin número que a diario le acosaban, sin permitirle un momento de solaz, le estaban quebrantando su salud, de suyo firme. El reumatismo, que en sus años de congresal le tuviera seriamente afectado, había vuelto en el invierno, dejándole un tiempo inactivo en el lecho. Pero sobre todo este ataque al cerebro le amenazó seriamente y pudo cortar su vida sin la rápida y eficaz intervención del cirujano Grajales y los cuidados afectuosos de Doña Isabel Riquelme y de Rosita.

Ya aliviado de sus males, pudo Don Bernardo escribir al amigo San Martín el 20 de septiembre, comentándole la partida de la escuadra. "Más de cuatrocientos mil pesos —le decía— ha costado su habilitación, de lo cual se queda debiendo más de las dos terceras partes. El mismo Cochrane y los marinos ingleses de los buques británicos estacionados en Valparaíso confiesan que ni en Inglaterra se equipan buques mejor que los dichos; han sobrado marineros y llevan víveres para cuatro meses. En una carta particular, al dar la vela, Cochrane me dice que el 24 del presente mes, a las ocho de la mañana y minutos, se hallará ardiendo la escuadra del Callao, y que el día 15 de octubre recibiré su parte. Yo vivo en la seguridad que no faltará Cochrane a lo que me ofrece."

26

LOS TRIUNFOS militares no habían sido capaces de abolir el espíritu colonial en las costumbres, y O'Higgins, adversario absoluto de lo español, quería desarraigarlo por entero. Sentía una inmensa confianza en el poder de la educación, y en medio de las abrumadoras preocupaciones de la guerra del Sur y de los aprestos de la expedición al Perú tuvo aún tiempo para atraer con empeño el interés del Senado hacia aquel asunto. Fue así como brotó el acuerdo de reiniciar las funciones del Instituto Nacional, abierto en 1813, y que el gobierno español de la reconquista había clausurado. Sus cátedras de filosofía, lingüística, teología,

derecho, legislación, matemáticas, ciencias físicas y naturales prolongarían la visión de los que se mantenían hasta entonces circunscritos al escueto saber que era capaz de dar la instrucción primaria. Una fe inmensa asistía al Director en la eficacia de la enseñanza que, concorde con las luces del siglo, comenzaría a derramarse desde las aulas del establecimiento restaurado. Y por eso quiso dar a su apertura una solemnidad que correspondiera al bautismo intelectual de la patria imberbe.

De la Catedral, donde se ofició una misa de gracia, con sermón del agustino fray José María Moraga, salió el Director Supremo con sus ministros y el Senado por entre las tropas en fila que le abrían calle hasta el local del Instituto. Estaba en su puerta el rector, canónigo Don Manuel Verdugo, con todos los profesores y colegiales, y en un breve discurso exaltó la importancia del acto y el mérito de sus generadores' " ¡Qué gloria la vuestra, Excmos. Senado y Director Supremo, ser a quienes deberá Chile su futura grandeza y gloria, efectos necesarios de la educación que así promovisteis! ¡Qué gracias no os debe dar este pueblo que conoce a lo que os está obligado por este restablecimiento! " Y fue la última palabra la de un alumno de trece años, Ventura Marín, hijo del que había sido secretario de la Primera Junta Nacional de Gobierno: "Los alumnos del instituto chileno —dijo— respetarán siempre en V. E. lo que en aquel sabio y benéfico gimnesiarca que se llevaba los votos y atenciones de los padres de familia y de la juventud de la Grecia".

Junto a la obra formadora de los espíritus selectos que estaba encomendada a la enseñanza superior, O'Higgins comprendía la necesidad de alentar en las masas el sentido nacional, utilizando para ello aquellos resortes del sentimiento que contribuyen a hacer ostensible y vibrante el patriotismo. Se acercaba la celebración del 18 de septiembre y fue su voluntad dar a las fiestas un esplendor hasta ahora no alcanzado. Desde luego, y como número de gran novedad, encomendó a Don Bernardo de Vera y Pintado, que todos señalaban como un escritor de alto vuelo, la confección del himno nacional de que aún se carecía. El poeta no pudo a tiempo cumplir con su cometido y las fiestas debieron postergarse algunos días hasta que el texto de la obra pasó por la aprobación del Senado, que fue por demás entusiasta, y ordenó su inmediata impresión y reparto en todas las escuelas del país. El vate había dado con lo que el ambiente esperaba y quería: estrofas cargadas de pasión y animosidad antiespañolas, de exaltado tributo a los héroes de Chacabuco y Maipo, y de

admiración no escasa a los caudillos indígenas que habían frenado en los siglos de la conquista la penetración europea. Era una violenta ruptura con todo el pasado ibérico, que se rechazaba con desprecio y odio, y un tornar los ojos a la raza primitiva que se presentaba como el símbolo de una irreductible voluntad libertaria:

De Lautaro, Colocolo y Rengo
reanimad el nativo valor,
y empeñad el coraje en las fieras
que la España a extinguiros mandó,

se iba a cantar en los precisos momentos en que las tribus araucanas, abandonando su ocasional pasividad, se unían a las bandas de Benavides para sostener encarnizadamente contra las huestes patriotas los derechos del rey en estas tierras.

Con el alba del 27 de septiembre se iniciaron estas tan esperadas fiestas patrias. Repiques de campanas y salvas de artillería conmovieron la somnolienta ciudad, que se pobló de banderas. Entrado el día, la población comenzó a fluir a la plaza, donde el muy Ilustre Cabildo había armado un gran túmulo alegórico con imágenes de la victoria, la abundancia y la paz. Frente al palacio directorial se ostentaba la figura de un indio, con arco y aljaba, que esgrimía en su diestra una temible maza. En grandes láminas se habían escrito estrofas alusivas a las batallas de Chacabuco y Maipo y a la toma de la fragata "María Isabel". Era el museo de una historia corta, pero ya fecunda en glorias y heroísmos.

Admiraba el gentío las inscripciones y dibujos con que las autoridades habían querido hacer vivo y palpable el patriotismo. Y con los acordes de las bandas militares se echaban por los aires los versos encendidos de Vera y Pintado. Ya al crepúsculo, una iluminación jamás vista intentó detener las tinieblas, y fuegos artificiales, con figuras de soles, castillos y volcanes, comenzaron a proyectarse hasta entrada la noche en el límpido y azul cielo de primavera.

Al amanecer del 28 las tropas chilenas y argentinas se formaron en la Alameda y después de diversas evoluciones y salvas de fusilería pasaron a la plaza, seguidas de abundante pueblo, retirándose a continuación a sus cuarteles. Sólo quedaron la guardia directorial y la artillería hasta la celebración de la misa de acción de gracias, en la que la oración estuvo a cargo del cura de

la Catedral, Don Marcelino Ruiz. Al término de los oficios religiosos, O'Higgins se dirigió al palacio, donde le fueron a cumplimentar las autoridades. El agente diplomático Don Tomás Guido pronunció allí palabras alusivas a la amistad chileno–argentina y a los preparativos de la expedición al Perú: "Aún los esperan combates que coronarán la victoria; tal confianza inspirarán los esfuerzos heroicos de un pueblo libre que bajo la dirección de V.E. ha preparado los elementos de un gran poder".

En el último día de las festividades quiso O'Higgins robustecer la alegría común con una nota piadosa. Se trasladó a la cárcel con los más altos funcionarios de la administración y ejerciendo las facultades que le concedía la Carta constitucional conmutó la pena de varios condenados a muerte y dio a otros entera libertad. El acto benigno y paternal fue puesto en relieve por el jurista Don Mariano Egaña en una alocución en que abundaron los elogios para el Director Supremo: "Ejerza, V. E. –dijo–, en hora buena y rodeado de la admiración pública el atributo más bello y que asemeja a los hombres con Dios, el que es prueba de un corazón nacido para hacer las delicias de la humanidad, y tocado de la compasión que inspiran las desgracias de nuestros semejantes, apartando su vista de los crímenes, dígnese sólo recordar que en ningún habitante de Chile debe existir amargura capaz de perturbar el gozo de este día".

Para la noche quedó el último número del enjundioso programa: un baile en los salones del Consulado, al que concurrieron mil personas invitadas por el Cabildo. El frontis del palacio estaba profusamente decorado con figuras simbólicas. La libertad, coronada de laurel, pisaba grillos y cadenas, y a su lado dos damas, que representaban a Chile y la Argentina, se daban la mano bajo un dosel formado por las banderas de ambos pueblos.

Próximo a la aurora se retiró el Director del baile, siendo acompañados por una diputación del Cabildo. Ningún año habían alcanzado tal realce las fiestas nacionales. El alma de la patria estaba ya en lo hondo de todas las clases y nadie sería capaz de desarraigarla.

27

LOS AÑOS IBAN cayendo sobre las espaldas de Don Ignacio de la Carrera duros y amargos. La muerte de sus hijos Juan José y Luis en la plaza de Mendoza, la vìda agitada en el extranjero de los dos sobrevivientes, José Miguel y Javiera, y el reciente destierro de Doña Ana María Cotapos y Doña Rosa Valdivieso le iban dejando en la soledad y el desamparo. Y ni aun en su apartado rincón podía encontrar un refugio de paz, porque hasta allá la mirada escrutadora del gobierno seguía sus pasos y controlaba la menor de sus actitudes. Si había rumores de subversión y amenazas de golpes carrerinos, se presumía desde luego que él estaría implicado, y la justicia echaba de inmediato mano sobre su persona. En cuanto a su hacienda, ya la tenían saqueada a pretexto de cancelar las deudas de sus hijos.

Habían transcurrido apenas tres meses desde la dictación de la sentencia que envió al Monasterio de la Enseñanza de la ciudad de Mendoza a Doña Rosa Valdivieso, y a la doctrina de Barraza a Doña Ana María Cotapos, por el delito de mantener correspondencia subversiva con el temido Don José Miguel, cuando la justicia volvió a hacerse presente en el hogar del anciano caballero. De nuevo pesaba sobre él una orden de pago, aunque ahora no era la suma lo que más le importaba, a pesar de su indigencia. Era algo más hondo, más tremendo e implacable lo que llevaba envuelta la providencia gubernativa que se le venía a notificar. Y todas las breves cicatrices que la pátina del tiempo había logrado formar en su corazón después de un año del fusilamiento de Mendoza, se rompían brutalmente para dar paso otra vez al dolor paterno.

Tratándose de la muerte de los Carrera, el gobernador Luzuriaga parecía hallar cierto solaz en la aplicación estricta y minuciosa de todas las disposiciones jurídicas y administrativas. Si las normas vigentes contemplaban el pago por el reo de las costas procesales, no había a su juicio motivo para que en el caso de Don Juan José y Don Luis se hiciera una excepción. Y así envió a O'Higgins una minuciosa planilla de los gastos derivados de esa causa, a fin de que con los bienes de los reos se abonaran las partidas que aún se encontraban en descubierto. Entre ellas iba una cuyo contenido macabro desbordaba la brevedad de las líneas: "Diligencias por presenciar la sentencia y ejecución de ella y otras intimaciones: cuatro reales". ¿Se detuvo por un momento en esas palabras la atención del Director Supremo? ¿Pensó en el

padre de los que para él habían sido sólo delincuentes públicos? Quizás no vio en los documentos de Luzuriaga otra cosa que la iniciación de un frío y maquinal expediente administrativo, y por eso, sin el menor titubeo, estampó la siguiente providencia al pie de ello: "Acúsese recibo y pasen estas diligencias al alcalde de segundo voto para que exija de Don Ignacio de la Carrera el pronto pago de los derechos que cobran". Y luego de poner su firma bajo la orden, no volvió a ocuparse del asunto.

Sabía de antemano el viejo patricio la esterilidad de los razonamientos frente a una justicia que le era cerradamente hostil, pero, como en otras ocasiones, se guardó de callar su punto de vista e hizo la defensa resuelta de sus derechos. Sin duda, quería con esto subrayar el vejamen y presentarlo con toda su desnudez y tamaño ante los responsables. Porque, además de las costas procesales del fusilamiento, se pretendía todavía obligarle al pago de una deuda de 21 onzas de oro contraída por Don Luis en Buenos Aires con Don Agustín Garrigós, lo que importaba repetir el caso ya arbitrariamente fallado en favor de Mr. Skinner por el crédito en contra de Don José Miguel.

Con bastante serenidad alegó Don Ignacio frente a las exigencias del gobierno que todo el haber de su hijo Don Luis estaba incluido en la casa materna, ocupada primeramente por el régimen realista y aún retenida por el Estado, y que mientras no se le entregara dicho inmueble se hallaba en la imposibilidad de cubrir las cantidades exigidas. Porque, añadía Don Ignacio, "los bienes del padre, mientras vive, no están obligados a las deudas de los hijos, ni yo en el día estoy en estado de acreditar mi gratitud como deseo".

Pero el fiscal Don José Gregorio Argomedo, que no guardaba afecto por la familia Carrera, salió al paso de estas excepciones y sostuvo que si era explicable que ésta hubiera sufrido quebrantos financieros bajo la dominación española, Don Ignacio tenía bienes suficientes como para pagar en el término de un mes la deuda de Don Luis, sin tener que circunscribirse a la renta de la propiedad a que se había referido. Y el intendente de Santiago, Don Manuel Antonio Recabarren, fundado en este dictamen, ordenó el 28 de julio que Don Ignacio efectuara el pago en el plazo de un mes.

El afectado volvió a insistir sobre su indigencia, agregando nuevos pormenores capaces de ablandar la rigidez de la justicia: "Yo sólo he encontrado —decía, refiriéndose a su vuelta del destierro de Juan Fernández, que le impusieron los realistas— un fundo rústico cargado de intereses insolutos por todos los treinta

meses de mi prisión, con las deudas contraídas para mantenerme en ella y sin frutos de que echar mano, ni aun para costear mi equipaje y menaje, que han sido saqueados y robados enteramente. El fiscal no creerá que no he podido hacerme una camisa aún, ni me queda una silla en que sentarme; pero ello es una verdad que lo probaré en caso necesario".

Mientras el proceso iba a esta altura se corrió la voz de que Don José Miguel Carrera había abandonado Montevideo y que se dirigía en un barco a las costas de Chile, resuelto a promover aquí un alzamiento en contra de O'Higgins. Este, en medio de las preocupaciones derivadas de la nueva salida de la flota al Callao, debió encarar seriamente las posibilidades de este rumor y destacó dos unidades de la escuadra para que vigilaran la costa de la región de Concepción e impidieran a tiempo cualquier tentativa de desembarco. Además, para aquietar a los díscolos y no darles oportunidad de tramar algún atentado contra el régimen, redujo a prisión a los sospechosos, recayendo asimismo tal medida, como en casos anteriores, en Don Ignacio de la Carrera.

Sin mayores miramientos a la edad y a la salud minada, se le arrancó del hogar y llevó preso al cuartel de la Compañía, donde se le mantuvo en estricta incomunicación. Y ni aun por esta circunstancia extraordinaria se detuvo la sustanciación del proceso que se seguía en su contra. Como había ya expirado el término de un mes que le había sido fijado para cancelar la deuda de su hijo, se decretó que "sin excusa ni pretexto alguno, cumpla dentro de tercero día con dicha satisfacción, con apercibimiento de ejecución y embargo".

Sus argumentos tantas veces repetidos no fueron esta vez ni siquiera escuchados y hasta se le denegó el derecho de presentar nuevos escritos. Le quedó sólo el camino de recurrir ante la Cámara de Apelaciones, que en el último término mantuvo la orden de pago, limitándose a ampliar el plazo de su cumplimiento a dos meses.

Pero ya ni el alma ni el cuerpo podían por más tiempo resistir tantas emociones y quebrantos. Y Don Ignacio de la Carrera fue a pedir a la justicia de Dios lo que le había sido negado por la justicia de los hombres.

28

TODA LA ATENCION de O'Higgins se hallaba puesta en el resultado del nuevo crucero de la escuadra por las costas del Perú. La confianza le hacía ver ya abierta la ofensiva en el virreinato, a que estaba llamada a dar remate oportuno la gran expedición de San Martín. Pero, entretanto, el tiempo transcurría sin noticias de Cochrane, y, en cambio, con nuevas poco gratas de la otra banda. Los caudillos seguían perturbando el orden, y todos los esfuerzos del generalísimo para aquietar los espíritus y reconciliarlos para el bien de la patria se estrellaban en el mayor fracaso. Los santafecinos, unidos a las guerrillas orientales de Artigas y asociados con Carrera, que iba tomando relieve en la provincia de Entre Ríos, ponían ya en serios aprietos al gobierno de Buenos Aires y hacían cada día más difíciles las comunicaciones con San Martín, al punto de que éste tuvo que suspender un viaje a la capital, por temor de caer en manos de los sublevados. "Acuérdese usted, mi amigo —le decía O'Higgins, al dar respuesta a una de sus cartas—, cuántas veces le he escrito y comunicado no se ponga inmediato a los tiros de esos desnaturalizados. ¡Si realizan sus negras intenciones y casualmente no las evade usted, en qué conflictos no nos hallaríamos en estos momentos! La sola idea nos aflige, como también los males que nos va a acarrear la invasión de tantos otros vandalajes. Yo no creo que Artigas quiera envilecer más su nombre y ver recaer sobre sí la execración de este Estado en general por la admisión en sus tropas del inmoral José Miguel Carrera y facinerosos que le acompañan". Y luego, volviendo sobre su ilusión, agregaba: "Hasta ahora nada de Cochrane; por momentos espero grandes sucesos; a la fecha está decidida la suerte de la escuadra del Callao y de la que venía de Cádiz".

Pero en los días siguientes comenzarían a llegar nuevas de la flota, y no tan felices como las esperadas por el Director Supremo. El ataque al Callao había sido también ineficaz, no sólo por el fracaso de los cohetes incendiarios, sino también porque la escuadra del virrey se negaba a presentar batalla y se mantenía inmóvil bajo la protección de los poderosos cañones de los fuertes que impedían todo acercamiento a las naves de Chile. El almirante mantenía, sin embargo, su inflexible propósito de lucha y se preparaba a explorar la costa sur del Perú para detener a la anunciada fuerza expedicionaria de Cádiz, que por lo avanzado del tiempo estaría ya próxima a llegar a su destino. O'Higgins

transmitía todo esto a su amigo de Mendoza, advirtiéndole que los nuevos barcos españoles no habían recalado en la costa de Chile, y que si Cochrane no los hallaba a la altura de Arica, ellos estarían sin duda en el fondo del mar.

San Martín devoraba con ansiedad las cartas de Chile, porque cada vez estaba más decidido a dejar su patria y ponerse a la cabeza de la gran expedición al Perú. En su juego complicado y astuto acabó por convencerse de que el gobierno de Buenos Aires, amenazado con la sublevación de las provincias y los periódicos anuncios de desembarcos españoles, había dejado de mano sus promesas de ayuda, y sólo O'Higgins y el pueblo de Chile estaban decididos a mantenerlas, a pesar de los enormes sacrificios que necesariamente tendrían que afrontar. Desde la capital le urgían a trasladarse con todas sus fuerzas, lo que él estaba decidido a no cumplir, pues le parecía absurdo perder en una contienda civil la tropa llamada a afianzar con la caída del Perú la independencia de su patria y de Chile. Tan resuelto se hallaba a desobedecer las órdenes del gobierno porteño, que escribió a O'Higgins en la mayor reserva el 9 de noviembre: "No pierda usted un momento en avisarme el resultado de Cochrane, para, sin perder un solo momento, marchar con toda la division a ésa, excepto un escuadrón de granaderos que dejaré en San Luis para resguardo de la provincia. Sé que se va a cargar sobre mí una responsabilidad terrible; pero si no se emprende la expedición al Perú, todo se lo lleva el diablo. Dígame usted cómo está la artillería de batalla y montaña para la expedición, pues si falta, podemos llevar de la que tenemos en ésta. Tengo reunidos en ésta dos mil caballos sobresalientes, los que marcharán a ésa con la división. Si vienen noticias favorables de la escuadra, haga usted que estén prontas todas las mulas de silla y carga del valle para que transporten los cuerpos del pie de la cordillera a esa capital".

Era ésta la mejor noticia que podía venirle a O'Higgins, y la supo reservar en espera de los acontecimientos del Perú. Pronto llegaron de allá nuevas informaciones que por su importancia transmitió de inmediato a San Martín. El navío "San Telmo", que encabezaba la expedición española, había perdido el timón en las alturas del Cabo de Hornos. "Ya ve usted, querido amigo —le agregaba—, que la suerte se nos presenta propicia y que a usted le proporciona una ocasión y un motivo justo para resistir la orden de su gobierno. Sin la libertad del Perú usted está convencido de que no podemos salvarnos; y ahora éste es el momento de venir usted a Chile con sus tropas, seguro de que, a los dos meses,

estamos en camino para lograr el objeto tan deseado. Aun cuando supongamos que el navío "San Telmo" haya podido tomar puerto enemigo en el Pacífico, mientras se refacciona y se reúne a los otros barcos del Callao, nosotros tenemos la superioridad marítima. Así, pues, venga usted, mi amigo: vuele y se coronará de obra".

Pero su afección reumática cada vez más aguda no permitió a San Martín acudir tan presto al llamado del Director de Chile. Este, que sabía de tales dolencias y aguardaba impaciente su regreso, se apresuró a ofrecerle el remedio oportuno en el propio país: "Los baños de Cauquenes han curado siempre tales enfermedades y yo estoy cierto que la suya, si no es curada en todo, al menos recibirá su alivio el mal. Venga inmediatamente que el estado en que se halla lo permita, y tenga usted la bondad de avisármelo anticipadamente para mi consuelo y el de sus amigos".

Lejos de echar en saco roto este consejo, el generalísimo supo tomarlo muy en cuenta y servirse de la propia enfermedad como pretexto para dar el paso definitivo de desobediencia. El 26 de diciembre se dirigió al Director Supremo de Buenos Aires en términos resueltos: "En vano han sido mis continuas reclamaciones a V. E. por el espacio de tres años para que me concediese la separación del mando del ejército con el objeto de recuperar mi salud. Ya no es necesaria nueva reclamación, pues mi postración absoluta me hace necesario separarme de este encargo. Si V. E. no nombra otro general, el ejército está expuesto a su disolución. Pasado mañana marcho para los baños de Cauquenes, y aunque con ellos experimente alguna mejoría en mis dolores reumáticos, mi enfermedad al pecho no me permitirá por mucho tiempo dedicarme a trabajo alguno". Pocos días después, sin cuidarse de esperar respuesta, se internó en la cordillera rumbo a Chile, más resuelto que nunca a llevar a la meta el fruto de sus desvelos de tantos años.

Por Huechuraba le salió al encuentro O'Higgins con toda la plana mayor del ejército y le condujo a Santiago con grandes demostraciones de júbilo y cariño. De nuevo se le tenía dispuesto alojamiento en el palacio del obispo, donde llegaron a cumplimentarle el Cabildo y los vecinos de más representación. Hasta entrada la noche se mantuvo una tertulia animada y numerosa, rociada con pródigos refrescos. El nuevo año de 1820 parecía introducirse con notas particulares de optimismo. Para todos los ánimos era inminente la hora en que Chile iba a asestar

el golpe de gracia en el corazón mismo del poderío español en América.

29

SEGUIA IMPLACABLE la guerra del Sur, y Freire resistiendo con ímpetu nunca debilitado la acometida periódica de las hordas de Benavides y de la indiada embravecida. Era una lucha sin tregua que consumía vidas y agotaba en la desesperación a pueblos enteros. Pelea sin entrañas, que no se detenía ante el débil y que segaba a párvulos, vírgenes y ancianos. Ultima y vana expresión de una causa que moría sin remedio y sin resignación.

No eran hombres, pero sí armas, víveres y vestuario lo que Freire reclamaba con insistencia a un gobierno que experimentaba las más tremendas crujidas de dinero y que ya no sabía a dónde echar mano para procurarse los recursos más urgentes. Y entonces, cuando O'Higgins se revolvía en la desesperación, su madre y hermana concibieron un último acto de desprendimiento, dejando en sus manos los restos de su ya raleada vajilla de plata para servir los intereses de la patria. A los ministros del tesoro público llegó poco después la nota con que el Director Supremo transmitía este donativo: "No hay clase de sacrificio reservado al que prefiere el martirio y la muerte a una vergonzosa esclavitud. La libertad y la independencia de la cruel España no pueden conservarse si no es dedicando nuestras vidas y fortunas a tan noble resolución: la mía se ha consumido en el templo augusto de nuestra libertad, igualmente ha seguido la de mi familia, sin exigir por esto más recompensa que la gratitud común al sacrificio. Aún quedan ciento sesenta y tres marcos, tres onzas y doce adarmes de plata labrada, única propiedad de estas generosas patriotas; ellas quieren que se amonede para el alivio de los guerreros del ejército del Sur y yo ordeno su retribución cuando las circunstancias sean menos apuradas".

La guerra del Sur iba a tener pronto una variante de importancia gracias a la intervención de Lord Cochrane. Después de incursionar hasta Guayaquil, había devuelto la escuadra por grupos a Valparaíso y seguido él en la "O'Higgins" hasta Corral, donde deseaba efectuar un reconocimiento útil para ciertos objetivos que alimentaba en secreto. Practicada esta inspección, que le permitió adueñarse sin esfuerzo de un pequeño y veloz bergantín realista, siguió a Talcahuano, y allí, en contacto con

Freire, maduró su idea de intentar un golpe contra las fortificaciones de Corral y Valdivia y arrebatar a los realistas su plaza austral más importante. La empresa era indudablemente temeraria si se tenían presentes los medios insignificantes con que se intentaba abatir defensas tanto o más poderosas que las del Callao. Pero no era menos cierto que, de alcanzar la intentona feliz resultado, la resistencia española en el Sur estaba condenada a desaparecer, ya que ella se mantenía merced al auxilio periódico que al través de Valdivia proporcionaba el virrey del Perú.

O'Higgins estaba en el secreto de estos planes con que Cochrane quería volver por su buen nombre de marino, muy puesto en duda por fuertes sectores de la opinión pública después de los dos infructuosos ataques al Callao. Freire, primero, y poco después el mismo almirante, le escribían comunicándole sus proyectos, que el destinatario mantuvo dentro de la mayor reserva, temiendo acaso que su publicidad estimulara ilusiones fáciles, que abatidas después, redundaran en un pesimismo fatal en las vísperas de la gran expedición al Perú.

Transcurrieron así los últimos días de enero y primera mitad del mes siguiente en medio de gran ansiedad para el Director Supremo, y la incógnita vino a despejarse en la mañana del día 17 de febrero, en que llegó a la capital un propio remitido por Don Ramón Freire, con la nueva del triunfo. Pocas horas después la "Gaceta Ministerial", en un número extraordinario que era arrebatado por las calles, traía a todos los habitantes la sensacional noticia. La victoria de Cochrane elevaba su figura a legítimas alturas de heroicidad y abría las puertas a la definitiva paz tan anhelada en el suelo patrio. Sólo quedaba en pie el bastión inexpugnable de Chiloé, que toda la audacia del almirante no había sido capaz de abatir.

Algunas semanas más tarde el vencedor llegaba a Valparaíso en medio del mayor entusiasmo popular. El gobierno le recibió con muestras de señalada gratitud, y con acuerdo del Senado le hizo donación de una hacienda en las inmediaciones de Concepción, confiscada a los realistas prófugos. Con esta medida O'Higgins daba satisfacción a los deseos del almirante expuestos con bastante soltura en una carta desde Talcahuano. Porque, a pretexto de hacer desaparecer la desconfianza que se le tenía por extranjero y demostrar ostensiblemente su propósito de radicarse en el país, Cochrane había pedido autorización para adquirir una propiedad de campo en el Sur, de las que se tenían en secuestro, agregando sin arrugarse que deseaba además hacer esa inversión

porque le asistía la certeza de que con la toma de Valdivia dichos terrenos se cuadruplicarían de valor. "No dudo —concluía— de que en esto consulto mis propios intereses, pero estando unidos a los del Estado, creo que serán dignos de consideración." O'Higgins vio desde luego en esa carta la mal disimulada esperanza de alcanzar la hacienda en donativo y no se opuso a la pretensión, porque, junto con reconocer que el servicio prestado por el lord en Valdivia era de más suficiente para hacerle digno de tal gratificación, pensaba suavizar con ella el difícil carácter del escocés, cada vez menos avenible con el de los hombres que rodeaban el gobierno. Pero una vez logrado su propósito, el diestro marino quiso tapar la boca a los que murmuraban de su utilitarismo y conquistarse la admiración universal con un gesto de desprendimiento inusitado. Y, en efecto, propuso a O'Higgins la venta de la hacienda y la destinación de su importe para el equipo de la expedición al Perú. Naturalmente el ofrecimiento fue rechazado, cumpliéndose así hasta en el último detalle los deseos del lord.

El éxito logrado en Valdivia había dado a Cochrane una confianza tan grande en la eficacia de los golpes audaces, que sugirió a O'Higgins salir de inmediato al Perú con la escuadra, llevando a Freire al mando de dos mil hombres para efectuar operaciones en tierra. El Director no acogió tan resueltamente la idea como el almirante se imaginaba y regresó a Valparaíso con una contestación ambigua y dilatoria. En realidad, O'Higgins se sentía comprometido con San Martín en la realización final de la empresa y no deseaba dar un paso sin proceder con él en el mayor acuerdo.

El generalísimo se encontraba entre tanto en los baños de Cauquenes, sin que su voluntaria reclusión le tuviera distante de los acontecimientos de su patria. Una noticia que le llegó en los primeros días de marzo sobre el derrumbe del gobierno de Buenos Aires y la elevación de personas adeptas a los revolucionarios le hizo convencerse de que nada podía ya esperar de un poder caído ahora en manos hostiles. Su propósito de desligarse por completo de las autoridades porteñas cobraba con esta circunstancia toda su fuerza y estaba resuelto a llevarlo a cabo sin mayor dilación. Debía, eso sí, proceder con argucia, a fin de asegurarse el apoyo de la oficialidad del ejército de los Andes, que por entonces se encontraba acantonado en la villa de Rancagua, bajo la inmediata jefatura del coronel Don Juan Gregorio de Las Heras.

Abandonando para otro tiempo la definitiva curación de su

mal, San Martín resolvió trasladarse al campamento militar para tomar el pulso de los oficiales, que, si mandaban una tropa en su mayor parte chilena, eran casi todos argentinos. Pasó una solemne revista a las fuerzas, husmeó con rapidez el clima espiritual que allí se respiraba y después de separar a algunos jefes que no le inspiraban confianza, se dirigió a Santiago sin haber confiado a nadie el fondo de sus propósitos.

Ya en la capital, se franqueó con O'Higgins, que no disimulaba su alegría de ver próxima la hora de realización de uno de sus más caros anhelos. Una comedia bien tramada permitiría al generalísimo cortar los últimos vínculos con el gobierno porteño y bajo ropajes de sutil legalidad colocar su espada al servicio de Chile para consumar la obra de mayor trascendencia americana.

El domingo 2 de abril se reunía en Rancagua la plana mayor del ejército de los Andes, para dar cumplimiento a una extraña formalidad. El coronel Las Heras había recibido de San Martín un sobre con la expresa advertencia de que debía procederse a su apertura ante toda la oficialidad. Se rompió la cubierta y en medio de la mayor expectación se extrajo un pliego que Las Heras leyó en voz alta: "El Congreso y el Director Supremo de las Provincias Unidas no existen. De estas autoridades emanaba la mía de general en jefe del ejército de los Andes, y de consiguiente creo de mi deber y bligación el manifestarlo al cuerpo de oficiales, para que ellos por sí y bajo su espontánea voluntad nombren un general en jefe que debe mandarlos y dirigirlos, y salvar por este medio los riesgos que amenazan a la libertad de América. Me atrevo a afirmar que ésta se consolidará, no obstante las críticas circunstancias en que nos hallamos, si conserva, como no lo dudo, las virtudes que hasta aquí lo han distinguido." A continuación San Martín impartía ciertas normas sobre la forma en que debería procederse a la designación del nuevo jefe, y agregaba: "Estoy bien cerciorado del honor y patriotismo del ejército de los Andes. Sin embargo, como jefe que he sido de él y como compañero, me tomo la libertad de recordarle que de la unión de nuestros sentimientos pende la libertad de la América del Sur". Y terminaba con unas sugestivas líneas sobre su enfermedad, no tan grave como para impedirle seguir prestando algunos servicios: "A todos es bien conocido el estado deplorable de mi salud. Esto me imposibilita entregarme con la contracción que es indispensable en los trabajos que demanda el empleo, pero no con mi ayuda, con mis cortas luces en cualquiera situación en que me halle, a mi patria y compañeros".

Ciñéndose a las instrucciones dadas allí mismo por San Martín, Las Heras dispuso que se votara en secreto la elección del sucesor. Pero el coronel Dön Enrique Martínez se adelantó a declarar inútil tal formalidad, por considerar que los fundamentos de la renuncia del generalísimo no eran atendibles, lo que asimismo estimaron los comandantes Conde y Alvarado. La unanimidad se produjo de inmediato en torno de esta actitud, y levantada un acta que firmaron los oficiales más antiguos de cada cuerpo, se dejó "sentado como base y principio que la autoridad que recibió el señor general para hacer la guerra a los españoles y adelantar la felicidad del país no ha caducado ni puede caducar, porque su origen, que es la salud del pueblo, es inmudable".

Cuando O'Higgins se enteró del acuerdo tomado por los oficiales en Rancagua, se sintió aliviado de preocupaciones y pudo creer con fundamento que el sueño tantas veces entorpecido iba en camino de realización. Y por medio de su ministro Zenteno comunicó a Cochrane que estaba ya resuelto expedicionar sobre el Perú con cuatro mil hombres. Pero al almirante no le agradó esta noticia e hizo ver al secretario de guerra y marina que una dotación tan alta de tropas iba a causar grandes demoras en su preparación, lo que gravitaría fatalmente en la eficacia de la empresa. Una acción rápida, como la que él había ya propuesto, tenía en su concepto mayores posibilidades de éxito, porque, decía, "es el modo de obrar y el tiempo es lo que importa y no el número de soldados que sean embarcados, que siendo grande, raras veces puede ser provechoso y me parece nocivo a nuestras circunstancias".

Al día siguiente de esta carta, el lord, que iba molestándose progresivamente porque el gobierno no acogía de manera cerrada sus indicaciones, envió su renuncia de jefe de la escuadra al Director Supremo en términos por demás destemplados. Fue necesario que O'Higgins empleara todos sus recursos para moderar los ímpetus del escocés, que en el fondo no podía resignarse a tener que expedicionar al Perú bajo las órdenes de un San Martín.

Pero la calma fue de pocos días, pues luego envió a Zenteno un nuevo oficio en que acusaba amargamente al Director de haber faltado al compromiso de aplicar a la escuadra el valor íntegro de las presas. El ministro, cuya antipatía hacia el almirante no era un misterio para nadie y que estaba ya harto de su utilitarismo, le contestó con firmeza: "El Gobierno cree que tal queja es injusta, voluntariosa y avanzada". Y después de comprobar que de las presas "apenas se ha dado al gobierno una superficial y ligera

noticia de su apresamiento, ignorándose hasta ahora, con agravio de la autoridad suprema, el inventario de los buques, su carga, existencia e inversión de sus productos", concluyó de manera contundente: "Aquí tiene US. que quien verdaderamente se halla defraudado en su autoridad e interés es la supremacía y no los apresadores' .

Pasaron algunas semanas de paz, que todos emplearon en acelerar los preparativos de la expedición. Y luego nuevos incidentes vinieron a acentuar la pugna entre el almirante y el ministro. Zenteno, sin mayor consulta a Cochrane, ordenó que se reconociera al capitán Spry como capitán de bandera de la "O'Higgins' . Y el jefe de la escuadra, que, a más de considerar esta designación como un atropello a sus atribuciones, veía en ella el propósito de colocar a un amigo de su adversario, el capitán Guise, respondió furioso que mientras continuase a la cabeza de la flota no permitiría que le fuera impuesto un subordinado y amenazó con la renuncia si no se retiraba a Spry, lo que al fin consiguió. Envalentonado con esta derrota del ministro y resuelto a vengarse de Guise, en quien veía un instrumento de Zenteno para quebrantar su prestigio, lo redujo a prisión y exigió la formación de un consejo de guerra para juzgarlo. El gobierno se opuso resueltamente a esto, y el lord, considerándose una vez más vejado en sus prerrogativas, envió su dimisión.

Pero ahora la cosa tomó un cariz realmente grave, pues la casi totalidad de los oficiales hicieron causa común con Cochrane y amenazaron con retirarse si el almirante dejaba sus funciones. De hacerse esto efectivo, aparte de quedar la expedición al Perú indefinidamente aplazada, se venía al suelo la propia defensa del Estado con la escuadra sin jefes. No fue sólo O'Higgins, sino la Logia entera la que se movió para adoptar una resolución definitiva frente a los reiterados choques con el lord. Y estuvo en el consenso unánime de los "hermanos" la necesidad de mantener, a toda costa a Cochrane al frente de la flota. Se hacía preciso armarse de una inmensa paciencia y obrar con particular tino con un individuo de la compleja mentalidad del marino escocés, porque sus cualidades eran, por cierto, superiores a las intemperancias de su carácter y sin su auxilio no era posible ilusionarse de los resultados de la empresa al Perú.

O'Higgins se hallaba más resuelto que nadie a contemporizar con el lord. Día a día se esmeraba en suavizar las asperezas, sacrificando a menudo sus puntos de vista y hasta la fuerza de la propia autoridad en aras de una concordia indispensable para

afianzar la obra de la independencia. En esta oportunidad, fue también una carta suya a doblegar al irascible almirante rehusando dar curso a su renuncia y convenciéndolo de que la urgencia de los aprestos de la escuadra aconsejaba postergar para una hora más propicia el juicio del capitán Guise. Cochrane se sometió. Para él O'Higgins continuaba siendo una figura tersa y lineal en medio de las maquinaciones de Zenteno, y en homenaje su persona se dispuso calladamente a seguir trabajando.

30

CUANDO LA PACIFICA obscuridad de la noche convidaba a los santiaguinos al sueño reparador, varios bultos se movían sigilosos por la calle de Santo Domingo e iban desapareciendo uno tras otro por el umbral de una casa. No era esto cosa de excepción, pues a la misma hora día a día la escena se renovaba. Sólo que cierta vez apareció algo más tarde que los demás personajes una figura nueva que, guiada con singulares precauciones por un compañero, se introdujo también en la misma mansión. Y estos postreros visitantes se fueron a acurrucar en una pieza vecina a la que llenaban los concurrentes iniciales.

Se hablaba en la tertulia con pasión descubierta contra el régimen, y los nombres del Director Supremo y del generalísimo iban siempre asociados de tremendos dicterios. Sin ambages se proclamaba la urgencia de apoderarse de ellos y hasta darles muerte, si fuera necesario, para concluir así con un predominio que les era odioso. Había algunos que clamaban venganza por los inmolados en la plaza de Mendoza y por las vejaciones que arrastraran al sepulcro a su anciano progenitor. Y esas palabras tenían un eco que sólo podían darles los que llevaban la misma sangre de las víctimas.

En el curso de la conversación iban saliendo uno a uno los nombres de los cabecillas principales: Don Manuel Muñoz Urzúa y Don Ramón Vásquez de Novoa, fervorosos carrerinos; el capitán de la escolta directorial, Don Ramón Allende; el teniente de la guardia de honor, Don Martín de la Cuadra; el coronel Don José Santiago Luco, a quien se pensaba entregar la jefatura de los cuerpos armados. Todos los detalles del golpe quedaron perfectamente convenidos, fijándose como fecha de su realización la noche del sábado 8 de abril. Una vez apresados O'Higgins y San Martín, se instalaría un gobierno provisional que regiría hasta el próximo regreso al país de Don José Miguel Carrera.

No debieron necesitar más antecedentes los que en la pieza inmediata a la reunión habían escuchado inmóviles y conteniendo el aliento, pues con mucho cuidado fueron deslizándose a la puerta de calle y presurosos cortaron a la plaza hasta llegar al palacio de gobierno. Allí se les franqueó la entrada sin la menor dificultad cuando la guardia se enteró de que uno de los recién llegados era el Director Supremo en persona.

La posibilidad de que, mientras el país buscaba con empeño afianzar su independencia con la empresa del Perú, pudieran reproducirse en Chile los atroces cuadros de la anarquía argentina, era algo que O'Higgins no concebía sino como un sueño de corazones extraviados y carentes del más mínimo sentido patriótico. Los grandes desvelos, los mil sinsabores y desengaños, la ruina completa de sus intereses materiales y hasta el descuido de la salud eran el tributo que él estaba ofreciendo día a día a la tierra de su dilección. El poder no le llenaba de vanidad, sino que le abatía con sus tremendas responsabilidades. Forjar un país en medio de la guerra macabra y aniquiladora y en pugna con un espíritu que resistía las transformaciones radicales y se mostraba reacio a inclinarse a la autoridad, era para él, hombre formado en el campo de batalla y en la disciplina de cuartel, una tarea que sólo merecía sobrellevarse por una inmensa fe en los destinos de Chile. Tan a fondo se había entregado al servicio de la nación, que en la resistencia a su persona no veía sino una oposición a la paz y al bien generales que él se esforzaba en mantener desde el gobierno. De ahí que en el nuevo conato sedicioso hallara, más que un atentado en su contra, un crimen de lesa patria y que en la misma noche en que los conjurados habían resuelto poner en práctica sus planes, los hiciera sorpresivamente detener y entregar a la justicia.

Aunque el proceso se llevó dentro de la mayor reserva y la prensa oficial no se refirió para nada a la conspiración, la calidad y vinculaciones de varios de los afectados impidieron que lo ocurrido se mantuviera en la ignorancia del público. Cada uno buscó a los hechos la interpretación más de su agrado. Y entre los que sentían animosidad por el régimen se habló entonces que O'Higgins, valiéndose de individuos de su confianza, había inducido a los carrerinos a fraguar la conspiración, para hacerles caer en sus manos vengativas. Otros no llegaron a tanto, pero afirmaron que un traidor había llevado a O'Higgins hasta la casa misma donde se preparaba la revuelta, entregándole así todas las llaves del secreto. Y cuando el Senado pasó una terna para

proveer el Ministerio de Hacienda vacante, encabezándola con el nombre del doctor Don José Antonio Rodríguez Aldea, y el Director escogió a éste para el cargo, a pesar de sus reconocidos antecedentes de auditor de guerra de Gaínza y fiscal de la Audiencia de Marcó del Pont, el nombramiento fue estimado por más de uno como el pago ostensible de la delación del complot.

Entretanto la Cámara de Justicia dictó su sentencia el 24 de mayo, condenando a ser pasados por las armas, en el término de veinticuatro horas, a Don Ramón Vásquez de Novoa, Don Martín de la Cuadra y Don Ramón Allende, y ordenando el confinamiento de los demás reos. Pero el Director, no obstante hallarse seguro de que el triunfo de los revolucionarios habría acabado con su propia vida, la perdonó a los tres primeros, conmutándoles la pena capital por la de destierro perpetuo del territorio de la república.

31

LOS ULTIMOS PREPARATIVOS expedicionarios seguían tomando toda la atención de las autoridades y del público. El Director Supremo y su infatigable ministro Zenteno, que no dejó horas para el reposo, como asimismo los miembros del Senado y del Cabildo de Santiago, hicieron cuanto esfuerzo estaba en sus manos para agotar los preparativos. El vestuario y los víveres para la tropa y la marinería, la dotación suficiente de armas, de caballos y mulas para operar en tierra, el dinero indispensable para pagar los sueldos y practicar en la costa del Perú las compras necesarias, sin tener que recurrir a requisiciones que harían odiosa la causa de la revolución, todo esto y mucho más había sido consultado con cuidado y minuciosidad.

Pero aún quedaba un detalle, un punto delicado que O'Higgins anhelaba resolver, pero que por sentimiento de delicadeza no se atrevía a plantear al generalísimo. ¿Con qué pabellón irían al Perú los expedicionarios? Cierto que la mayoría de los oficiales del ejército eran argentinos, pero también lo era que se les había otorgado grado en el escalafón nacional a raíz del acta de Rancagua, que los desligó con su jefe de la obediencia a las autoridades de su patria. Además, la casi totalidad de los soldados eran chilenos, como chilena era la escuadra que los iba a transportar y chilenos asimismo los recursos y todo el empuje efectuado para dar cima a la obra. Resultaba lógico al Director

Supremo que la bandera de la estrella solitaria presidiera como justo premio el más grande esfuerzo desplegado en América en favor de su libertad. Pero la devoción que sentía hacia su amigo San Martín le impedía provocar legítimas susceptibilidades y helaba en su boca la pregunta decisiva. De otro menos comprometido por las circunstancias tenía ella que partir, y nadie mejor que el doctor Don José Gaspar Marín, por su prestigio y soportable franqueza, para sacar a O'Higgins del embarazoso compromiso.

En una de las tantas reuniones celebradas por las figuras más representativas de la política, a fin de arbitrar nuevos recursos para el ejército libertador del Perú, el doctor Marín, como de costumbre, sin circunloquios, lanzó de frente la terrible interrogación:

"—¿Bajo qué bandera marchará, mi general, la expedición?"

San Martín, cogido de sorpresa, no pudo darse tiempo para meditar, y contestó enseguida:

"—Con la chilena, señor Marín."

Un gesto de satisfacción y alivio se dibujó en todos los semblantes. Y el Director Supremo, al término de la reunión, supo agradecer con un efusivo apretón de manos la oportuna salida del doctor Marín.

Quedaban aún pendientes numerosos detalles pequeños, y, para su más rápida y adecuada solución, O'Higgins y San Martín resolvieron trasladarse a Valparaíso. Pero antes de abandonar la ciudad el generalísimo quiso expresar a ella su reconocimiento por conducto de su organismo representativo, el Cabildo. Vistiendo el uniforme de coronel de Granaderos, que había cubierto los primeros pasos de su gloria, atravesó la plaza de armas por entre el gentío que le vivaba entusiasta, hasta llegar al edificio municipal. De pie, en su sala capitular, la vieja corporación le aguardaba para escuchar de sus labios palabras de admiración por los sacrificios generosos con que todos los ciudadanos habían cooperado a la causa de la libertad y expresiones de honda gratitud por el afecto con que el pueblo de Chile había sabido rodearle durante su permanencia en el país.

En la noche, el Senado despidió, asimismo, en reunión solemne, al generalísimo y al Director. El presidente de la corporación, Don José María de Rozas, congratuló a ambos por encontrarse cercana la hora en que los beneficios de la libertad llegarían a las costas del Perú, sancionando así las aspiraciones de la patria.

El 17 de junio partía O'Higgins a Valparaíso con Don José Ignacio Zenteno, dejando entregado a los ministros Don Joaquín de Echeverría y Don José Antonio Rodríguez Aldea el despacho de los asuntos de gobierno interior.

Pocos cuerpos como el Senado habían concedido una atención más preferente al preparativo de la fuerza expedicionaria al virreinato. Comprendía sus inmensas proyecciónes, y en los momentos en que se creyó que el general San Martín, por su permanencia en la otra banda, iba a desistir de marchar al Perú, alentó a O'Higgins a tomar sin demora el mando de las tropas y marchar al Perú. Quería, indudablemente, el Senado la expedición, pero con un agudo sentido nacionalista, la deseaba controlada por Chile, puesto que en ultimo término él solo había hecho frente a todos los gastos en medio de sacrificios sin precedentes. La palabra empeñada por el gobierno argentino de colaborar en la obra se había disuelto en el fragor de la anarquía, y al fin el propio San Martin, sin esperanzas de apoyo de su patria, no tuvo más remedio que acudir a colocarse bajo el pabellón chileno para dar cima al sueño de toda su vida. La escuadra y el ejército que en breve arremeterían contra el último reducto español de importancia en el Pacífico eran un exponente de voluntad colectiva capaz de enorgullecer a cualquier pueblo. La nación tenía derecho a mantener el control de todas esas fuerzas que tanto le habían costado, y los senadores, en extremo quisquillosos y desconfiados de la arrogancia argentina, se dieron a la tarea de elaborar minuciosas instrucciones para reglar con ellas los pasos del generalísimo San Martín.

O'Higgins recibió en Valparaíso el acuerdo del Senado y desde el primer momento se resolvió a no darle curso. Su admiración y respeto a la persona de su amigo y la inmensa confianza que le merecían sus cualidades de estratega y diplomático le impedían hacer suyas unas instrucciones que, en su concepto, estaban sólo llamadas a entrabar su actividad. Lejos de esto, fue otorgando al generalísimo por diversos decretos facultades amplias para la administración de justicia y la concesión de grados militares, como asimismo para entrar en negociaciones y firmar tratados con el virrey del Perú. Pero como eran de prever dificultades entre el generalísimo y el arisco almirante, no olvidó remitir a Cochrane una nota en que le hacía presente que el gobierno había confiado la dirección exclusiva de las operaciones a San Martín y que debía tener por instrucciones las que éste le suministrare en cada caso. "No podrá US. por sí mismo —insistía en el oficio— obrar con el

todo o parte de los buques de guerra de su dependencia, sino que observará absolutamente la línea de conducta que respecto de las operaciones de la escuadra le trazare y fuere trazando el general, según que éste lo creyere conveniente." Y pára dar un remache seguro a estas órdenes, O'Higgins, en una instrucción secreta, facultaba a San Martín para que, en el caso de repetirse las muestras de arbitrariedad e insubordinación de Cochrane, lo separara del mando de la flota e hiciera reconocer como comandante de ella al capitán Don Martín Jorge Guise.

El 18 de agosto empezó el embarco de las tropas. Un inmenso gentío se fue agolpando junto al mar para asistir al impresionante espectáculo. La bahía estaba llena de buques de guerra y de transporte, y la bandera nacional tremolaba esplendorosa en lo alto de los mástiles. Lanchas cubrían periódicamente la distancia entre la playa y los barcos, trasladando hasta ellos a los soldados. Y la escena de despedida de las mujeres y niños se repetía una y otra vez, entre lágrimas de emoción y vivas entusiastas.

Todos estaban ya en sus puestos, y el domingo 20, aniversario del natalicio del Director Supremo, la escuadra debía levar anclas. Temprano los cañones de los fuertes y de los buques saludaron el día memorable y el general en jefe, de pie en una rápida falúa, pasó revista a la flota. Los vítores y canciones de los tripulantes se mezclaban en el aire con los acordes de las bandas militares, dando al espectáculo un signo de cautivadora marcialidad. Hasta el navío de su nombre fueron a despedir a San Martín el Director Supremo y su ministro de guerra y marina, y en los momentos en que O'Higgins se aprestaba a regresar al puerto, puso en las manos del noble amigo, como postrera muestra de estima y de confianza, los despachos de capitán general del ejército de Chile.

Despues del mediodía comenzó a zarpar la escuadra. Impelidas por la brisa se hinchaban las blancas alas de los pájaros gigantes e iban alejándose en suave contoneo. O'Higgins, junto a su madre y hermana, seguía cada uno de sus movimientos. Allí veía realizado el fruto de sus aspiraciones. Durante años, sin darse tregua un instante, había perseguido este momento. ¡Cuántas amarguras, cuántas incomprensiones y abandonos debió soportar para ver la cima! Luchas con las miserias del erario, luchas con el egoísmo de los hombres, desconfianzas en unos, rivalidades en otros, sutiles juegos de San Martín un día, y al siguiente, exabruptos de Cochrane. He ahí la meta del largo calvario resistido con paso inalterable. "Tenga usted, amigo, paciencia —le había escrito Don Luis de la Cruz, conocedor de estos sinsabores—. Nuestra historia

no pueden escribirla hombres. Estos acontecimientos no hay genios que puedan adivinarlos, y es una lástima que nuestra descendencia no tome conocimiento de lo que se ha vencido a más de los españoles." Y ahora que las esperanzas estaban colmadas, podía él franquearse a sus compatriotas y decirles en una proclama: "Sólo la futura suerte de Chile ha podido sostener mi corazón y mi espíritu. Yo debí encanecer en cada instante. El que no se ha visto en estas circunstancias no sabe lo que es mandar".

Esa multitud de alas blancas que progresivamente iban disminuyendo de tamaño llevaban un mensaje de libertad. ¿Cómo serían recibidas en el lugar de su destino? Sin duda les aguardaban instantes duros, pero la fe de esos hombres, bautizados por el fuego de tantos combates, parecía ya anticipar el triunfo. Había llegado el momento culminante de la lucha de varios años que tenía al nuevo mundo transformado en receptáculo de sangre y de lágrimas. La atroz querella de las generaciones se acercaba a su término y el tiempo de la decisión bordeaba ya el cenit.

Iba cayendo la tarde. O'Higgins apuntó al fin al horizonte donde se mecían los heraldos de libertad, y dijo a los que le seguían en su emoción:

"—De estas cuatro tablas penden los destinos de América."

32

AL CABO DE DOS meses de ausencia regresaba O'Higgins a Santiago. Por la calle de San Pablo, donde empalmaba el camino de Valparaíso, una doble fila de tropa le abrió camino, mientras las salvas de artillería saludaban la vuelta del infatigable operario de la emancipación. "Vuestra primera partida a Valparaíso a formar una escuadra —le dijo dándole la bienvenida un miembro del Cabildo— tuvo por consecuencia la destrucción completa de las fuerzas que el enemigo destinaba a esclavizarnos. ¿Y quién no se promete grandes cosas como fruto de vuestro actual viaje a hacer salir la expedición libertadora? " Y el Senado, no queriendo testimoniar en forma menos expresiva la gratitud de la patria por los desvelos y trabajos de su jefe, le concedió el grado de capitán general, haciéndolo efectivo a partir del 14 de diciembre de 1818, en que se le habían otorgado los galones de gran mariscal.

Ya la escuadra estaba lejos, y con ella todos los recursos que

un Estado débil había sido capaz de reunir. Y en el país, ¿qué otra cosa quedaba sino la mayor extenuación como resultado del tremendo esfuerzo? Esta era la nueva inquietud que ya comenzaba a aguijonear a O'Higgins y que en carta de los primeros días de septiembre no disimuló a su amigo y confidente Zañartu, que seguía ejerciendo sus tareas diplomáticas en el borrascoso clima de Buenos Aires. "Todo va combinado —le decía— de modo que la libertad del Perú se haga sin sangre; pero no será sin la substancia de Chile, que ha apurado sus recursos hasta lo increíble. Ni en dos años más podrá el gobierno recibir ni la tercera parte de sus entradas anuales, pues están vendidas con pérdida inaudita. No sólo el crédito del Estado queda empeñado, sino también el personal mío, último recurso que pude hacer valer con los extranjeros en dos meses cinco días que me ocupé en Valparaíso hasta tener la satisfacción de ver salir el día de mi cumpleaños la escuadra surtida como la mejor de su clase y un ejército que en su alegría y algazara lleva demostrada la victoria. Va equipado con tres vestuarios, más de cien mil pesos de la caja militar, pertrechos y demás útiles para cinco años, víveres para seis meses. En fin, Chile ha hecho lo que pueblo alguno de los revolucionados ha alcanzado. Su gloria y la gratitud de la América serán eternas."

No sólo el porvenir económico se presentaba obscuro al Director. También el panorama político comenzaba a tener sus nubes. Los gérmenes de resistencia a su voluntad omnímoda volvían a rebrotar, y ya no sólo del campo carrerino, sino también del de sus más reconocidos adeptos. La designación de Rodríguez Aldea para el Ministerio de Hacienda era algo que a todos unía en el desagrado y la crítica. Y los rumores que asociaban su nombre a la delación del complot de abril, lejos de detenerse, seguían engrosando, al punto que el afectado había dirigido su renuncia a O'Higgins en los días del viaje de la escuadra. "Viva usted tranquilo, porque yo sé apreciar a los hombres de bien —le había contestado desde Valparaíso—. No puedo permitirle sus renuncias, porque éstas nacen, sin duda, de temores que no debe tener; trabaje usted por su país y no haga caso de los que quieran perderlo." Esto lo decía el Director muy resueltamente porque el antiguo fiscal realista se le había ido introduciendo con argucia hasta pasar por brazo providencial e insubstituible del gobierno.

Pero había algo más. El Senado, muy celoso de sus prerrogativas, supo con profundo desagrado que O'Higgins, burlando sus acuerdos, no había dado curso a las instrucciones

impartidas a San Martín. El jefe supremo se excusaba alegando que toda traba impuesta al generalísimo en el desempeño de sus altas funciones podría ser, en el curso de las complejas operaciones de la guerra, de fatales resultas. Pero el Senado no se dejó convencer por estas razones, y por oficio de 2 de octubre condenó sin ambages la actitud del Director: bien estaba que en lo militar se dejara a San Martín absoluta libertad de acción, "pero el modo y forma de gobierno que debe establecer y sostener en los puntos que liberte; la conducta que debe observar en esos pueblos y toda otra probabilidad en lo civil y político pueden hacer resultar perjudiciales cargos y contradicciones entre ambos Estados, que no han de tener otra tendencia que contra el gobierno que mandó la fuerza, si acaso no dio instrucciones con que bonifique después su conducta... El juicio de la posteridad y acaso el presente —concluía la requisitoria senatorial— residenciaría a las autoridades que constituyeron y mandaron sus fuerzas a otro Estado, dejándolas al arbitrio de un comisionado sin órdenes ni límites".

No siguió la querella más adelante, porque otros asuntos más urgentes reclamaron la atención de todos. A pesar de la toma de Valdivia, la guerra del Sur no se había extinguido. De nuevo Benavides, con el auxilio de la indiada, se lanzaba en sus atroces correrías. Yumbel caía en manos de sus temibles bandas, en el Pangal era destrozado otro destacamento patriota, y cuando el mariscal Don Andrés del Alcázar evacuaba Los Angeles con toda la población, el guerrillero le salió al encuentro en el paso de Tarpellanca, a orillas del Laja, y después de un desigual combate obtuvo su rendición. Pero esta vez, como en los otros casos, la vida de los prisioneros no fue respetada, y Alcázar pereció asesinado con más de veinte oficiales, entre los que se encontraban varios héroes de Maipo. Ante estos reiterados desastres, Don Ramón Freire se sintió inseguro en Concepción y se replegó con sus escasas tropas y muchas familias de la ciudad al puerto de Talcahuano, donde las fortificaciones podían prestarle mejor amparo. Y desde allí urgió al gobierno a que le despachase inmediatos auxilios.

Equipar nuevas tropas y dotarlas de armamento suficiente era poco menos que una utopía. Todo se lo había llevado consigo la expedición al Perú y apenas quedaba en Santiago una tropa insignificante y mal equipada para mantener la seguridad pública, periódicamente amagada por los adversarios del régimen. No obstante, O'Higgins ordenó al coronel Don Joaquín Prieto que se

trasladara con algunos hombres a la región del Itata, a fin de organizar con las milicias locales la resistencia a Benavides. Y por mar dispuso que se remitieran víveres y municiones a Talcahuano.

Al cabo de algunas semanas O'Higgins vino a enterarse de que los auxilios despachados a Freire habían resultado en su mayor parte inservibles, a causa de la inescrupulosa adulteración de las mercaderías hecha por los concesionarios. Supo también que el bravo coronel, sintiéndose en el más completo abandono y desesperando conseguir refuerzos, intentó una audaz salida al campo enemigo, con tan buen efecto que, después de dos encarnizadas acciones, pudo recuperar la ciudad de Concepción y poner en lamentable fuga a Benavides. Pero con estas noticias de alivio le llegó también luego al Director la renuncia que Freire hacía de la intendencia del Sur. "Angustiado frecuentemente mi espíritu por la falta de recursos para el sostén de la división de mi mando en el espacio de dos años de continua guerra en esta provincia, viéndome repetidas veces sin tener víveres para estas virtuosas tropas, mal pagadas y vestidas, mi salud se ha quebrantado y no me permite desempeñar más tiempo el cargo que se me ha confiado", decía Freire con no escaso sentimiento. Las razones de O'Higgins, fundadas en las difíciles circunstancias económicas del país, convencieron, sin embargo, luego al valeroso defensor de la Frontera de que no debía insistir en su renuncia y continuó con su acostumbrado brío al frente de la provincia.

Mezcladas con las nuevas de la lucha del Sur iba también recibiendo el Director Supremo las primeras noticias de la expedición al Perú. Después de desembarcar en Paracas, el generalísimo había ocupado Pisco, dirigiendo desde allí una activa labor de agitación revolucionaria por medio de sus agentes en Lima. El virrey Pezuela, percatado de la grave amenaza que representaban el poderoso ejército y la escuadra de Chile, resolvió entablar negociaciones con San Martín y le envió con este fin un parlamentario. Muy satisfecho quedó el jefe expedicionario de tal paso, porque así ganaba tiempo en su labor subterránea de socavamiento del régimen e iba enterándose con minuciosidad de la verdadera posición del adversario. Comisionó así a su secretario Don Juan García del Río y al coronel Don Tomás Guido, el antiguo diplomático rioplatense, para que concurrieran en su nombre a entrevistarse con los delegados de Pezuela, en el pueblo de Miraflores, vecino a Lima. "Tanto en el camino como durante nuestra estada en Miraflores —escribía García del Río a O'Higgins— puedo asegurar a usted que no perdimos el tiempo. El

virrey pensó desde luego alojarnos en la capital; pero era tal la gente que acudía a ver la cara de este par de rebeldes, que S. E. se asustó y no permitió que estuviésemos tan inmediatos. El tratamiento que nos dieron fue tan magnífico, como pudieron haberlo recibido unos enviados del rey de la Gran Bretaña, con la diferencia, aunque justa, de que nos pusieron una gran guardia y multitud de centinelas. Estas precauciones no impidieron, sin embargo, que adquiriésemos cuantas nociones podían interesarnos y aun más allá de lo que nunca nos habíamos prometido. Espero agradará a usted nuestra comportación en Miraflores, como que hasta ahora tenemos el noble orgullo de que ningún insurgente haya proferido verdades semejantes por escrito, y aún más de palabra, ante un jefe español y sus ministros."

Pero, como era de esperarse, las negociaciones no llegaron a ningún resultado satisfactorio, y el virrey debió comprobar luego la eficacia de las armas de Chile a través de sucesivas derrotas en la región de la sierra. A fines de octubre, San Martín reembarcaba sus hombres y se dirigía más al norte en busca de un sitio que le permitiera ejercer presion sobre Lima. De paso por la bahía del Callao se cuidó muy bien de hacer una exhibición de las fuerzas capaz de sobrecoger al enemigo y de estimular a los patriotas peruanos a lanzarse a la lucha. Y después de cumplir esta tarea siguió adelante, yendo a fondear en Ancón.

Cochrane, que estaba impaciente con esta guerra de corte diplomático e insistía en que los grandes impulsos superan en eficacia a los planes lentos y muy premeditados, se prometió no abandonar las aguas del Callao con la "O'Higgins" sin antes herir a la armada española, que seguía agazapada bajo los cañones protectores de las fortalezas. En la noche del 5 de noviembre brotaron de la "O'Higgins" varias lanchas tripuladas por hombres de inquebrantable audacia y se dirigieron resueltas al lugar donde se encontraba la "Esmeralda", el más poderoso de los buques del virrey. Bogaron dos horas en silencio, hasta llegar al costado de la fragata. Era el momento decisivo, y Cochrane, apersonándose a su rival el capitán Guise, que se había incorporado a la aventura, le dijo:

—¿Recuerda usted, capitán Guise, el desafío que tenemos pendiente?

—Sí, *my lord.*

—Pues bien, la victoria será del que llegue primero allí —y señaló con el índice el puente de la "Esmeralda".

—Está muy bien, *my lord.*

Y uno a estribor y otro a babor, empiezan con sus hombres a escalar el barco. Ya están en la cubierta. Pero ahora la alarma se ha extendido y comienza la lucha tenaz. En la bahía se propaga pronto la noticia y los fuertes disparan, aunque sin la eficacia deseada. En medio de la refriega se oye un grito vigoroso: "Estoy aquí, *my lord*". Es Guise, que ha alcanzado el puente y vencido así a su rival. En breve el combate toca a su fin y Pezuela ha perdido la mejor de sus naves.

Al transmitir a O'Higgins la nueva del acertado golpe del almirante, San Martín agregaba: "Sirvan estas agradables noticias como un pequeño resarcimiento de los esfuerzos de los chilenos, y a V. E., como el primer agente, lo felicito del modo más sincero por ver realizadas sus miras de libertar a la América del Sur".

Las comunicaciones siguientes debían traer aún más complacencia al Director Supremo, porque hablaban de los alzamientos de Guayaquil y de Trujillo, de la defección del batallón realista "Numancia" y de la sensacional deposición del virrey Pezuela por los oficiales de su ejército que, reputándolo incapaz de detener el proceso revolucionario, lo habían substituido por el general Don José de la Serna.

33

EN MEDIO de las grandes preocupaciones de la guerra del Sur y de la liberación del virreinato, quedaba siempre espacio para las obras de progreso local. El año de 1821 iba a presenciar el término de una tarea de vastas proyecciones económicas iniciada desde tiempo atrás por el celo emprendedor de un temperamento pacífico y alejado de las luchas políticas, Don Domingo de Eyzaguirre. Era el canal de Maipo, que permitiría no sólo engrosar con sus aguas el caudal del río Mapocho, sino también regar por primera vez el extenso llano de Maipo, que se extendía al sur de la ciudad, yermo e inutilizable. O'Higgins había alentado esta empresa con interés y asimismo las ilusiones caritativas de su empeñoso director, que al ver fertilizadas las tierras de las inmediaciones, concibió la idea de alzar allí una villa donde pudieran instalarse los militares en retiro y las viudas y huérfanos de los héroes de la independencia. El 9 de febrero se hizo el trazado del nuevo pueblo, que llevó el nombre de San Bernardo en honor del Director, y desde entonces Eyzaguirre se dedicó, infatigable, a la realización de sus sueños. Un monte de piedad anticiparía a los interesados los recursos para adquirir los sitios en

la villa, con el compromiso de emplear en la construcción y menaje de las casas sólo madera del lugar y de vestirse con los paños de una fábrica que allí se establecería.

Un hondo espíritu nacionalista había germinado y brotaba en cada ciudadano el sentido del progreso. Chile tenía en esos momentos la más poderosa escuadra del continente y su pabellón no sólo se paseaba victorioso por las costas del Pacífico americano, sino que alcanzaba hasta las aguas de la India y de la China con los barcos de la Compañía de Calcuta que había fundado y dirigía Don Agustín de Eyzaguirre. Para Chile sonaba la hora del mar y el Director Supremo acariciaba ya la esperanza de llevar sus naves, a la caída del virreinato, a amagar seriamente el poder de España en las Filipinas.

Y aunque esto no pudiera hacerse, quedaba todavía mucho que realizar en el seno mismo de la patria, y el Senado, alentador de la iniciativa privada, quiso coordinarla con la fundación de la "Sociedad de los Amigos del País", llamada a dar impulso a la industria y a la agricultura. Don Manuel Blanco Encalada, que se había retirado de la marina, y ahora servía el cargo de comandante de armas de Santiago, recogió con gran entusiasmo esta idea y desde luego ofreció como sede del nuevo organismo su casa habitación, en la calle de Huérfanos, próxima al cerro de Santa Lucía, que había comprado con la cuota que le tocó en el reparto de presas de la fragata "María Isabel".

El 1º de marzo tuvo lugar la primera sesión con una lucida asistencia. Don Manuel de Salas, Don Juan Egaña, el ministro Zenteno, el general De la Lastra y otras figuras de importancia habían acudido a la cita. Blanco Encalada, en patrióticos términos, ponderó las riquezas de Chile y a la vez el abandono en que se hallaba su explotación, debido sobre todo a la ignorancia y a la falta de estímulo. A su juicio, urgía promover en el país el amor a las ciencias y artes y dar impulso a la educación de la juventud. Todos estos nobles objetivos iba a perseguir la nueva sociedad, a la que invitaba a los presentes a adherir, como lo hicieron con gran entusiasmo, firmando el acta de constitución, que fue remitida de inmediato al Director Supremo.

Aunque el interés y la asiduidad de los miembros se mantuvieron en las primeras reuniones, luego la asistencia comenzó a ralear y en una sesión Blanco Encalada, vivamente incómodo, se quejó de la gran apatía que reinaba en el país y culpó de esta inercia al gobierno. Don Domingo de Eyzaguirre, que era uno de los escasos socios concurrentes, le contradijo

representándole el gran empeño demostrado por el Director Supremo en el equipo de la expedición libertadora del Perú y en otras múltiples obras de progreso. Pero Blanco, exasperado, le interrumpió: "¡Aunque venga aquí el gran turco, nada se sacará! ", con lo que la escena se apagó bruscamente y los contertulios se dispersaron.

Transcurrieron unos días, y el 6 de junio Blanco se vio sorprendido con una orden de arresto en su propia casa. O'Higgins había sido informado de que el comandante de armas de Santiago manifestaba ostensibles propósitos subversivos, al punto de haber dicho, refiriéndose al gobierno, "que por su inercia querría que mandara el gran turco". Sus sospechosas actitudes exigían la iniciación de un inmediato proceso, que el Director hizo también extensivo a los cuñados de Blanco, los oficiales de la guardia de honor Don Rafael y Don Agustín Gana. Se tomaron declaraciones a los miembros de la "Sociedad de los Amigos del País", pero nada resultó más allá de la ocasional crítica de Blanco a la apatía del gobierno. Una mano oculta movía, no obstante, toda suerte de resortes en contra del inculpado y logró traer al proceso el testimonio de un oficial a quien Blanco había arrestado por insubordinación. El comandante Don Francisco Formas, al impulso del rencor, no vaciló en asegurar que Blanco había intentado constituir una compañía privilegiada de artilleros, con indudables miras de ambición política Ya se tenía un punto de apoyo para que el fiscal militar Don Juan José Valderrama pudiera concluir que de los antecedentes reunidos fluía con claridad que Blanco preparaba en su casa una conspiración para tomar el poder, con ramificaciones en el ejército a través de sus cuñados Gana, y que pidiera la separación del delincuente de todos sus cargos y su destierro de la ciudad. A su vez, el Tribunal Militar, predispuesto de antemano, dictó su sentencia en este sentido. Pero O'Higgins no se atrevió a aplicarla con toda su dureza y haciendo honor a los antecedentes del reo y a su carácter de antiguo miembro de la Logia, le puso un puente de plata, permitiéndole reincorporarse a la marina y seguir al Perú.

En realidad, el Director apenas se había enterado del sutil juego de que había sido objeto. Hasta la partida de la escuadra, su espíritu blando y sencillo se dejó guiar casi sin resistencia por San Martín y los hermanos de la Logia. Pero desde que ésta se había prácticamente disuelto con el traslado al Perú de la casi totalidad de sus miembros, una nueva influencia comenzaba a cernerse sobre su ánimo. Rodríguez Aldea se disputaba en porfiada lucha

con Zentenó el dominio de su voluntad. Meloso y sumiso de apariencias, sabía tejer fino en la penumbra y no titubeaba en la calidad de los recursos para lograr sus objetivos. Se sabía aún poco firme en el gobierno, y para afianzar su situación estaba resuelto a eliminar todo lo que se interpusiera entre él y el Director y servirse con astucia de las circunstancias favorables.

Las noticias cada vez más alarmantes que iban llegando de las provincias transandinas hacían verosímil que Carrera pudiera aparecer por estas tierras. Ligado a los caudillos Francisco Ramírez, de Entre Ríos, y Estanislao López, de Santa Fe, había contribuido al derrocamiento de las autoridades de Buenos Aires y bajo el breve gobierno que allí ejerció Don Manuel de Sarratea obtuvo las licencias necesarias para formar con los soldados chilenos, repartidos en los diversos batallones de la ciudad desde la inmigración de 1814, un cuerpo militar propio, con el que esperaba dirigirse a su patria. Viendo la complicidad de Sarratea en estos aprestos revolucionarios, Don Miguel Zañartu, que mantenía una vigilancia estrecha de todos los pasos de Carrera, se quejó al gobernador porteño en términos enérgicos, y luego de calificar el apoyo a los preparativos expedicionarios de Don José Miguel como una declaración de guerra al Estado de Chile, solicitó sus pasaportes para regresar al país. Al cabo de varios incidentes, el agente diplomático fue expulsado a Montevideo, desde donde no cesaba de escribir a O'Higgins sobre los manejos de Carrera y sus aliados. Así el 23 de julio de 1820 le participó que la masonería porteña había tomado cartas en favor del caudillo, porque deseaba vengar la muerte de su hermano Don Luis, que era de la cofradía. Y agregaba al Director: "Mucho cuidado con estas ramificaciones. V. sabe cuán extendida está en el ejército la masonería. Lo que más encargo a V. son golpes de energía en cualquiera ocurrencia".

Las cosas, sin embargo, fueron tornándose críticas para Sarratea, el socio de Carrera, que acabó por ser destituido. Una serie de luchas y trastornos siguieron a este acontecimiento, hasta entregar por fin el gobierno de Buenos Aires a Don Martín Rodríguez, adversario resuelto de Carrera. Sin fuerzas suficientes para oponérsele, abandonado por López, el caudillo de Santa Fe, que acabó pactando la paz con Rodríguez, Don José Miguel, que no desfallecía en sus propósitos, resolvió buscar el apoyo de los indios de la pampa. En su compañía pensó entonces abrirse paso a Chile, meta de sus esperanzas, no sin cometer entretanto las mayores depredaciones por campos y aldeas. De todos los

territorios, el que más sufrió fue sin duda la región de Mendoza, tanto que su gobernador, Don Tomás Godoy Cruz, pidió refuerzos a Chile para hacer frente a las bandas. O'Higgins se los prestó gustoso, aunque no en la cantidad que hubiera deseado, porque la situación económica era cada vez más angustiosa. "No queda otro arbitrio para defender a la provincia de Cuyo de la invasión de Carrera —escribía el Director a San Martín, el 16 de mayo— que auxiliarla con armas y dinero. Para lo primero se hará con detrimento de las que iban a marchar por mar a Buenos Aires; en lo segundo está la dificultad, pues no hay quién lo preste ni con el interés de un cuarenta por ciento; nuestro ejército del Sur no se paga por su falta; los empleados civiles y aun mis propios sueldos no se pagan desde la salida de la expedición; de suerte que parece exageración que para mis gastos de mantención tengo que buscar mensualmente, con vergüenza mía, quién me preste quinientos pesos". La tarea de juntar recursos en estas circunstancias pertenecía al mundo de los hechos milagrosos y el gobierno fue capaz de realizarlos, porque ante el peligro de la anarquía todo gravamen le parecía insignificante. Pero como no bastaba combatir a Carrera en la otra banda, teniendo él aún en Chile resueltos aliados, la vigilancia de O'Higgins se aumentaba día a día y su oído estaba alerta a cualquier rumor sospechoso.

Rodríguez Aldea, interesado en servir con eficacia a su jefe, se mantenía también en guardia, resuelto además a no perder ocasión propicia a sus planes de hegemonía. El incidente de la "Sociedad de los Amigos del País" vino a proporcionarle una que por cierto supo aprovechar. Su émulo Zenteno era deudo y amigo íntimo de Blanco Encalada y de los hermanos Gana, y toda la sombra de infidelidad que recayera sobre ellos se proyectaría también sobre el ministro de guerra y marina. La condenación del comandante de armas de Santiago y de sus cuñados era preciso obtenerla a toda costa, y era verosímil contar para ello con el apoyo de O'Higgins, abultando el presunto simulacro de revuelta en contra de su persona.

Zenteno comprendió muy bien todo el alcance de la intriga y defendió apasionadamente ante el Director la inocencia de Blanco y sus hermanos políticos. Pero si la sentencia condenatoria fue ablandada por O'Higgins, quedó siempre en éste la impresión de que Blanco había tramado su caída, y los ardorosos razonamientos de Don José Ignacio no lograron convencerlo. A éste, ya vencido, le resultó insostenible permanecer colaborando junto a su adversario en condiciones tan humillantes. Sus

relaciones con O'Higgins habían experimentado un cierto enfriamiento, y como viejo patriota le dolía hasta el alma ver su amistad pospuesta a las artimañas del antiguo compañero de Gaínza y de Marcó. Prefirió alejarse de las tareas ministeriales y aceptar el cargo de gobernador de Valparaíso, vacante por el viaje al Perú que hacía Don Luis de la Cruz. Y aunque la designación tuvo el carácter de provisional y se le mantuvo el rango de ministro, el despacho de marina pasó a ser atendido por Don Joaquín de Echeverría, titular de las carteras de gobierno y relaciones exteriores, y el de guerra por Rodríguez Aldea, que completó así su anhelada prepotencia.

34

EN NADA PARECIA haber mejorado en el Perú la causa de España con la caída de Pezuela y el advenimiento de La Serna. El nuevo virrey se sintió pronto, como su antecesor, en una tremenda encrucijada, y a igual que él, intentó gestiones de avenimiento. Hubo una conferencia de plenipotenciarios en el valle de Chancay sin ningún resultado, pues mientras los agentes de La Serna estimaban gran concesión el que el Perú siguiera unido a la monarquía española bajo un régimen constitucional, los delegados del generalísimo no se contentaban con esto y pedían la independencia absoluta. Nuevas negociaciones abiertas en la hacienda de Punchauca, a cinco leguas de Lima, dieron como resultado el pacto de un armisticio provisional y la concertación de una entrevista entre La Serna y San Martín.

El generalísimo mantenía al tanto a O'Higgins de todos estos trámites, con los que procuraba evitar el derramamiento de sangre e ir ganando por la persuasión nuevos adeptos a la causa de la libertad en una tierra que apenas parecía sentir su urgencia. Pero se cuidó bien de decirle que en su conversación con el virrey había avanzado la idea de establecer en el Perú una monarquía constitucional independiente, con un príncipe de la casa real española como cabeza. Sabiendo al país hondamente ligado a las viejas tradiciones coloniales, le parecía de una elemental prudencia ofrecer esta transacción, que por otra parte encontraba cierta acogida en La Serna y varios de sus consejeros.

El virrey había quedado de dar una respuesta definitiva y San Martín fue a esperarla a bordo de la goleta "Moctezuma", frente al Callao. Ella llegó anunciando que los jefes del ejército no se

prestaban de modo alguno a aceptar la independencia sin consultar a la corte de Madrid. No obstante el fracaso de este intento de avenimiento, se mantuvo el contacto entre La Serna y el generalísimo, y éste, deseoso de ganar tiempo, persistió en continuar la lucha diplomática, a pesar de las críticas de que era objeto de parte de muchos de sus oficiales, sobre todo de Cochrane, que abogaba por la inmediata acción militar.

En esos días recaló en la bahía la corbeta británica "Conway", y su capitán, Basil Hall, que seguía con interés el desarrollo de los acontecimientos, pasó a saludar a San Martín a bordo de la "Moctezuma". El generalísimo, más aquejado que nunca de sus dolores reumáticos, le recibió no obstante con afabilidad, y hablándole de los comentarios adversos que se hacían a su actuación, le dijo: "Se me pregunta por qué no marcho inmediatamente sobre Lima. No me detendría un momento si esto conviniera a mis propósitos. No ambiciono la gloria militar ni la fama de conquistador del Perú. Mi único deseo es libertar este país de la opresión. ¿Qué haría en Lima si los habitantes de este país me fueran contrarios? La causa de la independencia no sacaría ninguna ventaja. Mi plan es diferente. Deseo ante todo que los peruanos se adhieran a nuestra causa y no dar un solo paso sino de acuerdo con la opinión pública. Cuando la capital quiera declarar sus sentimientos, yo le daré la oportunidad de hacerlo sin peligro. Esperando este momento, me he abstenido hasta ahora de avanzar. Los que conocen la extensión de los medios que han sido empleados pueden explicarse las causas de este retardo. Día a día he ido ganando nuevos aliados en los corazones del pueblo. En cuanto al punto secundario de la fuerza militar, yo he sido, por las mismas causas, igualmente afortunado y he podido aumentar el ejército libertador, mientras que los españoles han visto disminuirse el suyo por la miseria y la deserción. El pueblo conoce ahora sus propios intereses y los peruanos están en situación de expresar lo que piensan. La opinión pública es un elemento nuevamente introducido en este país. Los españoles, incapaces de dirigirla, habían impedido su ejercicio; pero conocen por experiencia su fuerza y su importancia".

La prórroga del armisticio no podía ser indefinida y las tentativas de avenimiento eran ya del todo infructuosas. El generalísimo creía haber alcanzado suficientes ventajas dilatando el curso de los acontecimientos y, en efecto, el 2 de julio pudo adueñarse de Lima sin disparar un solo tiro, pues el virrey prefirió salir de la ciudad para preparar la resistencia desde el interior.

Había concluido la etapa diplomática y la guerra iba a comenzar. San Martín la veía venir con gran optimismo, a pesar de que la epidemia de tercianas causaba víctimas entre sus soldados. Comparando su situación con la del enemigo, escribía a O'Higgins: "El tiene igual o mayor número de enfermos que nuestro ejército, aunque menos medicinados, pero peor alimentados; la opinión no sólo de la América, sino de la mayor parte de los europeos sensatos, está por nosotros; su ejército, minado en favor de la causa, pasándose a nuestras banderas; el hambre los acosa y no les queda otro recurso que retirarse al Cuzco para prolongar la guerra, como tengo noticia es el plan que se proponen. Es cierto que ellos me clavarán la artillería, destruirán parte de las fortificaciones, pero todo esto se repara pronto. Por otra parte, la esperanza de la escuadra está fundada en las promesas que le tengo hechas y con el armisticio no podría cumplirlas". "Yo no ignoro —agregaba en su carta, refiriéndose a las ventajas que habría podido proporcionarle la prolongación del armisticio— que con los recursos del territorio que me quedaban podía con economía mantener el ejército; pero ¿y la escuadra? ¿Cómo se la remito a Chile, cuando sé que no tiene usted un solo peso con que pagarla? Yo no podía sustentarla en este intervalo y, de consiguiente, su disolución era positiva, perdiendo Chile por este motivo sus esfuerzos, y toda la América del Sur, la responsabilidad y seguridad que le da esta fuerza naval." Estas eran las razones que le movían a reanudar las hostilidades y ante ellas el Director Supremo respondió el 19 de julio: "Muy sabias son las reflexiones que usted me indica motivaron a no aceptar el armisticio y a romper la guerra; cuanto usted ha obrado acerca del particular tiene toda mi aprobación y la de los hombres sensatos".

La noticia de la toma de Lima se recibió en Chile por intermedio del coronel Borgoño, que trajo además a O'Higgins, como un delicado presente, cuatro banderas tomadas por los realistas en el sitio de Rancagua y que se mantenían en custodia en una iglesia de la Ciudad de los Reyes. Tal alegría produjo en Santiago la nueva de la llegada del emisario del Perú, que muchas personas de distinción acudieron a su encuentro hasta una legua de la capital para conducirle a ella en medio de las mayores aclamaciones. Luego la plaza se vio inundada por el pueblo que, apretándose junto al palacio de gobierno, requería una y más veces la lectura de los partes oficiales. Y los gritos de entusiasmo eran periódicamente ahogados por las salvas de los fuertes, mientras ondeaban desde los balcones de la residencia del

Director las cuatro reliquias de Rancagua, imagen de una valerosa resistencia que ahora lograba su más alta compensación.

Era la bandera de Chile, era el ejército de Chile el que había obtenido tan señalada victoria. El espíritu pujante de la nueva nacionalidad comenzaba ya a recoger sus laureles ante el mundo admirado. ¿Cuánto más sería aún capaz de hacer un pueblo de tan firme voluntad y resuelto espíritu de empresa? Era lo que O'Higgins se preguntaba, dejándose llevar por la euforia del momento.

Por la noche se ofreció en palacio un baile suntuoso. Y no faltaron los brindis: el del Director, por la gloria de San Martín; el del general Calderón, por el acertado nombramiento que O'Higgins había hecho del jefe de la expedición; y el del poeta oficial, Don Bernardo de Vera, por la independencia de la vieja tierra de los incas:

Alce Huáscar la frente
desde el silencio de su tumba fría,
y al mirar a su patria independiente
salude el claro día
en que los hombres libres la salvaron
y el tricolor chileno enarbolaron.

Una proclama llevó a todos los sitios la voz inflamada de O'Higgins, que quiso hacer fruto de toda la nación el pago de sus personales desvelos: "Este momento no me es tan apreciable por la gloria con que acaban de sellarse los triunfos con que la Providencia ha querido hacer venturosa la época en que me había confiado el arduo destino de presididir los de la patria, cuanto por ver satisfechos los de la nación y sus altos sacrificios. Si hoy mismo fuese el último día de mi vida, yo muriera con más orgullo que en medio de las filas de Marte".

Y para San Martín, el amigo siempre admirado, quedaba la palabra más espontánea, abierta y apasionada: "Millares de veces sea bendita la eterna Providencia que nos ha concedido ver la luz del día 10 de julio y del primero de la libertad de la capital de los Pizarro. Toda la amargura y desconsuelo pegada en la triste inauguración de una cansada administración que luchaba con la incertidumbre la ha deshecho su apreciabilísima del 19 del pasado; transportado de júbilo he sentido los momentos más plausibles de mi vida. No tengo otra cosa con que remunerar los afanes de un amigo que me presenta tanta dicha, que ofrecerle hasta mi existencia y asegurarle mi eterna gratitud". Luego,

refiriéndose a la resolución de San Martín de tomar el mando político del Perú, en vista de no existir en el país quien pudiera afrontar con éxito los primeros pasos del nuevo régimen, O'Higgins agregaba: "El bien más grande que usted hace a esos pueblos es el de mortificarse en regirlos. Se va a economizar mucha sangre que la anarquía no tardaría en derramar en gentes bisoñas y nuevas en la revolución. Aseguro a usted, mi amigo —concluía, trayendo en un instante a la memoria los sinsabores del gobierno—, que más de una vez he temblado en la confianza de esta resolución; pero desde ahora confío en que todo, todo se ha de aceptar". ¿No eran, al fin de cuentas, compensaciones estupendas las que él mismo recibía ya de sus ratos de desaliento y amargura?

35

CON SU CABALLO exhausto va Don José Miguel. A su lado camina el fiel amigo Don José María Benavente, y tras él, en marejada y desorden, la pandilla de aventureros que aún le siguen desde Buenos Aires y que ahora alternan con los rostros pálidos y hoscos de los indios. No constituyen, por cierto, los acompañantes de Carrera una cohorte marcial y digna de la apostura de su jefe, que oculta apenas bajo la manta el sello indeleble de su finura y señorío. Pero ¿qué hacer? Ya es lo último que le deja el destino, mermador implacable de sus esperanzas. Ahora nadie le ayuda. Sus antiguos aliados de correrías, López y Ramírez, le han vuelto las espaldas. Y la tenacidad implacable del agente Zañartu, de nuevo en la capital porteña, ha logrado asociar en su contra a los gobiernos de las provincias. La ruta de la costa se la cierran los de Santa Fe y de Buenos Aires; en el centro se le opone Córdoba, y su desesperado anhelo de abrirse paso al través de los Andes para llegar a Chile tendrá que chocar con la resistencia del jefe mendocino Godoy Cruz, auxiliado por O'Higgins.

O'Higgins, siempre O'Higgins. Le odia con una pasión inagotada. Es el tirano que ha ayudado a dar muerte a sus hermanos, que ha perseguido a su padre hasta el sepulcro y dispersado a los cuatro vientos el saldo de sus parientes y amigos. Es el hombre obscuro y "mal nacido, engendro de potro inglés en yegua chillaneja", como lo definió de manera brutal a su joven prisionero y ahora admirador y amigo Don Manuel Pueyrredón.

Es el hombre sin voluntad que se entrega a los apetitos de San Martín y de la Logia y se abate servilmente ante la hegemonía argentina. El que le impide contemplar el cielo límpido de la patria, por cuya liberación bregó de los primeros.

Lejano mira el tiempo en que se tituló generalísimo de los ejércitos de Chile. Y ahora, ¿qué iba pareciendo, sino un capitán de bandoleros? Desde que la desesperación le ha echado en brazos de los indios de la pampa, un nudo le va apretando el alma día a día. Recuerda que la víspera del atroz saqueo meditado por sus nuevos adeptos a una aldea fronteriza, su conciencia no logró ser ahogada por las mil excusas del momento. "Doloroso paso —escribió a su esposa—. En mi situación no puedo prescindir de acompañarlos al Salto, que será atacado mañana al amanecer. De allí volveremos para seguir a los Toldos, en donde estableceré mi cuartel para dirigir mis operaciones como convenga. El paso de mañana me consterna y más que todo que se sepa que yo voy; pero atribúyase por los imparciales a la cruel persecución del infernal complot."

Vano subterfugio de la dialéctica, porque la imagen de esa aventura negra, que ha tenido repeticiones, le acosa todavía con la brutalidad salvaje de sus aullidos, descargas e incendios y el estertor de las mujeres afrentadas sin piedad al pie del mismo altar de la parroquia.

Pero ¿no era posible contener los desmanes de la banda? Esto se lo había ya preguntado una vez su prisionero Don Manuel Pueyrredón y en otra oportunidad el buen oficial Don Tomás de Iriarte. Y frente a la dura interrogación, que hacía visible la secreta angustia de su alma, había contestado con las lágrimas en los ojos: "Amigo, yo me lastimo más que usted de esos males, pero ¿cómo evitarlos? El compromiso que yo he contraído es inmenso; mi misión no es para este país, es para libertar a Chile, mi patria, de la tiranía de sus actuales mandones: necesito, en primer lugar, para llenarla, conservar mis soldados. Estos soldados están impagos; no les puedo proporcionar ni tabaco, ni yerba, ni nada. Y el día que quiera sujetarlos al yugo de la disciplina me abandonarán, me dejarán solo, y entonces no sólo seré presa de mis implacables enemigos, que han jurado mi exterminio y el de mi familia y ya han hecho desaparecer a mis dos hermanos, sino que se malogrará la oportunidad de dar libertad a Chile".

Ahora camina con las bestias cansadas por el lugar de Punta del Médano, rumbo a San Juan, con la mira de procurarse allí las cabalgaduras que necesita. Va roído por el desánimo y teme a

cada instante tener que hacer frente a las fuerzas provinciales que ha despachado en su contra el gobernador Godoy Cruz, al mando del coronel Don Albino Gutiérrez y del comandante Don Manuel de Olazábal, valeroso soldado de Chacabuco. Y sus temores cobran pronto una amarga evidencia. Ante él, perfectamente distribuidas para el combate, emergen de súbito las tropas de Mendoza. Ya no hay cómo eludir una lucha que por desigual será desesperada.

Con la mejor caballería que aún queda, Don José María Benavente ensaya una carga resuelta. Pero la carrera en un suelo arenoso y pesado y con animales de poca resistencia es más que penosa. En medio de los disparos, el pelotón se desordena y muchos jinetes caen violentamente en una zanja para no levantarse más. Quieren los montoneros rehacerse e intentar una nueva acometida, pero todo es inútil. La superioridad de organización y número del adversario los está llevando a la ruina. No queda sino un repliegue veloz antes del completo desastre. Y a ello se deciden aún con más razón cuando perciben a la distancia una gran polvareda que denuncia la aproximación de refuerzos para el enemigo.

Se produce la fuga, una fuga enloquecida y desmoralizadora. En todos los corazones está la convicción de que la causa se halla perdida sin remedio y que bien poco más queda aún por hacer para librarse de las fuerzas mendocinas. Pero la entereza para afrontar el inminente infortunio no es en todos igual y el miedo comienza a incubar la traición. Tras Carrera murmuran ya por lo bajo algunas voces resueltas a asegurarse la propia libertad con la entrega de los jefes. Y veloz el negro plan se consuma, sin dar tiempo a que Don José Miguel y sus amigos leales opongan la menor resistencia.

Con las tinieblas del 1º de septiembre los montoneros entraban a Mendoza para depositar en manos de las autoridades el fruto de su felonía. Era, sin duda, un éxito completo para el gobernador que tanta actividad había desplegado para abatir al caudillo, y Godoy Cruz, que no quería dilatar por un solo instante el remate de su obra, dispuso la traída del prisionero a presencia de un consejo consultivo que había nombrado de inmediato para resolver sobre el procedimiento legal a que debía someterle.

Poco después de las diez de la noche, sobre un caballo que tiraba un soldado de la brida, atravesaba Don José Miguel las calles de la ciudad, en medio de la expectación rumorosa de sus

habitantes. Iba de lado sobre la cabalgadura y llevaba los pies aprisionados por fuertes grillos. Su rostro no mostraba, empero, señales de abatimiento interior. Se le condujo hasta la sala del tribunal y allí, de pie, con su talante señoril y digno, parecía indiferente a las miradas sorprendidas y escrutadoras de sus jueces. Godoy avanza a su encuentro y con cortesía le ayuda a alcanzar un asiento, porque los pesados hierros le hacen caminar con dificultad.

"—El señor general comprenderá indudablemente la situación en que se halla —comienza por decirle Godoy. Y añade—: El gobierno de Mendoza tiene que juzgarlo de conformidad con la ley marcial que rige en la provincia y que se ha puesto en vigencia precisamente en razón de los mismos actos hostiles del señor general. —Y tras una breve pausa, concluye—: Pero antes de proceder a resolver la causa, el gobierno quisiera que el señor general se defendiese delante de sus jueces; y en esa virtud tengo yo que precisarle los cargos de que debe descartarse..."

"—Yo no comprendo —interrumpe Carrera, con toda calma— qué significan estas palabras de "causa" y de "sentencia" que le oigo a V.E. con verdadera extrañeza. Yo soy aquí, señor gobernador, un prisionero de guerra, tomado después de una batalla, y no comprendo que se me quiera someter a tribunales, de cualquier clase que sean, pues sólo entre salvajes se juzga y se castiga a los prisioneros."

"—Mejor será, señor general, que no discutamos sobre lo que hacen o no los salvajes; ni tampoco si los que no somos salvajes tenemos o no derecho de juzgar a usted en el caso en que nos hallamos. Dejemos esto a un lado por el interés del mismo señor general; y le pido que me escuche, porque si bien es cierto que tengo un gran dolor de que me haya tocado entender en este caso, también lo es que, en cumplimiento de mi deber y como primer magistrado de esta provincia, estoy resuelto a hacer todo lo que me exijan las circunstancias."

"—Rendido y engrillado, yo no podré evitarlo, señor gobernador."

"—De eso precisamente se trata: de que el señor general, oyendo los cargos que tenemos que hacerle, nos explique todo lo que ha sucedido antes de haber sido vencido por las tropas de la provincia y traído como reo."

"—Ya he dicho, señor, que he sido tomado después de una batalla y que no soy reo, sino prisionero."

"—Nuestra opinión pudiera ser otra, señor general; se dice

prisionero a los militares que, sirviendo con las armas bajo una bandera reconocida o bajo un gobierno cualquiera establecido, tienen que rendirlas al más fuerte en el combate. Pero el señor general, desde que se separó sublevado del Excmo. señor gobernador de Santa Fe, no ha tenido bandera ni servido a ningún gobierno constituido. Sin embargo, ha asaltado y saqueado pueblos, ha tomado propiedades, ha invadido provincias, ha concitado las hostilidades de los indios contra los pueblos cultos, ha castigado y perseguido vecinos. Y, valido de la fuerza de su banda, ha impuesto contribuciones y atacado gobiernos en un país en el que ningún derecho político puede atribuirse para ello. Estos hechos, señor general, si fuesen ciertos y si no fuesen atenuados por su descargo, son los que las leyes en todas partes del mundo llaman actos de piratería. Los que los cometen no son prisioneros que puedan ampararse en la ley de las gentes, sino reos que siempre son juzgados por los tribunales militares de que dependen las fuerzas armadas que los aprehenden. Repito, sin embargo, que el tribunal que presido tiene un sincero deseo de que el señor general pueda descartar o atenuar por lo menos el peso de estos cargos."

" Permítame ante todo el señor gobernador que le observe que a lo que con verdad o sin ella se ha referido no pertenece al territorio de esta provincia; y que V. E. u otra cualquiera autoridad de ella carecen de jurisdicción para hacerme cargos y causa por cuenta de otras que no mantienen integridad nacional con ésta."

"—El señor general está equivocado y sabe perfectamente que las armas de Mendoza han operado en virtud de pactos solemnemente renovados con las provincias en que se han cometido los hechos referidos, y en todo caso, lo único que el señor general podría reclamar en rigor sería su entrega al gobierno de Buenos Aires o de Córdoba."

"—Nada ganaría con ello, sino el nuevo atentado de que se me entregare atado de pies y manos al asesino de mi familia que tiraniza a Chile."

"—En ese caso, este tribunal desea oir los descargos del señor general y juzgar de si pueden ellos atenuar el carácter de los hechos cometidos."

Don José Miguel calló. Pero pensando, acaso, que no le quedaba otro recurso de que echar mano que el brillo de su dialéctica, resolvióse al fin a hacer la defensa de su causa. Con colorido y pasión fue narrando entonces uno a uno sus pasos

desde el desastre de Rancagua y emigración a Mendoza. Allí San Martín, haciendo escarnio de su investidura de jefe del gobierno chileno, le había despojado de todos sus atributos y expulsado a Buenos Aires. Después del breve paréntesis de apoyo que le prodigó Don Carlos de Alvear, y no siéndole posible hallar recursos para expedicionar contra los enemigos de su patria, había ido a buscarlos a los Estados Unidos. Pero a su regreso San Martín, O'Higgins y Pueyrredón le impidieron el paso a Chile, se hicieron dueños de los buques traídos del extranjero con tanto sacrificio y encarcelaron a sus hermanos, hasta darles muerte después de un indigno simulacro legal. Desde entonces había combatido sin descanso a los autores de su desgracia y de la de Chile, ayudándose para ello del gobernador de Santa Fe. Pero la reconciliación de López con Buenos Aires le había puesto en la inevitable necesidad de recurrir al auxilio de los indios para sostener una causa que estimaba sagrada. ¿Cómo podía tacharse de criminal su actitud, cuando la fatalidad de las circunstancias lo había conducido hasta esta encrucijada sin salida?

Hasta un rato después de que Carrera fue conducido lejos de la sala de audiencia seguía flotando el mágico poder de su palabra. Joven, hermoso y distinguido, predisponía a la sola vista en su favor, y después de oírle resultaba difícil no dejarse coger por esos argumentos, a los que la expresión del rostro y las ricas inflexiones de la voz proporcionaban una emotividad rara y convincente. Pero luego los consultores del gobernador lograron evadirse del hechizo y esa misma noche, con su acuerdo, Don Tomás Godoy designó el consejo de guerra que debía avocarse el conocimiento de la causa, en conformidad a las ordenanzas militares. El tribunal procedió con gran rapidez, y el 3 de septiembre, a las tres de la tarde, expedía su sentencia condenando a la pena capital a Carrera y Benavente. El gobernador ratificó el acuerdo e hizo notificarlo a los reos, que se habían negado insistentemente a formular su defensa. La ejecución debía efectuarse al día siguiente, a las 11 de la mañana.

Pero en la noche del mismo 3 de septiembre un hecho nuevo vino a alterar en parte las anteriores disposiciones. El gobernador había querido expresar su gratitud a los vencedores de la acción de Punta del Médano, ofreciéndoles en su casa una recepción, a la que concurrió la más granada aristocracia mendocina. Y cuando los asistentes se hacían lenguas para alabar al coronel Don Albino Gutiérrez y al comandante Don Manuel de Olazábal, éste fue avisado de que alguien le requería con urgencia. Salió en busca del

visitante y encontró a un caballero de rostro angustiado que, inmediatamente de verlo, se arrojó a sus pies, diciéndole con voz entrecortada: "Señor, sólo usted puede salvar a mi hermano del suplicio; le pido por cuanto ama, que lo libre". Era Don Juan José Benavente, hermano de uno de los reos.

Olazábal, cogido en lo más sensible, no supo contestar sino lo que primero le dictó el corazón: "Yo le empeño a usted mi palabra de honor, señor Benavente, que su hermano no será fusilado, y retírese usted tranquilo". Dijo esto, mientras alzaba bondadosamente del suelo a Don Juan José. Y en seguida volvió a la sala de recepciones dispuesto a cumplir su promesa.

La tertulia se deslizaba en medio de una despreocupación alegre. Nadie había advertido la momentánea ausencia del comandante y menos se notó a su regreso el nervioso interés con que buscaba al gobernador de Mendoza. La satisfacción de verse por fin libres de las tremendas asechanzas de los montoneros no daba cabida en los espíritus a ninguna inquietud y menos todavía a algún pensamiento compasivo para con los reos que debían en pocas horas más pagar sus tropelías. Olazábal llegó, al fin, hasta donde estaba Godoy y, apartándole del corro, le relató su dramática entrevista con Don Juan José y la promesa que a éste había hecho de que su hermano sería perdonado. Pero sus palabras no encontraron ningún eco favorable y el jerarca de la provincia se mostró resuelto a dar cumplimiento a la sentencia del consejo de guerra. Al fin, el comandante tuvo una idea luminosa: ¿por qué no se remitía a Benavente a Chile, para ponerlo a disposición del Director O'Higgins? De esta manera el reo se libraba al menos del fusilamiento en Mendoza y él salía a la vez del paso sin faltar a su compromiso con el hermano. "Por la mañana hablaremos", fue la sola respuesta de Godoy, que, sintiéndose acorralado, prefirió eludir la conversación.

Pero Olazábal no estaba dispuesto a ceder el campo, y al día siguiente, muy de mañana, fue a renovar la carga al gobernador. Esta vez le encontró más blando. A sus insistentes súplicas, acabó por contestar: "Está bien, voy a mandar la orden suspendiendo la ejecución de Benavente, pero a condición de que, como usted propone, marche a Chile a disposición del Director O'Higgins". Lleno de alegría, montó entonces el comandante su caballo y galopó hasta la cárcel a llevar a Benavente la noticia.

En el calabozo los reos veían deslizarse veloces las pocas horas que aún les quedaban de vida. El coronel Benavente yacía en un rincón profundamente abatido, junto a su hermano que sollozaba.

Al extremo del cuarto, Carrera, sentado como él en un colchón en el suelo y con los pesados grillos en los pies, escribía a su esposa, Doña Mercedes Fontecilla:

"Mi adorada, pero muy desgraciada Mercedes:

"Un accidente inesperado y un conjunto de desgraciadas circunstancias me han traído a esta situación triste. Ten resignación para escuchar que moriré a las once. Sí, mi querida, moriré con el solo pesar de dejarte abandonada con nuestros tiernos cinco hijos, en país extraño, sin amigos, sin relaciones, sin recursos. Más puede la Providencia que los hombres."

Interrumpió su escritura y, acaso para apagar la sed y distraer la mente afiebrada, cogió de su lado una sandía y se puso a comerla silenciosamente. En eso estaba cuando se abrió de improviso la puerta del calabozo para dar paso a un oficial. "Aquí está tu libertador, el señor Olazábal", gritó lleno de entusiasmo Don Juan José Benavente, dirigiéndose a su hermano el coronel. El recién llegado se acercó entonces y, saludando a cada uno de los presentes, les comunicó la noticia de que era portador. Fue inmensa la alegría de todos, sin excluir a Don José Miguel, que más sentía la muerte de su leal compañero que la propia.

Olazábal, a una invitación de Carrera, ocupó una silla que se encontraba a su lado. El caudillo le seguía con sus ojos escrutadores, que luego se posaron en el sombrero del visitante. La cinta blanca que éste ostentaba por adorno le iluminó de súbito un recuerdo. "Me parece que usted es el oficial que tan de cerca me persiguió el día de la batalla hasta la Cañada Honda", le dijo entonces a Olazábal. Y a la respuesta afirmativa de éste, Don José Miguel agregó, mientras con la diestra se agarraba la frente: "Si yo hubiese sabido que usted, tan valiente, era quien me perseguía, yo me habría entregado a usted y no me vería, estoy cierto, en este fatal trance, a donde me han conducido unos pocos traidores". Luego comenzó a relatar la historia de su vida aventurera e infortunada, con ese poder de sugestión, vivo y penetrante, que era capaz de doblegar al más frío.

"Señor general —le dijo Olazábal, interrumpiéndole con visible emoción—, voy a poner en juego todos mis esfuerzos para ver si puedo salvar a usted también." A lo que Don José Miguel contestó con afabilidad digna: "Señor Olazábal, no se comprometa usted por mí; el único pesar que me atormentaba al ir a morir era la suerte de mi amigo Benavente. Pero ahora que lo ha salvado usted, me verá salir al patíbulo con la misma serenidad que estoy en este momento". Luego, cogiendo con la mano un

pliego que se hallaba sobre la cama, añadió: "Voy a agregar en esta carta cuánto debemos a los esfuerzos de usted".

Y mientras el comandante salía rápidamente del calabozo, Don José Miguel añadió unas líneas a la misiva a su mujer: "No sé por qué causa se me aparece como un ángel tutelar el oficial D. M. Olazábal con la noticia de que somos indultados y vamos a salir en libertad con mi buen amigo Benavente y el viejito Alvarez que nos acompaña".

La hora de la ejecución se acercaba y, sin perder un instante, Don Manuel cubrió de un galope la distancia que lo separaba de la casa del coronel Gutiérrez. "Amigo Don José Albino —le dijo nervioso, al verlo—, si mi amistad y mis servicios valen algo para usted, vengo a rogarle que vayamos ahora mismo a lo del gobernador a salvar la vida de Carrera. El no puede negar a usted esta gracia y ella refluirá en grande honor de usted, trayéndole la gratitud de los chilenos. Ya Benavente está libre por mis esfuerzos. ¿Qué vamos a ganar nosotros con fusilar a Carrera? Que marche también a Chile, y allí que lo fusilen si quieren; en este caso la responsabilidad será de ellos." El coronel se resistió al principio con energía, pero al fin cedió ante las súplicas renovadas del amigo. Montando sobre su caballo acompañó a Olazábal hasta la residencia de Don Tomás Godoy y ante él hizo suya la súplica del comandante.

El gobernador de Mendoza se opuso resueltamente a tal solicitud, alegando que era responsable de la tranquilidad de Cuyo y de Chile, y que soltar a Carrera era abrir nuevo campo a los atracos, saqueos y brutalidades. "¿Les parece a ustedes poca cosa —agregó— los males que hubiese sufrido la provincia si él hubiese triunfado? No, señores; bastante he hecho con librar a Benavente." Pero los abogados del caudillo no cejaron, y Godoy, con un cansancio fastidioso, exclamó por último: "Bien está, indultaré también a Carrera, pero quedará preso, a disposición del Director O'Higgins, a quien daré cuenta para que mande a buscarlo".

Rápido saltó Olazábal sobre su caballo y de un vuelo llegó a la cárcel. Carrera le recibió con las más vivas muestras de gratitud y alegría. Mientras conversaban en compañía de Benavente, sintieron golpes de tambor. No tenían, sin embargo, de qué sorprenderse. Era la hora fijada para el fusilamiento y las tropas se dirigían a la plaza a la ejecución del coronel Alvarez. Don José Miguel y su amigo pensaron en el pobre compañero de correrías, que no había tenido como ellos la suerte de contar con un

piadoso intercesor. Pero en ese momento se abrió la puerta del calabozo y fue reclamada desde fuera la persona de Olazábal. A la salida, el sargento mayor Don Gavino Corvalán se le acercó para decirle qùe debía retirarse ya de ese sitio, porque tocaba conducir a Carrera al cadalso. "¡Cómo! —exclamó el comandante, estupefacto—. ¡Si el gobernador lo ha indultado también! " E indignado agregó: "Esto es una felonía. Deténgase usted por un momento mientras voy a verlo". Y acto continuo emprendió el galope hacia la casa de Godoy.

"—Tranquilícese usted, Olazábal —le dijo, al verle llegar tan excitado el gobernador—. Conozco bien la nobleza de sus sentimientos respecto de Carrera, pero es imposible librarlo; yo echaría sobre mí una responsabilidad que el interés que usted toma por él le hace no comprender."

"—Pues, ¿cómo usted me ha comprometido haciéndole creer que estaba salvo? " —le respondió, indignado, Olazábal.

"—Después que usted salió —siguió hablando Godoy, con toda calma—, reflexionamos con Gutiérrez, y aun cuando usted se pusiese de rodillas, nada conseguiría." —Y queriendo, de seguro, hacer más convincentes sus palabras, agregó alargando al comandante un pliego—: "Tome usted; lea y vea; es de puño y letra de Carrera, y dígame después si se puede perdonar a ese hombre."

Apenas tuvo tiempo Olazábal de enterarse de dicho papel, que parecía una ardorosa proclama de Don José Miguel, anunciando terribles venganzas para sus enemigos mendocinos, cuando entró al despacho el mayor Corvalán a decir que Carrera, al ser impuesto de que sería llevado al cadalso, había contestado que no se movería de su sitio y tendrían que sacarlo de allí arrastrando si el comandante en persona no iba a explicarle lo ocurrido.

Pero ya Olazábal no podía soportar por más tiempo la cólera que le embargaba, y gritó frenético a Corvalán, mientras Godoy se paseaba impasible por la pieza, como enteramente extraño a la escena: "¡Vaya usted y diga al señor Carrera que el gobernador, faltando miserablemente a su palabra, ha dado contraorden, y que no tengo la fuerza suficiente para ir a verlo; que se resigne con su fatal destino y que lleve la convicción de que he hecho por él cuanto he podido! "

La población de Mendoza, sedienta de venganza por las tropelías de los montoneros, no se habría resignado tan fácilmente al indulto de su jefe. Por eso la plaza de la ciudad, a la hora fijada para el suplicio, estaba repleta de gente, y por unos

momentos circuló el rumor de que Carrera sería perdonado, la entrada que al fin éste hizo al lugar con el coronel Alvarez y el cabo Monroy volvió a todos la tranquilidad de que la justicia sería inflexible.

Don José Miguel avanzó hacia el banquillo con aplomo y desenvoltura. Resplandecía la belleza viril de su juventud y sus ademanes denunciaban la sangre aristocrática, segura de sí misma y con hábito de mando y poderío. Estaba frente a la muerte y no parecía esto inquietarle en lo más mínimo; tan familiarizado se hallaba con ella después de sus mil aventuras audaces. Quizás pensó un momento que en un 4 de septiembre como ahora, hacía de esto diez años, dio su primer paso en la política azarosa derrocando en Chile del poder a los moderados. Entonces, la suerte pródiga le sonreía, incitándole a una vida cargada de ambición y de gloria. Pero entre las dos fechas idénticas, iqué abismo de circunstancias había cavado el destino! Ahora sería ajusticiado como un capitán de bandidos y en el mismo sitio donde también rindieron la vida sus hermanos.

Un religioso acompaña al reo y le mueve al arrepentimiento de sus faltas y al perdón de sus adversarios. "A mis enemigos —le dice Don José Miguel— los perdono, si es que el olvido de sus agravios puede hacerles suspender la persecución contra mi familia. Por lo que a mí toca, como creo haber obrado siempre con rectitud, no solicitaré el perdón de ninguno de mis contrarios y menos de los mendocinos, a quienes considero los más bárbaros de todos."

Al pie del banquillo se detiene un instante y despojándose de un fino poncho blanco lo tiende al religioso: "Es mi último recuerdo".

A su derecha se ha colocado el coronel Alvarez. A su izquierda el joven cabo Monroy, que ve venir la hora postrera con visibles manifestaciones de terror. "¡Anímate, muchacho!" le dice, tomándole del brazo, "la muerte es una sombra obscura que pasa".

Ya llega el momento de sentarse en el banquillo y el verdugo quiere atarle los brazos y ponerle una venda en los ojos. Pero Carrera, con altivez, lo rechaza, diciendo al oficial de mando: "¿Ha visto usted alguna vez que un militar de honor se deje amarrar por un facineroso?"

Se sienta ahora sereno, coloca su mano derecha sobre el corazón y aguarda el instante decisivo. Una violenta descarga retumba en la plaza. La justicia del gobernador de Mendoza estaba cumplida.

Dos días después, las campanas de la ciudad, echadas a vuelo, anunciaban la toma de Lima por las tropas libertadoras. Eran los mismos sonidos alegres que tres años atrás avisaron el triunfo de Maipo sobre los cuerpos exánimes de Don Juan José y Don Luis Carrera. Ahora sus sonidos iban a golpear en la cabeza inerte de Don José Miguel, clavada en lo alto de la casa del Cabildo por orden de la autoridad mendocina.

36

CARTAS de Godoy y del coronel Gutiérrez llegaron hasta O'Higgins a comunicarle el definitivo aplastamiento de los montoneros y el sacrificio de su jefe. Era la victoria por tanto tiempo esperada y sin la cual la tranquilidad del país carecía de verdadero asentamiento. Ni por un instante se le ocurrió sentir compasión por la suerte del hombre que había conspirado incesantemente en contra de su vida y gobierno, y que arreció en sus propósitos disociadores en los momentos en que los preparativos de la expedición al Perú exigían en el interior el máximo de unión y de paz. "Para usted —escribió al gobernador de Mendoza- estaba destinada la gloria de exterminar la turba de anarquistas y su atroz caudillo, que ha devastado esas provincias y comarcas y embarazado el progreso de la libertad e independencia de la América del Sur. Este feliz suceso es, en mi juicio, el más grandioso, el más imponente y uno de los más dignos de nuestra eterna gratitud. ¡Temerarios! Ellos se empeñaron en despedazar la patria y por justo castigo fueron víctimas de su audacia feroz e inconsiderada. Caiga sobre tales monstruos todo el peso de la autoridad, de la justicia y la execración del universo entero..."

A estas palabras siguieron algunas medidas con que el Director mostró públicamente su satisfacción por un triunfo que por sus saludables efectos en la estabilidad institucional se equiparaba a las mejores acciones de la guerra de independencia. Circularon medallas conmemorativas de la victoria de Punta del Médano, y se extendieron a Godoy y a Gutiérrez despachos de brigadier del ejército de Chile y de miembros de la Legión de Mérito.

Pero la gran satisfacción de O'Higgins quedó algo nublada con la noticia del indulto concedido a Benavente. ¿Por qué iba a excluirse del castigo al más destacado de los cómplices de Carrera? No; era preciso que los argentinos sancionaran sin demora al responsable de tantos crímenes y tropelías. "Sin este

hombre —escribió a Godoy—, Carrera no habría emprendido la malograda empresa, ni esos pueblos sentido las devastaciones que hoy sufren y claman por venganza. A ellos toca promoverla y que sea el caudillo de los facinerosos ejecutado para escarmiento de los anarquistas y malvados y para la seguridad del orden, con el que no podemos contar viviendo este monstruo a quien tanto conozco. Sí, mi amigo —agregaba implacable— Benavente, sea del modo que fuere, debe morir; no trepide usted en tal resolución, si no quiere usted llorar después y que lloremos todos."

Era preciso que cuanto antes se pasara por las armas en Mendoza a Benavente, pues si lo remitían a Chile, como estaba anunciado, no iba a ser posible en justicia aplicarle aquí la misma pena. Las razones eran obvias y se las exponía sin ambages al gobernador de Cuyo: "1º porque los crímenes que ha cometido han sido fuera de esta república, 2º, porque su parentela numerosa y revolucionaria anda cerca del gobierno y del ejército y se harían enemigos espetables; últimamente, porque, cerrada la cordillera, el retardo de su ejecución podría proporcionarle la fuga o el resfriarla y hacerla ilusoria, fuera de muchos otros inconvenientes".

Pero a pesar de todo, Don Tomás Godoy no varió de propósito y el coronel Don José María Benavente fue restituido a su patria sin recibir sanción alguna. Sea que las circunstancias ya advertidas siguieran pesando tan fuertemente en el ánimo del Director Supremo que le impidieran obrar con resolución en contra de su odiado adversario, o que el bálsamo del tiempo ablandara sus pasiones y le tornase más benigno con un hombre caído que antaño había sido su compañero en las campañas de la patria, el hecho fue que, después de unos pocos meses de prisión en un castillo de Valparaíso, Benavente pudo embarcarse con toda libertad para Río de Janeiro.

Desde Buenos Aires Don Miguel Zañartu hizo saber a O'Higgins la impresión causada allí por las noticias de la toma de Lima y muerte de Carrera. "Yo sólo podré definirla —decía el diplomático— asegurando a V. que ella ha sido el choque de dos fuertes pasiones, el interés y la envidia. Por la primera, no podían dejar de celebrar un triunfo que les aseguraba el goce tranquilo de sus propiedades. Pero también los devoraba la idea de que Buenos Aires no llevase las glorias. Ahora es cuando estos habitantes han pronunciado su rabia de no ver flamear el pabellón de Buenos Aires en la plaza de Lima. Antes, cuando creían la empresa quijotesca, cuando esperaban que Chile pagase su temeridad,

guardaban un silencio profundo, indicando en él que toda empresa que no fuese dirigida por este pueblo, debía ser ignominiosa y que Chile sólo recibiría vergüenza. Pero al presente se cubren de ella cuando ven en mi casa flamear triunfantes dos banderas de lujo que he formado, a pesar de que yo cuido de contemporizar con aquellas pasiones mezquinas y de no avivar ese sentimiento indigno que los agita." En efecto, muy poco después Zañartu informaba que había dado un suntuoso baile para festejar los triunfos alcanzados y que en él "todo el adorno era bicolor como obsequio hecho a ellos, sin que se viese de Chile otra cosa que el pabellón, cediendo como dueño de la función la derecha al de Buenos Aires". Así quiso él dar una lección a los que "no pueden sufrir que se cubran de gloria un país y un hombre —San Martín— que les desobedeció en no venir a mezclarse con la montonera".

En cuanto a Carrera, el gobierno porteño se ofreció como mediador a su viuda e hijos para obtener del de Chile que les acogiera piadosamente en su patria y les devolviera los bienes confiscados. Esta gestión contó con el apoyo sincero de Zañartu, que ya antes había recomendado a O'Higgins emplear una política benigna con el bando vencido. Ahora añadió estas líneas, en una carta del 1º de marzo de 1822: "La mujer de Carrera está para partir. Yo creo que nunca he hablado a V. sobre esta infeliz que merece por sus desgracias, por los chiquitos de que se ve cercada, por su estado y calidad, toda consideración, mayormente de una alma grande como la de V. Para mí la mejor recomendación que tiene es haber sido la mujer de un enemigo mío. El amor propio bien dirigido se ofende de extender el odio más allá del sepulcro y V., que en su vida pública ha dado tantas pruebas de magnanimidad, debe alejar los motivos de que se sospeche que persigue, sin objeto loable, los restos inculpados de aquel facineroso".

O'Higgins acogió este pedido y las puertas de Chile se abrieron sin reticencias para la infortunada Doña Mercedes Fontecilla y su hijos.

37

SI EL GOBIERNO de Buenos Aires no vibraba afectivamente con el triunfo de San Martín en Lima y en agosto de 1822 iba a rechazar una súplica de auxilio que éste le haría por medio de su

agente Don Antonio Gutiérrez de la Fuente, creía, en cambio, llegado el momento de sacar del éxito en el Perú alguna ventaja económica. No sin sorpresa se impuso O'Higgins de que los magistrados porteños habían resuelto enviar al coronel Don Félix de Alzaga para cobrar de los gobiernos de Chile y de Lima los gastos que las provincias del Río de la Plata habían hecho en el equipo de la expedición al Perú. "Yo ofendería la penetración de V.S. —escribió Zañartu al ministro Echeverría— si entrase en el empeño de presentarle toda la ridiculez de esta gestión, porque V.S. debe conocer al primer golpe de vista que la parte reclamante carece de personería legítima y que con igual derecho que Buenos Aires podrán Mendoza, Córdoba, etc., reclamar la totalidad. Prescindo ahora de que la mayor parte de los gastos hechos por Buenos Aires tuvieron por objeto único la defensa de las fronteras de Mendoza, inminentemente amenazadas por los enemigos transandinos. Después fue objeto de largas discusiones y empeñados debates al hacer la conquista del Perú, por el Perú mismo o por Chile. A esto último se decidieron contando con la cooperación de ese Estado y sus miras —concluía con no escasa sorna el diplomático— han sido mejor satisfechas de lo que creyeron."

Era esto algo increíble y O'Higgins se apresuró a decir a su agente el 15 de mayo que la pretensión del ejecutivo porteño era impertinente, "pues si se ajustan las cuentas nos salen debiendo cantidades". ¿No era el colmo que el gobierno de las provincias del Río de la Plata se atreviera a reclamar la devolución de dinero en los momentos en que el ejército chileno estaba interesado en libertar una parte importante de ellas, como eran La Paz, Cochabamba, Charcas y Potosí, precisamente porque "esa capital no da un solo paso a una obligación de que indudablemente deberán resentirses aquellos pueblos hermanos? "Tanto más será el resentimiento cuando miren a su capital anonadando al pueblo y al gobierno de donde ha nacido la libertad del Perú", agregaba O'Higgins. Y concluía con firmeza: "Pero la mofa a que se hacen acreedores es la de cobrar a Lima por la expedición que Chile, sin auxilio pecuniario de algún otro pueblo, hizo por sí. Esta consta a todo el mundo y, más bien que a nadie, a los tesoreros contadores mayores y libros de registro de esa capital. Indiquen, digan si se encuentra en su noticia haber auxiliado con un solo peso".

Entretanto las cosas del Perú se mantenían en cierta inacción. Desde la toma de Lima, San Martín se mostraba más interesado en los problemas de carácter administrativo que en los concernientes

al desarrollo y término de la guerra. Esperaba la pronta rendición de la plaza del Callao, y sin preocuparle mucho lo que pudiera hacer La Serna con su ejército, mandó devolverse a la división patriota que operaba en la sierra. Tal actitud distaba de satisfacer a todos y fueron así frecuentes las críticas en algunos círculos que acusaban al generalísimo de comprometer con sus procedimientos el éxito final de la empresa. Existían, además, otros motivos de descontento para con el jefe, nacidos de cierto intencionado esmero que parecía advertirse en el Protector del Perú y sus colaboradores de ir borrando poco a poco de la memoria el nombre y la obra de Chile en la tarea de emancipación de esa tierra. Esta maniobra era sobre todo atribuida al tortuoso Monteagudo, el sacrificador de los Carreras y de Manuel Rodríguez, que, después de una breve caída y destierro, había recobrado la amistad de San Martín y ahora influía poderosamente en su ánimo nada menos que desde el cargo de ministro del Estado peruano.

Grande era la susceptibilidad que iba produciendo en los chilenos el calculado olvido de su patria en la cosecha de laureles de una expedición equipada con su solo y exclusivo sacrificio. Pero no era menor la molestia de Cochrane, que se sentía con su escuadra excluido de una participación eficaz en las operaciones y condenado a una humillante inactividad. A esto se agregaba que el personal de la flota no recibía remuneración alguna desde hacía año y medio y que tampoco se habían aún cancelado los premios ofrecidos por San Martín a los captores de la "Esmeralda". El almirante, cada vez más incómodo por el abandono de que se estimaba objeto y temeroso además de que la tripulación acabara por sublevarse, llamó la atención del Protector sobre la urgencia de cubrir pronto estos compromisos económicos, y no contento con remitirle una nota, bajó a tierra para sostener con él una entrevista.

San Martín reconoció su compromiso de pagar los premios por la captura de la "Esmeralda", aunque alegó que la escasez del erario le impedía por ahora hacerlo efectivo. Pero al tratarse de los sueldos de la escuadra, se empeñó en que eran de cuenta exclusiva del gobierno de Chile y que sólo en el caso de venderle él alguna de sus naves de guerra al Perú podía éste tomar a su cargo la deuda. Cochrane estimó que la respuesta de San Martín equivalía a faltar a un compromiso de honor y le hizo ver enérgico que como marino de Chile estaba en el derecho a exigir que se cumplieran las promesas hechas a su flota. A lo que San Martín,

furioso, respondió: "Puede usted llevársela a donde quiera y marcharse cuando guste; con un par de bergantines tengo bastante".

Estas frases, brotaron de un momentáneo arranque, no podía San Martín mantenerlas sin llegar a una estrepitosa ruptura con el lord. Conocía de sobra su carácter para temer con fundamento que Cochrane le dejara abandonado en el Perú, retirándose con toda la escuadra. Y como era capaz de medir las gravísimas consecuencias que de esto se seguirían, intentó por escrito apaciguar al marino prometiéndole cancelar cuanto antes la gratificación a los apresadores de la "Esmeralda". Su flexibilidad diplomática no le impidió, sin embargo, encarar la imputación que se le hacía de ingratitud para con Chile y decir a Cochrane con firmeza: "Si yo pudiese olvidar alguna vez los servicios de la escuadra y los sacrificios de Chile para sostenerla, revelaría un principio de ingratitud, que ni como una virtud pública ni privada está excluida de mi moral".

Todas las frases amables y los conceptuosos oficios del Protector resultaron, sin embargo, insuficientes para satisfacer al almirante, que renovaba sus totales exigencias con no debilitados bríos. Y fue preciso que San Martín se allanara a declarar por un decreto que el Perú reconocía como deuda nacional los atrasos del ejército y de la escuadra, como asimismo sus personales ofertas de premios a la tripulación, para que al menos por un tiempo se aplacara la tempestad.

Pero los días fueron corriendo y la cancelación no se producía, con lo que Cochrane, viendo en la nueva promesa sólo una burla del Protector, resolvió, con su acostumbrada audacia, hacerse pago por sí mismo de las sumas adeudadas.

En los primeros días de septiembre se tuvo noticia de que una división realista se acercaba a Lima, y San Martín, para mayor seguridad, hizo trasladar los caudales del Estado a unos transportes surtos en el puerto de Ancón. Saber esto, Cochrane y llegar con la "O'Higgins" a ese lugar fue una misma cosa. En pocas horas todo el dinero de los bajeles era trasladado a su fragata. Al Protector le hizo llegar una carta explicatoria: la amenaza de sublevación de los tripulantes justificaba su actitud. "Usted ha tenido que pagar su ejército —le agrega con sorna—, sin duda porque conocía que las promesas no eran premios suficientes, y así no puede usted esperar que la marina dejaría de esperar los sueldos que se le debían... Aguardo más que nunca buenas noticias de usted."

La indignación de San Martín y de su ministro Monteagudo por la jugada del escocés quiso hallar su desahogo en la correspondencia oficial, pero como las razones y amenazas del papel en nada alteraban a Cochrane, idearon un procedimiento más eficaz para abatirlo. Con mucho sigilo, algunos agentes íntimos del Protector pasaron la noche en las naves chilenas y lograron convencer a veintitrés oficiales, casi todos extranjeros, que desertaran del servicio. Este era sin duda un golpe grave, aunque no suficiente para paralizar los ímpetus del almirante. Se siguió un nuevo y apasionado cambio de comunicaciones entre ambas partes, que no logró sino agriar más los ánimos. San Martín llegó a convencerse de que la presencia de la escuadra, lejos de constituir para él un auxiliar, había acabado por transformarse en una amenaza, y haciendo valer las instrucciones que le había conferido el gobierno de O'Higgins y que ponía la flota bajo su dependencia, ordenó a Cochrane, por intermedio de Monteagudo, retirarse con los buques a Chile. Pero el almirante, resuelto a no acatar ningún mandato del Protector, contestó a su ministro: "Desde el día en que S.E. el general San Martín se declaró protector del Perú y me informó, en presencia de usted, cuando le hablaba acerca de los pagos de la escuadra, que nunca reembolsaría a Chile un real ni pagaría la marina, a no ser que fuera vendida por Chile al Perú, digo que desde ese fatal día he considerado a S.E. como jefe de un gobierno distinto, cuyo interés él reputa separado y cuyas miras son incompatibles con las de Chile y con el juramento que me liga en mi situación oficial".

Una ola de correspondencia acusatoria comenzó a llegar a manos del Director O'Higgins de parte de los enconados rivales. Cochrane, implacable, cuidó de referir los bochornosos sucesos en sus íntimos detalles, haciendo del honor nacional vejado la bandera de su causa: San Martín ya no era el amigo de Chile, sino el jefe de un gobierno extraño y hostil; quería adueñarse de la escuadra, aunque fuera horadando su disciplina; sostenía no deber al país un centavo por los costos de la expedición, en razón de que Chile adeudaba a su vez a Buenos Aires una suma considerable. El Protector por su parte, acusaba al escocés de sublevado y calumniador, y pedía que se le declarara fuera de la ley. 'Es imposible –decía a Don Bernardo– que yo pueda enumerar a usted los crímenes de este noble pirata."

En el ánimo de O'Higgins luchó con fuerza el cariño a su amigo San Martín con la dignidad de jefe del Estado. Pero al fin pudo más ésta que el primero. Era difícil no sentirse herido hasta en lo

más hondo con el estudiado silencio que el gobierno del Perú hacía del nombre de Chile en los momentos en que una independencia lograda por su sacrificio comenzaba a conquistarse. Posiblemente Cochrane sería un loco, pero había momentos en que se necesitaban hombres que dejaran de mano la falsa prudencia, para defender con arrojo el nombre de una patria indignamente pospuesta. "He sentido en mi pecho una oculta indignación contra la ingratitud para Chile –contestaba O'Higgins al almirante–, la cual sólo puede temperarse con el placer que siento al darme cuenta de la habilidad, buen juicio y conocimiento con que usted ha sabido sostener su derecho y los de esta República; así es que yo quisiera que esta respuesta no fuera por escrito, sino en presencia de usted, para abrazarlo y darle mi aprobación por todo lo que usted ha hecho y practicado." Refiriéndose a la toma de los caudales le decía: "Yo habría hecho lo mismo si hubiera estado allí; por eso le digo otra vez que todo tiene mi aprobación, y le doy a usted, así como a los meritorios oficiales bajo sus órdenes, mis gracias más cordiales por su fidelidad y heroísmo en favor de Chile". Sobre la deuda pendiente con el gobierno argentino, por el ejército de los Andes, anotaba: "Nosotros no debemos a Buenos Aires sino muy poco, y si las cuentas de la expedición fueran a ser revisadas, se encontraría que una bagatela se debe a Mendoza, donde hemos gastado en la pasada guerra contra el anarquista una gran suma; por otra parte, nosotros hemos concedido a la provincia de Cuyo extraordinarios privilegios por sus gastos para el equipo del ejército de los Andes que vino a este lado". Y remataba su carta con esta declaración: "Usted no tiene por qué recibir órdenes de Lima, ni directamente, ni indirectamente, porque desde el momento en que se declaró la independencia de ese país bajo el gobierno protectoral de San Martín, cesó el poder provisional delegado que él tenía sobre la escuadrilla".

O'Higgins hubiera deseado, por el prestigio de los hombres, mantener en el secreto de los círculos del gobierno la reyerta de San Martín y Cochrane, pero no le fue posible evitar que la opinión pública se enterara de todo. Sea que la conducta del generalísimo y sus auxiliares tocase lo más sensible del orgullo nacional, o que revivieran los antiguos enconos por la hegemonía y la arrogancia argentinas, que los carrerinos se cuidaban de avivar, el hecho es que la causa del almirante halló de un comienzo fuertes adeptos. Además, no faltó de seguro el recuerdo de las instrucciones con que el Senado había querido limitar el

poder de San Martín y mantenerlo subordinado a Chile, y que la confianza ciega del Director Supremo en la lealtad de su amigo se negó a dar curso. Ahora los miembros del honorable cuerpo consultivo volvían quisquillosos por los fueros de la dignidad colectiva menoscabada en el Perú y se aprontaban a adoptar nuevos acuerdos en su defensa.

Desde que San Martín asumió el cargo de Protector, había tomado la jefatura interina del ejército libertador Don Juan Gregorio de Las Heras. Su sincera adhesión al generalísimo no le cegaba al punto de apoyar la inercia de las operaciones militares y menos todavía esa sutil política de desvinculación de Chile de que Monteagudo se mostraba tan resuelto personero. Y así, al ser llamado por las otras autoridades a prestar el juramento de fidelidad al gobierno del Perú, dejó constancia de que lo hacía, siempre que no fuera en menoscabo de la obediencia que los soldados chilenos y argentinos debían a sus respectivos países. No pareció tan bien esta salvedad al Protector, y así lo advirtió a O'Higgins, que creyó del caso poner los antecedentes en conocimiento del Senado. Este, como era de esperarlo, apoyó con calor la actitud de Las Heras, y manifestó al Director que esperaba que hiciera otro tanto. "Aquel ejército —le decía en nota oficial— que salió de Chile, mandado y costeado por este Estado, aunque llevó una división de los Andes, por lo que se titula ejército unido, no puede desnudarse de la denominación y dependencia de este Estado, por quien fue nombrado general en jefe y demás subaltenos. El objeto de su misión ha sido la libertad del Perú y uniformar la opinión en la América del Sur, con absoluta emancipación del gobierno español. Todo cuanto tenga tendencia a este beneficio y a ese fin tan interesante es conforme a las ideas que Chile se propuso, y su ejército debe dirigirse por esta senda para no eclipsar su gloria." Y no quedándose en esto la nota senatorial encarecía al jefe supremo el despacho de instrucciones al nuevo jefe del ejército en el Perú, para que "preste sus servicios en lo sucesivo con el honor, decoro, distinción e independencia que merece el pabellón chileno".

O'Higgins comprendió qué graves proyecciones podía tener un paso como el que le sugería el Senado. El abismo tan hondamente cavado entre San Martín y Cochrane se ensancharía aún más, ahogando acaso para siempre la amistad entre chilenos y argentinos, por la que él tanto había luchado. A pesar del sentimiento que le producía la actitud de San Martín, estaba muy lejos de querer conducir las cosas a una ruptura. Era demasiado

grande su gratitud hacia el hombre que había afianzado la independencia de Chile, para que hubiera podido aceptar por un instante semejante pensamiento. Era, además, grande la fe en su lealtad para suponerle capaz de desconocer lo que a su vez debía a Chile en el éxito expedicionario al Perú. Sabía, por otra parte, que la salud del general estaba en extremo resentida, al punto de pasar días enteros botado en el lecho. A un cuerpo exhausto no podía sino corresponder una voluntad débil, y no era extraño entonces que de ella se hubiera apoderado el siniestro Monteagudo para tejer sus intrigas. Por eso, una vez más, encarpetó el acuerdo del Senado y prefirió no tocar un asunto que sólo era capaz de acentuar graves y perniciosas desuniones.

Pero esta actitud, dictada por la prudencia del político y el afecto del amigo, no fue óbice para que hiciera comprender a San Martín, con estudiados argumentos, que la conducta del almirante tenía apoyadores y que no se le removería de su cargo. "De ningún modo conviene sacarlo fuera de la ley —escribía, contestando su petición—, porque entonces, asociándose a cualquiera provincia independiente, enarbolaría nueva insignia, nos bloquearía los puertos, destruiría el comercio, estableciendo aduanas en las islas y situaciones más análogas, y, finalmente, uniendo sus intereses a los comerciantes extranjeros, convendrían en ideas... para afianzar el comercio británico y darnos la ley en punto a derechos y tal vez a política." Luego aludía a la confiscación de los caudales y, apoyándose por primera vez quizá en toda su vida política en el juicio de la opinión pública, no daba esperanzas al Protector de que sus puntos de vista encontrarían eco: "En Chile generalmente se ha aprobado el uso de los caudales en cuestión para víveres y sueldos de los marineros, y las opiniones sobre esta materia se han avanzado más allá de los límites de la moderación; y hay lances en que es forzoso que el disimulo obre en el nivel de la ley y de las circunstancias". ¿Que Cochrane resultaba de esta manera impune, y que era preciso seguir soportando sus demasías? Sin duda, pero "Ud. debe recordarse muy bien que repetidas veces conferenciamos y fundadamente recelábamos se verificasen alguna vez los desgraciados acontecimientos sucedidos, con tanto dolor nuestro y descrédito de la Revolución, aunque esta parte no quepa a nosotros. ¡Pero no nos quejemos de falta de previsión y sí de resolución! Todos tenemos la culpa, y la Logia en la mayor parte".

38

ENTRE la nutrida correspondencia que de las provincias del Río de la Plata llegó a O'Higgins para felicitarle por la campaña del Perú, tuvo el destinatario la gran sorpresa de hallar una carta del obispo Don José Santiago Rodríguez Zorrilla. Desde su destierro de Mendoza solían venir algunas comunicaciones suyas, trayendo el eco de sus privaciones y achaques de salud, y sus lamentos por la exclusión en que se le mantenía de sus funciones pastorales. Pero ahora la misiva era nada menos que de congratulación por el avance de las armas de Chile en el virreinato, y no podía sino sorprender en quien se había señalado como un realista impenitente. El prelado parecía reconocerse del todo vencido en sus ideales políticos y dispuesto a acatar el triunfo de la revolución, y el Director, en vista de eso, accedió por fin a sus súplicas tan renovadas y le permitió regresar al país, fijándole como residencia el pueblo de Melipilla.

Es verdad que aún se le mantuvo privado de sus funciones diocesanas y que el gobierno del obispado siguió en manos del presbítero Don José Ignacio Cienfuegos; pero Don José Santiago confiaba en que su actitud más complaciente hacia el nuevo estado de cosas acabaría por alcanzarle alguna vez la restauración en sus derechos. Mientras tanto, debía revestirse de paciencia y esforzarse por borrar la desconfianza que guardaba el gobierno hacia su persona. Cuando la noticia de la ocupación de Lima estremeció de entusiasmo a todas las clases del país, O'Higgins recibió otra carta de Rodríguez Zorrilla y, dando un paso más en su favor, le autorizó para instalarse en una quinta de que era propietario en las inmediaciones de la capital. Pero en los meses siguientes el obispo no vio llegar su esperada reposición y, en cambio, advirtió algunos síntomas que le causaron inquietud.

El Senado comenzó a intervenir en los negocios eclesiásticos. La independencia había introducido en ellos graves perturbaciones, y al alto cuerpo pareció necesario buscar a los problemas surgidos una solución que se hallara a la vez en consonancia con la ortodoxia católica y la inviolable soberanía nacional. La situación de los bienes de la Iglesia, las rentas de sus ministros, la disciplina de las órdenes religiosas y la legal continuidad en manos del Director Supremo del privilegio del patronato que sustentaban los reyes de España eran algunas de las delicadas cuestiones que preocupaban no sólo a los hombres de gobierno, sino también a las conciencias de los sacerdotes y fieles.

A juicio del Senado, se imponía el envío de un agente diplomático para pedir al Soberano Pontífice la designación de un Nuncio que, revestido de amplios poderes, viniera al país a arreglar las dificultades. O'Higgins acogió la idea y nombró para la importante comisión al presbítero Cienfuegos, de cuya adhesión al sistema imperante estaba plenamente satisfecho. Pero el obispo Rodríguez Zorrilla, desde el retiro de su chacra, no podía mirar con buenos ojos todos estos trámites. Le parecían dirigidos a abatir su cayado de pastor y entregarlo en definitiva a Cienfuegos, cuya docilidad ante los deseos del gobierno consideraba una traición a los derechos y a la independencia de la Iglesia. Y con mucho sigilo escribió a un hermano dominico que tenía en la corte madrileña, a fin de que impusiera a Roma de lo que estaba ocurriendo en Chile.

El obispo veía su privación del mando de la diócesis como una prueba evidente de que para O'Higgins las normas canónicas no eran obstáculos en sus resueltos propósitos de someter la Iglesia al poder civil. Pero su sobresalto habría pasado de punto al saber el consejo que durante los años de su destierro dio al Director el norteamericano Jeremías Robinson, de echar mano a los bienes eclesiásticos para satisfacer los apremios del gobierno. O'Higgins conocía demasiado el hondo arraigo que la fe católica tenía en todas las capas de la población para suponer que una medida de esta especie sólo le habría acarreado graves e intrincados problemas. La confluencia de las venas española e irlandesa le ligaba, por otra parte, a la vieja religión de sus mayores, que proclamó oficial del Estado de Chile en la Constitución de 1818. Si bien era partidario de la tolerancia privada de los cultos disidentes y fundó para los protestantes anglosajones un cementerio en Valparaíso, mostró ostensible acatamiento a la fe católica en los actos de su vida. Su creencia probada en la mediación de la Virgen del Carmen en favor de las armas de la patria; su interés representado en 1820 a la autoridad eclesiástica de Santiago, para que se activara la ordenación de nuevos sacerdotes con el fin de acudir en socorro espiritual de las apartadas poblaciones del campo; sus medidas en favor de la instrucción cristiana de la niñez, consignadas el año antes en el reglamento de las escuelas; sus normas encaminadas a "contener los excesos públicos que atacán el decoro de la Iglesia y la moral de la religión santa", eran pruebas suficientes de su convicción espiritual. El protestante Robinson le había visto en 1818, no sin desagrado, participar en el Tedéum por el aniversario argentino y

encabezar la solemne procesión de Corpus Christi.

Nada de esto impedía, sin embargo, que el Director, siguiendo la conducta de los monarcas españoles, se atribuyera sobre la Iglesia amplias atribuciones patronales. Esta política, no siempre ajustada a los cánones, chocaba con la conciencia de los más escrupulosos y los distanciaba de su persona. Es cierto que el temor hacía a muchos acatar sus exigencias; pero él no podía olvidar que cuando, después del destierro del obispo, se arrogó el derecho de designar todo el cabildo eclesiástico de Santiago, uno de los agraciados con nombramiento, Don José Alejo de Eyzaguirre, lo rehusó por considerarlo nulo y opuesto a los sagrados cánones. El que así se atrevía a juzgar una orden del jefe supremo del Estado era sobradamente conocido por su vida mortificada y ejemplar, y el fervor de sus deudos por la causa de la patria desvanecía la sospecha de realista con que habría podido ensombrecerle su firme adhesión al obispo desterrado.

39

ES EL DIA 10 de diciembre de este año de 1821. Aún siguen las festividades de Purísima, que se prolongarán hasta el término de la octava, y abunda el público concurrente a los actos de la Catedral. Preside la ceremonia, con los miembros del cabildo eclesiástico, el señor Don José Antonio Briceño, provisor y vicario general, que gobierna el obispado desde el nombramiento diplomático de Cienfuegos para Roma. Las vestiduras moradas del diocesano aún no se dejan ver en el templo.

Una dama ha penetrado en la iglesia. Lleva tocado con una mantilla el rostro fino y bello, donde domina una boquita imperiosa. Camina con seguridad y, abriéndose paso en la abigarrada asistencia, se hinca entre dos escaños que miran al coro. De pronto unos ojos escrutadores se han encontrado con sus espaldas, apenas disimuladas por un sutil tejido de malla. Son los del eclesiástico Don José Alejo de Eyzaguirre, a quien choca de inmediato la indumentaria desenvuelta de la señora. Y aunque sabe que desde su ordenación de hostiario puede con derecho hacer salir del templo a los que se presentan sin decoro, prefiere en esta oportunidad no dar paso antes de la debida consulta con el superior.

Se dirigió entonces Eyzaguirre hacia el provisor Briceño a comunicarle lo ocurrido, y mientras con él conversaba, el

canónigo Herrera, que estaba a su lado, le preguntó si conocía a la señora, cuyo rostro lograba desde allí percibirse. Como le respondiera que no, Herrera le dijo: "Esa es la hermana de Don Manuel Vicuña". Y agregó: "Ahí está él", señalando al venerable canónigo, que ocupaba uno de los sitiales del coro. "Dígale usted a Don Manuel que ésa es su hermana y que vea modo de remediar eso", le ordenó el provisor. Y Eyzaguirre de inmediato pasó a cumplir su cometido. Pero el señor Vicuña, al dirigir la vista al lugar donde se encontraba la dama, replicó: "No es hermana mía; y aunque fuese, si está indecente, échenla fuera". Llevó Eyzaguirre esta respuesta al señor provisor, quien le envió entonces a decir a la provocadora de tantos conciliábulos que no se presentase a la iglesia en la forma que lo había hecho.

El presbítero Eyzaguirre se acercó a la bella dama y, en la convicción de que cumplía con exactitud el encargo de su jerarca, le hizo presente que, por orden del señor vicario del obispado, debía abandonar el templo por ser su indumentaria escandalosa. Oir esto la aludida y enrojecerse de indignación fue cosa de un momento. Manifestó, resuelta, que permanecería allí hasta el término de los oficios, y que al retirarse daría cuenta de lo ocurrido al Supremo Gobierno. Sin que pareciera alterarle tal amenaza, el sacerdote le advirtió entonces que si no salía a tiempo de la iglesia se expondría a ser echada públicamente por dos sacristanes, como se acostumbraba hacerlo con las personas que se presentaban en forma indecente. Pero la señora no se movió de su silla y el clérigo, temeroso de males mayores, se abstuvo de hacer efectiva la práctica anunciada.

Se hallaba O'Higgins despachando asuntos del gobierno con su ministro Rodríguez Aldea cuando se le vino a avisar que deseaba hablarle Doña Manuela Warnes, la esposa del coronel Don Joaquín Prieto. Introducida en la sala la señora, visiblemente agitada e invocando el nombre de su marido, ausente en la guerra del Sur, reclamó el amparo del Director frente al ultraje que le había inferido un sacerdote al intentar expulsarla de la Catedral por escandalosa. La belleza de ese rostro herido por la indignación y el afecto que sentía por Prieto, uno de sus más fieles adictos, hicieron a O'Higgins aceptar el papel de campeón de la dama. Y con la seguridad del que todo lo tiene a sus pies, ordenó citar con urgencia a su despacho al provisor y vicario, para pedirle explicaciones de lo ocurrido.

No era Don José Antonio Briceño hombre capaz de afrontar al Director y, bastante atemorizado con el giro imprevisto que iba

tomando el incidente, procuró desde un comienzo desviar sobre otros hombros una responsabilidad que le asustaba.

Se le había ido a comunicar por Don José Alejo de Eyzaguirre la presencia en el templo de una dama vestida de manera escandalosa. El no la vio, pero le mandó decir con el nombrado "que hiciese el favor de no volver otra vez con ese traje". Eso era todo. Y ahora que se hallaba junto a la señora Warnes, debía declarar que no encontraba en su indumentaria cosa reprensible.

El provisor abandonó el palacio feliz de haber salido bien librado de un asunto tan espinudo. Algo después, cerca de la una de la tarde, franqueaba las anchas puertas de la casa de gobierno otro sacerdote que no podía ignorar los motivos ni ocultarse las proyecciones del llamado imperioso de que había sido objeto. Al ser conducido al despacho del Director, éste le recibió con un ceño adusto, prometedor de tempestad. O'Higgins tenía frente a sí, no sólo al ofensor de la esposa de Prieto, sino también al reconocido e inflexible adversario de los derechos patronatistas que como jefe del gobierno se atribuía tan celosamente.

"—¿Cómo ha tenido usted atrevimiento para fingir un recado de su prelado a esta señora, que no se le ha dado? " —le interrogó, agrio, O'Higgins.

"—Yo quisiera —contestó Eyzaguirre— que estuviera aquí el señor provisor, para que expresara el recado que me había dado."

"—El recado que a usted se le dio fue que dijera a esta señora que no se presentara así en el templo, y usted fue a decirle que se se saliese de la iglesia."

El sacerdote responde tranquilamente que no conserva con exactitud el recado del señor provisor a la dama, "pero se acuerda que su contenido era dirigido a decirle que no se presentase al templo de esa suerte. Ello es que entendió que, así como cuando un jefe dice a su súbdito suyo: no se me presente usted a la vista, es decirle: sálgase usted de aquí; así, al decirle a la señora: no se presente usted en el templo de esa suerte, era decirle: sálgase usted del templo".

Doña Manuela Warnes, que hasta el momento había escuchado en silencio, interrumpió con calor:

"—Usted ha hecho eso conmigo porque mi marido no está aquí; que si él se hallara presente no se hubiera atrevido a hacerlo, pues bien sabe usted quién soy yo."

El aludido respondió que no la conocía, "pero que aunque la hubiese conocido, hubiera sido lo mismo, pues un escándalo público, públicamente se ha de corregir".

"— ¡Yo no estaba escandalosa! " —gritó ella.

"—Dése usted vuelta —le dijo entonces Eyzaguirre. Y como le mostrara las espaldas que aparecían cubiertas, agregó—: Se habrá mudado usted de traje."

"—No me he mudado —afirmó Doña Manuela. Y añadió—: Usted me amenazó con que me echaría con dos sacristanes."

"—Yo no he hecho tal amenaza; dije sólo que usted se exponía a que la echasen dos sacristanes, ya que a ellos está encomendado el remedio de tales escándalos. —Y volviéndose al Director Supremo, concluyó, con un tono indefinible—: Esto es lo que ha pasado; S. E. crea lo que quiera."

A lo que O'Higgins, viendo en estas palabras un desafío a sus atribuciones dentro de la Iglesia, estalló iracundo:

"— ¡Vaya usted preso, que es un entrometido y se toma más mano de la que le dan! "

El purísimo azul de las pupilas del sacerdote pareció acerarse:

"—Por defender la honra de la Casa del Señor sufriré eso, cualquiera otra cosa que se me haga y aun destierro."

"— ¡Esas son unas hipocresías; ya no estamos en esos tiempos! ¡Vaya usted arrestado! "

"—Corriente, viniendo orden de mi prelado, porque sin ella no me muevo de aquí" —repuso Eyzaguirre, bien ignorante de la debilidad del provisor, que, haciendo vista gorda del derecho canónico, había delegado ya su jurisdicción en el jefe supremo.

O'Higgins, sin responder, llamó a su edecán, Don Enrique Lasales, y ordenó arrestar al presbítero. Como éste se resistiera a salir por sí mismo, alegando que sólo por la fuerza se dejaría llevar preso, Lasales le tomó de un brazo y arrastró, resuelto, fuera. Allí de nuevo se empeñó en no avanzar un paso, hasta que el edecán llamó a dos soldados, que a tirones le hicieron bajar las escaleras. Durante el trayecto, Lasales le llamó la atención sobre la inutilidad de sus esfuerzos, a lo que contestó Eyzaguirre que obraba así para que recayera excomunión sobre los que atentaban contra el fuero eclesiástico. Pero el oficial en nada se impresionó con el argumento, y repuso que cuando un clérigo da mérito para que en su contra se emplee la fuerza, no recae excomunión sobre los que la usan. Y conminándole a que marchase rápido, pues en otra forma se expondría a un ultraje, obtuvo al fin que el presbítero caminara hasta el cuartel de la guardia directorial, donde lo entregó a su comandante.

Grande fue la conmoción que el apresamiento de Eyzaguirre produjo en los sectores de la aristocracia y del clero. Pero fue

mayor aún cuando circuló la noticia de que O'Higgins, saltando por encima de fueros y tribunales, había condenado al eclesiástico a la pena de destierro a Mendoza. No hubo, sin embargo, voces en el clero que se atrevieran a defender al caído, pues el temor a sufrir análoga suerte era capaz de enmudecer la boca más resuelta. Sólo los deudos del afectado se esforzaron por ablandar la cólera del Director. Las hermanas pidieron clemencia, invocando las muestras de patriotismo de la familia y los sufrimientos y persecuciones experimentados durante los años de la reconquista española. Y el Senado, haciendo suya una súplica de Don Domingo de Eyzaguirre, el activo intendente del canal de Maipo y fundador de San Bernardo, pidió, por los reconocidos méritos de éste, la suspensión o rebaja de la pena fijada a Don José Alejo. Pero el jefe supremo se mántuvo inflexible y, a pesar de la salud quebrantada del presbítero y de la epidemia que asolaba en esos días la ciudad de Mendoza, le obligó a repasar la cordillera. No sólo era la ofensa inferida a Doña Manuela Warnes lo que él deseaba vengar, sino la actitud de desafío a su autoridad que creía notar en Eyzaguirre. El deseaba un clero sumiso, que acatara sin réplica sus órdenes y no pretendiera invocar para resistirlas viejos privilegios o amenazas espirituales. Cualquiera objeción le parecía un ultraje a su poder omnímodo y, como tal, un intento de sedición que reclamaba severo castigo.

40

DESPUES DE LA partida de Irisarri a cumplir su misión en el Congreso de Aquisgrán, transcurrieron muchos meses antes de que O'Higgins recibiera noticias detalladas de sus actividades. Al fin, en septiembre de 1820, llegó a Santiago, en calidad de emisario de aquél, el neogranadino Don Agustín Gutiérrez Moreno, trayendo correspondencia confidencial para el Director. Por ella fue posible saber que el arribo del agente diplomático a Europa había tenido lugar seis meses después de la clausura del Congreso a que estaba destinado; pero que, sin perder tiempo, se dedicó a husmear en Londres la actitud de los hombres de gobierno y de la opinión pública frente a una posible gestión de reconocimiento de la independencia de Chile.

Pronto pudo darse cuenta de que era aún prematura una negociación en este sentido, pero que, en cambio, era un paso inicial hábil trabajar por el robustecimiento de la neutralidad

británica en la lucha de la emancipación americana. "Una estricta neutralidad de esta nación —explicaba a O'Higgins en uno de sus oficios— es más funesta a la España que a nosotros, y parcialidad por la España es hostilidad directa a la América, de modo que no hay medio entre adherirse a una estricta neutralidad o declararse abiertamente contra nosotros: esto último no es fácil que suceda, cuando la masa de la nación británica desea nuestra emancipación de la España, no por un deseo generoso, sino porque conoce que sus intereses mercantiles están ligados con la independencia de la América. Si en este momento hubiera hecho una petición para que este gobierno reconociese la independencia de Chile, y no surtiera efecto, perderíamos mucho con la negativa; al paso que podemos lograr este grande objeto luego que varíen las circunstancias."

Empero, sus deseos de obtener una entrevista con el ministro de relaciones exteriores, Lord Castlereagh, no se vieron colmados tan pronto. Verbalmente envió a decir a Irisarri que le era imposible recibirle con carácter oficial, por traer credenciales de un gobierno que no estaba reconocido, pero que le fijaría dia para una audiencia privada. Pasaron así meses sin que el agente de Chile lograse que este ofrecimiento se hiciera efectivo. La actitud en extremo cautelosa del gobierno inglés y la experiencia recogida por los agentes argentinos, Don Valentín Gómez y Don Bernardino Rivadavia, que perseguían análogos fines, le hicieron ver que existían obstáculos de importancia en la labor, y no vaciló en participarlos cuanto antes a O'Higgins.

A su juicio, dominaba en Europa el convencimiento de que los pueblos hispanoamericanos carecían de la cultura suficiente para usar con decoro de la libertad. La espantosa anarquía de las provincias argentinas, de Venezuela y de México era una prueba demasiado fuerte de que las instituciones republicanas no podían aquí funcionar de manera estable, y esto parecía confirmarlo el hecho de que los Estados Unidos, no obstante tener el mismo régimen de gobierno, se negaran aún a prestar su reconocimiento a los nuevos Estados de Hispanoamérica. "Ultimamente —decía Irisarri — las relaciones publicadas en Washington por los comisionados del Presidente de los Estados Unidos de vuelta de su viaje a Buenos Aires y Chile, acompañadas del resultado que tuvieron en España por el tratado sobre La Florida, han convencido del desprecio con que mira aquella República nuestra causa y sus progresos."

Irisarri agregaba, no obstante, otro detalle de importancia

capital, que hacía revivir un proyecto del que O'Higgins no hubiera deseado por cierto acordarse. "Los ministros de Francia, más francamente que los otros —decía el agente—, han propuesto a los señores Rivadavia y Gómez, enviados de Buenos Aires, que si aquellas provincias se constituyen bajo una monarquía moderada, en que el rey constitucional sea el que ocupa actualmente el trono de Etruria, ellos harán el reconocimiento de la independencia del nuevo Estado que se forme así y que, además de eso, lo sostendrán con todo el poder de la Francia." Advertía todavía Irisarri que el ministro francés, con quien conferenciaron los representantes argentinos, les dijo que su país habría hecho en el Congreso de Aquisgrán indicación de reconocer a los Estados americanos sobre la base de que se constituyesen en monarquías, si los agentes de estos últimos hubieran manifestado algún deseo en ese sentido. Esto parecía al delegado de Chile un indicio indudable de que el proyecto del gobierno de Francia contaba con el apoyo de Inglaterra, Austria y demás países europeos, razón por la cual estimaba indispensable ponerlo en conocimiento de O'Higgins, para que éste adoptara sobre él la resolución que le pareciese adecuada. Como el proyecto de instrucciones favorables a una transacción monárquica a cambio de la independencia, que él devolvió en el camino por no llevar la firma del Director Supremo, no le fue después reexpedido a pesar de sus reclamos, se hallaba sin facultades para utilizar en favor de Chile las bases ofrecidas por Francia a los agentes argentinos. Lo que fluía evidente de la nota de Irisarri era que si hubiese dependido sólo de él, ya estaría a esas horas consumada la transacción propuesta.

Dos cartas posteriores del activo diplomático agregaban que no existía ya duda alguna de que Inglaterra apoyaba el plan francés. ¿Pero cómo reaccionar frente a esta situación? ¿Debía ser sacrificada la república para conseguir el reconocimiento o empeñarse en mantenerla y renunciar a esto último? El Director nada decía, y esto significaba mantener a Irisarri en una inacción desesperante. Su fastidio por este silencio de O'Higgins se expandió claro en una nueva carta, de 25 de noviembre de 1820: "Espero saber cuáles son los principios por los cuales debe ser regido ese Estado para proponer finalmente el reconocimiento de la independencia de Chile. Ahora es excusado tratar de eso porque nadie sabe lo que ha de reconocer, si es una república democrática, aristocrática, o una monarquía, o un gobierno sin principios. Mientras no se hayan sentado las bases, es imposible conseguir reconocimiento alguno; mientras a mí no me pongan en

posesión de todas las noticias necesarias para poder formar una opinión de lo que Chile debe ser al fin, ni aun estaré en estado de preparar el terreno. Es necesario franqueza y no contentarse con dejar que las cosas rueden por sí mismas, porque esto es perder tiempo y hacer que todos nos muramos sin ver el fin de estos negocios".

Muy lejos estaba O'Higgins, sin embargo, de ver con indiferencia lo concerniente a las formas de gobierno. Después de quemar el proyecto de instrucciones enviado a Irisarri, su espíritu republicano se había templado de tal suerte que no admitía contemporizaciones de ninguna especie. Una independencia alcanzada a costa de la renuncia de las nuevas instituciones resultaba para él el más absurdo de los contrasentidos. La cruenta y dolorosa guerra aún sostenida no podía concluir con el mantenimiento de un régimen en extremo odioso, porque equivalía a conservarse inmóvil ante el progreso después de tantos sacrificios. Debían morir para siempre los símbolos de la realeza y alzarse definitivamente en su lugar un sistema que, sobre los privilegios de la sangre, fuera capaz de asegurar el mérito de la inteligencia y del heroísmo. Antes de la llegada de Gutiérrez Moreno con las notas de Irisarri había tenido ocasión de exteriorizar con claridad su punto de vista y de borrar toda mala inteligencia que hubiera podido formarse en torno a sus ideales. En efecto, la caída del régimen de Pueyrredón y de sus amigos hizo aflorar a la luz pública, con caracteres de escandalosa traición, el plan monárquico por ellos alimentado, apareciendo como coadyuvante del mismo Don Antonio José de Irisarri. El agente norteamericano Mr. John Prevost, que había tomado bastante interés en la aclaración de todo este negocio, escribió entonces a O'Higgins desde Buenos Aires, preguntándole sobre la ingerencia que en él había cabido a su gobierno. "Mi sorpresa fue grande —le respondió el Director— cuando leí en los periódicos de Buenos Aires que el gobierno de Chile había tomado participación en el establecimiento de una monarquía en el continente sudamericano, y mientras no lo vea, jamás podré creer que el señor Irisarri haya perdido su carácter e infringido mis instrucciones, prestándole oído a semejante proposición. Espero que Ud. estará convencido de mis sentimientos republicanos, y puedo asegurar a Ud. que más bien moriría antes que manchar mi nombre con semejante abandono de mis deberes y de mis principios. Sin embargo, debo esperar hasta la llegada del señor Gutiérrez Moreno (de quien se dice que es conductor de los

despachos mencionados) antes de contradecir de una manera pública y digna la afirmación hecha en ellos o de repudiar cuanto haya podido hacer contra mis órdenes."

Esto lo escribía O'Higgins en abril de 1820, y en octubre del año siguiente tuvo que volver sobre el mismo tema, porque las noticias de Lima le confirmaban que su amigo el Protector soñaba con la monarquía en esas tierras y vería también con buenos ojos su establecimiento en Chile. La idea de que pudieran tomar aquí cuerpo semejantes proyectos le traía lleno de inquietud y hacía buscar el concurso de los hombres de fe republicana más arraigada para que colaboraran con él en la tarea de purificar el ambiente de contaminaciones absurdas. Y así cuando Don José Gaspar Marín le felicitó por la ocupación de Lima, aprovechó la oportunidad de subrayarle en la respuesta el peligro monárquico y solicitar su apoyo para combatirlo. "Vamos a entrar —le decía— en un nuevo período, consagrado a la estabilidad y a la política. Si Chile ha de ser República, como lo exigen nuestros juramentos y el voto de la naturaleza, indicado en la configuración y riqueza que lo distingue; si nuestros sacrificios no han tenido un objeto insignificante; si los creadores de la revolución se propusieron hacer libre y feliz a su suelo, y esto sólo se logra bajo un gobierno republicano y no por la variación de dinastías distantes, preciso es que huyamos de aquellos fríos calculadores que apetecen de monarquismo. ¡Cuán difícil es, mi amigo, desarraigar hábitos envejecidos! Los hombres ilustrados como Ud., de razón y juicio privilegiados, son los únicos que pueden convencer y persuadir. Ojalá se dedicara algunos ratos a este importante objeto. ¡Qué de bellezas y reflexiones no ocurrirían a Ud. sobre la forma de gobierno más conveniente a Chile, para que así se precava del monarquismo europeo, con que se ha pensado dividir la América! "

Apenas seis días más tarde, el 24 de octubre de 1821, debía insistir sobre el mismo punto, a propósito de un opúsculo en favor de la monarquía que le había remitido el oficial peruano Don José Rivadeneira y Tejada. "Prescindiendo —manifestaba a éste— de la imposibilidad de resolver sin desgracias y sin sangre los problemas con que Ud. concluye, yo no sé que a pueblos entusiasmados por la libertad acomodase un gobierno que la contraría; ni sé tampoco el desconcepto con que las naciones ilustradas y la severa posteridad oirían los esfuerzos heroicos de la América, si los viesen determinados a obedecer como antes, no habiendo logrado más que el cambio nominal de dinastía."

No iba a terminar el año 1821 sin que O'Higgins recibiera directamente de San Martín la confesión abierta de sus planes. El Protector había decidido enviar a Europa una embajada para negociar el reconocimiento de la independencia del Perú y echar allá las bases de la monarquía. Los plenipotenciarios designados para esta doble misión eran Don Juan García del Río y el coronel Don Diego Paroissien, que antes de cumplir su tarea en las cortes del Viejo Mundo pasarían a Chile a entrevistarse con el Director Supremo e imponerlo en detalle de todos esos proyectos. "Si ellos convienen con los de Ud. y los intereses de Chile —escribía San Martín, creyendo contar una vez más con el apoyo de su amigo—, podían ir dos diputados por ese Estado que, unidos con los de éste, harían mucho mayor peso en la balanza política e influirían mucho más en la felicidad futura de ambos Estados." Y agregaba, justificando sus puntos de vista con el personal desinterés y el propósito de evitar al Perú los desórdenes de otros lugares de América: "Estoy persuadido de que mis miras serán de la aprobación de Ud., porque creo estará Ud. convencido de la imposibilidad de erigir estos países en repúblicas; al fin yo no deseo otra cosa que el establecimiento del gobierno que se forme sea análogo a las circunstancias del día, evitando por este medio los horrores de la anarquía. ¡Con cuánto placer no veré, en el rincón en que pienso meterme, constituida la América bajo una base sólida y estable! "

Muy a menudo la admiración al talento de San Martín y la gratitud al decisivo apoyo por él prestado a la independencia de Chile habían hecho de O'Higgins un ejecutor ciego de sus designios. Pero esta vez ninguna circunstancia podía cohibirle a expresar su condenación resuelta a las sugerencias del amigo y a resistir las insinuaciones de arrastrar a Chile en el plan monárquico del Perú. Por el momento no dio respuesta a la comunicación de San Martín, pero esperó la venida de sus agentes para exponerles con ruda franqueza sus inamovibles puntos de vista en la materia.

La nueva del próximo arribo de una embajada del Protector con fines tan singulares trascendió muy pronto al conocimiento público, y si en uno que otro viejo aristócrata pudo ser grata la ilusión del posible establecimiento de un trono en el país, en la gran mayoría el eco fue adverso. El presbítero Don José Ignacio Cienfuegos, que aguardaba en los primeros días del año 1822 en Valparaíso la partida del barco que debía trasladarle hasta Europa para cumplir su misión ante el Sumo Pontífice, tuvo, sin embargo,

ante la noticia un sobresalto mayor que el corriente.. Pocos como él sabían lo extraño que era O'Higgins a esa suerte de maquinaciones. Había tenido ocasión de asistirle como senador años atrás, cuando quemó en su despacho el proyecto de instrucciones enviado por Irisarri, y ahora mismo, al ir a despedirse de él para emprender su largo viaje, le oyó exclamar, refiriéndose a las insinuaciones monárquicas del agente de Londres: " ¡Primero permitiría que me hicieran pedazos antes de entrar en semejante proyecto! " Sin duda la fe republicana del Director Supremo estaba fuera de discusión, pero las asechanzas a que comenzaba a estar expuesta de parte de un hombre tan influyente como el general San Martín eran para inquietar con fundamento al sagaz eclesiástico. No quiso esperar más, y tomando la pluma desahogó sus temores al jefe del Estado: "Tiempo ha que mi corazón me anunciaba algún proyecto semejante a éste; mas ahora que ya veo desplegarse estas ilegítimas y degradantes ideas; me inflamo y mi imaginación tristemente agitada no me permite tener reposo. ¡Ah Señor! ¡Cómo podremos ver sin dolor que Chile, nuestra amada patria, después de tantos sacrificios, tanta sangre derramada por su libertad; después de tan gloriosas victorias que le han hecho temible a sus adversarios, que le han adquirido la dominación del Pacífico y conquista del Perú; y después de haber jurado su independencia, formado una Constitución, aunque provisional, y caminando hasta lo presente con una marcha majestuosa, que lo ha llenado de honor y crédito aun entre las naciones cultas de Europa, venga al fin a quedar en el abyecto rango de una provincia subalterna y dominada por un príncipe enemigo nuestro, y cuya educación despótica nunca podrá conformarse con las ideas de nuestra libertad política, aunque le formen las más sabias y liberales constituciones! " Y añadía poco más adelante este aviso que, aunque envuelto en términos generales, iba directamente a precaver al Director de la influencia sutil de San Martín: "Permítame V. E. me tome la satisfacción de encargarle que en estas materias tan interesantes y espinosas se cautele mucho de una u otra persona, aun del primer rango, y que en todas las épocas de nuestra revolución han manifestado el mayor patriotismo, pues la experiencia me ha enseñado que, unos por debilidad, ligereza y falta de reflexión; otros por no ser naturales del Estado, otros por intereses particulares, se hallan preocupados en esta materia, es fácil de que sean sorprendidos con perjuicio del bien público".

Si Cienfuegos hubiera permanecido dos meses más en Chile,

habría comprobado con alivio que la fidelidad de O'Higgins a los principios republicanos era inconmovible y que sus vínculos con San Martín no eran capaces de arrastrarle a la defección. En efecto, a principios de febrero llegaban al país los agentes García del Río y Paroissien, y luego debía presentarse al Director Supremo la ocasión de mostrarles la firmeza de sus convicciones políticas.

Los representantes de San Martín traían abundantes encargos del Protector, y comenzaron por pedir un refuerzo de dos mil soldados, cosa que a O'Higgins debía saberle a amarga ironía conociendo la inacción en que se hallaba el ejército expedicionario de siete mil hombres y el desprecio con que en el Perú se miraba la obra de Chile. Se guardó, sin embargo, de decir algo al respecto, porque el deseo de no ahondar susceptibilidades y divisiones era suficiente para justificar en él muchos silencios y olvidos. Pero rehusó el auxilio solicitado fundándose en la cierta ruina económica del país y en la necesidad de preferir las propias urgencias a las extrañas. Aún quedaba por liberar el archipiélago de Chiloé, y mientras no se lograra, la soberanía chilena en el Sur sería del todo insegura.

A pesar de este fracaso inicial en sus gestiones diplomáticas, García del Río y Paroissien se atrevieron a tocar un segundo punto bastante delicado. El gobierno del Perú se sentía altamente ofendido por la conducta de Cochrane y exigía como reparación que el almirante fuera destituido. A esto respondió O'Higgins lo que ya había escrito a San Martín: suponer que Cochrane acataría la orden del gobierno de entregar el mando era una ilusión; una medida de esa especie no tendría más resultado que exasperar al marino y llevarle a adueñarse de la escuadra para cometer con ella las mayores locuras. Por otra parte, ya habían abandonado las aguas del virreinato y estaba ocupado en perseguir en el Pacífico las últimas naves españolas.

La cuestión monárquica fue abordada en las entrevistas finales, sin muchas esperanzas después del mal resultado obtenido en las conversaciones anteriores. Con cautela, los agentes se limitaron sólo a hablar del Perú, sin avanzar ninguna sugerencia respecto de Chile. O'Higgins, que parecía resuelto a cortar el problema de raíz, no esperó insinuaciones más directas y manifestó a los plenipotenciarios que era posible que en el antiguo virreinato resultara a propósito la implantación de ese régimen, pero que en Chile, no existiendo ambiente favorable para algo semejante, era preferible dejar las cosas en el actual estado hasta ver el desarrollo

político de los demás países de América y la actitud de los gobiernos europeos. A García del Río y su compañero no les quedó ánimo para seguir avanzando en el tema y se retiraron con la impresión de que el Director se resistía a los proyectos monárquicos porque deseaba perpetuarse en el poder.

Había llegado el momento de desahuciar también los sueños monárquicos de Irisarri, y O'Higgins le escribió anunciándole en primer término, que su correo de gabinete, Don Agustín Gutiérrez Moreno, regresaría a Europa en compañía de los diplomáticos del Perú con encargo de informarle del estado político de estos países. Y luego, abocándose a la insistente pregunta de su representante en Londres sobre el sistema de gobierno que adoptaría Chile, le dijo, escueto, que las notas de instrucciones que había mandado para su firma desde San Luis no serían ratificadas; que aún nada claro se veía en el panorama americano sobre la forma política que tomarían las nuevas naciones, pero que la opinión general distaba "mucho del proyecto que había sugerido la cobardía y que tanto detestaban los pueblos".

Se dirigió después a Don Miguel Zañartu para anunciarle la próxima llegada a Buenos Aires, de paso para Europa, de García del Río y Paroissien y advertirle que de seguro llevaban encargo de participar al gobierno de Don Martín Rodríguez la traída "de algún príncipe de Europa para que se corone en el Perú y consultarle sobre si desea ese pueblo entrar en el inquilinato en que creyeron algunos no era difícil se suscribiese Chile". "Pero ya lo respetan demasiado —concluía— para ni siquiera proponerlo."

El amigo San Martín no se resignaba, sin embargo, a ver a O'Higgins disidente de sus planes, y luego llegó a Chile a renovar el ataque un nuevo plenipotenciario del Perú, Don José Cavero y Salazar. Nada consiguió, por cierto, salvo que el Director, que hasta entonces había guardado reserva de todas estas gestiones, hiciera pública su animadversión hacia el proyecto monárquico. En un banquete dado en el palacio para festejar al representante de Colombia, Don Joaquín Mosquera y Arboleda, O'Higgins, en presencia de Cavero y de diversas personalidades políticas, alzó su copa diciendo: "Después de tantas batallas, de tan felices y gloriosos esfuerzos, antes deje el sol de alumbrarnos para siempre que el que se establezca en América un cetro, una corona". El agente de Bolívar agregó por su parte: "Sea la América la soberana del mundo y la madre de las repúblicas". Y Don Joaquín Campino, cuyo nombre se daba entonces como el del

futuro diplomático de Chile en Colombia, subrayó apasionadamente: "Las pretensiones monárquicas en América sean derrotadas por sólo el ridículo".

La fe republicana se había afianzado demasiado en todos los corazones para que una gestión extraña pudiera desarraigarla.

Por este mismo tiempo el Director había recibido correspondencia de su antiguo condiscípulo en el colegio de San Carlos de Lima, el marqués de Torre Tagle, ahora Supremo Delegado del Perú con ocasion de un viaje de San Martín al norte para entrevistarse con Bolívar. Torre Tagle le enviaba de regalo un árbol genealógico de Don Ambrosio O'Higgins, conservado por Doña Mariana de Echeverría, su esposa, entre los papeles de su primer marido, el intendente de Huamanga, Don Demetrio O'Higgins, primo del marqués de Osorno. Este documento ponía súbitamente a Don Bernardo en contacto con las lejanas generaciones de Irlanda que habían sufrido el asedio tremendo de los conquistadores ingleses. ¡Cómo era de similar su vida con la de esos abuelos de la isla heroica! ¡Qué de privaciones y dolores no habrían todos pasado por la libertad! Ahí estaba el escudo para decirlo en sus cuarteles cargados de lágrimas. Y ahí también ese lema misterioso y profético que era como el destino ineludible de toda la estirpe: "Pro Patria". Lo había él cumplido como nadie, consagrando a la tierra de Chile su fortuna, su paz, el desvelo de su vida. Ahora ella estaba libre, y quizás dos veces, al alejar de su horizonte político el espectro monárquico que le parecía consubstancial con la opresión.

41

ANTES DE TERMINAR el año de 1821 la guerra del Sur había tomado un curso particularmente favorable. El coronel Prieto logró batir, en las márgenes del río Chillán, al temible Benavides y persiguió con encarnizamiento sus huestes, recuperando para la patria diversas poblaciones que gemían bajo el poder de los montoneros. Aunque el cabecilla alcanzó a ocultarse rápido en las selvas de Arauco, no pasaron muchos meses sin que fuera descubierto en la costa de Colchagua, cuando, en una pequeña embarcación, intentaba dirigirse al Perú. Su captura causó extraordinario revuelo, y al entrar el 13 de febrero a Santiago, el pueblo le escoltó con improperios por la calle de Ahumada, hasta el local de la cárcel en la Plaza de Armas. El proceso que se le

siguió fue rápido, y diez días más tarde su cuerpo pendía de la horca.

Caído el jefe, los guerrilleros comenzaron a deponer las armas a cambio de la amnistía que se les ofreció en nombre del gobierno. Los de más importancia fueron alejados de los lugares de sus viejas correrías, para evitar reincidencias, trasladándoseles a la capital conjuntamente con algunos franciscanos españoles del colegio de Chillán que habían demostrado una ardorosa fidelidad a la causa del rey. El Director Supremo observó con ellos cierta benevolencia, que en el caso de uno de los religiosos acabó por transformarse en afectuosa acogida. Porque se trataba nada menos que de fray Gil Calvo, el antiguo profesor de gramática que con su carácter festivo y bondadoso había iluminado las horas tristes de su niñez. O'Higgins sentía por ese hombre una tierna gratitud, y arrostrando las críticas del público, no titubeó en alojarlo por un buen tiempo en su palacio.

Sin duda que esta condescendencia con el fraile realista apenas resultaba una falta venial en la lista de cargos que con saña minuciosa acumulaban en contra del Director sus adversarios. Al odio que los deudos y amigos de los Carrera le guardaban sin tregua, al desagrado de los magnates excluidos de la influencia en el gobierno, al mal efecto producido en muchos por el destierro del obispo de Santiago y del presbítero Eyzaguirre, se iba ahora uniendo una sorda oposición hacia el ministro Rodríguez Aldea, transformado en valido omnipotente. Desde que el antiguo auditor de Gaínza pudo quitar del medio a Zenteno y reducirlo de ministro a gobernador de Valparaíso, ya nadie le arrebató el dominio sobre la voluntad del Director. Su colega Don Joaquín Echeverría resultaba demasiado blando y condescendiente para intentar una resistencia a sus deseos, y el resto de los amigos del jefe del Estado apenas fueron hallando oportunidades para acercársele, porque Rodríguez no le desamparaba a ninguna hora. De esta manera O'Higgins, cautivado por la inteligencia y la capacidad de trabajo de su colaborador, quedó, sin advertirlo, desconectado de la opinión pública. Y cuando alguna carta furtiva lograba llegar hasta sus manos aconsejándole sacudir la influencia del ministro, la miraba como el producto de la intriga o de la envidia.

No era sólo la autoridad caprichosa de Rodríguez Aldea lo que se criticaba – y esto en voz baja, pues la experiencia adquirida con el proceso de Blanco Encalada hacía que todas las precauciones se tornaran cortas–; había quienes se atrevían a murmurar que el

ministro recogía pingües beneficios en pago de concesiones fiscales y en la participación de contrabando, y no faltaban aún los que llegaban a decir que en las utilidades de estos turbios manejos alcanzaba también su parte Doña Rosa, la hermana del Director. Pero si a éste ni sus mayores enemigos le tuvieron en la boca por tal capítulo, nadie le excusó de debilidad culpable frente a lo que estaba ocurriendo.

Las relaciones de O'Higgins con el Senado habían ido tomando, por otra parte, un giro creciente de tirantez. Mientras el alto cuerpo parecía decidido a hacer respetar con todo rigor los preceptos de la Constitución de 1818 y no inclinarse ante los ímpetus invasores del gobierno, el Director, empujado por su ministro, se mostraba resuelto a no poner tope a sus prerrogativas. Los choques entre ambas autoridades se fueron haciendo cada vez más frecuentes y no faltó el caso en que al protestar el Senado de las violaciones de O'Higgins a la ley fundamental, llegó éste a contestarle que, "respetando la Constitución, se hallaba resuelto a separarse de ella si algún deber imperioso, aconsejado por la salud pública, se lo ordenaba". El Director reclamaba para sí la plenitud del poder y sus notas al Senado iban muy lejos de querer ocultar este propósito. Pero la corporación, resucitando el espíritu de los viejos cabildos españoles, no se resignaba a ver la libertad ahogada por el absolutismo y resistía enérgica las invasiones del jefe del Estado. Siempre el gobierno había de estar "sujeto a la ley y si en alguna circunstancia debe ceder ésta, debe ser sólo cuando peligre la salud de la patria, y entonces con acuerdo del mismo poder legislativo".

La lucha medieval por los fueros volvía a renacer con el antiguo encarnizamiento. La aristocracia, desposeída de la influencia política, buscaba medio de abrirse paso a través del hermetismo dictatorial y creyó hallarlo con un acuerdo del Senado que limitó a tres años la duración de las funciones de los intendentes y gobernadores sometiéndolos al término de ellos al juicio de residencia de los tiempos españoles y facultando a los cabildos para presentar al Director Supremo ternas de donde él debería escoger a los ciudadanos aptos para ese cargo. O'Higgins reaccionó de inmediato contra una ley que amenazaba reducir su omnipotencia. Con la misma vehemencia con que había resistido el régimen monárquico por tiránico se opuso ahora a la consulta popular, alegando que los díscolos aprovecharían la oportunidad para introducir su influencia nefasta y disgregadora en la vida nacional. Pero el Senado salió rápido al encuentro de la objeción:

¿no era creíble que el descontento que estaba palpándose surgiera precisamente de la imposibilidad de los ciudadanos de influir o participar en el gobierno? "Lejos de ocasionarse males por el uso y ejercicio de estas elecciones —advertía con franqueza el alto cuerpo al Director—, resultará la satisfacción y contento de los pueblos, cesando las repetidas quejas contra sus mandatarios, que en adelante serán obra suya."

Aislado O'Higgins en su palacio y reducido a la influencia de Rodríguez Aldea, miraba al través de éste los pasos del Senado como meros despuntes de rebeldía y se mostraba por esto reacio a inclinarse ante sus razonamientos. Pronto tuvo, sin embargo, que comprender que había cundido demasiado la aspiración popular a un régimen representativo para que pudiera resistirla sin verdadero peligro. El padre Camilo Henríquez, que regresaba de Buenos Aires después de una larga permanencia en esa ciudad, habló con franqueza al Director del descrédito que hasta en el extranjero pesaba sobre su gobierno y le instó a dar sin demora instituciones más democráticas al país. No era posible que después de triunfada la revolución se hubiera avanzado tan poco en la aplicación de sus principios.

Algo después una carta del gobernador de Córdoba, Don Juan Bautista Bustos, se encargaba de imponer a O'Higgins de las quejas que los transeúntes chilenos por esa provincia formulaban en su contra. "Me aseguran que hay bastante descontento contra usted —le decía—, no con respecto a su persona, sino por un ministro que odian, y que creían que el señor Freire, que mandaba en Penco, llegase a romper por enemistad particular con el ministro, que le ocultaba o sepultaba sus servicios, y como el ministro contra quien hablan debe ser de la confianza de usted es que se lo advierto, por si acaso hay algo."Añadía Bustos que entre las críticas más reiteradas estaban las de "que el ministro no dejaba que hablasen con usted sino dos días o uno en la semana, y eso horas muy limitadas para que no llegasen las quejas a usted; que bastantes partidarios de Carrera se estaban allegando al señor Freire, y que éste tal vez sucediese a usted en el mando; que había causado un descontento general al pueblo la expatriación de un tal Eyzaguirre. .."

Ya era imposible desentenderse de estos comentarios adversos, y aunque el Director persistía en estimarlos injustos, acabó por acceder a las instancias de Henríquez, creyendo que la consulta al pueblo sería el medio más adecuado para acallar los ataques al gobierno. Después de todo, el Senado acababa por triunfar en la

polémica. "Cuando V. E. cree fomentar la anarquía por dichas elecciones, el Senado las mira como medio para distraerla", había advertido a O'Higgins en una de sus últimas notas, y ahora éste se inclinaba por la evidencia de los hechos ante esas razones. Pero la alta corporación no pudo, sin embargo, darse el gusto de aparecer como triunfadora, pues, a pesar de que la Carta Constitucional de 1818 le había concedido la facultad de fijar el tiempo de convocatoria del próximo Congreso y establecer el reglamento electoral, el Director, sin mayor consulta, y dando por extinguidas las actividades senatoriales, llamó, por un simple decreto, a los cabildos a enviar diputados a una convención.

Pero si O'Higgins estaba resignado a acudir a la consulta popular, no se hallaba por eso menos dispuesto a obtener que los nombramientos recayeran en personas de su satisfacción. El Congreso de 1811, en que él había cifrado tantas esperanzas, llegó a convencerlo en forma experimental de que Chile carecía de preparación cívica para utilizar de manera adecuada los organismos representativos. Y aunque seguía mirando como ideal el sistema inglés, donde el parlamento jugaba un papel decisivo, veía aún como cosa distante su aplicación en el país. Mientras, convenía mantener un régimen firme que estimulara la cultura, y al amparo de su crecimiento fuese otorgando el progresivo uso de los derechos ciudadanos. Todo avance debía hacerse con prudencia y el máximum de precauciones, a fin de que no se tornara en una medida contraproducente. De ahí que la próxima convención, irremediable como medio de detener la oposición en crecimiento, podía ser un paso en extremo peligroso si no se la orientaba desde sus orígenes.

Rodríguez Aldea, aunque por otras razones, creía asimismo indispensable meter mano en el nombramiento de los diputados. Conocía de sobra el terreno cada vez más movedizo en que estaba pisando, sabía que la exigencia de la convocatoria a la Convención arrancaba precisamente de sus más encarnizados adversarios y que de la fisonomía de este Congreso iba a depender en buena parte su propia estabilidad. Eliminar las influencias de la aristocracia de Santiago, que le motejaba con desdén de "chillanejo", herida por su alejamiento de los consejos de gobierno, y conseguir la designación de hombres dóciles y adictos que le permitieran afianzar su hegemonía, era en estos momentos todo su afán. Para lograrlo dispuso que cada cabildo eligiera un solo diputado, que debía ser originario o vecino del lugar, con lo que la capital quedó equiparada en representación al más modesto villorrio y sus

magnates vieron canceladas sus expectativas de llegar a la Convención por el voto de algún pueblo de provincia. Este primer paso se vio luego complementado por otro de no menor eficacia. Bajo su inspiración, O'Higgins hizo llegar a manos de cada gobernador una nota confidencial, por la que daba a conocer el nombre de la persona cuya designación debía obtenerse en ese lugar. La orden suprema iba, además, revestida de singulares precauciones. La elección debía hacerse en cada caso inmediatamente de ser recibida la carta por el gobernador, para no dar así tiempo a los "facciosos" a que lograran el triunfo de una candidatura adversa al régimen. Además, el destinatario devolvería la comunicación al Director, a fin de que todo quedase en el mayor secreto.

La máquina funcionó tal como lo había deseado el gobierno, y el 23 de julio la Convención se inauguraba con solemnidad, ocupando como lugar de reuniones el palacio del Consulado. Hasta él llegó en la mañana el Director Supremo con gran despliegue de funcionarios, siendo escoltado al salón de honor, donde pasó a ocupar el sillón de la presidencia bajo un suntuoso dosel. Después de recibido el juramento de los diputados y elegidos por éstos, como presidente y vicepresidente de la corporación, Don Francisco Ruiz Tagle y el presbítero Don Casimiro Albano, O'Higgins se dirigió a la concurrencia con palabras encendidas: " ¡Compatriotas! Vuestros votos y los míos están satisfechos. Ya está instalada y empieza sus altas funciones la Convención del Estado. En ella reside desde este instante toda la autoridad que le han confiado los pueblos. Veneremos sus decisiones. Mi brazo y los de mis compañeros de armas las harán respetar. ¡Viva la patria! ¡Viva la Convención! " Y luego de entregar a Ruiz Tagle un mensaje para ser leído de inmediato en la asamblea, el Director abandonó el local en medio de los aplausos de los asistentes.

El memorial, de que luego se impusieron los diputados, señalaba a éstos sus grandes responsabilidades y atribuciones. "Conozco bien –decía allí O'Higgins– que la honorable Convención no reviste todo el carácter de representación nacional, cual se tiene en otros países constituidos y gozaremos después; empero, siendo una reunión popular respetable y la única que legalmente se podía tener por ahora, yo le dirijo la palabra como si estuviese congregado en esta sala todo el pueblo chileno, cuyos intereses he mirado como padre y cuya seguridad y gloria ha sostenido mi espada. Con este objeto está desenvainada

más ha de doce años y sólo será colgada en el templo de la paz, cuando una ley de olvido no deje ni enemigos ni ingratos: cuando ya no sirva a vuestra seguridad e independencia..."

Después de pasar revista a la obra emprendida y a los grandes sacrificios sobrellevados, el Director depositaba el mando en la asamblea, pidiendo que le relevara de sus altas y abrumadoras funciones: "Demasiado tiempo he llevado sobre mis débiles hombros la pesada máquina de la administración, y os suplico encarecidamente que hoy mismo me descarguéis de ella. Hasta aquí todo fue provisorio, y todo queda a vuestra elección. Cualquiera que sea el digno ciudadano que llamareis para que me suceda en la magistratura, mi espada estará siempre a su lado en los riesgos, hasta que la constancia, la prudencia y las negociaciones nos den la seguridad de la paz y el reconocimiento que debéis procurar de nuestra independencia". Y concluía el mensaje: " ¡Compatriotas! Mi misión está concluida: los defectos son inseparables de la humanidad y circunstancias muy difíciles me han rodeado por todas partes..., quizás mis cortos alcances y mi inexperiencia... Hijos míos (permitid este nombre a mi tierno afecto), jamás olvidaré las consideraciones que os he merecido y espero que se prolonguen más días en razón de mi gratitud, hasta veros tan felices y poderosos como los pueblos más florecientes de la tierra".

Terminada la lectura del extenso mensaje, no fue preciso entrar a su detallado examen, pues la Convención, por unanimidad y en medio de aclamaciones, rechazó la renuncia del Director Supremo y le reiteró su mandato. Y una comisión encabezada por el vicepresidente, Don Casimiro Albano, íntimo de O'Higgins, pasó a darle cuenta del acuerdo.

Tanto en ése como en los demás días que siguieron, las festividades fueron pródigas. Hubo Tedéum en la Catedral, fuegos artificiales, globos aerostáticos y cuatro representaciones teatrales. Aquí los reyes de las tablas Francisco Cáceres, Francisco Navarro y Lucía Rodríguez entusiasmaron al benigno público. Las columnas de "El Mercurio", que dirigía Camilo Henríquez, ahora secretario de la Convención, comentaban el esfuerzo de los artistas: "Los versos de La Aurora: "Ensalzad de la patria el nombre claro", etc., precedieron a "La Jornada de Maratón", en que Cáceres se distinguió altamente. En el "Numa Pompilio" se hizo admirar la señora Lucía. En el "Oscar" sobresalieron Cáceres y Navarro. Es de desear —agregaba el cronista, resuelto a decir toda la verdad— que estos tres actores varíen más el tono e

inflexiones de la voz, según la variedad de posiciones y de afectos: la monotonía es insufrible".

En medio de las fiestas oficiales recibió O'Higgins las congratulaciones del obispo Rodríguez Zorrilla, que desde su retiro de Ñuñoa no perdía aún la esperanza de verse restituido al pleno goce de sus funciones. "Mi patria es dichosa y debe lisonjearse con la posesión de un jefe esclarecido, superior a nuestras esperanzas, cual podría forjarlo la imaginación de acuerdo con el deseo", escribía el prelado, confiando en la eficacia de su adulo en el ánimo del blando Director. Y Lord Cochrane, que había regresado hacía poco a Valparaíso, después de un largo crucero hasta México, en persecución de naves españolas, hizo oir también al gobierno su palabra de aplauso: "Ahora que ha llegado el augusto día de la representación nacional, convocada y reunida por el padre de la libertad de Sudamérica, mi júbilo rebosa y mis más ardientes aspiraciones se han colmado".

Los aplausos y elogios de los amigos persuadían a O'Higgins de que acababa de darse un paso de importancia para la paz interior y la consolidación del régimen. A sus oídos no llegaba el rumor rencoroso de los adversarios que no se resignaban frente a la burda maquinación electoral del ministro Rodríguez.

42

DESDE EL ADVENIMIENTO de la era independiente, el antiguo palacio de los gobernadores del reino había experimentado algún remozamiento. El nuevo habitador cuidó de introducir ciertos adelantos que pudo apreciar en sus años de estudiante en Europa. Y así, en las salas pobremente alhajadas aparecieron alfombras escocesas sobre el suelo enladrillado, relojes franceses y porcelanas en las mesas y estufas de hierro de Inglaterra para substituir a los antiguos braseros. El mismo Director, a pesar de su sencillez, acabó por acogerse a los atractivos de un suntuoso lecho de finas maderas y forros de seda, elaborado por el ebanista francés Victor–Athanase Gendrin, al precio de seis mil francos.

Ninguno de estos avances suntuarios en medio de la rusticidad colectiva significaba para O'Higgins el paso a una vida muelle y regalona. Su horario de trabajo había llegado a transformarse en una esclavitud abrumadora y desesperante. Estaba en pie a las seis de la mañana y permanecía en su mesa de despacho hasta las once

de la noche, sin más intervalos que las horas de comida y la siesta. Algunas veces solía bajar de la sala al patio interior, donde daba un breve paseo y dirigía cariñosas reconvenciones al "periquito" y a la "cotorrita" de su madre, trenzados en frecuentes reyertas y a los que reconciliaba colocándolos sobre sus hombros o la mano. Los llevaba consigo hasta la mesa y les preparaba por sí mismo el alimento. Siempre tenía allí a su lado a la chinita de su madre, una huérfana valdiviana de ocho años, traída del Sur en 1817 y a quien dio por nombre el de Petronila Riquelme. También era su invitada otra indiecita pehuenche, salvada, como la anterior, de perecer en la guerra. Era una vieja costumbre de sus años de hacendado de "Las Canteras", donde, con frecuencia, tuvo de comensales a caciques de Arauco con quienes compartió en su propia lengua. Varios le habían seguido a la guerra, y en el sitio de Chillán el fiel Venancio Coñuepán no dejó de alentarle en los momentos amargos con su dicho pintoresco y favorito: "Pachencha no más".

Los años parecían detenerse ante Doña Isabel Riquelme, que conservaba aún buena parte de su belleza de juventud. El amor hacia el hijo tenía los caracteres de una verdadera idolatría, y fácilmente podía advertirse en la mirada de complacencia con que le observaba a cada instante y escuchaba sus palabras. Doña Rosita, visiblemente menos agraciada que su progenitora, era baja y algo gruesa, como Don Bernardo, y la común tosquedad de sus facciones, unida a su ademán un poco imperioso, hacía que la llamaran "el general con polleras". Era apasionada por la música y amiga del comerciante danés Carlos Drewetcke, buen violoncelista, que hizo ejecutar en su honor, en la Plaza de Armas, con ocasión de uno de sus cumpleaños, una sinfonía de Beethoven y un cuarteto de Mozart. En cuanto a las representaciones dramáticas, rara era la noche que faltaba a ellas, y más de una vez la acompañaba Don Bernardo, deseoso de buscar una sana distracción a sus agotadoras tareas de gobierno.

El edecán del Director, Don Domingo Arteaga, había tomado sobre sí la tarea de dotar a la capital de una sala de espectáculos más digna que el pobre local de la calle de las Ramadas, frente al puente de palo. Al fin pudo inaugurarse en un edificio decente, en la Plazuela de la Compañía, el mismo día que zarpaba al Perú la expedición libertadora. Tenía el teatro un amplio escenario, sobre cuyo telón aparecía estampada, en letras de oro, una estrofa que el ingenio de Vera y Pintado, el poeta oficial, había concebido mientras asistía con distracción a una misa:

He aquí el espejo de virtud y de vicio;
miraos en él, y pronunciad el juicio.

Cabían en la espaciosa sala unos mil quinientos espectadores, repartidos en la platea, dos órdenes de palcos y la galería, donde se dejaba entrar gratuitamente a los soldados. A la derecha del proscenio estaba el palco del Director Supremo, adornado de sederías con los colores nacionales, y frente a él, con colgajos similares, aunque más modesto, el del Cabildo de Santiago.

Las representaciones se iniciaban con el himno nacional de Vera y Pintado, al que había puesto música Don Manuel Robles, buen violinista y torero, a la vez que diestro del billar y del volantín. Corrido el telón, aparecía en escena alguna de las piezas de moda: el "Catón de Utica", de Addison; el "Otelo", de Chakespeare, o "La Jornada de Maratón", de Guérault, que había traducido el argentino Don Bernardo Vélez Gutiérrez para su representación en Buenos Aires en las festividades del triunfo de Chacabuco.

El primer actor era el español Francisco Cáceres, sargento de la guarnición de Valdivia hasta la toma de la plaza por Cochrane, y a quien el edecán Arteaga, organizador del teatro, había transformado de prisionero en artista. Su gloria no tuvo competidor hasta la venida de Luis Ambrosio Morante, oriundo de la banda oriental, que acabó por desplazarle en el corazón del público, después de una encarnizada batalla. Lucía Rodríguez, la primera dama, contaba con muy buena acogida, y tan acostumbrada parecía estar al inevitable aplauso, que cuando, en cierta ocasión, la concurrencia mudó de actitud y le prodigó una rechifla, la cómica, volviéndose furiosa al auditorio, le lanzó el más grueso exponente de su vocabulario. El alboroto que se armó fue grande. Lucía acabó en la cárcel, aunque no por largo tiempo, pues a los pocos días el público versátil la reclamaba y aplaudía de nuevo.

Pedro Pérez, Isidro Mozas y Hevia eran los graciosos de la comparsa, y en "Los Locos de Sevilla" se habían hecho irreemplazables. ¿Y quién podía competir con Angel Pino en su papel de traidor?

Los espectadores estaban ya tan incorporados al mundo de la fantasía, que seguían con singular empeño y emoción los movimientos de la escena. Intervenían a menudo en el tema mismo del drama, alentando a gritos a los actores, tomando apasionado partido por la causa de uno u otro y acompañando sus

bailes con tamboreo. Si alguno de los personajes parecía buscar en vano la clave de algún secreto, pronto le llegaba ésta a voz en cuello desde la galería impaciente, y si en el proscenio se perseguía con afán a un hombre escondido, no faltaba quien dijera fuerte: " ¡Está bajo la mesa! "

Se representaba una noche el "Otelo". El Director Supremo asistía con su familia y las indiecitas de su regalo. En la platea tres soldados de bayoneta calada cumplían su misión habitual de resguardar el orden. De repente, uno de ellos advierte que bajo el palco del jefe del Estado un "gringo", contraviniendo la expresa prohibición, ha encendido un puro y se apresta a fumarlo con toda calma. Se le acerca entonces y le llama la atención sobre su falta. Mas, luego de alejarse, ve que el británico sigue echando sus bocanadas de humo. De nuevo va hasta él el agente de la autoridad para reconvenirle y ahora en forma más enérgica y amenazadora. Pero nada consiguió, sino enfurecer de tal manera al "gringo", que acabó éste por lanzarse sobre el fusil del soldado, procurando arrebatárselo de las manos. El teatro dio un vuelco y ahora el escenario pasó a la platea. El tremendo pugilato que se armó entre los dos hombres por la posesión del arma recogió la atención de todos los presentes, desde el "roto" de la galería y el aristócrata del palco, hasta el propio moro de Venecia, que en el proscenio deja de celar a su esposa para sólo seguir con creciente intensidad el desenlace de este drama espontáneo y verídico. Mientras los contrincantes se revolcaban en el suelo con furor disputándose la codiciada presa, los gritos de los espectadores contribuían a su enardecimiento. O'Higgins, con visible nerviosidad, veía el honor nacional comprometido en la pelea, y sin poderse contener por más tiempo, irrumpió desde su palco con voz sonora como general en campaña: " ¡Cuidado, muchacho, con que te quiten el fusil! " No fue necesario más para que el soldado, sacando nuevos bríos, lograra en un acto supremo recuperar plenamente el dominio del arma hasta tumbar con ella al "gringo" de un soberbio culatazo. Concluido así el combate con victoria para Chile, "Otelo" prosiguió como si tal cosa.

43

LA CONVENCION SEGUIA entretanto sus actividades y muchos de sus miembros iban comprobando que el descontento público contra el gobierno no se detenía, y llevados del deseo de aquietar

los espíritus, se interesaron por la dictación de una ley de amnistía política. Un grupo de diputados pasó a entrevistarse el 17 de agosto con el Director Supremo y le suplicó que aprovechara el ya inmediato aniversario de su nacimiento para dar este paso benigno. Sin oponer resistencia a lo principal, O'Higgins se excusó de otorgar esta merced en la fecha que se le proponía, postergándola para el 18 de septiembre, por ser "un día más digno de la alegría pública y de gracias que el cumpleaños de un hombre como los demás". Esto no impidió, sin embargo, que la insistencia de los delegados de la asamblea acabara por hacerle acceder desde luego en lo tocante a la reposición de Don José Santiago Rodríguez Zorrilla en el gobierno del obispado.

El día 20, festividad de San Bernardo, lo pasó el Director entre sus deudos y amigos en la chacra del "Conventillo", que había adquirido de los franciscanos en los suburbios de la ciudad. En torno a la mesa abundante reinaron la alegría y el optimismo, y los tradicionales brindis se sucedieron uno en pos de otro. Los agentes diplomáticos del Perú y de Buenos Aires, Cavero y Alzaga, hicieron votos por la creciente amistad de los pueblos; Vera ofreció al anfitrión sonoros versos, y Camilo Henríquez elogió la magnanimidad de O'Higgins de anticipar la reposición del obispo a la amnistía general del próximo 18 de septiembre. Ya de vuelta a la ciudad, todos concurrieron a una solemne función de teatro. Desde su palco, profusamente adornado, el Director escuchó una obertura orquestal y después una loa en su honor, compuesta por Henríquez y que declamó Lucía Rodríguez. El drama escogido para esa noche fue "El Acmet Magnánimo", y de su representación dijo "El Mercurio" que "fue brillante y grandiosa, cual permite el estado del teatro; el pueblo admiró en el "Acmet" la generosidad del Director".

Por esos mismos días llegaba a Santiago Mrs. Mary Graham, viuda de un capitán de la armada inglesa fallecido a bordo de su barco al doblar el Cabo de Hornos. Había ella permanecido algunos meses en Valparaíso, donde dio sepultura al cadáver de su esposo y se esforzó por mitigar su tristeza, y ahora venía a la capital en busca de mayor distracción. Merced a diversas recomendaciones, acabó instalada en casa de Don José Miguel Pérez de Cotapos, cuya familia la recibió con bondadosa simpatía.

Era el hogar de Cotapos uno de los más refinados de la ciudad, muy famoso por las sorprendentes aptitudes musicales de sus miembros y más de una vez recordado por los pesares de una de sus hijas, Doña Ana María, viuda de Don Juan José Carrera, que

fue confinada en 1819 por mantener correspondencia con su cuñado Don José Miguel. Aunque de entonces acá el tiempo y el nuevo matrimonio de Doña Ana María con Don Justo Salinas habían ayudado a restañar las heridas, la ruptura entre la casa de Cotapos y el palacio directorial se mantenía inalterable. Sólo ahora por primera vez la familia iba a dar un paso de reconciliación obligada por las circunstancias. Su visitante inglesa había obtenido una audiencia de O'Higgins y, según la costumbre, a más de trasladarse allá en coche, no obstante la proximidad, debía ir acompañada. La esposa de Don José Miguel y su hija Doña Mariquita se prestaron a servirla en esta urgencia, y con ella partieron en el carruaje de la familia a visitar al Director Supremo.

El recibimiento de O'Higgins fue cordial y sencillo. Hizo recuerdos de su estada en Inglaterra y de sus estudios en Richmond y preguntó a Mrs. Graham con mucho interés por diversas personas que allá había conocido. En el curso de la conversación llegaron corriendo a la sala las indiecitas de la casa, que con gran cariño se abrazaron de las piernas del Director. Este informó a Mary que habían sido salvadas de perecer en los combates del Sur y que existía en su ánimo el propósito de educarlas, con otros de su raza, para que pudieran servir así de intermediarios entre Chile y Arauco, que se mantenían muy distanciados. Luego les habló a las niñas en su idioma natal, raro y armonioso, para que la inglesa pudiera escucharlo.

La charla fue rodando en seguida por temas políticos. O'Higgins manifestó su interés por el fomento de la educación y habló de la reciente instalación de escuelas del método lancasteriano en Santiago y Valparaíso, dirigidas por los pedagogos británicos James Thomson y Anthony Eaton. Se refirió también al problema de la libertad religiosa y censuró a los protestantes, que querían exigirle de inmediato el reconocimiento oficial de su culto y la construcción de un templo, sin considerar el espíritu dominante en el país y que ya se les había autorizado para tener un cementerio propio.

Doña Isabel Riquelme y Doña Rosita asistían también a la entrevista y se mostraban muy afables con las visitantes. A Mary Graham llamó la atención la perenne juventud y belleza de la primera, pequeña de estatura y graciosa, y no dejó de observar con visible curiosidad femenina la indumentaria de la hija, que a la usanza del país vestía sobretodo de raso carmesí y pollera blanca.

Diversas personalidades oficiales fueron entrando a la sala y

llevaron la conversación a la nueva carta constitucional que el gobierno pensaba someter al estudio de la Convención. El tema no tenía mayor atractivo para las señoras, y comprendiéndolo mejor que nadie Doña Rosita, pidió a Doña Mariquita Cotapos que tocara alguna pieza francesa, lo que ésta hizo de memoria con singular perfección. Alternando así la música con la charla, la tertulia se prolongó hasta las diez de la noche.

De regreso a su alojamiento, Mrs. Graham no olvidó de consignar en su minucioso diario los recuerdos gratos y pintorescos del día y sus impresiones del Director: "Es bajo y grueso, pero muy activo y ágil; sus ojos azules, sus cabellos rubios, su tez encendida y sus algo toscas facciones no desmienten su origen irlandés, al par que la pequeñez de sus pies y manos son signos de su procedencia indígena... Es modesto, abierto, de modales sencillos, sin pretensiones de ninguna clase. Si ha realizado grandes hechos, los atribuye a la influencia del amor patrio que, como él dice, puede inspirar a un hombre vulgar los más nobles sentimientos".

En los días siguientes la inglesa visitó todos los rincones interesantes de la ciudad y alrededores. Se admiró de la casa de Moneda, bella y grandiosa; asistió a la Convención y presenció debates llevados con decoro y compostura y "una libertad e independencia que no esperaba en una Cámara tan joven y nombrada por el poder ejecutivo". Concurrió, asimismo, al teatro, a la representación de la tragedia "El Rey Nino Segundo"; y, en fin, fue a la Biblioteca Nacional, donde Don Manuel de Salas, su paciente director, le mostró con gran orgullo la colección de obras de viaje y geografía. Reparó con sentimiento Mrs. Graham que más numerosos eran allí los libros franceses que los ingleses, y que de éstos, el de Vancouver despertaba en los chilenos animosidad por la forma despectiva con que trataba al país. El diputado Don Casimiro Albano, allí presente, la ayudó a conocer lo de más interés entre los diez mil volúmenes allí guardados, y deteniéndose ante las obras legales, que ocupaban gran espacio, le dijo: "He aquí nuestra plaga. Treinta y siete mil de estas ordenanzas están todavía vigentes y los comentarios sobre ellas forman por lo menos el triple de ese número. Los chilenos son excesivamente litigantes. Consideran un título de honor tener un pleito, y, sin embargo, los pleitos suelen durar años enteros y arruinan más familias que todas las demás causas de ruina juntas, con excepción del juego".

El 8 de septiembre, montada en su caballo "Fritz", de patas

blancas y ojos azules, llegaba Mary a visitar a O'Higgins a la chacra del "Conventillo". Las señoras gozaban en el jardín de la primavera, mientras las indiecillas corrían en alegres juegos. El Director, afable como siempre, la invitó a pasear entre los árboles.

La conversación fue hasta los últimos sucesos del Perú, donde el pueblo, cansado de las intrigas del ministro Monteagudo, había exigido del Supremo Delegado, marqués de Torre Tagle, que le destituyera y expulsara del país. O'Higgins comentaba las funestas repercusiones que en el prestigio de San Martín traerían los desaciertos de su privado. De seguro, al regresar de su entrevista en Guayaquil con Bolívar, el Protector iba a tener que encarar en Lima una difícil situación.

Al oir todo esto, Mrs. Graham comparaba en su interior a Monteagudo con Rodríguez Aldea y no dejaba de admirarse de que mientras O'Higgins era capaz de notar la flaqueza de San Martín, permaneciera ciego ante su propia situación. Le veía bondadoso y lleno de nobles intenciones, pero dominado por las artimañas de su ministro, que podían arrastrarle a un fatal desenlace.

Siguieron paseando por el jardín. Ahora el Director, dejando de mano los temas políticos, invitó a Mary a observar al través de un telescopio las haciendas vecinas que, de terrenos estériles, se habían ahora transformado en campos feraces, gracias a las aguas del canal de Maipo, concluido bajo su gobierno. Era éste un paso de importancia en el incremento de la industria agrícola del país.

Después se sirvió la comida, que Mary Graham halló presentada con corrección inglesa. En una mesa más baja se habían instalado las indias, presididas por la hija de un cacique, y fueron atendidas en igual forma que las señoras. Reinaba una admirable sencillez democrática, sin que faltaran por ello la educación y urbanidad. Doña Isabel invitó en seguida a la visitante a recorrer los aposentos de la casa, muy aseados y acogedores. El del Director era casi pobre. Su lecho de campaña hablaba por sí solo del poco interés que había puesto en su personal comodidad.

Ya en la tarde, Mary montó de nuevo su "Fritz" y galopó a la ciudad junto al coche de la familia, que regresaba también a Santiago para asistir esa noche al teatro.

Al día siguiente estaba la inglesa pronta a emprender otra excursión campestre. Ahora partía con Don José Miguel Pérez de Cotapos y su esposa a la hacienda de Don Justo Salinas, el segundo marido de Doña Ana María, la primogénita. Era éste un

viaje de aliento, pues la propiedad se hallaba más allá de la Angostura de Paine. Pero a Mrs. Graham no le trajo esto mayor cansancio, porque la distraían la vista preciosa del campo y la variedad de las estancias del trayecto. Al cabo de nueve horas, en las que dieron sólo dos de descanso a las bestias, llegaron al término de la caminata. Soplaba ya un viento frío y cortante que les hizo refugiarse con gusto en las casas, junto a la lumbre del brasero.

Nunca creyó Mary Graham volver a topar con una belleza más acabada que la de Doña Ana María. Era admirable ese rostro juvenil, en que los ojos a la vez dulces e imperiosos y la boca perfecta difícilmente habría logrado reproducir el pintor más certero en sus figuras del Olimpo. ¿No parecía esa criatura de vida trágica más propia para el mito o la novela que para la realidad? Y, sin embargo, la viuda del desgraciado Don Juan José Carrera había sobrellevado con tanta entereza sus infortunios, que, lejos de notarse en su rostro una huella de prematura vejez, la lozanía persistente en él afrontaba resuelta el curso de los años. Tenía veinticinco, dos más que su segundo esposo, Don Justo Salinas, pero al mirarla nadie habría creído que pasaba de los diecisiete.

Fueron para la inglesa días deliciosos los que le prodigó esa comarca, en que la naturaleza había repartido sus mejores atractivos. Sobre el caballo iba de sitio en sitio, contemplando las alamedas verdes y agudas y las cadenas de cerros que al atardecer iban mudando sucesivamente de color, desde el rojo de sangre al violeta y gris esfumado. También en la laguna de Aculeo vio proyectarse los cercanos bosques de esmeraldas, mientras a lo lejos mantenía su irreductible blancura la cordillera hirsuta. La belleza se había aposentado en Chile para vestir la tierra y la mujer.

En una de esas noches alegres, en que la charla se perdía entre los rasguidos de la guitarra y el canto lugareño, Mary Graham puso más atención en el rostro de uno de los de la casa. Se lo habían presentado con el nombre de Don Juan de Buenaventura, y de su nula inteligencia se encargaban todos de hacer burla. Era joven y hermoso y parecía increíble que a tal apostura sólo se hermanara la máxima estupidez. Un cierto instinto le iba ya diciendo a la inglesa que en ese ser había más de lo que aparentaba, y con un dejo de curiosjdad acabó por meterle conversación. Le habló de agricultura y de viajes, y, en realidad, las respuestas de Don Juan de Buenaventura eran tan sensatas como para poner en Mrs. Graham la sospecha de que el tonto no

lo era sino de fingimiento. No pudo extenderse más Mrs. Graham en sus averiguaciones, porque fue interrumpida por otro de los asistentes y debió volver al centro de la tertulia.

La charla general fue poco a póco desembocando en la política, y Mary se atrevió por primera vez a nombrar a O'Higgins en presencia de Doña Ana María, afirmando que él estaba dispuesto a amnistiar a los delincuentes políticos. En todos los rostros se advirtió de inmediato una viva impresión y el presunto idiota comenzó a murmurar algo en voz baja a la viuda de Don Juan Jose Carrera. La súbita nerviosidad de ese hombre extraño estaba denunciando la existencia de cierto misterio en su vida, que la inglesa no se resignaba a ignorar. Luego la sagacidad femenina empujó la conversación a la caza del secreto y con certeza supo lanzar al joven la pregunta decisiva: ¿Era feliz en el trabajo del campo? Don Juan de Buenaventura contestó de inmediato con voz firme y sin dejo de estupidez:

"— ¡Yo feliz! ¡Yo feliz en medio de faenas rústicas y labriegos y ganados! ¡No! Durante largos años he sido desdichado y mi primer instante de felicidad lo debo a usted."

"— ¡A mí! —dijo la inglesa, sorprendida. Y añadió, resuelta a rasgar de una vez el velo—: ¿Entonces no es usted lo que parece? "

"— ¡No! —afirmó con energía el aludido, mientras se ponía de pie, como para dar mayor realce a su bella figura, de la que se había borrado como por encanto toda apariencia de imbecilidad—. ¡No! No quiero seguir haciendo este papel de idiota, indigno del hijo de Doña Javiera Carrera, del sobrino de Don José Miguel. Yo soy el infeliz desterrado Lastra, reducido a huir de desierto en desierto, a guarecerme en cavernas, a alimentarme con las aves del aire, hasta ver destruidas mis fuerzas y perdida mi juventud. Y mi único crimen ha sido haber amado demasiado bien a Chile. ¡Oh Chile! ¡Oh patria mía! ¡Qué no sufriría por ti! "

Mary Graham escuchaba con creciente emoción las palabras del joven. Desde las postrimerías del año 1818, en que fue sorprendida la correspondencia cifrada de Don José Miguel Carrera que incitaba al asesinato de O'Higgins y en que el gobierno instauró el proceso que trajo consigo el confinamiento de Doña Ana María Cotapos a Barraza, Don Manuel de la Lastra había vivido en el más completo sobresalto. Su nombre figuraba a la cabeza de los comprometidos en el presunto complot y las autoridades no cesaron de buscarle un solo día. Durante meses y

hasta años, una angustia mortal le acompañó por los campos y las montañas, donde fue acosado por el hambre y las enfermedades. Su vida había llegado a transformarse en una fuga constante. Mrs. Graham tenía al frente una de las víctimas de esa lucha política sin cuartel, cuyos odios inalterables parecían encontrar incentivo en el general descontento por la dirección del gobierno. ¿Sería capaz la futura amnistía de borrar tanto rencor y traer paz a los espíritus?

44

POCOS DIAS ANTES de las festividades patrias, el Director Supremo hacía llegar a la Convención el proyecto de amnistía para todos los presos expatriados o confinados por motivos políticos. La asamblea lo aprobó en medio de grandes elogios a la generosidad de O'Higgins, que se repitieron después por los poetas oficiales y alcanzaron hasta el escenario del teatro. La opinión pública permaneció, sin embargo, fría. No miró la actitud del gobierno como un paso sincero de reconciliación, sino que vio en él la expresión del cálculo político empeñado en reconquistar con medidas efectistas una popularidad del todo perdida. Estaba demasiado próxima la generación viciada de los convencionales que, después de obtener sus cargos por la influencia de O'Higgins, se habían permitido confirmar a éste su mandato; pesaba aún como mayúsculo escándalo el nombramiento, como representante de Los Angeles, de Don Agustín de Aldea, deudo del ministro Rodríguez, que apenas unos meses atrás, a las órdenes del feroz Benavides, había incendiado esa villa, para que los ánimos resentidos cobraran confianza con la simple ley de amnistía.

El proyecto de Constitución Política presentado a la asamblea tampoco persuadió a los adversarios del régimen de que hubiese intenciones de abrir camino a un sistema más liberal. Ostensiblemente redactada por Rodríguez Aldea sobre la base de la carta política española del año 1812 y aprobada con todo acatamiento y rapidez por los convencionales, acabó por ser pulida a su amaño por el ministro antes de su aparatosa promulgación oficial. Por cierto que, al través de sus artículos, sólo una cosa pareció a todos clara, y fue el propósito de O'Higgins de perpetuarse en el mando. Junto con fijar en seis años la duración del Director Supremo y de establecer que podía ser "reelegido una sola vez por cuatro años más", el nuevo código

agregaba que debía tenerse "por primera elección la que había hecho del actual Director la presente legislatura de 1822", lo que equivalía a declarar que, a más de los cinco años ya corridos, O'Higgins tenía por delante otros diez. Por otra parte, era difícil que los hombres de la oposición estimaran más que letra vana los artículos constitucionales referentes al régimen representativo. Estaba a la vista cómo el Director y su privado entendían el acto electoral, para que alguien se hiciera ilusiones sobre la forma en que obrarían en el futuro.

En la provincia de Concepción existían además otros factores de animosidad contra el gobierno. La guerra que durante tanto tiempo había azotado esas regiones, dejaba en pos de sí una tragica miseria que el empeño del valeroso intendente Don Ramón Freire se esmeraba en remediar, luchando contra los inescrupulosos que de ella querían aprovecharse. La pobreza general estaba moviendo a algunos productores de cereales a buscar con la exportación a las regiones del norte un precio más beneficioso para sus intereses, sin preocuparse de la hambruna de la tierra que, además, daba aliento a otros para hacer allí con el trigo acumulado abusivas especulaciones. Freire quiso poner atajo a tales demasías prohibiendo la salida de granos de la provincia y fijando allí su precio de venta. Pero esta medida no encontró apoyo en el gobierno, que, por lo contrario, decretó su anulación. Un artículo anónimo aparecido en el periódico "El Cosmopolita", de la capital, se encargó además de impugnarla como absurda. En todo esto Freire vio la mano de Rodríguez, que trabajaba ya desde hacía meses en distanciarlo de O'Higgins, en su afán de eliminar cualquier posible émulo de influencias y que, además, en este caso, era señalado en la provincia como uno de los beneficiarios de la especulación. Ya en otras ocasiones Freire se había quejado en vano al Director de las actitudes de su valido. Pero a pesar del infructuoso resultado anterior, estaba decidido a no callar en esta oportunidad, porque la conducta del ministro, además de inmoral, le hería públicamente. Iba a intentar un último esfuerzo por abrir los ojos de O'Higgins y revelarle las turbias maquinaciones que tanta sombra estaban echando sobre su prestigio.

En los primeros días de septiembre salió para Santiago una carta, cuyos términos francos el intendente de Concepción justificaba con la antigua amistad que le unía a su destinatario. "Hace mucho tiempo —le decía— que las providencias del ministro Rodríguez me indican abrigar en su seno una mala

disposición en contra mía, sin otro motivo, por mi parte, que haber cooperado con mis buenos oficios a darle el concepto que dio principio a su elevación, y que por consideraciones a él no hice ejecutar públicamente al infame Aldea, que hoy, con asombro de todos vemos en la Convención. preparatoria representando un pueblo que no existe y una sociedad imaginaria. Si de algún crimen me acusa la conciencia es haber perdonado al incendiario de Los Angeles, para que hoy su pariente, en compensación, conspire contra mi honor. Por grados se va aumentando esta sospecha y hoy la veo confirmada a las claras con el último decreto librado para pasar los trigos de ésta a aquella provincia, y el injurioso rasgo inserto en su "Cosmopolita", tratando de absurda política la medida que tomé para preservar al pueblo que tengo a mi cargo de los horrorosos estragos del hambre que experimentó en el año próximo pasado, como es público y notorio, hasta el extremo de ahorcarse de exasperada necesidad los padres de familia que veían perecer a sus hijos, pidiéndoles pan de que carecían para alimentarse... La consecuencia más directa que yo debo sacar de todo es que debo creer que obra una secreta prevención en contra mía en el ánimo del Ministro de Hacienda y Guerra. Radicado en este concepto, digo que por mí no se haga padecer a esta virtuosa y desgraciada provincia. Si yo no lleno completamente, como deseo, los deberes de mi cargo y si se apetece removerme del mando, dígaseme de un modo franco y decoroso y no se ocasionen mayores males para quitar de mis manos la administración mal servida. Atáqueseme de frente y vénzaseme con la razón, que siempre estaré rendido enteramente como ajeno de todo amor propio. Entretanto, permita usted que me queje del modo con que por el Ministro de Hacienda y Guerra se libran las órdenes para desairarme y desconceptuarme. La que acaba de expedirse de un modo tan irritante para que extraigan los trigos de esta provincia le hace poco aire en la voz común, pues no hay quién no esté entendido y creído que está comerciando públicamente a medias con Don Ramón Lantaño y que el verdadero origen del expresado permiso proviene del interés a las ganancias que esta negociación proporciona a la compañía. Esta misma creencia se confirma con saberse haber mandado este ministro a Valdivia una negociación de más de treinta mil pesos... No puedo dejar de significar a usted mi sentimiento –concluía, aludiendo a los ataques de "El Cosmopolita"– por la falta de una imprenta libre. Entonces diría lo conveniente en mi vindicación; pero mientras aquélla no se

resuelve parece que ninguno debería ser osado de calumniar en público. Usted se halla en el caso de no permitir estos excesos, y castigar el arrojo de algunas imaginaciones acaloradas..."

Tan cogido se hallaba O'Higgins en las mallas sutiles de su ministro, que no titubeó en confiarle el texto de la carta. El comentario que después vino sólo sirvió para señalar a Freire como un simple instrumento de los eternos adversarios del orden público, que con vulgares calumnias contra los hombres de gobierno se empeñaban en atizar la discordia y la anarquía en el pueblo. Rodríguez tuvo además buen cuidado de picar el amor propio del Director, subrayando aquellos pasajes que podían parecer depresivos para su dignidad de jefe del Estado, hasta lograr así que éste sintiera como propias las imputaciones dirigidas al ministro. Una minuta compuesta por el valido enteró la tarea. Sobre su base inició O'Higgins el borrador de respuesta, que al fin fue proseguido y terminado por Rodríguez de puño y letra.

A Freire llegó esta defensa desembozada del favorito que, a pesar de la rúbrica de O'Higgins, mostraba ostensible su verdadero origen y venía a confirmar la triste debilidad del Director Supremo. Rodríguez era inocente de todos los cargos que se le hacían. "Si usted —afirmaba la carta— hubiese tenido confianza en mi amistad, me habría creído con preferencia a otros que suspiran por meterlo en un abismo de dificultades, y no hubiera ofendido la inocencia de un buen amigo, pues así se debe considerar en el conocimiento de su amanuense, cuyas materias debieron haber venido por letra de su propia mano." No había forma más clara de decir al intendente que se dejaba llevar por influencias extrañas, ni mejor revancha ante la común imputación de ser el Director un mero ejecutante de la voluntad de Rodríguez. La frase inmediata venía a subrayarlo en forma suficiente, como asimismo mostraba hasta dónde O'Higgins, ciego, hacía causa común con los desaciertos de su privado: "Persuádase usted que mis decretos no son obra de los ministros, pues yo soy el que mando en Chile y no ellos".

El duelo epistolar no se detuvo aquí, porque Freire, enardecido por la respuesta, volvió de nuevo a la carga, resuelto a decir todo lo que tenía en contra de Rodríguez: "Si agravié, como usted me dice, su inocencia —replicó a O'Higgins— por juzgarlo autor del "Cosmopolita", este concepto estaba entonces afianzado en la creencia general y en las cartas que lo anunciaban de esa misma capital, así como lo están también sus

especulaciones comerciales. Si la imprenta es, libre por constitución, ¿cómo es que no se ha querido contribuir a mi indicación? ¿Puede imprimirse un rasgo degradante a mi honor, al mismo tiempo que se me cierra la puerta para contestar?" Después de la solidaridad mostrada por O'Higgins hacia su ministro, la imputación le caía también encima de manera ineludible. Y ese mismo afán del Director de reivindicar como de propia iniciativa todos los actos del gobierno era ahora recogido por el intendente de Concepción para devolverlo con risible encono: "Cuando usted me dice que sus ministros no mandan en Chile, sino usted, reproduzco lo mismo con respecto a la provincia de que estoy encargado. Es un concepto manifiestamente equivocado pensar que aquí hay hombres que traten de meterme en un abismo de confusiones. Sus enemigos de usted existen en esa ciudad; aquí no los tiene seguramente. Si se ha extrañado mi tal cual entereza en escribir últimamente, desengañado ya de las vanas promesas del ministro, persuádase usted que aquellas ideas son mi obra original sin que mi amanuense (reverente respetador de los magistrados) tenga otra parte que la del materialismo de ponerlo en escritura. Las producciones incendiarias que le acompaño, dirigidas de esa capital según lo acredita el epígrafe de sus cierros, obras son de los enemigos de usted que tiene en su inmediación. Auxílieme como corresponde y yo garantizo la lealtad y fiel procedimiento de estos provinciales."

La carta rezumaba indignación y, aunque extensa, no llevó hasta O'Higgins la plenitud de su resentimiento. Había callado, quizá por pudor, el motivo principal de su amargura, que era un revés del corazón. Freire amaba a Doña Nicolasa de Toro, la heredera del condado y mayorazgo de la conquista. Sus pretensiones eran correspondidas por la joven y contaban con la aprobación de su madre viuda, Doña Josefa Dumont. A raíz de la batalla de Maipo, en que desapareció el hijo primogénito de esta última, que luchaba en el campo realista, un decreto del gobierno dispuso el embargo de los bienes familiares, amenazando así con la miseria a Doña Nicolasa, la sucesora. Pero la madre, que era mujer de mucha cabeza, no cesó de mover influencias hasta salvar con el concurso del Senado la fortuna de la heredera y buscó en torno suyo un apoyo para la niña entre los caudillos de la causa revolucionaria triunfante. El matrimonio de Doña Nicolasa con Freire se le presentaba así como un caso providencial, y por eso lo miró desde el primer instante con buenos ojos. Pero había

también otros interesados por la blanca y repleta mano de la condesita de la Conquista, y entre ellos un hijo de Don Rafael Correa de Saa, contador de la hacienda y amigo íntimo del Director Supremo y del ministro Rodríguez Aldea. La pretensión del joven Don Juan de Dios oficial de la guardia de O'Higgins, obtuvo desde luego el apoyo del gobierno, empeñado en que los cuantiosos bienes del mayorazgo de Toro tuvieran por administrador no sólo a un patriota reconocido, sino también a un adicto seguro del régimen. Doña Josefa Dumont, por su parte, no puso objeción alguna al candidato que ofrecía tan valioso respaldo, y el matrimonio se verificó en la iglesia Catedral, el 8 de octubre, alrededor de los días en que Freire entablaba con O'Higgins su duelo epistolar. Las aspiraciones del caudillo del Sur sufrían así un golpe tremendo, y aunque dejó transcurrir el dolor en silencio, Don Ramón no perdonó al que con su influencia decisiva había tronchado sus ilusiones y privádole de la felicidad. La justicia del tiempo fijaría la hora en que podría cobrar la cuenta de todos sus agravios.

45

EL 12 DE OCTUBRE llegaba, con gran sorpresa de todos, al puerto de Valparaíso el general San Martín. Después de la entrevista sostenida en Guayaquil con Bolívar, sin conseguir un acuerdo para obrar de consuno en la consolidación de la independencia peruana, el Protector había vuelto a Lima a reasumir el mando por un breve tiempo. Estaba moral y físicamente abatido y con el solo deseo de desprenderse de las responsabilidades del poder. Ante el primer Congreso reunido en el país abdicó sus funciones de gobierno y en seguida se embarcó para Chile. "Usted me reconvendrá —le había escrito a O'Higgins— por no concluir la obra empezada; usted tiene mucha razón, pero más tengo yo; créame, amigo mío, ya estoy cansado de que me llamen tirano, que en todas partes quiero ser rey, emperador y hasta demonio. Por otra parte, mi salud está muy deteriorada, el temperamento de este país me lleva a la tumba; en fin, mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles y mi edad media a mi patria, creo que tengo algún derecho de disponer de mi vejez."

La presencia de San Martín reabrió la enconada lucha con Cochrane, que, establecido en Valparaíso desde hacía unos meses,

esperaba el momento de dar el golpe de gracia sobre el prestigio de su odiado rival.

El mismo día de la llegada del general el temible escocés escribió a O'Higgins pidiéndole abrir una investigación sobre la conducta del ex Protector. "Yo estoy pronto a probar —decía— su usurpación por la fuerza de la suprema autoridad del Perú con violación del solemne encargo hecho por S.E. el Supremo Director de Chile; su injustificable usurpación de las fragatas "Prueba" y "Venganza", para ponerlas bajo las banderas del Perú, con otras demostraciones y actos de hostilidad contra la República de Chile". El tenso ambiente que se estaba ya formando hizo que la poblacion del puerto se aprestara a presenciar violentas escenas entre los émulos, pero tuvo luego que desengañarse, pues Cochrane se ausentó a Quintero y San Martín continuó en breve hacia Santiago. El Director le había enviado un coche del gobierno para su traslado a la ciudad, junto con una escolta militar, encabezada por el general Don Joaquín Prieto.

O'Higgins se resistió terminantemente a dar un solo paso que pudiera reanudar el enojoso debate entre Cochrane y San Martín. Estaba agradecido del primero por la forma en que había defendido los intereses chilenos en el Perú; pero se hallaba lejos de aprobar las muchas intemperancias nacidas de su falta de equilibrio y moderación. A San Martín le unía, por otra parte, un afecto sincero y la mayor de las gratitudes por la forma en que había ayudado a la independencia nacional. Y si su conducta en el Perú no la encontraba exenta de culpas, se inclinaba a atribuir la mayor parte de sus desaciertos a la nefasta influencia de Monteagudo, que había actuado sin contrapeso al amparo de la debilidad física del general. La grave tifoidea que por añadidura contrajo éste a las pocas semanas de su permanencia en Santiago hizo aún más inoportuno el pedido de Cochrane y dio ocasión no sólo a que O'Higgins y sus familiares le exteriorizaran su cariño, sino también a que la parte más prestigiosa del vecindario diera muestras del reconocimiento que todos tenían por sus servicios a la patria.

Entretanto, había comenzado a cundir un grave malestar en la escuadra, debido al atraso en el pago de los sueldos. La situación era en extremo delicada, y ya los tripulantes de una fragata se habían sublevado, yendo los demás buques en camino de imitar esta actitud. O'Higgins debió trasladarse en los primeros días de noviembre a Valparaíso para atajar a tiempo el mal. La escasez del erario le obligó a recurrir nuevamente a un empréstito interno,

que se cubrió, en parte, en el mismo puerto. Cuando le pareció ir saliendo de ese problema, un buque llegado de Talcahuano vino a confirmarle con caracteres trágicos las noticias que ya le había dado Freire sobre el horrible estado de miseria de Concepción. El hambre comenzaba a ensañarse en los sobrevivientes de la guerra más larga y cruel habida en el territorio de Chile, y los muertos ya eran centenares Fue preciso abrir una suscripción pública para acudir en socorro de la desgraciada provincia, donde la desesperación estaba dando campo propicio a la animosidad contra el gobierno.

Y como si fuera esto poco, en la noche del 19 de noviembre un violento terremoto sembró de escombros Valparaíso y puso en peligro la vida del Director, que a tiempo se libró de quedar sepultado bajo una muralla de la gobernación. Parecía que un sino fatídico iba acompañándolo con su sombra, y el pueblo supersticioso tuvo de dónde agarrarse para esparcir negros vaticinios. Ya no era sólo Concepción, sino también el primer puerto de la república el que yacía en las ruinas. Y en todas partes, entre el abatimiento material, una resistencia sorda iba en creciente marejada.

Deprimido el ánimo, el Director regresó a la capital y fue a recluirse por unos días a la chacra del "Conventillo", junto al lecho de su amigo San Martín. Quería gozar de unos momentos de paz y librarse, aunque fuera por breve tiempo, de la carga y hastío del gobierno, que tenía delegado en sus ministros Rodríguez y Echeverría. Pero no lo consiguió. Luego comenzaron a llegar a su retiro graves noticias del Sur. Allá la nueva Constitución había recibido el más tremendo repudio. Freire no sólo se indignó por la renovación que en ella se hacía del mandato de O'Higgins, sino también, y sobre todo, con la orden que con ella venía de fragmentar su provincia en varios departamentos. Esta era una jugada de Rodríguez Aldea para abatir el feudo adversario, y Don Ramón no podía aceptarla pasivo. Denunciando el código político como el fruto de una Convención generada por el engaño y la presión del gobierno, y olvidándose muy bien de decir que él había servido de instrumento para perpetrar allí mismo el fraude que ahora combatía, el intendente convocó a los cabildos de su jurisdicción a elegir representantes para una asamblea provincial, llamada a restaurar los principios de la libertad.

Lo que no llegó al conocimiento de O'Higgins fue que Freire, resuelto a echar por tierra al gobierno, había solicitado el apoyo

de Cochrane como jefe de la escuadra. El almirante, aunque se hallaba algo resentido con el Director por no haber acogido éste las sanciones contra San Martín, estaba resuelto a guardarle lealtad hasta el último y a no mezclarse en las reyertas interiores. Cansado ya de su puesto, sólo aspiraba a abandonar el país y trasladarse al Brasil en busca de nuevos campos de aventura. Envió, pues, su renuncia a O'Higgins pero no sin aprovechar la oportunidad que ella le brindaba de hablarle con entera franqueza de la situación política de Chile. Sentía ver al Director tan ciegamente dominado por Rodríguez y albergaba la ilusión de que su juicio independiente y desinteresado lograría colocarle en la grave realidad. Y así, guardando reserva sobre las invitaciones subversivas de Freire, le escribió el 28 de noviembre desde Valparaíso: "Quiero dar todavía a V. E. una prueba más de mi adhesión; implorando de V.E. que abra los ojos sobre el descontento general difundido entre todas las clases con respecto a las medidas secretas y descubiertas del ministro Rodríguez, quien ha caído en el concepto público, ignorándolo V. E., mucho más allá de lo que cayó el mismo Monteagudo, cuando el populacho pedía su dimisión y después su suplicio. Vuestra protección sobre él, si V. E. intentara concedérsela, envolvería a V. E. en dificultades tales que le acarrearían perjuicios graves, y acaso terminarían con la destrucción de vuestra obra y de vuestros esfuerzos personales por el bien del Estado. En la previsión de estas dificultades y prescindiendo de que mi consejo se juzgue demasiado presuntuoso para ser atendido, me veo obligado a solicitar mi retiro antes que los acontecimientos se desenlacen, porque así como los preví en tiempo en el Perú, así, con pesar mío, los preveo ahora, y no nacientes, sino en su más completo desarrollo... No importa que Rodríguez sea culpable o inocente. Si San Martín hubiese arrojado de sí a Monteagudo, acaso sería todavía el Protector del Perú. De manera, pues que a V. E. sólo le queda una alternativa: o mantenerse a todo trance, o caer con aquel de cuyas faltas V. E. es tan inocente como del terremoto que acaba de asolar la tierra".

Pero O'Higgins continuaba impermeable a toda advertencia. Los cargos que se hacían a Rodríguez le parecían calumniosos y por ningún capítulo se hallaba dispuesto a desprenderse de un colaborador que le resultaba insustituible. Ceder habría sido para él abatir su autoridad y entregar al país al flujo de la masa inconsciente. De ahí que mantuviera imperturbable su propósito de no innovar y hasta de resistir con la fuerza los conatos de

oposicion. No era codicia del poder lo que guiaba sus pasos, sino el convencimiento de que pesaba sobre él la obligación sagrada de librar a la patria de la anarquía. Y ante tal deber cualquier condescendencia se le presentaba como una vergonzosa defección.

Las cosas se fueron poniendo, entretanto, cada vez más complicadas. La asamblea de Concepción hacía llegar al Director Supremo una nota que importaba el rompimiento de la provincia con el gobierno central. "El alto desprecio –decía– con que se han mirado los justos reclamos de este pueblo para la terminación de esta guerra de sangre que ha asolado la provincia; la fría indiferencia en auxiliarnos en nuestros apuros de Talcahuano; las órdenes para que se permitiera a determinados hombres la exportación de granos para la otra provincia en circunstancias de morirse las gentes de necesidad en ésta; por último, la destructora ley de la división de la provincia en partidos, nos prueban a la evidencia que es llegado el tiempo de que reclamemos el goce de nuestros imprescindibles derechos, y de que removamos los obstáculos que se oponen a nuestra libertad civil, pues nuestra paciencia llenó las medidas del sufrimiento. Desde ahora, señor excelentísimo, se substrae esta provincia de la obediencia de ese gobierno, convencida de su nulidad y de los ilegítimos medios de que V. E. se vale para perpetuar su poder contra la voluntad de todos los pueblos del Estado".

Por los mismos días Freire y la asamblea de Concepción escribían a San Martín rogándole que interpusiese sus buenos oficios ante O'Higgins para moverle a renunciar el mando y evitar así los horrores de una guerra civil El general recién salía de su grave enfermedad, y el abatimiento físico, unido a los hondos desengaños del espíritu, no le ponían en ánimo de intervenir con decisión en el agudo conflicto. Quería apartarse en definitiva de toda acción política y recluirse en la obscuridad del hogar y del silencio. Pero antes de dejar para siempre la tierra chilena, y tanto por la amistad que le ligaba a O'Higgins como porque conocía muy de cerca su desapego del poder o la disposición que ya tenía de abandonarlo por vías normales y no tumultuarias, quiso responder a los miembros de la asamblea revolucionaria con un llamado a la cordura y la reflexión: "Sólo podré decirles, como amigo, y amigo lleno de experiencia, que recuerden los servicios del Director de Chile, el concepto bien merecido que tiene ante las naciones y el juicio que éstas formarán de estas desavenencias. V. S. S., como yo, conocen su desinterés, su desprendimiento y, más que todo, su docilidad; así es que no dudo se preste a todo

cuanto pueda hacer sin comprometer su honor y sus deberes como primer magistrado de Chile. V. S. S. son los que han de proporcionar los medios de que se desplieguen aquellas virtudes, pero de un modo digno y sin que las pasiones precipiten a la anarquía."

Con Freire fue aún más explícito: "Usted conoce el carácter de O'Higgins: él es lleno de docilidad cuando se emplean los medios suaves; por la inversa, es tenaz cuando se trata de emplear las amenazas. Estas son las que usted usa en su carta, no dejándole otra alternativa que su separación del mando con deshonor y hasta ahora sin más reclamación que sólo la de usted, pues aún la junta de representantes de esa provincia sólo exige un congreso general... Yo conjuro a usted, por lo más sagrado, termine felizmente estas diferencias; sirva la sincera amistad que siempre le he profesado y nuestros derechos como viejos compañeros de armas".

Poco después, al expirar diciembre, San Martín atravesaba los Andes con la tristeza del que ve amagada por la incomprensible querella de los hermanos la obra de la liberación. Algunos días más tarde Cochrane, su rival infatigable, se alejaba también de las costas del país rumbo a Río de Janeiro. Le seguía Mary Graham, nostálgica y agradecida. Tras ellos se incubaba un drama doloroso del que no querían ser testigos.

La actitud revolucionaria de la asamblea de Concepción había encontrado eco en la provincia de Coquimbo. De uno y otro lado comenzaban a movilizarse tropas y la guerra civil se precipitaba como algo irremediable. El ministro Rodríguez, viendo el grave cariz de los acontecimientos y que toda resistencia sería inútil se resolvió a elevar el 7 de enero la renuncia del cargo. O'Higgins quedaba solo para arrostrar el huracán. La dimisión del privado, ya muy tardía, en nada le beneficiaba. Su pertinacia en mantener a Rodríguez le había constituido ante los ojos de la mayoría en responsable solidario de sus atropellos y desaciertos, y era difícil que alguien se detuviera en esas alturas a hacer salvedades o distingos en su favor. Si ya se había ido el ministro, ¿por qué permanecía aún el Director? Esto se lo preguntaban muchos, porque la conciencia de poder de los revolucionarios era demasiado grande como para admitir transacciones.

O'Higgins comprobaba la pérdida del amor de su pueblo e iba persuadiéndose de que sus días de gobernante se hallaban contados. Si lo primero le era ocasión de cruel y angustioso desaliento, lo último no le dolía. En su conciencia tranquila

anidaba la convicción de que aun sus pasos más errados no habían tenido otro objeto que el engrandecimiento de la patria, al que pospuso su fortuna y tranquilidad. Esta satisfacción del deber cumplido con abnegación y pureza le daba derecho a no tolerar que se le echara del solio como a un delincuente. Saldría, sí, pero con honor haciendo entrega del gobierno, no a los agitadores anárquicos que querían conducir al país al caos, sino a un Congreso libremente elegido para ese objeto. Sólo de esta manera quedarían a salvo su buen nombre y la paz institucional de la república.

A mediados de enero abandonaba la capital una diputación del Director Supremo para entrevistarse con los delegados que había convenido en designar la asamblea revolucionaria del Sur. Iban premunidos de amplias facultades y con el encargo expreso de O'Higgins de lograr "el olvido eterno de cuanto tocase a su persona y el recuerdo continuo de que la quietud pendía del desprendimiento de las afecciones personales". Esta pacificación de los espíritus la consideraba un paso indispensable para la armonía nacional,y por ella escribió a Freire, que le había dirigido una nueva carta en términos agrios y destemplados. Sin odio, pero con el alma lacerada por la pérdida del viejo amigo que ahora se tornaba en adversario implacable, le decía el 24 de enero: "No esperaba yo una contestación a mis cartas, pero cordiales expresiones como la del 8 del corriente, que leo y releo con bastante mortificación al cariño que a usted he profesado y no apartare jamás de mí; para mayor dolor, no me escribe usted de su puño, dejándome en dudas de si lo que leo es dictado por el corazón; yo quisiera abrir a usted el mío para que viese sus heridas envueltas en unos afectos sinceros. ¿Cómo ha olvidado usted que he sido su mayor amigo y que por usted me habría despojado de cuanto en este mundo pudiera halagarme? Entre usted en recuerdo de nuestra unión, y vea si merezco ser tratado con la amargura que experimento; quiera el cielo que usted no sufra igual pago de los que han sorprendido su buena fe; el que hace valer las armas y las injurias contra otros debe esperar que las hagan valer contra sí. ¿A qué continuar hiriéndome cuando yo todo lo pospongo a la amistad? ¿Ha creído usted acaso que las amenazas ni nada de lo creado, puedan asustarme? Pero usted y todos saben si sé arrostrar la muerte; más me abate una ingratitud que un cañón abocado al pecho. En fin, ya yo todo lo he sufrido, y después de la satisfacción de haber hecho bien, no me queda otra que ser injuriado por haberlo hecho".

En seguida pasaba a denunciar la infidelidad de Freire a los viejos pactos de la Logia y a exponer su concepción paternal del gobierno, llamado a buscar el bien de los pueblos aun contra su voluntad:

"Usted ha divulgado los secretos; ha hecho circular que escribí cartas para que las elecciones de diputados recayesen en los que yo quería. Es verdad, quería hombres de bien, quietos y separados de todo partido. Usted mismo, en el tiempo de las elecciones, porque no le había dejado a usted todo el negocio, me reconvino y protestó que lo habría desempeñado con más secreto y más a mi gusto. Sin duda habrán hecho a usted creer que es un gran crimen que los gobiernos propendan a que tales elecciones recaigan en los primeros hombres de una nación. Si así fuese, lo engañan, pues es una obligación de todo gobierno velar por el buen orden, la tranquilidad y felicidad de los pueblos. Este paso se da en todos los pueblos y hasta en las elecciones de Papas, cabildos, etc. ¿Usted cree que yo ignoro cómo se ha elegido la asamblea de esa provincia? Todo lo sé y lo callo por no ofender la amistad. En fin, al ver nuestros amigos la conducta que he observado, me dan cada día nuevas pruebas de unión sincera: resta sólo que usted no permanezca por más tiempo separado, violando los más sagrados pactos. Irán los diputados, tendremos congreso; pero es preciso que callen las pasiones, desterrar odios y renovar para siempre la amistad".

Once días más tarde una nueva comunicación iba hasta Freire. La conducía Don Miguel Zañartu, que acababa de regresar de Buenos Aires y que por sus estrechas vinculaciones con el vecindario de Concepción esperaba servir de amigable componedor de las diferencias surgidas. Pero los acontecimientos corrían muy ligero, y ya no se trataba sólo de contener a la provincia sureña. El gobernador de Valparaíso había escrito a O'Higgins: "Hablándole a usted con franqueza de un amigo fiel, la capital, esa capital, está tan revolucionada como el mismo Concepción". Y Zenteno tenía razón.

46

LAS NOTICIAS DE que convergían ya a Santiago las tropas de Coquimbo y Concepción, junto con la ignorancia general de que los emisarios enviados a Freire llevaban autorización de O'Higgins para posponer su persona a cambio de la paz, tenían a los

pobladores en la mayor inquietud. A sus ojos el Director parecía empecinado en conservar el mando y, con el auxilio de la guarnición de la ciudad, llevar las cosas al campo de batalla. Y eran de prever las horribles proyecciones de la refriega, tomando en cuenta la circunstancia de que Freire acababa de enganchar indios araucanos en sus huestes. La capital se hallaba así expuesta a ver repetidos en su seno esos cuadros de desolación y espanto que presenciaron los desgraciados pueblos del Sur durante la guerra de Benavides.

Ante la amenaza tremenda no quedaba sino anticiparse a los hechos y obtener de inmediato la salida de O'Higgins. La precipitación del cambio de goblerno obedecía, por otra parte, al deseo de los magnates de contener a tiempo la instauración de una nueva dictadura militar y de implantar al fin un régimen que diera cabida a sus anhelos políticos. Ese sistema de los ejecutivos colegiados y esa voz colectiva de los cabildos que representaban el eco de las viejas tradiciones españolas reacias al poder personalista, centralizador y fuerte, habían sido ahogados durante cinco años por la voluntad de un hombre y era preciso impedir que a su caída intentara Freire continuar la misma práctica.

En la casa de los más destacados patricios las reuniones secretas se sucedían y el impulso de acción iba tomando cuerpo. El gobernador—intendente de Santiago, Don José María de Guzmán, no había vacilado en colocarse a la cabeza del movimiento, y en su hogar de la calle de Huérfanos se dieron, en la noche del 27 de enero, los últimos toques al plan revolucionario. A la mañana siguiente los vecinos de la ciudad encontraron en las murallas grandes cartelones convocando para antes de mediodía a un Cabildo abierto. El lugar fijado para la reunión era la casa del obispo, donde funcionaba provisionalmente la intendencia desde que el terremoto de noviembre había dejado en mal estado el antiguo edificio de las Cajas Reales, junto al palacio de gobierno. Luego comenzaron a llegar las figuras más representativas de la aristocracia: Don José Miguel Yrarrázaval, heredero del marquesado de la Pica; Don José Miguel Infante, Don Fernando Errázuriz, el marqués de Larraín, su cuñado Don Agustín de Eyzaguirre, Don José Antonio Pérez de Cotapos y otros muchos, al extremo de que pronto no fue ya posible circular en el recinto.

En la mente de todos estaba claro el motivo de la asamblea. Se trataba indudablemente de conseguir que O'Higgins renunciara. Pero ¿cuál era el paso que debía darse para alcanzar esta

finalidad? Aquí ya las opiniones se multiplicaban y era difícil al intendente Guzmán ordenar el debate. La interrogante que en esos momentos pesaba con más fuerza era la conducta que asumiría la guarnición de Santiago. Se hablaba de contarse ya con el apoyo del comandante de artillería Don Francisco Formas y del jefe de la escolta directorial, Don Mariano Merlo, gracias a las gestiones de Don Rafael Gana, una de las víctimas propiciatorias del presunto complot de Blanco Encalada. Pero esas fuerzas pasaban escasamente de doscientos hombres, y si no se conquistaba la voluntad del coronel Don Luis José Pereira, comandante de los Granaderos de la Guardia de Honor, que ascendían en total a mil doscientos, la revolución estaba condenada al fracaso. Por fin, después de muchas cavilaciones se resolvió enviar una nota a Pereira informándole de que el Cabildo y muchos vecinos se habían reunido "para precaver los males que amenazaban a la capital" y que, resueltos como se hallaban a obrar con moderación, les asistía la esperanza de que no sólo no serían disueltos por la fuerza, sino que ésta los ampararía en caso de necesidad.

Cerca de las doce, Pereira llegó en persona a la asamblea. La expectación era enorme y sus palabras fueron oídas con visible ansiedad. Manifestó, resuelto, que no haría armas contra el pueblo, pero que dejaba su adhesión subordinada al respeto que se tuviera a la persona del Director Supremo. Grandes aclamaciones acompañaron estas palabras. Los asambleístas creían ya pisar en terreno firme. Era el momento de hacer saber a O'Higgins la existencia de la reunión e invitarlo a oir la voluntad de los magnates. Y mientras el intendente y algunos vecinos se dirigían con este fin a palacio, el Cabildo abierto, desbordante de asistencia, trasladaba su sede al salón del Consulado, donde años atrás, en un 18 de septiembre, la aristocracia había impuesto la primera Junta de Gobierno.

Era ya la una de la tarde y los calores del verano hacían sofocante la atmósfera. Más de doscientas personas se apretujaban en la sala, mientras afuera, en la plazoleta, una multitud modesta seguía el desarrollo de los acontecimientos, cuya dirección estaba, como siempre, entregada a los patricios. De repente todos callaron. Era Guzmán, que regresaba de su comisión en palacio. O'Higgins se había negado a concurrir, alegando que desconocía a la asamblea el carácter de representación popular. En su concepto, ella estaba formada sólo "por unos cuantos demagogos y cuatro mozos de café". Le era imposible imaginarse que

individuos de más cultura y situacion se hubieran atrevido a dar un paso que estimaba sedicioso y ofensivo a su dignidad de jefe de Estado.

En la concurrencia se produjo un silèncio glacial. ¿Iría el Director a tomar represalias contra la asamblea? La satisfacción orgullosa de momentos antes comenzó a amainar y muchos de los que habían alzado la voz con energía no despegaban ahora los labios. Un cierto temor colectivo empujó a muchos hacia la puerta y luego habria concluido todo en una desbandada si un joven resuelto, Don Juan Manuel Cobo, no hubiera interceptado, bastón en mano, la salida. A este gesto firme siguió el de otros, que improvisaron una guardia del pueblo con la orden de no permitir entrar ni salir a nadie de la sala.

Muy luego la calma había vuelto a los espíritus, y la sesión continuó su curso, pero en medio de tal desorden, que fue necesario nombrar una presidencia de debates integrada por el intendente, Don Fernando Errázuriz y Don Mariano Egaña. El primer paso de esta comision fue redactar un acuerdo que recibió el apoyo de todos los asistentes. Por el se declaraba inviolable la persona del Director Supremo y se tenía por delito contra el primer magistrado de la república cualquier atentado cometido en su contra. Era la mejor respuesta a la imputación de O'Higgins de que los allí congregados no pasaban de ser unos simples demagogos.

Pero, entretanto, algunos elementos que no participaban de la moderación del Cabildo abierto y que sentían por O'Higgins una vieja animosidad, comenzaron a incitar a la plebe en la Cañada y los suburbios. El antiguo guerrillero carrerino Don Juan Felipe Cárdenas se destacaba entre ellos por su verba apasionada. Había sonado la hora de tomar venganza contra la tiranía, el pueblo debía correr a los cuarteles en busca de armas para derrocarla. Las sombras de los inmolados en la plaza de Mendoza y en el camino de Tiltil clamaban por una violenta justicia.

La actitud amenazadora que comenzaba a tomar el populacho al calor de esas prédicas subversivas atemorizó a los aristócratas del Consulado, que enviaron un aviso al coronel Don Fernando Márquez de la Plata y Encalada para que pusiera sin demora la guardia nacional sobre las armas. Al mismo tiempo salió por segunda vez a palacio el intendente Guzmán con una delegación para reiterar a O'Higgins el pedido de asistir a la asamblea. Pero nada consiguieron. El Director, informado ya de la agitación de la plebe, creyó que ésta actuaba en connivencia con la reunión del

Consulado y renovó más enérgico aún su negativa. El Cabildo tenía su sala de sesiones para adoptar acuerdos. Fuera de ella su acción era tan sólo tumultuaria y atentatoria a la paz pública.

Luego de despedir a la diputación, O'Higgins envió sendas comunicaciones a los jefes de la Escolta y de la Guardia de Honor para que estuvieran prontos a concurrir al primer llamado. Creía aún contar con la fidelidad de los comandantes de la guarnición y hacer frente con su ayuda a los rebeldes. Pero muy luego un oficial de su escolta, el capitán Don José Miguel Caballero, vino a sacarlo de su ilusión, al advertirle que no podía fiarse del teniente coronel Don Mariano Merlo, que parecía inclinado a los opositores.

Lleno de indignación se dirigió O'Higgins inmediatamente al cuartel de la Escolta, que se hallaba en la calle del Puente, a los pies del palacio directorial. Un centinela pretendió detenerlo, pero él le arrojó lejos y avanzó rápido hasta Merlo, que se encontraba en esos momentos frente a sus tropas. "¿Por quién está usted? ", le pregunta casi rugiente. "Por el pueblo", responde éste sin titubear. Fuera de sí, se le abalanza entonces el Director y, arrancándole violentamente las charreteras, le echa a empellones a la calle. Los soldados le contemplan atónitos y sobrecogidos. La vieja sugestión del héroe vuelve a operar sobre ellos y exclaman ya sin pensar: "¡Viva el Director! ¡Viva O'Higgins! ".

Mientras tanto, la asamblea seguía en ebullición. La noticia de que el populacho comenzaba a cometer algunos desmanes sobrecogía el ánimo de los patricios y les hacía desear con premura la salida de O'Higgins, como el único medio de dar calma a la ciudad amenazada. El marqués de Larraín envió un propio al alcance de Don Luis de la Cruz, que viajaba a Valparaíso, suplicándole su retorno inmediato. Sus buenos oficios ante el Director, de quien era amigo íntimo, podrían ser ante esos instantes de extraordinario provecho. El Intendente Guzmán, por su parte, llegaba a temer por la seguridad de O'Higgins y de los miembros de la asamblea. Con mucha reserva envió un billete al coronel Pereira sugiriéndole la prisión del Director como medio de librarlo de las turbas y reclamando tropas para asegurar el orden en la plazuela del Consulado, y haciendo un nuevo intento, los reunidos comisionaron a Don Fernando Errázuriz y Don Jose Miguel Infante para renovar a O'Higgins la invitación.

Frente al palacio encontraron los diputados de la aristocracia al Director. Inspeccionaba en esos momentos a los soldados de la

Escolta que, a raíz de la degradacion del comandante Merlo, tenían por nuevo jefe al teniente coronel Don Agustín López y parecían obedecer ciegamente a sus mandatos. Después de oir con rostro severo a Errazuriz e Infante, les contestó firme: "¡El Cabildo, fuera de su sala de sesiones, no tiene ninguna representacion; el vecindario reunido tumultuosamente tiene menos derecho para entrar en arreglos con el jefe de la República. Restitúyase el Cabildo a su sala y disuélvase el tumulto, y entonces sólo entonces, consentiré en oir lo que tengan que decirme! ". En seguida entra al palacio, se viste allí con su uniforme de gala y, acompañado de los edecanes Arteaga y Arriagada, se dirige a caballo por la calle del Estado hacia el cuartel de la Guardia de Honor, establecido en una parte del Convento de San Agustín.

Sabedor el coronel Pereira, ya comprometido con los del Consulado, de la proximidad del Director, quiso cerrarle el paso y envió con este fin a su encuentro a su segundo ayudante, Don Justo Arteaga, que a la altura de la calle de Huérfanos le intimó a detenerse. "¡Soy el Director Supremo de la República! ¡Esa consigna no rige para mí! ", le gritó O'Higgins, furioso. El ayudante de Pereira era hijo del edecán Don Domingo Arteaga, que acompañaba al jefe del Estado, y vio en peligro, no sólo la vida de éste, sino también la de su padre. Por eso agregó con vehemencia que en la torre de San Agustín se hallaba destacado un grupo de fusileros, pronto a hacer fuego sobre los que avanzaran al cuartel. Pero O'Higgins descubrió con rapidez la manera de salvar este obstáculo. Hizo ir a Don Justo en busca del comandante y cuando Pereira se encontró en su presencia le ordenó secamente: "¡Comandante, vuelva usted a su cuartel! ". Pereira obedeció sin réplica, y el Director caminó a su lado, paralizando así la acción de los hombres de la torre, que no se atrevieron a disparar por temor a dar muerte a su propio jefe.

En la plazuela de San Agustín se encontraba un centenar de granaderos con sus oficiales. O'Higgins se presentó ante ellos y los increpó con dureza, llegando a calificarlos de traidores. Apenas uno que otro se atrevió a balbucear alguna excusa. La mayoría guardó completo silencio. La presencia del héroe de tantos combates los dejaba corridos y avergonzados.

O'Higgins hizo entrar la tropa al cuartel y ordenó en seguida formar todo el regimiento, al que se dirigió con palabras vibrantes. Y después de una breve conversación con Pereira, que procuró explicar en la mejor forma su actitud, el Director dispuso

la salida de dos compañías de granaderos. A su cabeza, y llevando junto a sí al comandante, se dirigió a la plaza. Eran cerca de las cuatro de la tarde y el sol de verano quemaba implacable sobre el amplio recinto. Apenas la Catedral proyectaba su sombra, y al amparo de ella fue a colocar O'Higgins sus soldados.

Entretanto los señores del Cabildo iban imponiéndose con inquietud cada vez más creciente de los movimientos del Director. La ilusión de contar con el apoyo de la Escolta Directorial y de los granaderos de la Guardia de Honor se había desvanecido. Se decía ya por muchos que con la fuerza reunida en la plaza intentaba O'Higgins disolver con violencia la asamblea. Pero la verdad era que las nuevas informaciones llegadas a la sala parecían desmentir esa suposición, pues la tropa continuaba aún en descanso y en la más absoluta inacción. ¿Qué estaría tramando el general? ¿Pensaría acaso infundir por ahora confianza, para caer sorpresivamente con sus hombres sobre el Consulado? La sospecha corroía a muchos espíritus, y Don Domingo de Eyzaguirre llegó a sugerir que la asamblea se trasladara a la Cañada y se colocara bajo la protección de los artilleros y milicianos. Su proposición habría sido acogida si Don Fernando Errázuriz no la hubiese combatido con denuedo y rogado particularmente a Eyzaguirre que la retirara. El abandono del local sólo traería como resultado la inmediata dispersión de la concurrencia, que, en el fondo, se sentía cada vez menos segura y más deseosa de regresar a la tranquilidad de sus hogares. Un paso de esta especie iba a significar la completa derrota del pueblo de Santiago.

Se pensó en enviar nuevos plenipotenciarios al Director para invitarlo a la sala y mover su voluntad a través de influjos poderosos. Partieron unos a entrevistarse con Doña Isabel Riquelme y se esforzaron vanamente por obtener su cooperación. La dama, de suyo afable, sólo les contestó con sequedad: "Prefiero ver a mi hijo muerto antes que deshonrado. No le diré una sola palabra sobre este asunto: él tiene suficiente juicio y edad para gobernarse por sí mismo". Después de este fracaso se recurrió al antiguo ministro Rodríguez Aldea, de tan marcado ascendiente en el ánimo de O'Higgins. Estuvo pronto a escribir una carta, que antes de su despacho fue leída a los asambleístas del Consulado. Pero no se logró mejor resultado. El Director se mantenía tercamente en su posición y todas las gestiones de la aristocracia parecían condenadas al fracaso rotundo.

En estos instantes de desaliento progresivo se incorporó a la

reunión Don Luis de la Cruz, que, accediendo al llamado del marqués de Larraín, había deshecho su viaje a Valparaíso. Luego pudo darse cuenta de la envergadura del movimiento y de la urgente necesidad de que O'Higgins oyera las peticiones que deseaban formulársele. Revolucionados el Sur y el Norte y sin apoyo en la capital, el Director debía resignarse a escuchar la voz sensata de los patricios de Santiago, que querían a tiempo evitar los dolores de la guerra civil y asegurar al jefe de Estado un retiro honroso. Acercarse a O'Higgins en esos momentos difíciles para disuadirle de su actitud obcecada pasó a ser para Cruz un deber de vieja amistad. Se dirigió, pues, a la plaza y se puso allí de inmediato, en acción.

Las primeras palabras de Cruz no cayeron en mejor terreno que las de los enviados anteriores. O'Higgins insistía en que se trataba de una reunión tumultuaria en la que, salvo escasas excepciones, se había dado cita la hez de los demagogos. "Se engaña V. E. —le explicaba Don Luis—. Vengo de allá y puedo asegurarle que se halla congregada en ese sitio la porción más notable de los habitantes de Santiago." El Director, después de repetir una y otra vez sus objeciones, acabó por inclinarse. "Entonces —manifestó— me han informado mal." Había desaparecido el escollo principal, y Cruz volvió a la carga con más empeño, instando a O'Higgins a concurrir al Cabildo abierto. "¿Qué pierde V. E. —le decía— con presentarse y escucharles?" El Director carecía de argumento de peso y tuvo al fin que ceder. Hizo traer de palacio las insignias del mando y después de terciarse la banda y prenderse en el costado izquierdo de la casaca la estrella de Gran Oficial de la Legión de Mérito, se encaminó al Consulado asistido de Cruz y de Pereira. Detrás iba la escolta directorial, al mando de Don Agustín López, con cargo de situarse en las gradas de la iglesia de la Compañía.

Eran, aproximadamente, las cinco y media de la tarde cuando O'Higgins entró en la sala donde se gestaba la pacífica pero persistente revolución aristocrática. El solo anuncio de su venida había causado en la concurrencia una enorme expectación y a su vista ella se puso de pie con respeto. El Director avanzó grave y seguro hasta el dosel adornado de paños tricolores y galones de oro bajo el cual se hallaba el sillón que meses antes había él ocupado al inaugurar la Convención. Ascendió al estrado y sobre la mesa delantera depositó el sombrero de plumas. Nada de turbación indicaban sus ademanes. Ya de frente a la asamblea, echó una mirada severa y escrutadora. Ante él unas trescientas

personas le contemplaban inmóviles y en silencio. Eran rostros muy conocidos y respetables, y sin duda que entre esos vástagos de los antiguos linajes coloniales no se hallaban los "demagogos y mozos de café" a quienes él atribuía en un principio la efervescencia de Santiago. Observó que a su derecha, bajo el dosel, se hallaban Don Agustín de Eyzaguirre y Don José Miguel Infante, miembros de la Junta gubernativa que en 1814 le había confiado el mando de las tropas después de los fracasos de Carrera. Vio a su izquierda al intendente Guzmán y al asesor letrado de la Intendencia, Don Mariano Egaña, que siempre se le habían mostrado adictos. Esos hombres no sentían por él animosidad, ni jamás habían estado envueltos en conspiraciones en su contra. Eran, no obstante, los personeros de una aristocracia orgullosa a la que él despojara de sus honores nobiliarios y excluyera de una participación activa en el gobierno.

Permanece de pie y se dirige a la asamblea:

"—Cuando se me dijo que esta reunión era de personas de poco valer, no quise asistir; más, habiéndoseme informado de que era de vecinos respetables, vengo a oir lo que se me quiere decir. ¿Cuál es el motivo de esta reunión y el objeto para que se me ha llamado? ".

Nadie responde a esta pregunta.

O'Higgins la repite, y con renovada firmeza. Ahora se atreve a contestar Don Mariano Egaña:

"—Todos se miran como hijos del Director Supremo y le estiman y le respetan como a su padre; si han llamado a V. E. aquí, ha sido para consultar sobre el mayor bien del Estado; y yo, animado de estos mismos deseos, me atrevo a manifestar a V. E. que considero necesario, en las presentes circunstancias, que haga V. E. dimisión del mando".

"—Para dejar el mando —respondió tranquilo O'Higgins— debería hacerlo ante un cuerpo o una corporación que representase a la nación, y las personas que están aquí reunidas de ninguna manera tienen esta representación".

"—Es cierto —afirmó entonces Infante—, pero el pueblo de la capital es el único que está ahora bajo el mando de V. E. ¿Podrá negarle V. E. la facultad que tiene para variar de gobernantes? ".

"—El individuo que ha tomado la palabra, ¿qué títulos, qué derechos tiene para hacerlo? " —inquirió el Director, visiblemente molesto. Infante, paralizado ante la enérgica salida, no supo qué contestar. Pero Don Fernando Errázuriz lo hizo a su nombre tan pronto, que O'Higgins no alcanzó a recoger la ventaja:

"—El título que tiene Infante, Excmo. señor, para dirigiros la palabra, es el de haber sido uno de esos diputados del pueblo a los cuales V. E. ha rehusado escuchar cuando, por encargo de esta respetable reunión, hemos ido a buscarle a la plaza principal".

"—Pero hasta ahora yo no veo a la nación —insistió el Director—. Si ésta desconoce mi autoridad, ¿cuáles son los poderes que ha dado a la presente reunión? Ejerciendo yo la suprema autoridad de la República, debo delegarla en comisionados nombrados por ella misma. Lo que aquí se hiciera podría mañana rechazarlo la nación".

Sin titubear Errázuriz corrió al encuentro del argumento:

"—Concepción y Coquimbo quieren lo que quiere ahora la capital: su voluntad es conocida desde que están con las armas en la mano; V. E. deja, pues, el mando en manos de la nación".

O'Higgins pareció no convencerse, pues renovó sus objeciones, aunque en un tono indudablemente más débil. Errázuriz, que lo veía ya en camino de retirada, le agregó:

"—Desengáñese V. E.; la República exige que dimita sin tardanza el mando".

Pero el Director, como recobrando las fuerzas y abriendo nuevo cauce a su orgullo lastimado, preguntó con rostro sañudo:

"—¿Y quiénes han comisionado a ustedes para hablarme de esta manera? ".

"— ¡Nosotros! ¡Nosotros! "—rugió la sala, que ya se sentía segura de la victoria.

O'Higgins, lejos de arredrarse, se irguió iracundo, como para repeler el ataque que creía venir sobre sí.

"— ¡No me atemorizan —exclamó— ni los gritos sediciosos ni las amenazas! ¡Desprecio hoy la muerte como la he despreciado en los campos de batalla! —Y tras una breve pausa, después de bajar el tono de la voz, agregó—: No puedo ni debo seguir la discusión iniciada en la forma que ha tomado. Si queréis discutir seriamente la situación del país y buscar el remedio que conviene adoptar, designad algunos individuos respetables con quienes pueda seguir tratando tan graves asuntos".

Un murmullo de aprobación sucedió a estas palabras. Egaña propuso entonces los nombres de los integrantes de la comisión, que fueron aceptados por los asistentes: Don José María de Guzmán, Don Fernando Errázuriz, Don Agustín de Eyzaguirre, Don José Miguel Infante, el doctor Don Bernardo de Vera y Pintado, Don Joaquín Campino, Don Juan Agustín Alcalde, conde de Quinta Alegre; el mayorazgo Don José Nicolás de la

Cerda, Don Juan Albano y Don Antonio de Urrutia Mendiburu. El mismo Egaña quedó agregado en calidad de secretario. El público comenzó a abandonar la sala y se apostó fuera, aguardando el desenlace del trabajoso drama que les ocupaba todo el día.

La discusión prosiguió animada entre el Director y los comisionados. Ante la resistencia mantenida por O'Higgins, los voceros de la aristocracia santiaguina estaban más lejos que nunca de imaginar que él había autorizado a los agentes remitidos a Concepción para buscar un arreglo a costa del sacrificio de su propia persona. Y es que Don Bernardo guardaba aún la esperanza de resignar con dignidad el poder en manos de un congreso elegido por todas las provincias, y evitar al país no sólo las amarguras de la guerra civil, sino también el bochorno de los golpes de Estado. Por eso nsistió una vez más en que abdicar el mando en los vecinos de Santiago era un acto ilegal.

Pero el intendente Guzmán deshizo luego la apariencia sólida de este argumento. "Es cierto —expresó— que V. E. es Director de toda la República, y que aquí no se encuentra sino el pueblo de Santiago; pero yo tuve también la honra de concurrir a la reunión popular que nombró a V. E. Supremo Director, y esa reunión se hizo sólo del pueblo de Santiago y con un número de personas mucho más limitado que el presente".

La resistencia quedó definitivamente aplastada, y O'Higgins convino en deponer el gobierno de inmediato en la autoridad que nombrara el Cabildo abierto. Guzmán abrió entonces la puerta de la sala y comunicó al público impaciente la gran noticia. Un inmenso clamor respondió a sus palabras. En seguida el intendente preguntó si la comisión podía designar gobierno, lo que la concurrencia gritó al unísono: "¡Sí! ¡Sí" "¿Será Junta o Director?", consultó por último Guzmán. "¡Junta! ¡Junta!", fue la respuesta. Las aspiraciones aristocráticas de un ejecutivo colegiado iban al fin a verse colmadas. Era el impulso de la sangre, que desde los concejos de Castilla y las juntas de Vizcaya se había mostrado siempre reacia al poder unipersonal y fuerte. El alma española tenía ahí su desquite, y el que la había vencido en los campos de batalla iba a caer ahora derrotado por el peso indomable de la tradición y el atavismo.

No costó trabajo a los comisionados elegir a los integrantes de la Junta. Fueron éstos Don Agustín de Eyzaguirre, Don Fernando Errázuriz y Don José Miguel Infante, con el encargo de convocar a un congreso que resolvería en definitiva sobre las autoridades

del país. Se extendió un acta con los acuerdos tomados, que recibió la firma de O'Higgins y del secretario Egaña, y en seguida se abrieron de par en par las puertas de la sala, dando así paso a los centenares de ciudadanos que apenas dominaban afuera su nerviosidad. Egaña leyó en presencia de todos el acta, y después O'Higgins tomó juramento a los tres vocales de la Junta, que pasaron a ocupar la presidencia del acto, en medio de grandes aclamaciones. Luego el ex Director, con una emoción que se le hacía difícil ocultar, quiso despedirse de la concurrencia. "Siento no depositar esta insignia —dijo, mientras se desprendía de la banda— ante la asamblea nacional, de quien últimamente la había recibido; siento retirarme sin haber consolidado las instituciones que ella había creído propias para el país y que yo había jurado defender; pero llevo al menos el consuelo de dejar a Chile independiente de toda dominación extranjera, respetado en el extranjero, cubierto de gloria por sus hechos de armas. Doy gracias a la Divina Providencia que me ha elegido para instrumento de tales bienes y que me ha concedido la fortaleza de ánimo necesaria para resistir el inmenso peso que sobre mí han hecho gravitar las azarosas circunstancias en que he ejercido el mando."

Hizo una pausa, mientras colocaba la banda sobre la mesa. Un silencio respetuoso tenía atados a los trescientos asistentes. "Ahora —continuó— soy un simple ciudadano. Mientras he estado investido de la primera dignidad de la república, el respeto, si no a mi persona, al menos a ese alto empleo, debía haber impuesto silencio a vuestras quejas. Ahora podéis hablar sin inconveniente. ¡Que se presenten mis acusadores! —agregó con pasión—. ¡Quiero conocer los males que he causado, las lágrimas que he hecho derramar! ¡Acusadme! Si las desgracias que me echáis al rostro han sido, no el efecto preciso de la época en que me ha tocado ejercer la suma del poder, sino el desahogo de mis malas pasiones, esas desgracias no pueden purgarse sino con mi sangre. ¡Tomad de mí la venganza que queráis, que no opondré resistencia! ¡Aquí está mi pecho! " Y dando un violento tirón a a la casaca, lo presentó descubierto.

Un solo grito, espontáneo y noble, brotó de todos los labios: " ¡Nada tenemos contra el general O'Higgins! ¡Viva O'Higgins! " Después de todo, esta aristocracia que le exigía ahora la renuncia era también la que, en premio de su abnegación sin límites, le había confiado, en 1814, en graves momentos, la jefatura del ejército de la patria y entregado tres años después el mando

político. Los desaciertos de la gestión gubernativa no eran de una magnitud tal que pudiesen borrar de una plumada los gestos de El Roble, de Rancagua y de Chacabuco. Y los hombres que con él habían seguido paso a paso los sinsabores y triunfos de la guerra de independencia estaban muy lejos de pretender regatearle el ancho margen de sus glorias.

"Bien sabía —concluyó O'Higgins, conmovido ante las manifestaciones de que era objeto— que en justicia no se me podía acusar de faltas intencionales cometidas en mi gobierno. No obstante, este testimonio me alivia del peso de las que hubiera cometido sin conocerlo".

Era ya de noche cuando el ex Director abandonó el salón del Consulado para regresar a palacio. Tras él, como una guardia de honor, caminaban aclamándole centenares de concurrentes al Cabildo abierto. Uno de los que habían demostrado más fervor, el joven Don Juan Manuel Cobo, se ha sentido cogido por la entereza moral de O'Higgins, y acercándosele le dice: "Permítame, general, tener la satisfacción de darle un abrazo. He sido un contrario suyo por no haberle conocido. Pero desde que le he oído conducirse de un modo que no le es dado sino al que está penetrado de haber obrado con una conciencia recta, yo no puedo ser su enemigo. Si por nada valer no me atrevo a ofrecer mi sincera amistad, cuénteme al menos V. E. entre sus adictos". A lo que Don Bernardo respondió: "Señor Cobo, tampoco yo le conocía si no es por la noticia de contrariedad con que solía conducirse contra mi persona. Me es muy satisfactorio que el cuadro que he presentado de mi administración haya producido esa variación de concepto. Ojalá pudiera contar con igual resultado entre todos aquellos que como usted me han sido desafectos. Esta sería una de mis mayores satisfacciones que podría recibir después de descender de ese puesto de que acabo de desprenderme y que su sola posesión ha sido motivo para cargar con desafecciones a que no he dado lugar. Agradezco su manifestación, que es sincera, pues me la hace en momento en que no se puede esperar de mí otra cosa que el reconocimiento".

Esta batalla cívica del 28 de enero de 1823, como la cruenta de Rancagua, había terminado haciendo del vencido el héroe de la jornada.

AL SIGUIENTE día de la abdicación, dejó O'Higgins el palacio y pasó a alojar con sus deudos junto al Consulado, en la casa que ocupó con el canónigo Fretes durante el funcionamiento del Congreso de 1811. Ahora pertenecía a Don Antonio de Urrutia Mendiburu, que tanta contrariedad le diera en esos años por haberle arrebatado el título de coronel de las Milicias del Laja, gracias a las influencias de su cuñado el doctor Martínez de Rozas. Era Don Antonio gentil y cortesano, como que en su juventud sirvió en la guardia del rey, y, siempre benévolo, abrió las puertas de su hogar al Director caído, a Doña Isabel y Doña Rosita. Pero O'Higgins deseaba evitar que su presencia en Santiago alentara las pasiones políticas, y resolvió muy luego trasladarse a Valparaíso. Se hallaba, por otra parte, decidido en secreto a abandonar el país, sea para dirigirse al Perú, sea a Europa, y sólo aguardaba la resolución definitiva de la Junta de Gobierno, que tenía en estudio el envío de un contingente de soldados de refuerzo al Perú bajo su mando. En los primeros días de febrero se encaminó al puerto acompañado de un escuadrón de la Escolta Directorial, que los vocales de la Junta, en todo momento muy obsequiosos, pusieron a su lado para resguardo de su persona y mantenimiento de su dignidad.

Dejaba la ciudad con la tristeza del que cree alejarse para siempre y llevaba el corazón oprimido por el estado de salud de su hermana, que en esas horas luchaba entre las garras de la muerte. Muy de alba y a la altura de Peñuelas envió un mensaje al gobernador de Valparaíso, Don José Ignacio Zenteno: "Sin clase alguna de cumplimiento pienso entrar temprano hoy por la mañana a cualquier rincón que usted me señale; sé que no hay casa, y puede servir algún rancho, el arsenal o barraca de vela. Es a un soldado a quien usted recibe, con cinco oficiales y cuarenta guías que quedan". Poco después los dos amigos se abrazaban y O'Higgins recibía alojamiento en el edificio de la gobernación, bastante maltrecho desde el terremoto de noviembre.

Apenas habían pasado unas horas cuando hicieron su aparición sorpresiva en el puerto cuatro buques. Luego se supo que en ellos venía el general Freire con el ejército del Sur. Aunque aún se ignoraban todas las intenciones del visitante, que no eran otras que desconocer en nombre de la Asamblea de Concepción a la Junta de Santiago y exigir hasta con el recurso de la fuerza armada el establecimiento de un gobierno con

representantes de las tres provincias, la sola presencia de la escuadrilla produjo entre los porteños viva inquietud.

El Gobernador Zenteno pasó a bordo a dar a Freire la bienvenida, junto con el oficial Don Manuel Astorga, que llevaba de O'Higgins el mismo encargo. El recibimiento fue seco y cortante y preludio de próximas dificultades. Ellas se revelaron el mismo día con la siguiente notificación recibida por Zenteno del intendente del Sur: "Cuando el gobierno de Santiado ha dado la libertad al ex Director olvidó, sin duda, que éste ha mandado todas las provincias de que se compone el Estado. En consecuencia, y para cumplir con los deberes que me impone mi obligación, me es imprescindible proceder al arresto de su persona, a cuyo objeto comisiono al coronel Don Jorge Beauchef, a quien hará V. S. manifiesta la persona del expresado ex Director, para los fines que le tengo indicado verbalmente".

En la tarde bajaba el ejército a acampar en tierra, y Beauchef con cien granaderos se dirigió a la gobernación a dar cumplimiento a la orden recibida. Después de relevar la guardia propia del ex Director, pasó a sus habitaciones. Allí le encontró muy tranquilo, terminando de comer. El coronel, que le tenía aprecio y había recibido de él frecuentes distinciones, se esforzó por mostrar la mayor afabilidad y cortesía. O'Higgins, por su parte, le invitó afectuosamente a tomar una copa de vino, y la conversación se entabló amistosa sobre los últimos sucesos. Beauchef, que comandaba la plaza de Valdivia, había recibido órdenes de O'Higgins de venir con sus tropas en su auxilio; pero informado de que la situación del gobierno era insostenible y deseoso de evitar un estéril derramamiento de sangre, accedió al pedido de Freire de unirse a sus fuerzas. El ex Director, lejos de hacerle cargos por su actitud, le daba ahora su aprobación: "Mi amigo, si usted hubiera cumplido las órdenes que le comuniqué, me encontraría hoy en una falsa situación. Habría sido preciso batirse y comenzar una guerra civil que me habría reprochado toda la vida". Y después de comentar otros aspectos de la política interior, O'Higgins manifestó a su visitante perplejo deseos de pasar a saludar a Freire. No encontrando razones para impedirlo, Beauched asintió, y ambos a caballo se dirigieron al Almendral, donde se hallaba acampado el ejército del Sur.

El encuentro de los dos caudillos fue cortés, pero careció de abierta cordialidad. Ni el uno ni el otro se atrevió a tocar ninguno de los puntos agudos, y la conversación se redujo sólo a tópicos triviales e indiferentes. Al cabo de media hora O'Higgins se

retiraba a su alojamiento, mordiendo la humillación de verse vigilado como un prisionero de guerra.

Por entonces se hallaba en Valparaíso Don Luis de la Cruz y, como amigo de O'Higgins, quiso visitarlo, pero se lo impidió el centinela apostado en la entrada. Con bastante indignación se trasladó entonces Cruz donde Freire y le hizo ver que hablaba poco de su generosidad la medida adoptada en contra de un hombre caído, que no podía constituir amenaza para nadie. El intendente de Concepción buscó su defensa en el hecho de que el ex Director necesitaba asegurar su persona de los vejámenes a que podían exponerla sus adversarios. Esta guardia numerosa no había pretendido transformar a O'Higgins en prisionero, sino rendirle los honores correspondientes a su alto rango. "Vaya, amigo, con los honores —le dijo con sorna Cruz—; haga usted modo de evitármelos a mí. Antes de venir aquí he estado a ver a O'Higgins, creyendo que la guardia era sólo una medida de precaución, pero me encontré con que el centinela de honor colocado en la puerta me rechazó, no sólo a mí, sino también a un sirviente de la casa". Freire, ya sin argumentos, contestó que sin duda se debía esto a un mal entendido y ordenó inmediatamente que se permitiera toda comunicación a O'Higgins.

En realidad, el caudillo del Sur obraba, más que impulsado por sus propias pasiones, por el influjo que ejercían en su ánimo algunas personas que, como Don Manuel Vásquez de Novoa, sentían por O'Higgins una gran odiosidad. Ellas le incitaban a no dejar salir de Chile al ex Director sin someterle a juicio de residencia, y sabían avivar en favor de sus deseos de venganza los resquemores de Freire. No obstante, el intendente no podía olvidar tan pronto la íntima amistad que le había unido a Don Bernardo, y algunas entrevistas que con él sostuvo acabaron por aplacar bastante sus primeros impulsos y renovar en parte su antigua cordialidad con O'Higgins. Antes de partir a Santiago, a aclarar su diferencia con la Junta, Freire pasó a despedirse del ex Director en términos amistosos y procedió a ordenar el retiro de la guardia.

Sin duda, en ciertos aspectos las cosas parecían ir suavizándose, pero quedaban todavía algunas incógnitas por despejar. El gobierno nada disponía aún sobre el posible envío de O'Higgins al mando de un contingente al Perú, y todo parecía indicar que la idea de someterle a un juicio de residencia no estaba abandonada. El 12 de febrero resolvió Don Bernardo dirigirse a la Junta, solicitando autorización para trasladarse a

Irlanda, donde pensaba residir un tiempo junto a sus parientes, y el mismo día escribió también a Don Miguel Zañartu para que tomara su defensa en el caso que se pretendiera residenciarlo. "Yo entiendo —le decía— que no debo sujetarme a residencia; sería éste el mayor oprobio que Chile podía hacerme. Porque no lo ha hecho gobierno alguno de los anteriores ni al mismo Director Lastra. Tampoco se ha practicado en Buenos Aires ni algún otro gobierno de América; además, todas las Constituciones que han regido hasta aquí han declarado inviolables a sus gobernantes; así también se estipuló en la reunión del pueblo de Santiago al modo más solemne al abdicar mi mando. Si O'Higgins sólo fuere el llamado a un acto no practicado antes podrá hacerse únicamente por alguna nueva ley, que no sé cómo pueda dársele efecto retroactivo; pero si el encono y el olvido contra el primer padre de la Patria llegase a tan alto grado, sea usted mi defensor". Y concluía la carta con visible amargura: "Sea usted más feliz que el que dio la libertad a Chile en ese día en Chacabuco y en otro igual selló la carta de su independencia en Concepción".

La respuesta que poco después recibió de la Junta le hizo ver que, a pesar de la deferente actitud de sus miembros, éstos no se atrevían a concederle desde luego el permiso para ausentarse del país. A un gobierno provisional, acosado por presiones contrarias y expuesto a una grave ruptura con Freire, que le negaba su autoridad fuera de la provincia de Santiago, resultaba imposible dar por sí solo un paso de tantas proyecciones. Estaba resuelto a ayudar a O'Higgins, pero no podía, con una actitud precipitada, poner en peligro la estabilidad de un régimen de por sí bastante precario. De ahí que su respuesta a Don Bernardo junto con indicar la imposibilidad de satisfacerle de inmediato, llevaba envuelta la promesa de dar curso a su pedido una vez sorteados todos los obstáculos. "La Junta —decía la nota— asegura a V. E. los sentimientos de la mayor consideración a su persona, esperando que esta indicativa sirva a V. E. de suficiente satisfacción. Entretanto, se allana este permiso conforme a las instrucciones de la Junta, que para ello debe adoptar ciertos trámites necesarios, aunque ligeros, puede V. E. descansar tranquilo, en la confianza del aprecio que le protestamos".

Aunque Don Bernardo no había participado a su madre y hermana su resolución de abandonar el país, acaso porque creía su deber cargar solo con las amarguras de este nuevo y voluntario destierro, luego se enteraron éstas de las gestiones que realizaba ante la Junta de Gobierno, y Doña Rosita, ya en convalecencia, le

escribió el 22 de febrero, sin ocultar su angustia. Iba recobrando la salud, aunque lentamente, y la demora en reponerse la atribuía a la dolorosa impresión que le causaba la noticia de que pensase Don Bernardo marchar sin ellas al extranjero. "No, mi querido hermano —le decía—, nunca creeré que te separes abandonándonos en este país. Sábete que sería lo mismo que conducirnos al sepulcro. Nuestra madre, como yo, estamos resueltas a acompañarte en las adversidades y trabajos y, si fuese posible, la vida misma sería sacrificada por tu existencia. Mas, careciendo de ti, también pereceremos con el desconsuelo de tu vista".

Sí; en realidad, Rosita tenía razón. ¿Cómo iba a dejarlas solas en manos de sus adversarios? ¿Y qué sería de él lejos del tierno apoyo de esas mujeres que supieron dulcificarle, años atrás, los sinsabores del destierro en Argentina, y que ahora mismo traían afecto y comprensión a su alma desolada? Apenas unos días después, a principios de marzo, la hermana, con una nueva carta, se unía a sus inquietudes, procurando ofrecerle un lenitivo para sus desengaños. "No será la patria la ingrata. Ella comprenderá siempre tus sacrificios, y aquel Dios que desde su firmamento está mirando el corazón de los hombres, recompensará al que lleno de honor y de virtudes supo desempeñar el cargo que se le confió y estaba escrito en el libro de los destinos".

Del inolvidable San Martín también recibía correspondencia desde Mendoza: "Millones y millones de enhorabuenas por su separación del mando —le decía el general, que por nada cambiaría ahora su ignorado retiro por los brillos del poder—. Los que sean verdaderos amigos de usted se las darán muy repetidas. Sí, mi amigo, ahora es cuando gozará usted de la paz y tranquilidad, y, sin necesidad de formar cada día nuevos ingratos, goce usted de la calma que le proporcionará la memoria de haber trabajado por el bien de la patria". La respuesta no podía dejar de proyectar la tristeza que consumía el alma de O'Higgins: "Los desaires y arresto que he sufrido después de haber dejado la dirección de Chile me prueban lo que en adelante deberé esperar de mi patria, bien que trece años de sacrificios y amarguras inauditas no los cambio por interés alguno y sólo quedan dedicados al honor y bien general de la América".

Así siguió el mes de marzo, sin más novedad que la visita de un irlandés distinguido, Mr. John Thomas Nowles, que había conocido a su padre en sus últimos años de virrey. Sabía ya detalles de Don Bernardo por algunos compatriotas que habían

servido en la revolución emancipadora y tenía vivo interés en conocerle. Una larga entrevista le permitió apreciar en la intimidad al héroe de la independencia de Chile y consignar después en su diario de viaje: "Parece ser un hombre de 35 años, y su fisonomía, completamente irlandesa, revela más energía que elevación. Sus modales son peculiarmente francos y afectuosos". Al Director caído le nacía en esos momentos de abandono una nueva amistad, dispuesta a acompañarlo hasta el destierro.

El resto del mes lo pasó en extremo aislado. Los dolores del alma habían llegado a arruinarle el físico. Una fuerte enfermedad a la vista le obligó durante más de veinte días a recluirse en la obscuridad de su cuarto. Pero aún no dejó de interesarse por lo que estaba pasando en Santiago. Al fin y al cabo, el desenlace de los acontecimientos políticos tendrían que repercutir en el definitivo destino de Chile, muy expuesto a seguir el sangriento camino de sus hermanas de América. Sintió así gran alivio cuando supo que, sin mayores contratiempos, había entregado la Junta el mando a una asamblea provincial y que, reunidos en seguida los plenipotenciarios de Santiago, Coquimbo y Concepción, designaron provisionalmente como Director Supremo al general Freire. Apenas algo repuesto de su dolencia, escribió a éste el 2 de abril, congratulándose de su exaltación al mando como de un paso oportunísimo para salvar a la patria del caos. "Sí, mi amigo —le decía sinceramente—, usted sólo puede restituirla a su antiguo esplendor; no nos engañemos, porque un error político de tal tamaño en la presente época hubiera cerrado las puertas de la libertad a nuestra amada patria y hundido en la obscuridad trece años de glorias y sacrificios. Aún restan algunos más que prodigar. El Arbitro de los destinos señala a usted para consumarlos".

Ahora parecía sentirse más aliviado por la suerte de Chile, pero acaso más oprimido por la soledad y la tristeza. Miraba su obra y la conciencia no le acusaba de haber pospuesto el bien de su tierra natal a la satisfacción de sus egoísmos o al lucro de sus propios intereses. En toda la guerra el puesto de mayor peligro fue el suyo. Lo buscó con pasión desde el sitio de Chillán hasta Cancha Rayada. Y en tiempos de paz, ¿hubo acaso una hora de descanso en ese combate ininterrumpido de seis años que significó la organización del Estado? Ninguno de sus grandes sacrificios había resultado estéril, y vano sería el esfuerzo de sus enemigos para obscurecer su obra. Ahí estaba la patria libre como testimonio viviente y eterno de su acción. Ahí, también, su pobreza personal como el mejor argumento de su línea pura y

desinteresada. Faltó, sí, tiempo para completar la tarea: ver afianzadas las instituciones, integrado Chiloé, desenvuelta la inmigración irlandesa por la que él siempre suspiró y tuvo sus expansiones con el bravo O'Brien, ahora en Europa; reconocida por las potencias del Viejo Mundo la independencia nacional, vanamente gestionada por Irisarri, que, en cambio, había cargado el crédito de Chile con su empréstito innecesario; terminada, en fin, con el esfuerzo patrio, la emancipación del Perú y echadas las bases de una confederación hispanoamericana.

Pero la Providencia inescrutable le había parado en la carrera. "No me es dado ya tomar más parte —escribía a Simón Bolívar el 10 de abril—. Un pago igual al que recibieron de sus repúblicas Aníbal y Escipión me ha separado del mando. Nada me ha afectado, si no es el modo, porque yo deseaba descargarme de él. Mi vida ha sido más gustosa en el campo del honor; mi corazón no es amasado para mecerse en la política insidiosa con que puede sostenerse un Estado enfermo de envidia, de partidos y facciones. Es éste un mal casi necesario en los gobiernos nacientes, que se crían y se forman a sí mismos; siempre el hombre tiene repugnancia a reconocer un superior en su igual, aun cuando lo haya elegido. En vano es dar instituciones y garantías, porque las facciones las desprecian y censuran. En mi poca o ninguna política y en mi experiencia hallo que nuestros pueblos no serán felices sino obligándolos a serlo; pero yo aborrezco tanto a la coacción que ni aún la felicidad gusto dar por medio de ella".

Ahora, caído, muchos de los que le adularon en el gobierno mantenían distancia a su persona, cuando no se unían violentos a los que se cebaban con su honra. No estaba entre ellos, sin embargo, el cacique Venancio Coñuepán, que, después de seguirle en todas las correrías de la patria vieja, continuaba guardando una lealtad y afecto invariables a su antiguo jefe y protector. Con su lenguaje alambicado se dirigía a él desde Santiago, el 18 de abril, para exteriorizarle su afecto: "El hombre nunca podrá ser desconocido a los beneficios de su similitud y menos Venancio, que de origen ha amado a una línea sanguínea que es la que siempre ha tratado mirar a los indígenas como su propia especie; bien penetrado está el Estado Araucano, tanto por las operaciones del finado su padre, Don Ambrosio O'Higgins, cuanto por su caro hijo en el que han conocido aquellos habitantes unos sentimientos nada equívocos, solamente movidos a hacer felices a sus semejantes. . . Mientras la sangre exista de tu impar Venancio y

demás seres araucanos, será poca el derramarla por un genio digno de ser elevado, no por las expresiones vulgares, sino más allá de las ideas que pueda ser capaz el hombre elevarlo. . . Sólo te diré que por ningún evento decaigas de ánimo y cuando no tengas otro asilo cuenta con tus araucanos".

Por los días en que recibía esta noble demostración de cariño, los intentos de arrastrarle al juicio de residencia volvían a recrudecer. Es cierto que el nuevo Director Supremo, influido ahora por su ministro Don Mariano Egaña, ya no miraba este paso con la simpatía de antes y sólo quería borrar los viejos enconos para realizar así un gobierno amplio y pacífico. Pero los carrerinos estaban lejos de resignarse a ver partir a O'Higgins del país con los honores de una figura indiscutida. Lo señalaban públicamente como el responsable directo de la muerte de los tres caudillos en la plaza de Mendoza y del alevoso asesinato de Manuel Rodríguez en Tiltil; y le achacaban destierros injustos y tiránicas persecuciones. ¿Podían dejarle salir de Chile indiferentes, cuando la sangre les hervía en clamores de venganza? Don Manuel Muñoz Urzúa y Don Baltasar Ureta, que habían servido con ardor a Don José Miguel Carrera y participado en el complot de 1820, tomaron la voz del partido y exigieron del gobierno el enjuiciamiento del ex Director. Por más que quisiera, Freire no podía desentenderse de esta solicitud y tuvo que pasarla al Senado, que acababa de constituirse con la representación de las tres provincias, para que resolviera si, de acuerdo con la Constitución de 1818, tenía O'Higgins responsabilidad por las providencias dictadas durante su gobierno.

Era presidente del Senado Don Agustín de Eyzaguirre, que como hermano del presbítero Don José Alejo, desterrado en 1821, pudo conocer de cerca las intemperancias del ex Director. Reacio, por otra parte, como todos los aristócratas, a los regímenes personalistas y de fuerza, había llevado en 1818 a palacio la palabra exigente del Cabildo abierto reunido después del fusilamiento de Don Juan José y Don Luis Carrera; activado con empeño, apenas tres meses atrás la caída de O'Higgins y formado en la Junta que vino a sucederle. Ninguna de estas circunstancias fue, sin embargo, capaz de torcer su natural bondadoso y hacerle ver en el Director depuesto un enemigo. Desde 1813, en que como miembro del gobierno le tocara confiar a Don Bernardo la jefatura del ejército revolucionario en horas angustiosas para la causa, había visto en su espada la enseña del valor y del desprendimiento sin límites. Eran demasiado grandes y

decisivas para Chile esas empresas guerreras que O'Higgins había guiado sin abatimiento, para que errores o debilidades posteriores pudieran echarlas en olvido. De ahí que Eyzaguirre no titubease en alzar la voz en el Senado, junto a la de Don Fernando Errázuriz, para oponerse al juicio de residencia. Cualesquiera que fuesen los desaciertos que se echaran en cara a O'Higgins —argumentó—, quedaban de sobra compensados por sus inmensos y heroicos servicios. Someterle a proceso importaba incurrir en la más negra ingratitud y dar un paso de deshonor para Chile.

Ateniéndose estrictamente a la letra de la Constitución de 1818, la mayoría de los senadores creyó, sin embargo, su deber informar a Freire que su predecesor era responsable de los actos que hubiera ejecutado sin el asentimiento de sus ministros o contraviniendo los acuerdos del Senado; y junto con remitir este oficio, instituyó el tribunal encargado de sustanciar la residencia.

Hasta Don Bernardo llegaron estas noticias amargas para su espíritu. Verse enjuiciado por iniciativa de Muñoz Urzúa, a quien pudo sancionar en 1820 con la pena de muerte sus atrevidos pasos de conspirador, le resultaba una tremenda prueba para el orgullo. "Yo no temo responder de mi conducta a la nación por la cual me he impuesto tantos sacrificios —escribió a Don Miguel Zañartu, su apoderado en Santiago—, pero lamento el alejamiento de mi persona al ver que a petición de un hombre a quien perdoné la vida y de otros individuos que lo siguen, se quiere exigirme responsabilidad". Las sucesivas informaciones de su corresponsal le enteraron, sin embargo, de la ineficaz labor de sus adversarios. En su casi totalidad los miembros del tribunal de residencia se fueron excusando de aceptar la comisión. Por otra parte, no llegaron a formularse acusaciones concretas que justificaran la intervención de Zañartu como abogado. Y del proceso especial que fue seguido en contra del teniente Don Antonio Navarro para esclarecer el misterio de la muerte de Manuel Rodríguez, nada resultó en contra del ex Director. Sólo la pasquinería se ensañaba contra éste, haciéndole blanco de sus venenosos ataques, mientras el afectado sufría las injurias en el más absoluto silencio.

Ya era tiempo de poner fin a la situación desdorosa de O'Higgins, y el 30 de junio el Senado dirigió una nota a Freire expresándole que no existía ningún inconveniente para que se otorgara al ex Director Supremo el pasaporte solicitado meses atrás. "Haciéndose cargo —concluía la comunicación senatorial— de que el nombre de O'Higgins está unido a las glorias de la patria y ha de encontrarse en todas las páginas de nuestros gloriosos

esfuerzos, y que por tanto tiempo ha representado la nación en sus relaciones exteriores, el Senado no puede dejar de encargar a V. E. que la licencia que le conceda para salir del país esté concebida en los términos más honoríficos, de suerte que entre los extranjeros le sirva como un documento de estimación y consideración de la patria a su persona". Freire y su ministro Egaña extendieron en seguida el salvoconducto con palabras enaltecedoras que querían ser para O'Higgins una reparación a las vejaciones sufridas.

Desde hacía dos meses había abandonado éste las habitaciones de la gobernación de Valparaíso para trasladarse a la casa que poseía el alcalde Boza en el barrio del Almendral esquina de la Merced, Aquí le llegaban periódicas cartas de su anciano primo, Don Tomás O'Higgins, con quien mantenía afectuosas relaciones, y que, aunque ajeno a las actividades políticas, gozaba de ascendiente en los altos círculos de la capital. Don Tomás había puesto gran empeño en conseguir el despacho del pasaporte, hablando para esto con todas las personas de influjo, entre ellas con Don Estanislao Portales, para mover así a su deudo Don Diego, que integraba el tribunal de residencia. "Portales —le decía el 2 de julio al ex Director—, aunque ahora no está en estado de practicar diligencia alguna, me aseguró que había trabajado bastante de antemano con Don Diego Portales, quien siempre estuvo en favor de usted". Como resultado de estas gestiones podía agregar el diligente irlandés la grata nueva de que Freire había acudido a visitar a la familia de Don Bernardo para decirle que "todo estaba corriente y que podía usted marcharse cuando quisiese". No concluía Don Tomás su epístola sin añadir algunos consejos al primo para que se cuidase de aceptar nuevos cargos en el exterior. "Este mundo —le decía, con su larga experiencia— no es otra cosa que una comedia en que es muy difícil jugar un papel acertado y aún imposible, con mayor imposibilidad en tiempos revueltos, cuyas escenas representan idénticamente las de todos los siglos de la posteridad. Cada día estamos palpando visibles pruebas de la inconstancia humana, tanto en el trato con nuestros semejantes, cuanto en la lectura de las historias de los grandes personajes y grandes revoluciones de todas las naciones; y especialmente de la ingratitud que suele ser el defecto más frecuente y predominante de los países democráticos a que todavía les falta la necesaria ilustración para saber apreciar a sus Directores".

Aunque Don Bernardo sabía sobradamente cuánta verdad

envolvían las reflexiones de su primo, la lectura del pasaporte que le había despachado el gobierno vino a servir de indudable lenitivo a su amargura. "Sólo las repetidas instancias de V. E. —decía en él Freire— han podido arrancarme el permiso que le concedo para que salga de un país que le cuenta entre sus hijos distinguidos, cuyas glorias están tan estrechamente enlazadas en el nombre de O'Higgins, que las páginas más brillantes de la historia de Chile son el monumento consagrado a la memoria de V. E." Sin duda estas palabras traían para él el homenaje de los que le sucedían en el poder, pero involucraban algo más, y era el acto de satisfacción suprema del hombre que encabezara la revuelta en su contra.

Estaba ya a la vista ese momento que no por deseado era menos angustioso: la partida del hogar patrio. La estación avanzada no le iba a permitir emprender su proyectado viaje a Europa por la ruta del Cabo de Hornos, sino aprovechar la inmediata salida al Callao de la fragata "Fly", con la mira de seguir más adelante hasta Irlanda por la vía de Panamá. El 17 de julio un bote de la "Fly", muy engalanado, esperaba al viajero junto a la aduana. Subió con su madre y Rosita, llevando también junto a sí a las niñas indígenas de su adopción y a un pequeño de poco más de cuatro años de edad. Era Pedro Demetrio, el fruto de sus ilícitos amores, que un tiempo tuvo a su cargo Fray Domingo Jara y que ahora asistía con sin igual ternura Doña Isabel. En otras embarcaciones le seguían hasta la fragata algunos amigos leales: el gobernador de Valparaíso, Don José Ignacio Zenteno; Don Felipe Santiago del Solar, cuyos proverbiales banquetes y saraos no olvidaría tan pronto; en fin, Don Pedro Ramón Arriagada, su vecino de "Las Canteras" y discípulo, entre los primeros, del ideal revolucionario. El capitán de la embarcación británica se aprestaba a rendir a su pasajero honores de artillería, pero éste alcanzó a tiempo a impedirlo. Quería que el silencio y hasta el olvido de su persona acompañaran los últimos instantes que aún le quedaban en la patria. Había sufrido mucho y seguía sufriendo todavía en la intimidad del alma. Y en ese instante de desgarramiento supremo en que, echadas las velas al viento, la nave fue alejándose hasta perder de vista la tierra chilena, quizá él hubiera preferido estar solo, enteramente solo, para llorar como un niño bajo las estrellas.

Se iba sin decir nada, porque no habría tenido voz para hacerlo. Pero dejaba escritas, y para todos los chilenos, unas palabras del corazón, que los labios sellados por la angustia del momento no le permitían proferir:

" ¡Compatriotas! Ya que no puedo abrazaros en mi despedida, permitid que os hable por última vez. Con el corazón angustiado y la voz trémula os doy este último adios; el sentimiento con que me separo de vosotros sólo es comparable a mi gratitud; yo he pedido, yo he solicitado esta partida, que me es ahora tan sensible, pero así lo exigen las circunstancias que habéis presenciado y que yo he olvidado para siempre. Sea cual fuere el lugar donde llegue, allí estoy con vosotros y con mi cara patria; siempre soy súbdito de ella y vuestro ciudadano. Aquí os son ya inútiles mis servicios y os queda al frente del gobierno quien pueda haceros venturosos. El Congreso va a instalarse y él secundará sus esfuerzos: vuestradocilidad los hará provechosos. Debéis recibir en breve sabias instituciones, acomodadas al tiempo y a vuestra posición social; pero serán inútiles si no las adoptáis con aquella deferencia generosa que prestaron a Solón todos los partidos que devoraban a Atenas. ¡Quiera el cielo haceros felices, amantes del orden y obsecuentes al que os dirige! . . . ¡Virtuoso ejército! ¡Compañeros de armas! , llevo conmigo la dulce memoria de nuestros triunfos y me serán siempre gratos los que la patria espera de vosotros para consolidar su independencia! ".

FUENTES ESPECIALES DEL CAPITULO SEXTO

A) DIRECTAS

1) AMUNATEGUI REYES, MIGUEL LUIS:
Don Bernardo O'Higgins juzgado por algunos de sus contemporáneos, según documentos inéditos (RHG., Nº 28).

2) BEAUCHEF, JORGE:
Memorias (M. S. ABA., vol. 22).

3) BLAND, THEODORIK:
Descripción económica y política de Chile en el año 1818. (Traducción de Domingo Amunátegui Solar. "Anales de la Universidad de Chile", 1926).

4) CABILDO ABIERTO:
Documentos relativos al... de 17 de abril de 1818 (M. S. Archivo de la Real Audiencia de Chile, vol. 2.160).

5) CALDCLEUGH, ALEJANDRO:
Viajes por Sudamérica durante los años 1819, 1820 y 1821 (Santiago, 1914).

6)
Cartas y papeles de personajes notables (M. S. ABA., vol. 18).

7) CARRERA, IGNACIO DE LA:
Causa objetiva que sigue Don Ricardo Boughan contra Don..., sobre cobranza de pesos (M. S. AV., vol. 128).

8) CARRERA, JOSE MIGUEL:
Documentos relativos a las actuaciones de... en la Argentina, en los años 1820–1821 (M. S. ABA., vol. 6).

9) CARRERA, JOSE MIGUEL:
Testamento (RHG., tomo XL, Nº 44, 1921).

10) COCHRANE, LORD TOMAS:
Memorias (CHI., T. XIII, 1905).

11) CARRERA, JUAN JOSE Y LUIS:
Traslado del proceso contra..., Mendoza, 1817 (M. S. ABA., vol. 24).

12) COTAPOS, ANA MARIA:
Proceso por correspondencia subversiva contra Doña..., Doña Rosa Valdivieso, Pbro. Don José de la Peña, Don Tomás José de Urra y José Conde, 1817–18 (RHG., Nos 29 y 30).

13) CRUZ, JOSE MARIA DE LA:
"Recuerdos de Don Bernardo O'Higgins". Introducción y notas de Jaime Eyzaguirre (Santiago, 1960).

14) CRUZ, JOSE MARIA DE LA:
Carta a Don Miguel Luis Amunátegui sobre recuerdos de Don Bernardo O'Higgins. 7–VII–1853 (M. S. ABA., vol. 20).

15) CRUZ, JOSE MARIA DE LA:
Respuesta a un cuestionario sobre la vida de Don Bernardo O'Higgins propuesto por Don Diego Barros Arana (M. S. ABA., vol. 20).

16) ECHEVERRIA LARRAIN, JOAQUIN:
Correspondencia con Don Miguel Zañartu (M. S. ABA., vol. 19).

17) GANA Y LOPEZ, RAFAEL:
Memorias del sargento mayor de ejército y servidor de la independencia Don..., 1816–1823 (RHG., No 16).

18) GENDRIN, VICTOR–ATHANASE:
Récit historique exact et sinccère par mer et par terre de quatres voyages faits au Brésil, au Chili, etc. (Versalles, 1856).

19) GRAHAM, MARY:
Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823) (Madrid, sin fecha).

20) GUIDO, TOMAS:
Reminiscencias ("Revista de Buenos Aires", T. III, 1864).

21) HAIGH, SAMUEL:
Viaje a Chile (Santiago, 1917).

22) HALL, BRASIL:
Extracto de un diario de viaje a Chile, Perú y México en lòs años 1820, 1821 y 1822, por el capitán... (Santiago, 1906).

23) HILL, HENRY:
Incidencias en Chile (1817–1821) (RHG., Nº95, 1939).

24) IRIARTE, TOMAS:
Memorias (Buenos Aires, 1944).

25) IRIARTE, TOMAS:
Biografía del Brigadier General Don José Miguel Carrera (RHG., Nº44, 1921).

26) IRISARRI, ANTONIO JOSE DE:
Los diplomáticos sudamericanos en Europa, en 1820, juzgados por Don... Carta de 14 de marzo de 1820 a Don Bernardo O'Higgins (RHG., Nº2, 1911).

27) IRISARRI, ANTONIO JOSE DE:
Misión diplomática de Don... (A. O., T. III y IV, 1947 y 1948).

28) LAS HERAS, JUAN GREGORIO DE:
Carta a Don Claudio Gay sobre la sorpresa de Cancha Rayada (RHG., T. I, 1911).

29) LETELIER, VALENTIN:

Sesiones de los cuerpos legislativos de la República de Chile. T. VII y VIII (Santiago).

30) MAIPO:
Expediente relativo al desgraciado suceso de las armas reales en..., el 5 de abril de 1818 (CHI., T. XXXI, 1944).

31) MATHISON, GILBERT FARQUAR:
Santiago y Valparaíso ahora un siglo. Relato de un viajero inglés. (Traducción de José Toribio Medina. RHG., Tomo XLII, 1922).

32) MILLER, JOHN:
Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú (Santiago, 1912).

33) MILLER, MIGUEL:
Cartas a Don Benjamín Vicuña Mackenna (RHG., Nº23).

34) O'HIGGINS, BERNARDO:
Apuntes para una Constitución Política. (M. S. ABA., vol. 25).

35) O'HIGGINS, BERNARDO:
Carta a Simón Bolívar. 3—XI—1818 (RHG., T. XVI, 1915, y T. LV, 1927).

36) O'HIGGINS, BERNARDO:
Correspondencia con Lord Tomás Cochrane (M. S. AVM., vol. 85, 86, 87 y 88).

37) O'HIGGINS, BERNARDO:
Correspondencia con Don Ramón Freire (M. S. AVM., vol. 90, 92 y 93).

38) O'HIGGINS, BERNARDO:
Correspondencia con Don Bernardo Monteagudo (M. S. AVM., vol. 25).

39) O'HIGGINS, BERNARDO:

Carta a Don Miguel de la Barra, sobre la abdicación. 5—VI—1839. (Publicada por Luis Barros Borgoño en RHG., Nº101, 1942.).

40) O'HIGGINS, BERNARDO:
Correspondencia con Don Hipólito de Villegas (M. S. AVM., vol. 95).

41) O'HIGGINS, BERNARDO:
Carta a Don Bernardino Rivadavia sobre la actuación de Chile y Argentina en la independencia sudamericana. Lima, 18—IX—1826 (RHG., Nº29).

42) O'HIGGINS, BERNARDO:
Correspondencia con Don Miguel Zañartu (M. S. ABA., vol. 20 y 25).

43) O'HIGGINS, BERNARDO:
Correspondencia con Don José Ignacio Zenteno (M. S. AVM., vol. 24).

44) O'HIGGINS, BERNARDO:
Correspondencia con Don Antonio José de Irisarri (M. S. AVM., vol. 94).

45) O'HIGGINS, BERNARDO:
Cartas intercambiadas con Don José de San Martín y otros corresponsales (A. O., T. VIII, 1951).

46) O'HIGGINS, PEDRO DEMETRIO:
Partida de bautismo. 29—VI—1818 (M. S. Archivo de la Parroquia de San Isidro de Santiago).

47) O'HIGGINS, TOMAS:
Correspondencia con Don Bernardo O'Higgins, 1823—1825 (M. S. ABA., vol. 20).

48) Organización administrativa, 1817. Documentos (A. O., T. XVII, 1957).

49) Organización y operaciones militares, 1817. Documentos (A. O., T. XVI, 1956; T. XVIII, 1958; T. XXI, 1960).

50) PRENSA CONTEMPORANEA:
"La Gaceta Ministerial" (Documentación oficial), 1817–1823; "El Telégrafo", 1819–1820; "El Mercurio de Chile", 1822–1823).

51) PUEYRREDON, MANUEL A.:
Escritos históricos del Coronel... (Buenos Aires, 1929).

52) QUINTANA, HILARION DE LA:
Memorias (RHG., Nos29 y 30, 1918).

53) ROBINSON, JEREMIAS:
Diario personal, 1818 (RHG., No93, 1938).

54) RODRIGUEZ, MANUEL:
Logia Lautarina. Documentos inéditos sobre... (RHG., No8, 1912).

55) RODRIGUEZ, MANUEL:
Fragmento del proceso seguido a Antonio Navarro por su asesinato y carta de Don Bernardo O'Higgins, de 9–VII–1823, evacuando el traslado de las declaraciones de Navarro (M. S. ABA., vol. 25).

56) SAN MARTIN, JOSE DE:
Poderes que se le confieren como jefe de la expedición al Perú (M. S. ABA., vol. 27).

57) SAN MARTIN, JOSE DE:
Correspondencia con Don Bernardo O'Higgins (M. S. AVM., vol. 11; AV., vol. 562).

58) SAN MARTIN, JOSE DE:
Manifiesto de las acusaciones que a nombre del general San Martín hicieron sus legados ante el

gobierno de Chile contra el vicealmirante Lord Cochrane y vindicación de éste dirigida al mismo San Martín (Lima, 1823).

59) STEVENSON, WILLIAM B.:
Memorias sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú (Madrid, sin fecha).

60) VALENCIA, LUIS:
El testamento político de O'Higgins (BAH., Nº25, 1943).

61) VILLEGAS:
Cartas de Don Hipólito de... a O'Higgins (RHG., Nºs56 y 57, 1927).

62) ZAÑARTU, MIGUEL:
Misión diplomática de Don... (A. O., T. V y VI, 1949).

63) ZENTENO, JOSE IGNACIO:
Correspondencia con Don Miguel Zañartu (M. S. ABA., vol. 19).

B) INDIRECTAS

1) ALBANO, CASIMIRO, Y REYES, IGNACIO:
Polémica relacionada con la abdicación de O'Higgins ("El Progreso", 3 y 5—VI—1844; "El Siglo", 11 y 19—VI—1844; Santiago).

2) AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS:
La dictadura de O'Higgins (Santiago, 1914).

3) AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS:
Las primeras representaciones dramáticas en Chile (Santiago, 1888).

4) AMUNATEGUI, DOMINGO:
Don Miguel José de Zañartu y Santa María (Santiago, 1944).

5) AMUNATEGUI, DOMINGO:
Un proceso histórico ("Anales de la Universidad de Chile", T. XCIII, 1896).

6) AMUNATEGUI, DOMINGO:
Los primeros años del Instituto Nacional. 1813–1835 (Santiago, 1889).

7) ARELLANO, ABEL:
Tres años de historia carmelitana en Chile (Santiago, 1928).

8) BALMACEDA VALDES, EDUARDO:
El primer matrimonio político de Chile. (En "Del Presente y Del Pasado", Santiago, 1941).

9) BARROS ARANA, DIEGO:
"Historia General de Chile". T. 11 a 14 (Santiago, 1890–97).

10)BARROS ARANA,DIEGO:
La desobediencia del general San Martín ("Revista Chilena", T. III; Santiago, 1875).

11) BARROS ARANA, DIEGO, Y ERRAZURIZ, CRESCENTE:
Una controversia sobre la religiosidad de O'Higgins (BAH., Nº23, 1942).

12) BULNES, GONZALO:
Historia de la expedición libertadora del Perú, 1817–1822 (Santiago, 1887).

13) BELGRANO, MARIO:
La Francia la monarquía en el Plata.

14) BELGRANO, MARIO:
Valentín Gómez y José Antonio de Irisarri.

15) BLANCHARD–CHESSI, ENRIQUE:
La revolución de 1823 ("Zig–Zag", 28–I–1906).

16) BLANCHARD–CHESSI, ENRIQUE:
Las últimas escenas de la abdicación de O'Higgins ("Zig–Zag", 4–II–1906).

17) CENTER, CHARLES WILLIAMS:
La misión Irisarri a la Gran Bretaña (BAH., Nº28, 1944).

18) CRUCHAGA, ALBERTO:
El centenario de la misión Bland ("Revista Chilena", T. IV, 1918).

19) CRUCHAGA, ALBERTO:
Los primeros años del Ministerio de Relaciones Exteriores (Santiago, 1919).

20) DONOSO, RICARDO:
La primera misión diplomática de Chile en el Plata (RHG., T. LXXXIII, 1937).

21) DONOSO, RICARDO:
Un personaje misterioso (Don Agustín Gutiérrez Moreno) (En "Hombres e Ideas de Antaño y Hogaño", Santiago, 1936).

22) DONOSO, RICARDO:
Antonio José de Irisarri, escritor y diplomático (Santiago, 1934).

23) EDWARDS, ALBERTO:
La organización política de Chile, 1810–1833 (Santiago, 1943).

24) EDWARDS, ALBERTO:
El manto y la mantilla en la Catedral de Santiago en 1821. Antecedentes del destierro a Mendoza del Pbro. Don José Alejo Eyzaguirre (RHG., Nº2, 1911).

25) EYZAGUIRRE, JAIME:
Historia de la Orden al Mérito de Chile (Santiago, 1934).

26) FELIU CRUZ, GUILLERMO:
Don Rafael Gana y Don José María Guzmán en la abdicación de O'Higgins, según un documento inédito ("La Nación", Santiago, 19–II y 13–III–1917).

27) FELIU CRUZ, GUILLERMO:
Elección de O'Higgins para Director Supremo de Chile (RHG., Nº27, 1917).

28) FELIU CRUZ, GUILLERMO:
Bello, Irisarri y Egaña en Londres (RHG., Nº 58).

29) FIGUEROA, PEDRO PABLO:
Vida del general Don Juan O'Brien (Santiago, 1904).

30) FRONTAURA, JOSE MANUEL:
"La Legión del Mérito de Chile" ("La Libertad Electoral", VI, 1888).

31) GALDAMES, LUIS:
La evolución constitucional de Chile (Santiago, 1925).

32) GARCIA REYES, ANTONIO:
La primera escuadra nacional (Santiago 1868).

33) GAY, CLAUDIO:
Historia física y política de Chile (París, 1844).

34) GUEVARA, TOMAS:
Los araucanos en la revolución de la independencia ("Anales de la Universidad de Chile", 1910).

35) LAMAS, JOSE BENITO:
Ultimos momentos del general Don José Miguel Carrera (RHG., Nº 44, 1921).

36) LAVAL, RAMON A.:
Adiciones a la bibliografía de Don José Miguel Carrera (RHG., Nº44, 1921).

37) LIZANA, ELIAS:
¿Cómo debe denominarse la batalla del 5 de abril de 1818, Maipú o Maipo? (RHG., T. X, 1914).

38) MATTA VIAL, ENRIQUE:
Cómo se administraba justicia a los carrerinos durante el gobierno de O'Higgins (RHG., Nº16, 1914).

39) MATTA, GUILLERMO:
Don Manuel Rodríguez (En "Galería Nacional", T.I, 1854).

40) MEDINA, JOSE TORIBIO:
Bibliografía de Don José Miguel Carrera (RHG., Nº44, 1921).

41) MERINO, LUIS:
Batalla de Maipú (Santiago, 1909).

42) MERINO, LUIS:
Estudio histórico–militar acerca de las campañas de la independencia de Chile en el año 1818 (Santiago, 1910).

43) MONTANER BELLO, RICARDO:
Historia diplomática de la Independencia de Chile (Santiago, 1941).

44) ¿Nombró O'Higgins general del ejército chileno a Albino Gutiérrez, el vencedor de Carrera? ("Revista Chilena", tomo XIII, págs. 101 y 328, 1921).

45) OPAZO, GUSTAVO:
Lady Cochrane en Chile (BAH., Nº25, 1943).

46) OLAZABAL, MANUEL DE:
Refutación sobre ciertas apreciaciones a la obra publicada en Chile por el señor (Vicuña) Mackenna, "El Ostracismo de los Carrera" (Gualeguaychú, 1858).

47) OLAZABAL, MANUEL DE, Y VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN:
Cuestión Histórica sobre "El Ostracismo de los Carrera" ("La Asamblea Constituyente", Nº7, Santiago, 19–XI–1858).

48) ORREGO VICUÑA, EUGENIO:
El espíritu constitucional de la administración O'Higgins (Santiago, 1924).

49) ORREGO VICUÑA, EUGENIO:
Iconografía de O'Higgins (Santiago, 1937).

50) OVIEDO MARTINEZ, BENJAMIN:
La masonería en Chile (Santiago, 1929).

51) OVIEDO MARTINEZ, BENJAMIN:
La Logia Lautarina (RHG., T. LIII, 1929).

52) PEREIRA SALAS, EUGENIO:
La misión Bland en Chile (RHG., Nº 86, 1935).

53) PEREIRA SALAS, EUGENIO:
Jeremías Robinson, agente norteamericano en Chile, 1818–1823 (Santiago, 1939).

54) PEREIRA SALAS, EUGENIO:
Henry Hill, comerciante, vicecónsul y misionero (Santiago, 1940).

55) PEREIRA SALAS, EUGENIO:
La actuación de los oficiales navales norteamericanos en nuestras costas (Santiago, 1936).

56) PEREIRA SALAS, EUGENIO:

Los orígenes del arte musical en Chile (Santiago, 1941).

57) PEREIRA SALAS, EUGENIO:
La misión Worthington en Chile, 1818–1819 (Santiago, 1936).

58) PEREIRA SALAS, EUGENIO:
Las tentativas para la colocación de un empréstito chileno en los Estados Unidos, 1818–1819 (Santiago, 1935).

59) PEREZ ROSALES, VICENTE:
Recuerdos del pasado (Santiago, 1882).

60) RAFFO DE LA RETA, J. C.:
El general José Miguel Carrera en la República Argentina (Buenos Aires, 1941).

61) RODRIGUEZ VELASCO, FRANCISCO DE P.:
Biografía del doctor Don José Antonio Rodríguez Aldea (Santiago, 1862).

62) ROLDAN, ALCIBIADES:
Los desacuerdos entre O'Higgins y el Senado Conservador ("Anales de la Universidad de Chile", T. LXXXII, 1892, 1893).

63) SALAS, CARLOS J.:
La cuna de Monteagudo (RHG., Nº30).

64) SANFUENTES, SALVADOR:
Chile desde la batalla de Chacabuco a la de Maipo (Santiago, 1868).

65) SANTA MARIA, DOMINGO:
Vida de Don José Miguel Infante (Santiago, 1853).

66) SANTA MARIA, DOMINGO:
Memoria histórica sobre los sucesos ocurridos desde la caída de Don Bernardo O'Higgins hasta

la promulgación de la Constitución dictada en el mismo año (Santiago, 1858).

67) SILVA COTAPOS, CARLOS:
Don José Santiago Rodríguez Zorrilla, obispo de Santiago de Chile, 1752–1832 (Santiago, 1915).

68)SILVA COTAPOS, CARLOS:
El clero chileno durante la guerra de independencia (Santiago, 1911).

69) VALENCIA, LUIS:
La declaración de la independencia de Chile (BAH., Nº23, 1942).

70) VALENCIA, LUIS:
"O'Higgins, la Logia Lautaro y la Masonería" ("Zig–Zag", Santiago, 19–VIII–1960).

71) VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN:
El general San Martín después de Chacabuco (Santiago, 1876).

72) VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN:
El general San Martín antes de Maipo (Santiago, 1877).

73) VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN:
La batalla de Maipo (Santiago, 1918).

74) VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN:
San Martín en marcha al Perú (Santiago, 1878).

75) VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN:
El general Don José de San Martín (Santiago, 1902).

76) VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN:
El ostracismo de los Carrera (Santiago, 1938).

77)VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN:

La guerra a muerte. Memorias sobre las últimas campañas de la independencia de Chile, 1819–1824 (Santiago, 1868).

78) VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN:
Los pañales de la marina nacional (Santiago, 1878).

79) URIBE ORREGO, LUIS:
Los orígenes de nuestra marina militar (Santiago, 1892).

80) YRARRAZAVAL LARRAIN, JOSE MIGUEL:
San Martín y sus enigmas. (Santiago, 1949).

81) YRARRAZAVAL LARRAIN, JOSE MIGUEL:
San Martín los proyectos monárquicos sobre Chile de 1817 y 1818 (BAH, Nº44, 1951).

82) ZAPIOLA, JOSE:
Recuerdos de treinta años (Santiago, 1872).

83) ZENTENO, IGNACIO:
Documentos justificativos sobre la expedición libertadora del Perú. Refutación de las memorias de Lord Cochrane en lo concerniente a las relaciones del vicealmirante con el gobierno de Chile (Santiago, 1861).

84) ZENTENO, IGNACIO:
El general Zenteno (RHG., T. VIII a XVIII, 1913–1916).

85) ZUÑIGA, ANTONIO:
La Logia Lautaro y la Independencia de América (Buenos Aires, 1922).

CAPITULO SEPTIMO
1823–1842

"CONSERVO sólo mi honor, la memoria del bien que alcancé, y no me agita pasión alguna. Antes de vencer a mis enemigos, aprendí a vencerme a mí mismo."

BERNARDO O'HIGGINS

(Carta a Juan Martín de Pueyrredón, Lima noviembre 15 de 1823.)

1

DESDE LA salida de San Martín, en septiembre de 1822, el Perú iba arrastrándose por una obscura y fatal encrucijada. La Junta de Gobierno, que había designado el Congreso Constituyente convocado por el Protector, acabó siendo depuesta tumultuariamente a raíz del descalabro guerrero sufrido por las armas patriotas en Torata y Moquegua. Un hombre ambicioso y sin entereza para el difícil momento, Don José de la Riva Agüero, se instalaba en el poder, iniciando una lucha tenaz con el Congreso, que sólo creía ver salvo el país colocando en manos de Bolívar el mando político y militar. De las disensiones e intregas acabaron aprovechándose los realistas, que, ya muy robustecidos en el interior, marcharon con el general Canterac a la cabeza y ocuparon Lima, mientras Riva Agüero con su ejército y el Congreso fueron a hallar refugio en la bien defendida plaza del Callao. Allí la querella de las facciones se agudizó, y los congresales, después de destituir a Riva Agüero, se embarcaron hacia el Norte, resueltos a instalar en la provincia liberada de Trujillo el gobierno de la república. Pero el Presidente depuesto no se declaró vencido, y más interesado en su elevación personal que en la lucha contra los realistas, se dirigió también a Trujillo, donde el 19 de julio de 1823 ordenó apresar numerosos diputados y disolvió el Congreso. Sin recursos, entretanto, para continuar en Lima y en la imposibilidad de intentar un ataque decisivo a las fortalezas del Callao, el general Canterac abandonó en esos mismos días espontáneamente la ciudad, regresando a la sierra. Los patriotas, dueños de la población, dieron el mando al marqués de Torre Tagle, que lo tomó con el apoyo de los diputados que pudieron regresar a Lima a seguir las hostilidades contra Riva Agüero.

Hacía poco más de una semana que Torre Tagle ejercía la jefatura política en Lima, cuando el 28 de julio arribaba al Callao la fragata "Fly", trayendo a Don Bernardo O'Higgins y sus familiares. Si la afable recepción que le hiciera su amigo de la infancia y condiscípulo el marqués pudo causarle un saludable contentamiento, la visión de una tierra consumida en una parte por bastardas rencillas y dominada el resto, que era casi su totalidad, por las fuerzas del rey, le trajo un efecto por demás doloroso. "Este país —escribió a San Martín, muy luego de llegar— sufre todos los males consiguientes a los desórdenes pasados, en que lo envolvieron la ignorancia y la ambición sin

cabeza ni dirección. Lamentan todos la falta de su mejor padre y libertador, y a la verdad que no serían tan desgraciados si hubieran sabido conservarlo, pero es triste condición en el género humano no conocer el bien hasta que se pierde."

¿Podía pensar en seguir a Europa, dejando tras sí amenazada de muerte la obra que agotara sus desvelos y el patrimonio de Chile? Ese esfuerzo gigantesco de la expedición libertadora, con su poderosa escuadra y bien organizado ejército, ¿estaba condenado a pasar a la historia sólo como un episodio fugaz e infecundo? De ninguna manera. El no lo permitiría mientras le quedaran fuerzas para empuñar su espada contra los enemigos de la libertad de América. Si su persona pudiera servir en algo a la causa del Perú, apenas comprendida por sus propios hijos, estaba resuelto a quedarse en su suelo.

Durante el gobierno protectoral se le habían concedido, en reconocimiento de sus esfuerzos por la independencia del país, y por iniciativa del general Don Luis de la Cruz, las haciendas de Montalván y Cuiba, en el valle de Cañete, al sur de Lima, confiscadas a su dueño, el oficial español Don Manuel Arredondo. Pero estas valiosas tierras, capaces de sustentarle con decoro, estaban ahora ocupadas por el enemigo. Establecerse allá era, pues, imposible. Quiso entonces hacerlo en el pueblo de la Magdalena, próximo a la capital, pero también ahí los realistas habían sembrado la ruina, por lo que acabó instalándose en la propiedad que años antes ocupara en Lima su amigo San Martín. "Nos hemos venido a esta casa —le escribía—, en la que usted vivía y gastó sus buenos pesos en componerla, en fornituras y muebles, que en su mayor parte han sido robados, con excepción de algunas sillas y mesas." Se encontraba allí cuando le llegó la noticia de que Bolívar desembarcaba en el Callao, resuelto a tomar la dirección de la guerra de acuerdo con el pedido del Congreso del Perú.

El Libertador había esperado pacientemente la hora en que consumaría solo la ardua misión donde manos tan diestras como las de su émulo San Martín cosecharan el fracaso. Un nimbo de grandeza rodeaba su nombre y parecía tocado por los dioses para conocer sin obstáculos las alegrías de la victoria. En esos instantes en que la postrera esperanza iba ya en naufragio en los corazones, su presencia era capaz de traer a los espíritus la certidumbre de un triunfo que superaba la fría barrera de la lógica.

Rechazó sueldos, demostró indiferencia por el mando político, y en un banquete que le ofrecieron las autoridades y la

aristocracia de Lima, brindó por el genio de San Martín su rival, y por O'Higgins, que con su abnegación había impulsado la primera expedición al Perú. A los laureles de la gloria militar añadía así, con calculada inteligencia, los símbolos del desprendimiento, de la modestia y de la generosidad.

La presencia en Lima del ex Director de Chile le hizo buscar su apoyo para lograr del gobierno de Santiago el pronto envío de un refuerzo de tropas. O'Higgins escribió en este sentido a Freire, y aunque halló en él acogida y alcanzaron a despacharse de Valparaíso dos mil quinientos hombres, los nuevos desastres alcanzados por las armas patriotas al sur del Perú y los propósitos de algunos militares del país de hacer servir las nuevas tropas en las facciones internas, hicieron regresar a la patria a los auxiliares chilenos.

Don Bernardo se halló así privado de la íntima satisfacción de ver a sus connacionales proporcionar nuevo apoyo a la independencia del virreinato. Pero no dejó por eso de seguir con viva inquietud el desarrollo de los acontecimientos, dispuesto a prestar en ellos la cooperación que fuera necesaria. Estaba resuelto a trasladarse a Huanchaco, el puerto de Trujillo, liberado ya de la prepotencia de Riva Agüero, y servir allá junto a Bolívar. Pero mientras preparaba su viaje logró imponerse, por la confidencia de algunos soldados, de que la guarnición del Callao estaba minada por la indisciplina y el descontento nacidos de la desatención de los pagos y otras urgentes necesidades. Escribió sobre esto a Bolívar, que por entonces se hallaba en el Norte, mostrándole las peligrosas consecuencias que de este estado podían derivarse, y como el Libertador, enfermo, no diera inmediata satisfacción a sus instancias, acudió sobre lo mismo a Torre Tagle, que seguía en Lima al frente del gobierno. "Son tan serios los temores —le decía— que yo abrigo de un funesto resultado, si las cosas continúan en el presente pie, y miro aquellos temores tan inminentes, que estoy resuelto a llevar conmigo a Huanchaco a mi madre y a mi hermana." Y, en efecto, a los pocos días, que eran los últimos de 1823, se dirigía a ese puerto con toda su familia para instalarse en Trujillo, cerca del Libertador.

No pasaron dos meses cuando llegó a oídos de Don Bernardo la tremenda noticia de que la soldadesca del Callao, sublevándose contra sus jefes, había hecho entrega de la plaza al general Canterac, traicionando los ideales de la patria libre. Pero aún quedaba lo peor. A los pocos días, su amigo el Presidente marqués de Torre Tagle se pasaba, asimismo, al enemigo, junto con el

Vicepresidente Aliaga y el presidente del Congreso, Galdeano. El cúmulo de perfidias era aplastante, y en esos momentos en que la patria apenas naciente era vergonzosamente afrentada por sus hijos, sólo un milagro podía salvarla. Fuera de Bolívar no encontraba O'Higgins a nadie capaz de realizar ese prodigio, y ya sin titubeos pensó ponerse a sus órdenes para sacar al Perú de la humillación y del marasmo. El Libertador, a su vez, veía en Don Bernardo un instrumento útil en tan tremenda encrucijada, y así le escribió el 25 de febrero: "Vmd. sabe cómo es horrible el cuadro que ofrece el Perú por consecuencia de las infames traiciones cometidas por los últimos jefes del gobierno, según aparece de varios documentos. En fin, Vmd. sabrá que el Congreso me ha encargado de enterrar la difunta República. El Perú ha perdido ya su vida temporal y no le queda más esperanza para obtener la otra vida que los esfuerzos combinados de Chile y Colombia. Por mi parte, estoy haciendo lo que me toca y ocurro a Vmd. con el objeto de suplicarle de que se encargue de cumplir por Chile, su patria querida. Me escriben todos de allá que Vmd. tiene mejor opinión que antes y que la mayor parte del Congreso le estima. Como yo sé que Vmd. no repara en sacrificios para la patria me atrevo a pensar de que Vmd. no desdeñará de ir a su país a solicitar todos los auxilios que sólo Vmd. lograría por la influencia poderosa de los amigos de Vmd. y de su propio carácter".

La caída de Riva Agüero en Trujillo, a quien también se le comprobaron concomitancias con el enemigo ayudaba a la paz en el Norte del país y a la unificación de los pocos espíritus sinceramente patriotas. Bolívar estaba decidido a castigar con severidad ejemplar a los incitadores de las diferencias intestinas, y habiendo capturado a uno de los más fervorosos adictos de Riva Agüero, Don Ramón Novoa, que mandaba un cuerpo de ejército, lo sometió a un consejo de guerra que dictó en seguida la pena capital en su contra. Era Novoa uno de los conspiradores carrerinos a quien O'Higgins liberara en 1820 de pagar con la vida su participación en el complot de ese año, y que expulsado de Chile, había seguido desarrollando en el Perú sus innatas aptitudes para la intriga. Colocado otra vez frente a la muerte, pensó que sólo podía librarle la mediación generosa de O'Higgins, y desde el cuartel de coraceros donde se le tenía en calabozo le envió, el 23 de febrero, una carta de súplica. Ni un solo momento titubeó Don Bernardo en interceder por el miserable que años antes había tramado su propio asesinato y se esforzó por inclinar hacia él la

clemencia de Bolívar. Pero pareciéndole todavía poco lo que de palabra hizo por Novoa, envió sobre él a los pocos días una carta al Libertador: "Permítame V. E. —le decía— reiterar mi súplica con todas las veras de mi corazón, y si algo valen mis servicios a la patria, interponerlos por la vida de ese desgraciado; y si asistiese a V.E. alguna duda acerca de mi súplica, concédaseme el honor de explicar verbalmente algunas otras circunstancias adicionales que estoy cierto satisfarán a V.E. Protesto a V.E. no conducirme otra guía en el deseo de salvar la vida de este hombre infortunado, que los más puros sentimientos de servir la gran causa por la que está V.E. tan notablemente empeñado".

Algo después, un breve billete fechado el 15 de abril en Guayaquil anunciaba a Don Bernardo el viaje de Novoa a Panamá, con hondas expresiones de gratitud. La ropa y el dinero que llevaba le habían sido remitidos también por su salvador.

2

UNA FIEBRE retuvo al general chileno en Trujillo mientras Bolívar partía a la sierra a organizar el gran ataque contra las tropas del virrey La Serna. Pero ya convaleciente y nada resignado a estar lejos de esas operaciones decisivas para la independencia sudamericana, escribió al coronel Don Tomás Heres, jefe del gabinete militar del Libertador, reclamando por su intermedio un puesto en el ejército en campaña. Heres le contestaba a fines de mayo por encargo de Bolívar, "que por más vivos que fuesen los deseos que tenía de que VS. viniese al ejército, por más útil que lo creyese en él, su Excelencia se había abstenido de hacerle ninguna insinuación por el estado de enfermedad en que a su partida de ésa le tenían las fiebres ardientes de que VS. estaba atacado. Su Excelencia juzgó que no debía hacerlo. Pero ahora que VS. se ha ofrecido, ahora que manifiesta interés en venir, Su Excelencia me ha encargado que exprese a VS. la satisfacción con que le vería en el ejército".

Aunque estas palabras importaban la acogida de sus deseos, Don Bernardo volvió a dirigirse a Heres, cuidándose de advertirle que no reclamaba para sí cargos de honor, sino de sacrificio. El día de la gran batalla deseaba pelear bajo las banderas del Libertador, "en la situación de simple voluntario, único carácter —agregaba— que me atrevería a aceptar en el ejército... Ese día todo americano que pueda ceñir espada está obligado a reunirse al estandarte de una causa tan justa como la independencia y prestar

su sostén, por débil que sea, a un jefe que ha trabajado tanto tiempo y tan dignamente en la prosperidad de esa sagrada causa". Sólo esperaba ese triunfo para volver a la vida privada, con la íntima satisfacción del deber cumplido, "única recompensa —concluía— que ambiciono en este mundo".

Desde el cuartel general de Huaraz, el Libertador le envió el 14 de junio un mensaje afectuoso que debía colmar sus modestas y fervorosas aspiraciones. "Un bravo general como usted —le decía—, temido de los enemigos y experimentado entre nuestros oficiales y jefes, no puede menos que dar un nuevo grado de aprecio a nuestro ejército. Por mi parte ofrezco a usted un mando en él, si no correspondiente al mérito y situación de usted, a lo menos propio a distinguir a cualquier jefe que quiera señalarse en un campo de gloria, porque un cuerpo de Colombia a las órdenes de usted debe contar con la victoria. Así, mi querido general y amigo, yo insto a usted para que acepte mi convite siempre que la situación física y moral de usted puedan permitir este sacrificio."

No necesita O'Higgins mayores incentivos para ponerse en marcha, y en la tarde del 9 de julio se despedía en Trujillo de sus familiares y caminaba a reunirse con el Libertador. Le acompañaban, entre otros, Don Thomas Guido, el antiguo representante diplomático de Pueyrredón en Chile, y Mr. John Thomas, aquel irlandés con quien había amistado la víspera de abandonar la patria y que ahora era su íntimo confidente. El viaje se inició por la región de la costa, para continuar por inmensos y calurosos arenales. Llegados al ameno valle de Viru, fueron muy agasajados por el cura, que echó a vuelo las campanas en honor de O'Higgins, y organizó una procesión nocturna de indios con lámparas multicolores.

Prosiguieron la peregrinación en sus mulas pacíficas y trotonas, alternando por sitios feraces y desiertos de arena. Al pasar por una llanura de sal de roca, uno de los acompañantes advirtió a O'Higgins que el virrey Don Ambrosio, su padre, había deseado pavimentar con ese producto el camino del Callao a Lima, pero que acabó por abandonar la idea ante el "temor de que los aficionados a la sal se comieran el pavimento en vez de caminar por él". Atravesado el río del Santa, Don Bernardo pudo admirar, a menos de una legua, los restos de una magnífica fortaleza incaica, coronada por un edificio cuadrangular que él comparó a la ciudadela de las modernas defensas.

Sin altibajos siguieron los viajeros hasta entrar en la aldea de Yungay, la tarde del 19 de julio, donde en una habitación limpia y amable, cedida por el cura, descansó el general de las fatigas del

viaje. Mr. John Thomas aprovechó el día de pausa que se dio a las cansadas bestias para continuar sus apuntes que durante todo el trayecto venía confeccionando sobre esta peregrinación para él en extremo pintoresca, y tanto la bellísima puesta de sol como la serenata que el cura les brindó con la guitarra al término de la comida hallaron cabida en sus notas minuciosas.

Habían enterado más de un mes de caminatas por cordilleras y valles cuando el 14 de agosto alcanzaron la llanura de Junín, donde unos días antes Bolívar había batido con éxito a la caballería de Canterac. Esto aumentó la nerviosidad de O'Higgins, que no podía resignarse a estar todavía lejos del ejército patriota. Y con escasos altos prosiguió la marcha en medio de grandes fríos. Al fin, en la tarde del 18 de agosto alcanzaba en Huancayo al Libertador.

Fue afable el recibimiento de Bolívar. La oficialidad del ejército, encabezada por el general La Mar, pasó por su parte a saludarlo y en todos los rostros leyó O'Higgins expresiones de aprecio y de respeto. Su rango no pasó, sin embargo, más allá del que le otorgara la mera cortesía, pues el Libertador nada hizo por confiarle un puesto de responsabilidad, como le había prometido.

Don Bernardo no se detuvo a analizar el desaire. Se hallaba resuelto a servir como el último soldado en jerarquía, aunque llegado el caso se haría el primero en el valor. Participar en esta campaña constituía para él una honra y además un deber como chileno. Algo que le mortificaba vivamente era la falta de cooperación de su patria en esta hora decisiva para el Perú y quería al menos reparar con su persona la ausencia de Chile en la cruzada americana. Su amigo el oficial británico Miller, que venía llegando de allá, le acababa de informar del desorden reinante y del fracasado intento de tomar Chiloé a los españoles. La ausencia de un brazo director se hacía sentir a cada momento y la gran visión americanista que había hasta entonces orientado la política nacional parecía esfumada. "¿Es posible, amigo Miller —le decía con amargura O'Higgins—, que Chile, que inició la empresa de libertar al Perú, creando de la nada una escuadra poderosa y enviando un excelente ejército, no se encuentre representado por una división, o siquiera por un batallón, en el ejército que va a consumar esa obra?"

Desde Huamanga escribió el 1.º de septiembre a su madre, relatándole la fuga de las tropas de Canterac, minadas por la deserción. "Se puede asegurar hasta la evidencia —le decía— que la campaña se ha concluido del modo más afortunado y glorioso y

vemos cumplidos los altos destinos de la Providencia por la independencia de la América del Sur, en la vergonzosa fuga de las tropas que no conocían más triunfos que los que la perfidia y las divisiones les habían arrojado." Y concluía tranquilizando a Doña Isabel, que le vio partir apenas convaleciente de la fiebre: "No obstante las penosas marchas que he hecho por ardientes arenas, heladas cordilleras y, a la verdad, una continua serranía de más de doscientas leguas, sin parar hasta el presente, mi salud está mejor que nunca y mis deseos jamás han sido más grandes de alcanzar a los enemigos para que siquiera un solo araucano vea la conclusión y tenga la parte que alcancen sus débiles esfuerzos en la exterminación para siempre del yugo español en estas regiones..."

La persecución del ejército realista continuó hasta octubre, en que se supo que había pasado el río Apurímac. La época de las lluvias, que estaba encima, no lo hacía ya transitable por las tropas patriotas y tenían éstas que buscar refugios adecuados para soportar las tremendas tempestades veraniegas del trópico. Bolívar creyó que la batalla decisiva no podría darse hasta la próxima y más propicia estación y, confiando a Sucre la dirección del ejército, regresó a Lima. Desde allí escribía el 14 de diciembre a Don Bernardo, que aún continuaba en el ejército: "Creo que es tiempo, si a usted le parece, que se venga a esta capital, pues se vive menos mal que en Chancay", en lo que convino el general chileno, pasando pronto a hacerle compañía.

Después de vagar tantos meses con la espada inactiva, no perdía aún Don Bernardo la ilusión de que en una fecha muy próxima sus impulsos guerreros podrían verse satisfechos. Pero el 18 de diciembre se recibió en Lima una noticia sensacional, que junto con cerrar a O'Higgins las expectativas de nuevas glorias militares, consagraba para siempre la independencia del Perú. El general, anticipándose a lo previsto, había asestado en Ayacucho el golpe de gracia al poderío español, deshaciendo todo el ejército del virrey La Serna y Canterac, que caían prisioneros después de una brava pelea.

La ciudad se entregó a las manifestaciones más estrepitosas de entusiasmo, y el Libertador, en una proclama encendida, saludaba a las huestes vencedoras: "¡Soldados! Habéis dado la libertad a la América meridional y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria... ¡Soldados colombianos! Centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo..."

Y cuando en el palacio del gobierno se iba a servir el suntuoso banquete de celebración del triunfo ante Bolívar y los generales colombianos, argentinos y peruanos, apareció O'Higgins como trayendo el alma de Chile a asociarse en la alegría común. Pero ahora su figura contrastaba con la de los demás oficiales porque no vestía ya uniforme y un sencillo traje de civil era todo su atavío. "Señor —dijo al Libertador, ocultando apenas su emoción—, la América está libre. Desde hoy el general O'Higgins ya no existe; soy sólo el ciudadano particular Bernardo O'Higgins. Después de Ayacucho mi misión americana está concluida."

3

EL NUEVO año de 1825 encontró a Don Bernardo instalado en su hacienda de Montalván. Como en épocas ya distantes, el campo se le presentaba una vez más abierto y generoso. Y la espada en desuso iba a encontrar en el arado un báculo para sus años de vejez. Era la paz recobrada, el término de tantos azares y desengaños que matan el alma. Paz en medio de los suyos, que le habían seguido con amorosa fidelidad en los instantes de amargura y de triunfo, y que al fin parecían rescatados para una merecida quietud.

Ahora, reconcentrado, los recuerdos le fluían en abundancia a la mente. Y no sólo las hazañas militares parecían revivir ante sus ojos, sino también las aventuras del corazón. ¿Podría ser de otra manera teniendo diariamente a la vista al pequeño Pedro Demetrio? Reconstituía su encuentro con Doña Rosario Puga en los días del sitio de Talcahuano y los extremos a que llegó en su ardorosa pasión. Ella había abandonado la región junto con los demás pobladores al saberse el nuevo desembarco de Osorio y entonces él le sirvió de escolta durante un buen trecho del camino. En Santiago fue alojada con cuidado y allí le nació el hijo. ¿Y después? Ah, después continuó su vida cortesana en otros brazos, porque él sólo había sido un mero episodio en la pendiente.

Amor verdadero y sin desgaste del tiempo, amor de puro espíritu como ese de la fantasía novelera, fue sólo el de Carlota Eeles, la novia de Richmond. ¡Cuántos años le separaban de esa emoción dulce e inolvidable! Y el destino había querido que precisamente en estos tiempos conociera el último capítulo del romance de juventud. A Don Juan O'Brien, el ayudante de San

Martín en Maipo, le dio encargo, al regresar a Europa, de ir donde los Eeles, y ahora venía una carta de la madre de Carlota, correspondiéndole sus recuerdos. Vivía pobre y con la salud quebrantada por los continuos pesares. La muerte de su esposo había iniciado el derrumbe de la familia, y su bella hija, "que no pudo nunca soportar el rudo golpe", la abandonó en seguida. "Ella rechazó todo ofrecimiento de matrimonio y retuvo hasta el último un gran cariño hacia usted", concluía la angustiada señora.

¿A qué hurgar, después de todo, en el tiempo irreversible? Atrás, para siempre, quedaban las luchas de la espada y del corazón, mientras una vida nueva, hogareña, se ofrecía ante el espíritu cansado. Era el agro apacible el que ahora le invitaba a renovarse.

Al espíritu práctico de Mr. John Thomas se debían las primeras medidas para reorganizar la hacienda tan maltratada por el descuido y las tropelías de la guerra. En octubre se había separado de O'Higgins en Huamanga, y mientras éste regresaba junto al Libertador a Lima, se dirigía al valle de Cañete a visitar por su encargo Montalván. Después de atravesar leguas de campos plantados de alfalfa y caña de azúcar, acabó por penetrar en las tierras de su amigo. El abandono era allí completo. Juan Bautista Ortiz, el administrador, había huido en febrero al llegar los españoles a la hacienda, y de entonces acá nada se sabía de él. La magnífica casa, que sirvió de cuartel a los realistas, se hallaba casi desmantelada, y a Thomas le asistió muy luego la sospecha de que los negros esclavos hubieran cogido para sí buena parte del mobiliario. Una pesquisa minuciosa le permitió, en efecto, dar con más de un objeto desaparecido, y le autorizó para sancionar con energía a los ladrones. La explotación del campo se hacía con gran negligencia y denunciaba la falta de una mano directora. Un viaje de inspección a la hacienda vecina de Cuiba, asimismo de O'Higgins, le hizo ver que las condiciones eran similares y que, como en Montalván, de los ganados, viñedos y plantaciones quedaba poco más que el recuerdo.

Era Thomas hombre ejecutivo y se dirigió al gobernador de Cañete pidiéndole una persona capaz de administrar ambas posesiones. A mediados de noviembre llegaba a Montalván, con las debidas recomendaciones, Don Juan de Guevara, que en años anteriores había tenido a su cargo las dos haciendas. Según sus informes, en tiempos normales alcanzaron ellas a producir una entrada bruta de trescientos cincuenta y cuatro pesos al día, lo que hizo al irlandés esperar mucho de una vigilancia inteligente. Y

resuelto a no quedarse atrás, se puso a impartir órdenes para recoger el ganado disperso, reparar las acequias y efectuar plantaciones de maíz y de hortaliza para las casas. Al llegar O'Higgins a sus tierras; ya éstas tenían un nuevo aspecto.

Pero el demonio de la política estaba empeñado en demoler la existencia plácida de Don Bernardo. Hasta la apartada hacienda comenzaron a llegar noticias nada tranquilizadoras. Zenteno, Rodríguez Aldea y Zañartu escribían a su dueño pintándole el panorama de Chile con turbios colores. El ejército, indisciplinado; la hacienda pública, en bancarrota; la nueva constitución política, en completo fracaso; las facciones luchando unas contra otras, y en medio de todo esto, Freire, impotente para contener el derrumbe. "No será extraño que pronto me vea usted en ésa —le decía Zenteno, después de trazarle el pavoroso cuadro—. Es preciso huir de un desastre tan estéril como ignominioso. Terminada ya la guerra de independencia, no queda ya campo a una aspiración gloriosa, y no tengo humor para dejarme devorar por el fuego de la anarquía." Rodríguez Aldea, por su parte, le instaba seriamente a regresar para ponerse al frente de los descontentos. El antiguo privado no abandonaba un instante la esperanza de verse repuesto con su jefe en el mando y conspiraba sin descanso en la penumbra.

O'Higgins seguía ansioso el curso de las noticias, pero permanecía invariable en su retiro. La insistente correspondencia de sus amigos le hacía, sin embargo, creer en la rehabilitación de su prestigio ante la opinión pública chilena, y si no daba un paso directo en favor de su vuelta era porque las amarguras del poder pesaban demasiado todavía sobre su espíritu. Le dolía sinceramente el estado de decadencia y descomposición de su patria, pero en el fondo de este dolor iba también envuelta la esperanza de que en estas horas de angustia los chilenos recordaran su gobierno como una etapa próspera y ordenada y reconocieran la manera ingrata con que le habían tratado.

Las nuevas informaciones llegadas a Montalván, remitidas, en gran parte, por Simón Bolívar desde la ciudad de La Plata, acusaban un robustecimiento de la autoridad de Freire, pero a costa del sacrificio de los mejores amigos de Don Bernardo. El Director Supremo había convocado un Congreso, al cual se negaron a enviar representantes las provincias de Coquimbo y Concepción, quedando así circunscrito a los solos diputados de Santiago, que en su mayor parte resultaron afectos a la persona de O'Higgins. La lucha entablada entre la asamblea y el gobierno

alcanzó tal carácter, que el 7 de octubre, aprovechándose aquélla de la salida de Freire de la capital en busca de tropas adictas, lo declaró suspendido del mando, entregándolo al coronel don José Santiago Sánchez. Los diputados creían disponer así del apoyo de la fuerza para restaurar en seguida a O'Higgins en el poder. Pero Freire pudo a tiempo desbaratar el golpe y, junto con disolver el Congreso, desterró del país a los cabecillas del movimiento. En el mes de diciembre, Zenteno, Rodríguez Aldea, Zañartu y Fontecilla, el antiguo gobernador–intendente de Santiago, comían en Lima el pan del ostracismo.

Lejos de sentirse deprimidos por el fracaso de sus planes, los proscritos pensaron desde el primer momento en tomar estrecho contacto con O'Higgins, a fin de reiniciar en su compañía la labor conspiradora. Pero el temor de que espías de Freire pudieran informar a éste de sus actividades les retrajo a ir en persona a Montalván y se contentaron en un principio con mantener correspondencia secreta con Don Bernardo.

Fontecilla le instaba, con la seguridad del que lleva en los labios la voz de todo el país: "Su honor, su deber, la consecuencia y hasta la gratitud exigen ya imperiosamente que usted emprenda la obra deseada y de una ejecución tan segura como fácil... Un partido inmenso que allá nos queda tiene fijos sus ojos en usted; no pueden emprender, pero sí cooperar. Les falta esa firme espada de usted, cuyo solo amago abisma a los pocos inicuos que allá quedan sin opinión y sin tino". Pero O'Higgins no parecía resuelto a apoyar directamente estos planes y seguía sin moverse de su hacienda.

Rodríguez Aldea renovaba entonces la agudeza de sus argumentos, persuadido como estaba de que sin la ostensible intervención de Don Bernardo serían vanas sus intrigas para llegar al poder. "De Chile me escriben –le decía– que seré el primero a quien se mande la licencia de regreso, porque se han buscado poderosos resortes. Esta noticia me ha puesto en mayores dudas. Si usted, por su honor, por el bien del país, por los amigos sacrificados que allá lo esperan y estamos aquí, se resuelve a la empresa (que es bien fácil), entonces escribiré no hagan diligencias y me trasladaré a Cañete, pero si usted no ha de ir, habré de volver al sacrificio: ¡Terrible situación la mía! Yo veo que la recuperación de Chile a usted es facilísima, pero también veo que aunque se organice expedición, si usted no va a su frente, nada se hace; la presencia de usted vale por un ejército. En fin, mi amigo, dígame usted en reserva si se determina y si ha de ser en breve, si espera al Libertador o su contestación."

No faltaba todavía la ilusión de que Bolívar prestase amparo a los planes de los desterrados, ya que meses antes había sugerido a O'Higgins que se pusiera al frente de una expedición para reconquistar a Chiloé. El éxito logrado al fin por Freire en una segunda y reciente campaña al archipiélago había dejado sin efecto esa idea, pero abría esperanzas a los empeñosos conspiradores de atraer el concurso del Libertador en lo que, para ellos, era la restauración política de Chile. Sobre esta base escribía Zañartu a Don Bernardo, a mediados de enero de 1826, mostrando cierta susceptibilidad por el poco caso que parecía hacer el general de los manejos de sus amigos: "Parece llegado el momento en que deban decidirse los destinos de Chile. Los males de aquel desgraciado país han llegado a su colmo y a mi juicio la venida del Libertador no tiene otro objeto. Cualquier acuerdo en que usted no interviniese desairaría sus antiguos y eminentes servicios y acaso influiría en el desacierto de los planes. Por eso creo conveniente su presencia; aunque me es desagradable contemplar lo incito a que abandone su mansión tranquila y deliciosa. Pero es preciso conferenciar mucho si el caso llega. Esta casa ofrece a usted las comodidades y decencia precisa, y la reunión de todos sus amigos".

En fuerza de tanta insistencia de los desterrados, acabó Don Bernardo por creer que un deber ineludible de patriotismo le obligaba a abandonar su pacífico retiro e introducirse de nuevo en las asperezas de la política. En marzo se trasladaba a la capital y allí, en unión de sus amigos y con la aquiescencia del gobierno del Perú, al que tenían en continua información, quedaron ultimados los detalles del plan de acción. Las operaciones se iniciarían en Chiloé, desde donde se esperaba promover el levantamiento de Valdivia y de las demás regiones sureñas, en favor de O'Higgins.

La ayuda ofrecida por Don Pedro Aldunate, a la sazón en Lima, que era hermano del coronel Don José Santiago, gobernador del archipiélago desde su liberación de los realistas, daba a los conspiradores fundadas esperanzas de éxito.

Con mucho disimulo partió Don Pedro a ese destino en la goleta inglesa "Alejandro Adams", y los que no estaban interiorizados de sus propósitos creyeron que su viaje a Ancud no tenía otro fin que adquirir un cargamento de maderas. En su equipaje llevaba una carta de O'Higgins para Don José Santiago, que si no contenía referencias a la revolución preparada, era, en todo caso, una discreta forma de introducirse en la materia.

Transcurrieron algunos meses de ansiedad, hasta que el 6 de

junio desembarcaba Don Pedro Aldunate con mucha cautela en Pisco y se dirigía a Montalván a comunicar el éxito de su comisión. Su hermano el gobernador se había resistido con energía a apoyar sus intentos subversivos, por lo que fue arrestado en un buque y remitido a tierra firme. Pero, en cambio, el mayor Don Manuel Fuentes, que tenía por O'Higgins una gran veneración, se aprestó de inmediato a secundar los planes revolucionarios. Un cabildo abierto y después una asamblea provincial desconocían el gobierno de Freire, para poner en su lugar a Don Bernardo, a quien invitaban a reasumir el mando bajo el imperio de la Constitución de 1818. Actas y oficios de adhesión traía Don Pedro para el desterrado de Montalván, no faltando en el legajo, como nota discordante, una respuesta altiva del coronel Don José Santiago por haberle creído Don Bernardo capaz de faltar a su lealtad para con Freire. Si estas últimas páginas podían escocerle a O'Higgins, lo demás era demasiado favorable a sus aspiraciones para que no le trajera una gran satisfacción, sobre todo cuando parecía evidente que las otras regiones de Chile seguirían el ejemplo del archipiélago. Escribió, pues, eufórico a Zañartu desde el retiro de su hacienda, donde se hallaba indispuesto, para ponerle al tanto de la victoria y rogarle que transmitiera la noticia al Libertador, "pues como tan interesado en el buen orden y prosperidad de la América, es indudable recibirá una satisfacción".

Esperaba en ocho días más marchar a Lima ya restablecido, y entonces, concluía, "pasaré inmediatamente a presentar mis respetos a Su Excelencia y dar a usted un abrazo".

La alegría de Zañartu fue indescriptible. Con la carta del general en la mano partió a verse con Bolívar, que recibió con gran complacencia la nueva de Chiloé y dio algunas ideas sobre la forma en que podría continuarse el trabajo revolucionario. Todo parecía indicar que las cosas marchaban admirablemente y que luego llegarían de Chile informes de haberse plegado el país entero a la revuelta. Rodríguez Aldea, que no descansaba un momento, discutía con Zenteno y Zañartu lo que podrían hacer de inmediato, y aunque prefirieron aguardar la llegada a Lima de O'Higgins para tomar las decisiones definitivas, les pareció oportuno buscar desde luego un buque por si Don Bernardo estimaba conveniente trasladarse a Chiloé. Pero esto, si fácil era pensarlo, resultaba casi imposible de realizar a esas alturas del invierno, en que raro era el barco que intentaba la navegación en los mares australes. Se resignaron, pues, los revolucionarios, y

pronto con ellos el mismo Don Bernardo, a aguardar pasivamente el curso de los acontecimientos, limitándose el último a echar a las prensas una proclama que esperaba hacer llegar a las costas de Chile. Allí iba vertido todo su encono hacia Freire, que acababa de darle de baja en el escalafón del ejército, y los términos injuriosos sólo hallaron compensación en la insistencia de no aspirar al mando político, sino de ofrecer su espada para la pacificación de la república. "Al que conoce el arte de mandar a los hombres —decía— no puede serle lisonjero ocupar en la escena pública un puesto contrastado por todas las pasiones. Yo bendeciré el espíritu fuerte que se encargue de esta noble empresa y felicitaré mil veces a mi patria cuando la vea presidida por un ciudadano capaz de conducirla a sus altos destinos. A vosotros, chilenos, toca esta elección; y para que sea espontánea, mi espada, que tantas veces sirvió con suceso a vuestra independencia, se desenvainará de nuevo por vuestra libertad. Pero no me hagáis la injusticia de creer que aspiro a ser colocado en el número de los candidatos. No: éste será el único sacrificio que jamás haré por mi patria, porque sería un sacrificio estéril y acaso perjudicial. Yo os lo prometo por lo más sagrado que respetan los hombres y mis juramentos no se autorizan en el ejemplo de vuestro gobernante para hacer el ludibrio de los pueblos..."

A las alturas en que habían llegado las cosas, ¿era realmente sincero al rubricar esas frases? ¿Le acompañaban sus admiradores en tal desprendimiento, cuando todo el porvenir político de ellos estaba subordinado a su retorno al poder?

Las comunicaciones entre Valparaíso y el Callao eran lo suficientemente periódicas como para mantener a O'Higgins al tanto de lo que estaba ocurriendo en Chile.

La insurrección de Chiloé no había prendido en las demás provincias, como se esperaba, Freire iba a remitir una pequeña expedición al archipiélago sublevado. No obstante, la noticia de la reunión de un Congreso le consoló con la esperanza de estar muy próxima la salida de Freire del gobierno. Y, en efecto, pronto supo que el nuevo Congreso en los primeros días de julio había aceptado la renuncia del Director Supremo y confiado el mando, en el carácter de interino y con los títulos de Presidente y Vicepresidente de la República, a Don Manuel Blanco Encalada y a Don Agustín de Eyzaguirre. La eliminación del émulo y el establecimiento de un régimen provisional a cargo de individuos moderados fueron vistos por O'Higgins como un decidido paso en su favor. Protestando de su distancia al poder, pero siempre con la

secreta ilusión de que Chile le llamaría, escribió el 1º de agosto a Eyzaguirre: "El deseo de restablecer el crédito de mi patria me había impulsado a ofrecerle mi espada en la proclama adjunta, y ahora me lisonjeo altamente en ver removido el motivo de aquel ofrecimiento. Usted llene, mi amigo, su penosa tarea y cuente con lo inútil que valga su atento servidor".

Pero todas las doradas esperanzas se desvanecieron de súbito. La noticia de haberse batido por completo a los insurrectos de Chiloé fue un golpe de maza en su ánimo. Con el desastre del archipiélago caía su nombre, que nadie en el resto de las provincias quiso acoger como enseña política. Era un fracaso humillante y doloroso que le reabrió violento las heridas apenas restañadas: en verdad, no había aún recobrado el amor de su pueblo.

Y como si fuera poco, supo más adelante que un nuevo conato en su favor, ocurrido en Osorno, sólo sirvió para robustecer en Chile la idea de que Bolívar se preparaba con él a invadir el país, motivo por el cual el Presidente Blanco Encalada, juzgando a O'Higgins conspirador contra el orden y la integridad de la patria, pidió al Congreso que lo declarara fuera de la ley. Dios le había librado, sin embargo, de tan horrible afrenta suscitándole de defensor precisamente a uno de los activadores de su caída en enero de 1823. La oratoria tosca pero generosa de Don José Miguel Infante, que antes le impugnara, logró ahora mover a la asamblea a rechazar unánime la indicación de Blanco. "El baldón que se pretende echar sobre el nombre de O'Higgins —había dicho Infante— no caerá sobre él, sino sobre el Congreso que lo sancione y sobre la República si lo tolera. Cualesquiera que sean las faltas y los errores de ese hombre, cuya política interna yo he condenado y condeno, no debemos olvidar que él fue el fundador de nuestra independencia." Hasta el Vicepresidente Eyzaguirre, en cuyas manos y las de Infante había abdicado tres años antes, parecía mostrar su desacuerdo con Blanco al escribir a Don Bernardo, el 1º de septiembre: "Quisiera estar en ejercicio del empleo por hacer ver que en todo evento le he sido un verdadero amigo, que conoce que las mayores glorias de la patria son debidas a su persona".

MONTALVAN le recibía de nuevo con sus preocupaciones caseras capaces de distraer en algo su espíritu. Pero aunque hubiera deseado permanecer por entero extraño a las ocurrencias de Chile, su corazón vuelto hacia allá no se lo permitía. Ya no se trataba de aspiraciones al poder, que si en un instante volvieron a picarle, fue tan sólo para restaurar el orden en una tierra desvencijada. Era evidente que Dios reservaba a otras manos esa tarea y que había que resignarse a ello. Mas, entretanto, el tiempo transcurría y la hora de la estabilidad no parecía próxima. Lo que más le acongojaba era tener que asistir al desmoronamiento de su obra y a la desintegración de la patria.

"Con toda propiedad puede decirse —escribía a principios de 1827 a San Martín— que Chile ha tocado ya el último grado de humillación nacional. No hay una sola cosa capaz de herir el pundonor y degradar el carácter de un pueblo independiente que no haya experimentado. Están disueltas toda suerte de garantías de seguridad individual, de propiedad, y lo que es más respetable y sagrado entre los hombres, el honor y ajena honradez, son constantemente materias de las más desvergonzadas violaciones. El país es nulo, nulo en todas sus partes: sin tropas, teniendo aún enemigos, sin crédito, sin caudales, sin espíritu público, sin unión, sin política, sin jueces, sin rectitud y abrumado de cuantos males pueden imaginarse. Se ha perdido ya la moral; se acabaron ya las costumbres y no se quieren leyes, porque las que se dictan hoy se pisan mañana, pues que éstas suponen orden y subordinación y esto no se quiere en Chile".

Y en verdad que O'Higgins no exageraba, pues la anarquía iba devorando la patria. Los gobiernos se sucedían unos tras otros impotentes para reducir las facciones militares y civiles y poner atajo a la bancarrota. A Blanco Encalada había seguido Eyzaguirre, a quien un escandaloso motín derrocó antes de los cinco meses. De nuevo se confió el mando a Freire, que acabó por entregarlo luego a Don Francisco Antonio Pinto. El país había soportado en su cuerpo exhausto un ensayo de régimen federal que sólo sirvió para ahondar la desintegración. Los bandidos asolaron las provincias sureñas como en los peores tiempos de Benavides. Y para completar la cadena de fatalidades se descargó en el invierno de 1827 un feroz temporal de norte a sur de la república, que produjo la salida de los ríos, el arrasamiento de las sementeras y el

deterioro o destrucción de edificios, aparte de muchas angustias para las gentes humildes.

Todas estas noticias iban llegando a Montalván por la correspondencia nutrida de los amigos de Chile, que aún suspiraban por el retorno del héroe. Pero esta actividad epistolar sólo servía para aumentar el recelo de los muchos adversarios de O'Higgins, que a cada instante creían descubrir su mano conspiradora. La triste experiencia de Chiloé pesaba, por otra parte, demasiado en el ánimo de Don Bernardo, para hacerle concebir otra intentona, y queriendo contener las habladurías, envió en septiembre a los editores de "El Mercurio Peruano" una protesta de sus sinceros propósitos de mantenerse extraño a los ajetreos de la política. "Por la indépendencia de América —decía— sacrifiqué en Chile, mi patria, mis mejores años, mi salud y mis bienes; pero debo a la generosidad del Perú una vida tranquila y no mendigar mi subsistencia y la de mi familia. No tengo otra ambición que la que encuentra su alimento en mi misma alma recordando servicios que no fueron infructuosos. Y después de hacer suyos los términos de una carta de Washington a Lafayette, escrita desde su retiro campestre de las riberas del Potómac, en que ponderaba las ventajas de la vida oculta y sencilla, concluía Don Bernardo: "Esta carta está grabada en mi alma, será siempre mi profesión de fe política y debe servir de respuesta a los que quieran indagar mis sentimientos".

Las labores de la hacienda le servían de solaz y el dinero se le hacía escaso para las muchas reformas y adelantos que emprendía su espíritu laborioso. "La destilería marcha lentamente; pero ahora tengo ya algunos ladrillos cocidos y el trabajo continúa bien", escribía en julio a su amigo Thomas, por entonces en Lima. "Los gastos son tan grandes que me obligaron a llevar vida de campo durante algún tiempo, y eso apretándome algo." En la capital había alquilado una buena casa, donde iban a pasar largas temporadas su madre y hermana, pero a él le solía ser difícil abandonar sus labores y trasladarse a la ciudad. "Tengo grandes razones para no ir a Lima, por ahora —le decía al irlandés—. En primer lugar, carezco de medios para pagar mis deudas allí; en segundo, no tengo tampoco el dinero necesario para la marcha de la hacienda durante mi ausencia; por último —agregaba con prudencia—, Lima se halla dividida en varias facciones y debo velar cuidadosamente para no verme mezclado en estos asuntos."

Los apremios económicos le estrechaban a menudo. A una invitación recibida del general Don Eugenio Cortés para presidir los

exámenes del colegio militar del Perú debió contestar con estas líneas, en que la dignidad y la sencillez se entrelazaban: "Después de la gloriosa batalla de Ayacucho, que puso el sello a nuestra suspirada independencia, troqué el hábito de nuestra profesión por el de agricultor, que me llamaba necesariamente para encontrar en el campo mi subsistencia y la de mi familia. Cumplido el término de tres años que para este objeto obtuve por permiso supremo, cuál fue mi sorpresa al ver que repetidas cargas de polillas habían abierto en mis insignias y uniformes todos más brechas y agujeros que las bolsas del tesoro, que hasta la fecha no han podido retener un solo sueldo de los que gané desde el primer día que fui dado a reconocer y me incorporé al ejército de la República, para rehacerlos, ni menos los frutos de mis labores rurales lo han permitido por la decadencia de sus valores, como es notorio, llegando mis estrecheces, sin embargo a una economía severa, a la precisión de vender a bajos precios hasta la última de mis alhajas. Vea usted, pues, mi apreciado general, la causa por qué no pudiendo vestir como corresponde para la asistencia a que usted me invita, siento demasiado no participar de la honra y de la complacencia que reviviría al presenciar los exámenes de los caballeros cadetes del colegio militar en los importantes ramos de ciencias que me indica su respetable de ayer, a que contesto por esta confidencial..."

Su existencia frugal no le impedía, sin embargo, abrir generoso las puertas de la hacienda a los amigos. El general Zenteno, que recorría ahora el Perú ganándose el pan de comerciante, solía visitarle. Don Pedro Aldunate, el agente de la fracasada intentona revolucionaria de Chiloé, serviría por breve tiempo y hasta su muerte el cargo de administrador de Montalván. Y el mayor Don Manuel Fuentes, que apoyara con entusiasmo la revuelta del archipiélago, trabajaba aquí mismo unos potreros de maíz. ¿Por qué no podían otros acogerse también a la paz de ese hogar? A su anciano y achacoso primo Don Tomás O'Higgins, viudo y solitario en Chile, le invitó con insistencia a venir a su lado, a gozar del delicioso clima del valle de Cañete, que "puede llamarse con justicia el potrero de los enfermos, de los convalecientes y de los viejos". "Estoy convencido —le decía— que usted mejoraría grandemente pasando algún tiempo aquí, y en este caso le rogaría que se quedara el resto de su vida conmigo. Aparte de nuestro cercano parentesco, tengo por usted un gran cariño, a causa de su intachable honor e integridad; en usted encontraría un compañero de confianza y al mismo tiempo que sabría enseñarme

muchas cosas. Después de mi tempestuosa vida y de la experiencia que tengo de la humanidad, un amigo como usted sería inapreciable para mí.". Pero el valetudinario primo no estaba ya para emprender otro viaje que el definitivo de este mundo, como lo hizo en breve.

Mientras la caña de azúcar, la viña y los maíces ocupaban sin muchos paréntesis la atención del propietario de Montalván, Mr. John Thomas trabajaba sin descanso en la confección de una obra histórica sobre el período de la independencia de Chile encaminada a destacar la figura injustamente postergada de su amigo Don Bernardo. Al llegar el año 1828, la labor estaba cumplida y ochocientas páginas eran el fruto de su ímprobo esfuerzo. Las entregó al cirujano británico Mr. Hanna, con quien O'Higgins había amistado y que de regreso a su patria se ocuparía de darlas a las prensas. "Estoy seguro de que ellas —le decía agradecido el general a Thomas, el 31 de marzo— ayudarán a disipar la completa obscuridad que reina sobre la revolución chilena; que servirán al filósofo y al patriota para seguir el sendero de los hechos verídicos y prestarle su aprobación; que levantarán el espíritu de los araucanos del letargo en que se encuentran; que mediante ellas los méritos y los servicios serán considerados, honrados y recompensados, pues excitarán en sus almas nuevos y vivos fermentos y una feliz emulación, lo que los hará reflexionar y substituir el juicio sensato a su impetuosidad y estupefacción; finalmente, esas páginas inflamarán a los buenos ciudadanos chilenos con el deseo de reputación gloria y felicidad en vez de vegetar por la indolencia."

5

DE LA PATRIA seguían llegando los ecos de las escandalosas reyertas políticas. Pero la correspondencia de los amigos no era tan regular como antes, porque manos misteriosas parecían encargadas de interceptarla. Ya sus adversarios no se contentaban sólo con escarnecerle, sino que espiaban sus pasos y sus palabras, como los de un peligroso delincuente. Era ésta una humillación más que le laceraba el alma y traía mil apasionadas reflexiones sobre la ingratitud de esos hombres que le adeudaban la libertad. Y hasta los Carrera se le presentaban como póstumos triunfadores en la rivalidad implacable. El traslado solemne de sus restos de Mendoza a Santiago había servido una vez más para marcar su

nombre de proscrito con dicterios infamantes. ¡Cuán lejana veía aún la hora en que la muerte de los rencores y la rehabilitación de su honra acabaran por abrirle las puertas hoy cerradas del hogar patrio!

Entretanto la crisis política chilena seguía su curso. Después del fracaso del régimen federal los hombres de gobierno ponían sus esperanzas en una nueva Constitución ceñida a los principios de un hábil literato esoañol, Don José Joaquín de Mora, pontífice del liberalismo afrancesado. Montaban guardia en torno a la carta política, los que, como Don Francisco Antonio Pinto, deseaban marchar a todo con los ideólogos del progreso y la juventud ardorosa y bullanguera, para quien la palabra libertad era el talismán de salud en todas las encrucijadas Se autodenominaban liberales, pero la sátira de sus adversarios, queriendo subrayar la inconsistencia de sus dogmas y la irresponsable edad de muchos de sus adeptos, sólo los distinguía con el mote de "pipiolos". Y es que, si muy vigorosa parecía la fuerza del partido gobiernista, no era escasa la oposición que se iba creando en su contra. Los fanáticos federalistas estaban lejos de acatar la abolición de su sistema; y los magnates de la vieja aristocracia veían con el régimen dominante entronizada la demagogia y amenazados sus privilegios con reformas audaces, como aquella ya acordada de abolir los mayorazgos. Y aunque sin participar de la acentuada tendencia conservadora de este último sector, sobre cuyos engreídos personeros caía el epíteto burlesco de "pelucones", un tercer grupo mostraba también odiosidad al pipiolismo. Lo componían los antiguos concesionarios del estanco del tabaco, lastimados en su honor por la medida que les canceló el monopolio fundándose en la supuesta irregularidad de sus manejos.

En actitud felina frente al hervidero político y pronto a saltar a la palestra se hallaba Don José Antonio Rodríguez Aldea. Estaba persuadido, después de la desastrosa intentona de Chiloé de años pasados, de que el nombre de su ídolo producía demasiada animosidad para hacer viable su retorno al poder. Pero el desprestigio de los pipiolos, fundado sobre todo en la crisis de la autoridad cuya repercusión se hacía sentir en la vida diaria y en el desarrollo de la economía, se le presentaba como un auxiliar poderoso para desestimarlo. Y al ver acercarse las elecciones de Congreso, Presidente y Vicepresidente de la República, convocadas de acuerdo con los nuevos preceptos constitucionales, se puso a trabajar con la astucia y el disimulo que le eran propios

para lograr un régimen que permitiera al menos la vuelta de O'Higgins a la patria con el goce de sus grados militares.

Sus hilos llegaron hasta Concepción, donde un viejo amigo de Don Bernardo, el general Don Joaquín Prieto, tenía a su cargo la jefatura del ejército del Sur, cosa que merecía considerarse cuando el que contaba con la fuerza podía en un momento dado disponer del país. Pensó que el resuelto vencedor de Benavides era para sus manos de ajedrecista un peón utilísimo en la magna partida que se iba a jugar, y le susurró en el oído ambiciosos deseos. De antemano sabía Rodríguez Aldea que el general Pinto era el triunfador indudable en la contienda electoral, pero quedaba para Prieto la posibilidad de la vicepresidencia, cosa importante, porque se decía que el primero, aburrido de las responsabilidades del gobierno que ya ejercía interinamente, pensaba dimitirlo. Era, sin embargo, posible que Prieto no alcanzara con los solos votos del Sur la mayoría absoluta que exigía la Constitución para ser electo. Pero Rodríguez Aldea confiaba en que tampoco llegarían a esa cifra los demás candidatos a vicepresidente y que, asegurando a Prieto una cuota alta, quedaba todavía para éste la posibilidad de triunfar dentro del Congreso, al que en tal caso tocaba escoger entre los de mayores sufragios. Preparándose, pues, para esta eventualidad, trabajó su propia candidatura de senador por Concepción, aunque el corazón le iba diciendo que el último corte en el enmarañado asunto lo daría la espada certera de don Joaquín Prieto.

Entretanto, la situación se complicó para los pipiolos. Tenían, es cierto, segura la presidencia para Don Francisco Antonio Pinto; pero el candidato que habían proclamado para Vicepresidente, Don Francisco Ruiz Tagle, acabó por inspirarles desconfianza por su carácter fluctuante y sus vinculaciones peluconas, y a última hora resolvieron sustituirlo por el intendente de Coquimbo, Don Joaquín Vicuña. Mas el cambio se hacía ya demasiado tarde para consagrar su éxito.

Llegado el día de la elección, mientras Pinto conquistó sin dificultad el más alto cargo de la república, Vicuña obtuvo un número de sufragios inferior a Ruiz Tagle y al general Prieto. Los pipiolos estaban lejos, sin embargo, de creerse en derrota, porque no habiendo ninguno de los tres candidatos a Vicepresidente alcanzado mayoría absoluta, tocaría decidir al Congreso, donde contaban con fuerzas suficientes para inclinar la balanza en su favor. Ya el deseo de asegurarse el control de ambas Cámaras les había llevado a ejecutar todo género de atropellos y fraudes en el

acto eleccionario, y aún, después de éste, a rechazar los poderes otorgados por Concepción al temible Rodríguez Aldea, a quien por una triquiñuela dejaron fuera del Senado y en la imposibilidad de influir en el definitivo nombramiento del Vicepresidente. Y así, cuando tocó al Congreso pronunciarse sobre el particular, los pipiolos buscaron una interpretación acomodaticia al texto constitucional y, rehusando escoger entre Ruiz Tagle y Prieto, que habían alcanzado las dos más altas mayorías relativas, se inclinaron sin titubear por Vicuña, que reunía menos de la mitad de los sufragios del primero. A los opositores al régimen quedaban así cerradas todas las puertas de la legalidad para participar en el poder y ya sólo pensaron en recurrir a métodos más severos.

En las provincias del Sur fue enorme el repudio a la audacia pipiola. La asamblea provincial de Concepción y luego la del Maule acordaron desconocer los nombramientos de Pinto y de Vicuña y negar obediencia a las resoluciones del Congreso. Y luego la vanguardia del ejército del general Prieto, al mando de su sobrino, el coronel Don Manuel Bulnes, se puso en marcha para ir ocupando los pueblos cercanos a la capital.

Aquí los adversarios del gobierno no se dormían, y Rodríguez Aldea menos que ninguno, pues veía acercarse la hora de sus desvelos. Muy luego se puso en contacto con los pelucones y sobre todo con los estanqueros, con los cuales mantenía hasta entonces distancia por figurar entre ellos carrerinos decididos como Don Diego José Benavente y Don Manuel José Gandarillas. Con empeño buscó la amistad del jefe del grupo, Don Diego Portales, y se esforzó por conocer sus miras respecto al desterrado de Montalván. "En Valparaíso —escribía algo después a O'Higgins— conocí a Don Diego Portales, a quien nunca había saludado; fue fácil unirnos, porque él con los del estanco era muy contrario a los pipiolos. A mi venida a Santiago le vi por tercera vez y me dijo que si lograba inspirar confianza a Freire de que el movimiento de los pueblos del Sur no era para traer a usted, era entonces muy fácil dar en tierra con todo el pipiolaje. Según lo que hablamos en tres largas entrevistas que tuvimos, debo asegurar que él no era contrario a usted... y que no había motivos, pues su familia no lo había sido. También él tenía una fortuna hecha y le interesaba un gobierno de orden. Observé, sí, que era opuesto al general Bolívar y traté de inspirarle confianza en cuanto a no haber relación entre usted y el Libertador."

Unidos férreamente los jefes opositores, la revolución prendió con gran rapidez, arrastrando a su favor la voluntad de Freire, a

quien el propio Rodríguez Aldea, su antiguo enemigo, había llegado a convencer de que O'Higgins permanecía extraño a la contienda y no pensaba regresar al país. El general Pinto renunció el mando en el presidente del Senado, Don Francisco Ramón Vicuña, creyendo detener así el aluvión. Pero el pueblo de Santiago, en una tumultuosa asamblea reunida el 7 de noviembre de 1829, repudió al nuevo mandatario. Prieto, entretanto, se aproximaba con sus tropas hasta acampar en las puertas de la ciudad. Después de un combate indeciso con las fuerzas pipiolas en la chacra de Ochagavía, celebró con su jefe Don Francisco de la Lastra un armisticio que bajo la inspiración de Rodríguez Aldea iba a permitir con singular argucia a los revolucionarios consolidar sus posiciones. Una Junta de Gobierno, compuesta por connotados pelucones, se instalaba en Santiago y sus atrevidos pasos eran apoyados inconscientemente por Freire, a quien el pacto de Ochagavía otorgaba el mando supremo de los dos ejércitos. Pero la resistencia de Prieto a entregar la jefatura de la división del Sur y la intervención cada vez más ostensible de los o'higginistas en los manejos políticos acabaron por producir la violenta ruptura de Freire con los revolucionarios y su paso al bando pipiolo. A la cabeza de las fuerzas de este último recibió al fin, el 17 de abril de 1830, en las márgenes del río Lircay, una tremenda derrota de manos de Prieto. En junio desembarcaba en las playas del Perú, donde su antiguo jefe de armas y hoy odiado adversario soportaba desde hacía siete años las amarguras del ostracismo.

O'Higgins, muy bien impuesto de la larga guerra civil, se congratuló en extremo con los resultados de Lircay. La anarquía por la que tanto luchara en su gobierno la veía ahora aplastada, y la presencia de su amigo Prieto le llenaba de confianza sobre el futuro giro de la revolución triunfante. "Si no le he dado, mi amado general, parabienes por tan importante victoria —le escribía desde Lima el 24 de mayo del mismo año—, séame permitido, al menos, expresarlos con toda la sinceridad de mi corazón por el resultado próspero que ella evidentemente anuncia en favor de los derechos sacrosantos de la humanidad y de los pueblos de Chile. Mucho debe la nueva nación chilena al general Prieto por sus victorias en la guerra de la independencia y ahora por sus nobles esfuerzos en la honrosa y nueva vida que le ofrece; y quiera el cielo que no se confirme en él lo que con asombro de las naciones se ha visto confirmado en el general O'Higgins, a saber, el proverbio de "pago de Chile". Pero hay un pago que

usted puede calcular con más certidumbre y es el más apreciable que este mundo puede ofrecer: la aprobación de la propia conciencia. Afortunadamente, yo nunca he pensado en otro premio por mis servicios que el que también la mía aprueba, y por verlo he pasado una vida tranquila desde el día que me despedí para siempre de la silla de la primera magistratura. Es, sin embargo, de necesidad para el futuro bienestar de nuestra patria que este asiento sea dignamente ocupado y hasta que no vea a usted, o algún otro recto ciudadano digno de mi sostén y confianza, en posesión de él, nunca podré pensar en regresar a un país por cuya felicidad he estado siempre pronto a consagrar toda clase de sacrificios, mi amado general."

No alentaba el menor deseo de recuperar el mando, pero sí el de volver a la patria. Aparte de la dolorosa nostalgia que le consumía desde tantos años, otra circunstancia le hacía desear este regreso. Las difíciles condiciones económicas en que trabajaba en Montalván, arruinada por la guerra y que le obligaba a recurrir a créditos muy costosos, le movían a esperar como un alivio para su estrecha situación el retorno a Chile, donde "Las Canteras" le parecían un retiro más cómodo. Sin duda, el cuadro político brotado después de Lircay le alentaba a pensar en la proximidad del viaje, pero un punto tocante a su orgullo le retenía. Sentía demasiado viva la conciencia de la propia estimación para resignarse a vivir en Chile degradado de sus honores militares. Ese acto de venganza de Freire que le borró del escalafón en 1826 debía ser reparado porque constituía un ultraje a su buen nombre y una deshonra a la patria que así pagaba los servicios del que le diera la vida. A su fiel amigo Rodríguez Aldea protestaba una vez más de su indiferencia por el mando, "pero este desprendimiento —cuidaba de añadirle— no autoriza ni menos me permite renunciar a mi honor ni a mi justicia inicuamente hollada por mis enemigos que han sido todos los de Chile, y olvidada por los anteriores Congresos y gobiernos, cuyas ingratitudes han escandalizado tanto a todos los hombres que aman la América y tal vez juntas con otras semejantes hayan resfriado a otras naciones a admitir la chilena en su gran familia. Debe, pues, esperar, como no lo dudo, qúe en este respecto cumplirán con los deberes a que los liga el glorioso título de regeneradores de la justicia y de la honradez chilena a que se han hecho acreedores, sin que por mi parte la represente, pues ya se dijo por el Senado —concluía, recordando la nota de éste a Freire en 1823— que el nombre de O'Higgins estaba tan íntimamente unido a la nación,

que él es el mejor monumento de las proezas y de las glorias de los chilenos".

Su ilusión estaba puesta en los hombres que ahora dominaban en Chile. Ellos le harían justicia, llamándole decorosamente a la patria. Le asistía una particular confianza en la persona de Prieto, compadre y amigo de muchos años, de quien recibía periódicas cartas ponderando sus deseos de verlo pronto restituido al país. Por eso miró el ascenso del vencedor de Lircay a la presidencia de la república como un paso favorable a sus particulares anhelos. No había titubeado en escribir el 1º de enero de 1831 a uno de sus más fervorosos y leales admiradores, el antiguo edecán Don Vicente Claro: "Unan todos los chilenos sus votos para que los prenda el que los ha puesto en el camino de volver a marchar por el del honor nacional, por el de la paz y la dicha de que desgraciadamente se extraviaron en el 23".

Este era, por otra parte, el parecer de Rodríguez Aldea, demasiado realista para creer en la acogida de una candidatura de O'Higgins e interesado sólo por ahora en obtener por medio de Prieto la rehabilitación y el regreso de Don Bernardo, cuya presidencia debía quedar para tiempos mejores. "Lo que yo quiero es que salga Prieto —escribía por esos meses al proscrito de Montalván—, que el Congreso le restituya (a usted) sus honores; que secretamente se le llame a tomar el mando del ejército. La presidencia no conviene a usted ahora, porque entonces una porción de abarrajados y despreciables empezarían a pedir condados y marquesados. Tampoco usted no puede gobernar con esta Constitución. Usted al frente del ejército y después un nuevo Congreso, dando otra Constitución, ése es el tiempo de presidencia."

Y para no dejar dudas de que sus anhelos de regresar a Chile estaban libres de toda ambición política, Don Bernardo quiso hacer una pública y solemne manifestación de sus verdaderos propósitos. La oportunidad se le presentó el 5 de abril, cuando, en torno a una mesa, los chilenos y amigos de Lima celebraban fraternalmente el triunfo de Maipo. O'Higgins, alzando su copa, brindó por los vencedores de aquel día y por los que en estos momentos, guiados también por un mismo anhelo de "libertad racional", deseaban ver a Prieto conducir los destinos de Chile. "Séame igualmente permitido, señores, en este gran día —concluyó—, no diferir por más tiempo la cuestión que por ocho años se ha exigido de mí y es si volvería o no a mi patria; respondo, pues, decisivamente que sí y tan pronto como lo

permitan asuntos particulares. Luego que pise mi amado suelo dirigiré mis votos, como lo hago desde aquí, al Ser Supremo, y mis súplicas a mis compatriotas, recordándoles que siendo todos hijos de la libertad e hijos de una misma patria, deben conducirse como hermanos para que gocen de la dicha y de la prosperidad que les presentaron los vencedores del 5 de abril."

6

EN LAS LARGAS vigilias de Montalván había tiempo para soñar en reformas y adelantos para la patria lejana, y más cuando la compañía del culto John Thomas resultaba un estímulo para ello, ya que sabía asociar toda idea de progreso al recuerdo del gran gobernante Don Ambrosio O'Higgins, el hombre de los amplios horizontes. ¡Era tan grato oir al irlandés hablar de la intuición prodigiosa de su amigo el virrey! La sensibilidad filial se conmovía en extremo y la severa imagen del padre encontraba un solaz en la figura del estadista. El tema resultaba inagotable para Mr. Thomas que satisfacía la curiosidad de Don Bernardo no sólo de palabra, sino en extensos relatos escritos.

"Usted —le observaba— tuvo la desgracia de separarse de su padre a una edad demasiado temprana para formarse una idea acerca de su personalidad, y ello fue una verdadera lástima." Y en seguida pasaba a trazarle un boceto del ilustre gobernante: "Era un hombre extraordinariamente dotado, y tanto su cabeza como su corazón eran de orden muy superior. Poseía una inteligencia amplia y vigorosa, capaz de concebir y ejecutar medidas de la más ardua y complicada naturaleza; tenía corazón que se deleitaba haciendo el bien a sus semejantes y que sentía amargamente sus padecimientos y desgracias. Al mismo tiempo, estaba enteramente libre de las ideas románticas de Rousseau y demás filósofos visionarios y extravagantes, tan en boga a mediados del último siglo. El hecho es que su inteligencia profunda y experimentada miraba con el más absoluto desprecio esas especulaciones; y no podía ser de otra manera, porque ellos ignoraban completamente al hombre como realmente es, en tanto que vuestro padre conocía perfectamente a la humanidad, como claramente lo demuestra el éxito de las medidas que tomó para civilizar a los salvajes pehuenches y para dominar a los orgullosos araucanos y tenaces puilliches. Muy a menudo se sonreía al pensar en las fantasías de esos soñadores como Reynal, Buffon, Rousseau, etc., respecto al

que él es el mejor monumento de las proezas y de las glorias de los chilenos".

Su ilusión estaba puesta en los hombres que ahora dominaban en Chile. Ellos le harían justicia, llamándole decorosamente a la patria. Le asistía una particular confianza en la persona de Prieto, compadre y amigo de muchos años, de quien recibía periódicas cartas ponderando sus deseos de verlo pronto restituido al país. Por eso miró el ascenso del vencedor de Lircay a la presidencia de la república como un paso favorable a sus particulares anhelos. No había titubeado en escribir el 1º de enero de 1831 a uno de sus más fervorosos y leales admiradores, el antiguo edecán Don Vicente Claro: "Unan todos los chilenos sus votos para que los prenda el que los ha puesto en el camino de volver a marchar por el del honor nacional, por el de la paz y la dicha de que desgraciadamente se extraviaron en el 23".

Este era, por otra parte, el parecer de Rodríguez Aldea, demasiado realista para creer en la acogida de una candidatura de O'Higgins e interesado sólo por ahora en obtener por medio de Prieto la rehabilitación y el regreso de Don Bernardo, cuya presidencia debía quedar para tiempos mejores. "Lo que yo quiero es que salga Prieto —escribía por esos meses al proscrito de Montalván—, que el Congreso le restituya (a usted) sus honores; que secretamente se le llame a tomar el mando del ejército. La presidencia no conviene a usted ahora, porque entonces una porción de abarrajados y despreciables empezarían a pedir condados y marquesados. Tampoco usted no puede gobernar con esta Constitución. Usted al frente del ejército y después un nuevo Congreso, dando otra Constitución, ése es el tiempo de presidencia."

Y para no dejar dudas de que sus anhelos de regresar a Chile estaban libres de toda ambición política, Don Bernardo quiso hacer una pública y solemne manifestación de sus verdaderos propósitos. La oportunidad se le presentó el 5 de abril, cuando, en torno a una mesa, los chilenos y amigos de Lima celebraban fraternalmente el triunfo de Maipo. O'Higgins, alzando su copa, brindó por los vencedores de aquel día y por los que en estos momentos, guiados también por un mismo anhelo de "libertad racional", deseaban ver a Prieto conducir los destinos de Chile. "Séame igualmente permitido, señores, en este gran día —concluyó—, no diferir por más tiempo la cuestión que por ocho años se ha exigido de mí y es si volvería o no a mi patria; respondo, pues, decisivamente que sí y tan pronto como lo

permitan asuntos particulares. Luego que pise mi amado suelo dirigiré mis votos, como lo hago desde aquí, al Ser Supremo, y mis súplicas a mis compatriotas, recordándoles que siendo todos hijos de la libertad e hijos de una misma patria, deben conducirse como hermanos para que gocen de la dicha y de la prosperidad que les presentaron los vencedores del 5 de abril."

6

EN LAS LARGAS vigilias de Montalván había tiempo para soñar en reformas y adelantos para la patria lejana, y más cuando la compañía del culto John Thomas resultaba un estímulo para ello, ya que sabía asociar toda idea de progreso al recuerdo del gran gobernante Don Ambrosio O'Higgins, el hombre de los amplios horizontes. ¡Era tan grato oir al irlandés hablar de la intuición prodigiosa de su amigo el virrey! La sensibilidad filial se conmovía en extremo y la severa imagen del padre encontraba un solaz en la figura del estadista. El tema resultaba inagotable para Mr. Thomas que satisfacía la curiosidad de Don Bernardo no sólo de palabra, sino en extensos relatos escritos.

"Usted —le observaba— tuvo la desgracia de separarse de su padre a una edad demasiado temprana para formarse una idea acerca de su personalidad, y ello fue una verdadera lástima." Y en seguida pasaba a trazarle un boceto del ilustre gobernante: "Era un hombre extraordinariamente dotado, y tanto su cabeza como su corazón eran de orden muy superior. Poseía una inteligencia amplia y vigorosa, capaz de concebir y ejecutar medidas de la más ardua y complicada naturaleza; tenía corazón que se deleitaba haciendo el bien a sus semejantes y que sentía amargamente sus padecimientos y desgracias. Al mismo tiempo, estaba enteramente libre de las ideas románticas de Rousseau y demás filósofos visionarios y extravagantes, tan en boga a mediados del último siglo. El hecho es que su inteligencia profunda y experimentada miraba con el más absoluto desprecio esas especulaciones; y no podía ser de otra manera, porque ellos ignoraban completamente al hombre como realmente es, en tanto que vuestro padre conocía perfectamente a la humanidad, como claramente lo demuestra el éxito de las medidas que tomó para civilizar a los salvajes pehuenches y para dominar a los orgullosos araucanos y tenaces huilliches. Muy a menudo se sonreía al pensar en las fantasías de esos soñadores como Reynal, Buffon, Rousseau, etc., respecto al

origen del hombre y de los animales de América y de la superior felicidad del estado salvaje sobre el de civilización... Cuando se hablaba de la disputa acerca de la procedencia de los pueblos de América, vuestro padre acostumbraba comparar a estos seudofilósofos (que despreciaban la ley mosaica y el natural camino de la inmigración de la costa N.E. de Asia a la costa N.O. de América) con el viajero que al llegar a la orilla de un ancho y profundo río, en vez de pasarlo cómodamente por el puente que lleva a todos los viandantes, se lanza a nado para demostrar su habilidad y perece en la demanda".

Y después Thomas se extendía sobre la obra material y espiritual del estadista que levantó ciudades, construyó caminos, alzó puentes, estimuló industrias, soñó con la evangelización de los indígenas y su mejor trato, y posó en fin su mirada en el extremo del continente, interesándose por el futuro de la región magallánica. "Usted no debe dejar nunca de tener presente ante sus ojos el ejemplo de su padre y debe constantemente tratar de imitarlo", le decía el irlandés a Don Bernardo, y el general, como en los años de su correspondencia de juventud con Mackenna, recibía estos consejos a manera de mandato póstumo y venerable del progenitor.

Esa preocupación por el progreso de Chile, que iba siéndole imperativo de linaje, debía trascender pronto del marco íntimo de Montalván y llegar hasta los hombres de influjo de su país. "El hermoso edificio de la independencia y de las libertades de nuestra patria —escribía el 24 de octubre de 1830 a Prieto— no puede detenerse en su marcha hasta concluir con su completa estructura social." Un paso de urgencia en este sentido era la incorporación a la nacionalidad tanto de los araucanos como de las demás tribus indígenas: "Yo considero a los pehuenches, puelches y patagones por tan paisanos nuestros como los demás nacidos al norte del Bío–Bío; y después de la independencia de nuestra patria ningún acontecimiento favorable podría darme mayor satisfacción que presenciar la civilización de todos los hijos de Chile en ambas bandas de la gran cordillera y su unión en una gran familia; éstas son las aspiraciones en que se ha lisonjeado mi ambición en retiro durante las horas de descanso que me ha permitido el arado y el cultivo de las tierras que, agradecidas, han proveído hasta hoy a mi subsistencia y la de mi familia". Más tarde volvería sobre el tema en carta a su amigo el comerciante Don Mariano Ramón de Arís, haciéndole presente que "ya era tiempo que la civilización de esas reducciones errantes y salvajes

se encontrase en progresos de lo que absolutamente ignoran, que es la religión cristiana y, consiguientemente, una pura moral. ¿Cuántos viven en un estado del más rudo barbarismo y reducidos al punto más bajo de la degradación humana? ¡Salvajes desnudos o monstruos sanguinarios! Si al Gran Regulador de los acontecimientos humanos somos verdaderamente deudores de nuestras portentosas libertades, ¿quién es el que piensa acerca de tan grandes victorias ganadas a los enemigos de nuestra independencia, que no admite la evidencia que esos triunfos deben considerarse como portentos decretados por una sabia y buena Providencia para el alivio de multitudes de la oprimida humanidad?"

Y de la inquietud por la suerte del hombre bárbaro pasaba ahora al interés por el adelanto industrial y económico de la patria. Sugería a Prieto algunas medidas para mejorar los vinos, que podrían así alcanzar un mercado ventajoso en Inglaterra; y también el cultivo de la avena en Chiloé, donde la temperatura fría no favorecía el buen desarrollo de la cebada y el trigo. Sobre este último advertía que su valor había disminuido por la falta de limpieza con que se entregaba al comercio, debido a que la extracción del grano de la espiga se hacía "en las trillas por las pisadas de bestias sobre terrenos llenos de arena gruesa y piedrecillas". Insinuaba, en cambio, "formar pavimentos o suelos de barro, que después de secos y libres de piedrecillas, o solados con adobe, pueda sobre ellos el trigo ser desgranado por medio de mayales, mientras que vengan de otros países de afuera máquinas de trillar".

Pero su atención iba más lejos del adelanto interno de Chile y abarcaba también su posición en el campo de la vida internacional. Aquí el cambio de ideas con John Thomas había sido por demás fecundo, y ambos soñaban con las ventajas que para el país podrían derivarse de una alianza con Gran Bretaña. No sólo importaba ésta un buen respaldo frente a posibles intentos españoles de reivindicación, sino también un contrapeso a la expansión de los Estados Unidos en el continente americano. La rivalidad comercial cada vez mayor entre Inglaterra y sus antiguas colonias, constituidas ahora en una próspera federación libre, era una razón suficiente para contar con el interés del gobierno de Londres por la alianza. Por otra parte, Chile, poseedor de una inmensa costa, de buenos puertos, de diestros marinos, estaba llamado a controlar el Pacífico. Las condiciones naturales del territorio chileno superaban, en concepto de

O'Higgins, a las de los Estados Unidos y justificaban para el primero el predominio en el mar. Tan sólo la escasez de población colocaba a Chile en un pie de inferioridad, pero esto podía solucionarse desviando al país la inmigración irlandesa que entonces iba a Norteamérica a incrementar el apogeo de una nación adversaria de Inglaterra.

Aprovechando en agosto de 1831 el regreso a Europa del capitán Fitzgerald, O'Higgins le hizo entrega en Lima de una comunicación para el capitán Coghlan, de la marina real británica. En ella el general, ilusionado con la idea de su próximo regreso a Chile, vuelve sobre sus proyectos de inmigración irlandesa y renueva sus esperanzas de un entendimiento entre ambos países. "Le incluyo —dice a Coghlan— un trabajo escrito por un íntimo amigo mío sobre un asunto que no dudo le interesará a usted. Yo no creo que el autor exagere las ventajas naturales de Chile, y si así es, cuán deseosa debería estar Inglaterra de tener un tal aliado unido a ella por los vínculos poderosos de mutuas ventajas." El memorial en cuestión llevaba por título: "Bosquejo comparativo de las ventajas naturales y de otra especie que poseen los Estados Unidos y Chile, respectivamente, para constituir una potencia marítima de primera clase en el Nuevo Mundo". En él cabían afirmaciones como éstas: "Lo único que Chile necesita es unirse a Gran Bretaña, cuya elevada y dominadora posición quedaría así asegurada para siempre... No podemos ocultar que, aun cuando la inevitable animosidad engendrada por las dos guerras que, desgraciadamente hubo entre la Gran Bretaña y sus descendientes, ha podido calmarse y, felizmente, se ha calmado en gran manera durante los últimos siete años; sin embargo, las victorias de la independencia y la gloria nacional del pueblo de los Estados Unidos, y no es poca su vanagloria, se fundan en la derrota y desgracia nacional de la Gran Bretaña y en el desmembramiento de su imperio... Por lo tanto, la existencia en el Nuevo Mundo de un pueblo grande y poderoso con tales sentimientos e intereses, a menos que sean equilibrados en el mismo hemisferio por otra nación igualmente grande y poderosa con opuestos sentimientos y opuestos intereses, en todo tiempo presentará una fuerte tentación a Francia y Rusia, para provocar una guerra con Inglaterra, comprendiendo que tal guerra conduciría inevitablemente a otra entre los Estados Unidos e Inglaterra". El memorial reproducía a continuación un violento artículo publicado por el Presidente Madison, en 1812, en que llegaba a la conclusión de que no se "debe ya esperar que los pueblos libres se

inclinen y rindan culto a los símbolos de la usurpación británica". "Así hablaba Mr. Madison —era el comentario del memorial— y así hablaba todo ciudadano de la Unión, en aquel tiempo, cuando su población no excedía de siete millones. ¿Qué dirán si la población llega al doble de ese número, lo que ocurrirá en uno o dos años? "Era, pues, necesario que los estadistas ingleses contuvieran a tiempo esta progresiva amenaza ligando su país con una estrecha alianza con Chile, a donde debía desviarse la gran corriente de inmigración irlandesa que ahora incrementaba el poder de los Estados Unidos. Si los terratenientes de Irlanda —terminaba el informe— cumplen su deber "secundando los esfuerzos y cooperando efectivamente a la ejecución de un gran proyecto de colonización, se podrán echar las bases de un imperio que abarcaría el universo: el Imperio de la Opinión Pública, basado en la verdad y la justicia, en la religión y la moral, y sostenido por las armas, en tal caso irresistibles, de Inglaterra y Chile".

7

DON JOSE Antonio Rodríguez Aldea tenía la derrota de los pipiolos como piedra angular del retorno de su héroe. Pero los acontecimientos se encargaron de sacarle de su ilusión. Por diversos lados brotaban obstáculos y oposiciones a su proyecto.

En el grupo pelucón, O'Higgins producía reticencias. Rodríguez se informó de una reunión celebrada hasta altas horas de la noche en casa de Don Agustín de Eyzaguirre, donde se reconocieron los méritos del héroe de Chacabuco, pero a la vez se recordaron las causas que habían aconsejado su salida del gobierno, estimándose que no deberían ser echadas en olvido.

Otros espiaban en secreto los pasos de O'Higgins para impedir su vuelta. Eran los componentes de una Logia masónica fundada hacía pocos años en la capital y en la que tenían ingerencia activa algunos carrerinos, como Don Manuel José Gandarillas y Don Ventura Blanco Encalada. El desterrado de Montalván se quejó colérico en carta dirigida a San Martín, el 17 de agosto de 1832, de que este organismo había interceptado y abierto sus cartas y llegó a calificarlo, en su indignación, como el sitio donde se reúne "la parte más corrompida de la nación y donde el honor y tranquilidad de distinguidos patriotas son habitualmente sacrificados a las más despreciables pasiones y a los fines de viles facciosos".

Pero no era la oposición de pelucones y masones lo que más preocupaba a Rodríguez Aldea. Una voluntad más firme que la de todos ellos reunida le interceptaba sus propósitos. Don Diego Portales, el comerciante improvisado de político con quien se uniera en el odio al enemigo común, había ido transformándose en el verdadero jefe de la revolución y su influencia en el ánimo de Prieto alejaba a éste día a día de los conciliábulos o'higginistas. Portales tenía una visión muy diferente de la del chillanejo astuto. Enemigo de las dictaduras militares y el endiosamiento de los caudillos, quería tirar una raya gruesa sobre los hombres y los ensayos del pasado, y endilgar al país por un régimen educador, capaz de imprimir en la conciencia de los ciudadanos el culto objetivo de la ley. Todo personalismo debía ser eliminado, y precisamente este último era el mal que, en su concepto, había caracterizado al gobierno de O'Higgins. De ahí que su regreso a Chile en estos instantes le pareciera un peligro para la organización del Estado nuevo y una amenaza de rebrote de las luchas partidistas y de los odios no extinguidos.

Rodríguez Aldea y su comparsa no se resignaban fácilmente a verse preteridos y movilizaron todos sus recursos en contra del jefe de los estanqueros. Pero Portales caminó más pronto. Eliminó al ardoroso o'higginista Don José María de la Cruz del Ministerio de Guerra, que tomó en sus manos, y puso un sitio tan feroz en torno de Rodríguez, que éste acabó por renunciar su cargo de senador y recluirse en su bufete de abogado.

Sin embargo, el voluntario alejamiento de Portales del gobierno y su permanencia en Valparaíso dieron alas en la mitad de 1832 a los pertinaces admiradores del desterrado de Montalván para intentar de nuevo su regreso a la patria. Ahora la iniciativa la tomaba el teniente coronel en retiro Don Vicente Claro, que mantenía con O'Higgins periódica correspondencia y sentía por él un filial cariño. El primer confidente de sus planes fue Don Agustín López, el póstumo comandante de la escolta directorial y ahora miembro de la Cámara de Diputados, cuyo auxilio era necesario, pues se trataba de despachar una ley para restituir a O'Higgins en su empleo de capitán general. Con la ayuda de López, Claro hizo un análisis minucioso del personal del Congreso y llegó a la conclusión de que contaría allí con los votos suficientes para hacer prosperar su intento. Con este diagnóstico y un borrador del proyecto se dirigió a Don José Antonio Rodríguez, que, aunque recluido en su bufete, aplaudió la idea e introdujo en el texto algunas pequeñas modificaciones. Quedaba,

sin embargo, por saber si el Presidente Prieto, tan entregado a la influencia de Portales, se atrevería a prohijar esa iniciativa, y tocó a López el indagarlo.

Pasó a palacio y, con discreción, hizo rodar la charla hacia O'Higgins. Le preguntó si había recibido carta de él, a lo que Prieto contestó negativamente, pero que tenía noticias de que se hallaba muy bien de salud. "Y sobre su venida, ¿qué me dice usted? ", le lanzó López. "Hombre, me dicen que no quiere venir", respondió el Presidente, con sentimiento en el rostro. Envalentonado, el visitante añadió: "Pues, señor, me dicen se va a hacer moción en la Cámara de Diputados para que sea repuesto en su empleo y honores, y que en este caso vendrá pronto". "Ojalá dieran ese paso —le dijo Prieto—, lo celebraría mucho". E instó a López a tomar la iniciativa. Este se excusó alegando carecer de luces para dar cima a una gestión de esta especie, pero se encargó de añadir que existían amigos capaces de hacerlo en buena forma, sobre todo al saber que contaban con el apoyo presidencial.

Se trataba ahora de encontrar el parlamentario capaz de suscribir la moción y de garantizar con su prestigio el éxito de la misma. Claro se movió activamente, pero no le fue fácil hallar al hombre resuelto que quisiera servir de campeón de una causa tan discutida. Las excusas se multiplicaron y el temor de que Portales, informado por sus adeptos, regresara a Santiago a poner atajo a la maniobra, hizo a Claro redoblar su actividad. Una entrevista con el diputado Don José Gaspar Marín, en la tarde del 12 de julio, le dejó al fin tranquilo. Sin reticencia de ninguna especie, y con la abierta espontaneidad que le caracterizaba, Marín le expresó que, no una, sino mil mociones de esta especie suscribiría, pues al reconocimiento de los grandes servicios de O'Higgins a la patria había que agregar su particular gratitud por las distinciones y muestras de confianza que él había recibido. Claro le abrazó con entusiasmo, asegurándole que su noble actitud le cubriría de gloria, y al día siguiente le enviaba en una esquela las últimas indicaciones: "Usted procurará sentarse lo más cerca posible de la Mesa, para que, conforme se acabe de leer el acta, se pare y entregue la moción al Presidente, pidiendo que el secretario la lea en alta voz. Acto continuo mandará el Presidente pase a la comisión respectiva, y no hay necesidad de hablar en pro ni en contra, que eso se reserva para la discusión".

Las cosas se hicieron exactamente así, y todo parecía indicar que una vez llenados los trámites legales, sería restituído O'Higgins en los honores de capitán general. Pero un día, en

forma inesperada, se llamó a Marín al palacio de gobierno, y allá se le rogó que retirara o hiciera dormir la moción, pues se había escrito a Don Bernardo instándole a regresar al país para que activara en persona el despacho de la ley rehabilitadora. En efecto, el 17 de julio salía para Montalván una misiva, donde Prieto se esforzaba en conciliar su antiguo afecto por O'Higgins con el temor de desagradar a Portales, cuyo apoyo le era indispensable. Quería el retorno del héroe y estaba dispuesto a patrocinarlo, pero ya no se atrevía como antes a cooperar en la ley de rehabilitación de grado. "Por más que me persuada de su justicia y fundamento —afirmaba a Don Bernardo, buscando medio de excusar su actitud—, y por más vivo que sea el interés que tomo por la mejor suerte de que es digna su persona, tengo que pasar por el dolor de no obrar en el momento, como primer magistrado de la República, de la manera que convenía al más justo desagravio de su honor y aún al del país. Pero, mi querido amigo, es preciso repetir que el único obstáculo para no proceder así es la impotencia en que me ponen las leyes del Estado que he jurado observar; al menos en cuanto al restablecimiento de su alta clase militar." Le acompañaba, sin embargo, una licencia para venir a Chile, con estas palabras: "Aunque el honroso pasaporte que se concedió a usted el año 23 era suficiente para emprender su regreso el día que quisiese, sin tener obstáculo alguno, me he determinado a hacer extender el que incluyo, lleno de un puro gozo, por si acaso hubiera usted creído que este documento era de necesidad para emprender su viaje. Verifíquelo usted, pues, el día que usted guste, y venga a consolar con su vista el suelo chileno que lo numera entre sus mejores hijos, y a satisfacer también mis ardientes votos. Cuando haya llegado este momento feliz, usted se hallará en la mejor oportunidad de solicitar por sí mismo ante la nación el restablecimiento de su grado militar, honores, etc., pues de otro modo cualquiera gestión de amigos en su favor no podrá tener el feliz y acertado éxito que es de esperar, y quizá sería aventurar éste, si cualquiera diligencia se practicase con espíritu imprudente y exaltado".

Era bien desalentador para Don Bernardo el término a que habían llegado las gestiones de su amigo Claro: La actitud tímida de Prieto le amargaba el espíritu y le colocaba en la disyuntiva de renunciar a la patria o abatir el orgullo y volver a ella despojado de sus legítimos títulos y honores. A esta dolorosa prueba de la ingratitud de Chile venía ahora sumada su honda preocupación por el porvenir económico de su familia. Doña Ignacia Novoa,

mujer del mariscal realista Don Manuel Arredondo, antiguo propietario de Montalván, había deducido acción reivindicatoria de la hacienda ante el Congreso peruano, y, aunque éste confirmó a O'Higgins en su posesión, los recursos a que tenía que echar mano para trabajar las tierras iban siendo para él un gravamen cada día más abrumador. Crecían las deudas de manera alarmante y la mantención de los suyos se iba haciendo dificilísima. Quizá en Chile las cosas podrían andar mejor, y en busca de tal remedio ya parecía resignado a la humillación de volver degradado. Pero ¿cómo dejar atrás sin cancelación los créditos pendientes? "Debo seis mil pesos —confesaba en marzo de 1833 a su incondicional partidario Don Mariano Ramón de Arís—, y un hombre honrado no vuelve jamás la espalda a sus acreedores sin satisfacerlos, porque no tienen la calidad de diez mil más, que hipotecando mis tierras están a interés forzoso de diez años; no es esto sólo: debo dejar con qué mantener a mi familia y costear mi viaje, que también requiere algún dinero; todas éstas son cosas que no se hacen en un mes ni en dos... Vea usted, mi buen amigo, la verdadera causa de mi dolor y de mi pena por los obstáculos y embarazos que hasta el presente han obstruido mi regreso a reunirme con mis compatriotas, importa muy poco no sea con el título vacío de ciudadano, que en el día nada significa mientras conserve la vida para guardar el más noble de todos y que no puede ser usurpado, que es el de chileno de nacimiento".

8

LA CIUDAD DE Lima era un hervidero de intrigas políticas. De una parte las diferencias diplomáticas cada vez más acentuadas entre Chile y el Perú por motivos comerciales; de otra, los peligros de ruptura de este país con Bolivia contribuían a la tensión de los espíritus. Pero existía aún un tercer factor de inquietud, y era el nacido de los emigrados que lanzara a esas playas el triunfo de Lircay. Diversos en calidad moral y temperamento, se hallaban, sin embargo, unidos por un odio irreconciliable hacia Portales, el nuevo amo de Chile que, como a díscolos y maleantes, los había arrojado del país. No era ya sólo el general Freire el que sufría en tierra extraña los reveses de la fortuna política, sino también el ex ministro Don Carlos Rodríguez, fogoso hermano del sacrificado guerrillero Don Manuel; Don José Joaquín de Mora, hombre de buenas letras castellanas, ironista implacable y maestro de la

juventud pipiola, y hasta el "gabacho" Pedro Chappuis, aventurero procaz y sin altura. Todos soñaban con el derrocamiento de pelucones y estanqueros, y sus pensamientos iban sólo tras las conspiraciones y revueltas. Pero más fácil era lucubrar planes que ponerlos en práctica. ¿Cómo operar eficazmente a la distancia? ¿Qué régimen podía sustituir al actual cuando los dos pasibles candidatos al poder, O'Higgins y Freire, se hallaban divididos por hondos rencores y de seguro no se cederían sus fuerzas?

De todos los emigrados, el español Mora era el más resuelto y perspicaz, y comprendió que la reconciliación de los dos caudillos era el paso más efectivo que desde luego podía dar en contra de Portales. Puso, pues, especial interés en acercarse a O'Higgins y ganar su confianza, lo que consiguió con facilidad. Blando y confiado por naturaleza, pareció éste olvidar muy pronto los ardorosos versos que Mora había dedicado a glorificar a los Carrera con motivo de la repatriación de sus cenizas, y en ellos, sobre todo, la invocación al Hacedor para que de su trono "grato perdón descienda al asesino". Ahora no veía en el poeta sino al hombre de inteligencia chispeante que le tendía su mano envuelta en una hojarasca de palabras admirativas. "La bondad de usted, mi apreciado amigo —le escribía ya Don Bernardo, en noviembre de 1831—, me distingue más de lo que merezco en sus reflexiones sobre lo pasado en Chile." Y como los vínculos iban haciéndose cada vez más estrechos, le propuso entonces acompañarle para el verano a las playas de Cerro Azul, donde pensaba trasladarse con su familia. "Oportunamente, con su aviso, le mandaré criados, caballos y mulas para que lo traigan aquí", le agregaba con afabilidad. Pero la intriga política estuvo a punto de enviar a Mora a las garras de la muerte antes que a las saludables aguas del mar. En marzo de 1832 se descubría en Lima un complot contra el Presidente Don Agustín Gamarra, y el incorregible aventurero español apareció en él mezclado. Sólo la valiosa intercesión de O'Higgins pudo librarle de pagar quizá en el cadalso su insistente vocación de conjurado. Y si esto no le trajo mayor enmienda, le afianzó al menos en el afecto hacia el hombre que le salvaba la vida.

La desilusión de O'Higgins frente a la conducta de Prieto era el instrumento de que esperaba servirse Mora para inclinarlo a encabezar una revuelta en contra de su gobierno. Pero el general, triste y desalentado por la defección de uno de sus mejores amigos, no albergaba propósito alguno de venganza y persistía en

su resolución de mantenerse al margen del juego político. En una de las tantas ocasiones en que Mora pretendía arrastrarle a sus planes, Don Bernardo le contestó: "No, mi amigo. Ya ha pasado el tiempo de los hombres de la independencia. Mi suerte, por fortuna, ha sido mucho menos cruel que la del mayor número de los promotores y cabezas de ese movimiento. En alguna parte he leído que Maquiavelo decía que los que disfrutan de las revoluciones se burlan de los que las hacen. Dejemos que se cumpla esta ley inexorable de los acontecimientos humanos. La historia nos hará justicia".

No se desalentaba, sin embargo, el español, y se solazaba aún con la esperanza de reconciliar a O'Higgins con Freire, pues ya era indicio favorable de que el primero jamás le hubiera hablado mal de Don Ramón. Una noche, en la tertulia de Montalván, el "gabacho" Chappuis, creyendo, sin duda, complacer al dueño de casa, se puso a desacreditar a Freire. Mora saltó entonces a defender al ausente con lealtad y calor, produciéndose entre ambos aventureros un violento altercado. Disuelta la reunión, Mora se acercó al general a rogarle que excusara su actitud; pero éste le atajó de inmediato: "Me ha llenado usted de gusto; yo no puedo aprobar que en mi presencia se hable mal de un patriota chileno".

O'Higgins no opuso resistencia al pedido de Mora de que le permitiera servir de mediador con su rival. Estaba dispuesto a olvidar la ofensa que le había inferido Freire al borrar su nombre del ejército de Chile. Pero sobre este vejamen tendría que soportar otro. Don Ramón se negó a recoger la mano que se le tendía y sólo tuvo para su émulo palabras de injuria y animosidad. Y el mismo intermediario, muy teñido de o'higginismo, acabó siendo mal visto por algunos de los emigrados, tales como el efervescente Don Carlos Rodríguez, cuyo odio a Don Bernardo, presunto asesino de su hermano, estaba lejos de extinguirse.

Al llegar el mes de abril de 1833, se supo en Lima el fracaso de una conspiración fraguada en Santiago contra el gobierno, y en la que se señalaba como participantes a dos amigos de O'Higgins: Don José Ignacio Zenteno y Don Joaquín Arteaga. Mora se dio a comentar la noticia en términos exagerados que desagradaron a Freire y Rodríguez, persuadidos más bien de que el complot no era tal, sino una simple jugada de Prieto y los estanqueros para deshacerse de alguna persona que les incomodaba. Pero Mora, con la imaginación revuelta y el tino olvidado, salió por las

columnas de "El Mercurio", de Lima, a explicar los hechos a su manera: un grupo de personas de importancia habría tratado de apoderarse de Prieto, colocar en su lugar al general Aldunate y llamar a O'Higgins para entregarle en definitiva el mando. "Este es el proyecto que existía, que existe y que existirá hasta su consumación —añadía Mora, en un desenvuelto panegírico a su ídolo—. La nación entera llama al general O'Higgins como al único que puede emanciparla del yugo afrentoso que la agobia, lavar la mancha de degradación que la contamina y renovar los días de gloria y prosperidad que disfrutaron los chilenos bajo su ilustre administración. La ausencia del general O'Higgins es un peso para los chilenos honrados; es una acusación de negra ingratitud de que está muy lejos de ser reo la inmensa mayoría de la nación. Ella compara con ese gran patriota los hombres obscuros que se han entronizado, a fuerza de dinero y de intrigas, en una silla que no tardará en ser ocupada por el fundador de la libertad chilena".

Leer este artículo Don Carlos Rodríguez y ponerse como un energúmeno fue una misma cosa. ¿Era tolerable que de los esfuerzos que aún hacían los pipiolos en Chile para derrocar la dictadura de los estanqueros pretendiera adueñarse O'Higgins para rehacer su pedestal caído? Esto no lo podía soportar, y metiendo la pluma en lo peor de su bilis, echó a la circulación un "Alcance a "El Mercurio Peruano", que era lluvia de piedra y de lodo sobre el dueño de Montalván. Pasando revista a la vida del general, no dejó en ella cosa buena: "Su brincada elevación a la carrera pública la debió exclusivamente a sus torpes bajezas y execrables maldades... Se sometió con la más ilimitada y estúpida sumisión a San Martín para ser el feroz verdugo de sus paisanos... En aquellos calamitosos años (de su gobierno) nada fue capaz de contener el vil desenfreno del indigno mandatario de Chile. El asesinato y el robo de las rentas públicas y de la fortuna privada se erigieron en sistema, y la desmoralización llegó a su colmo... En fin, los horrores de todo género continuaron siempre en aumento progresivo, hasta que en 1823 la república levantada en masa declaró que el tirano debía caer, y cayó, en efecto". Y aludiendo al acercamiento de Mora a O'Higgins y a la resistencia de Portales para permitir el retorno de éste a la patria, agregaba: "Si hay miserables que con la máscara de liberales se presten a tan despreciables medios bajo la patraña ridícula de que es preciso dividir a los o'higginistas del Estanco, aprovecharse de ellos para después darles en la cabeza, no hay que hacerles caso. Esos son

cuentos para cubrir sus rastreras aspiraciones y para alucinar a sólo los necios. Lo que se llama Estanco neto hace tiempo que se ha pronunciado terminantemente y aún desde los principios que no quiere a O'Higgins ni a o'higginistas, si no le son sometidos, abjurando eternamente de sus alevosas atrocidades. El hombre de más influencia en el día sabe muy bien que, aunque cometiese los mayores extravíos, todos desaparecen con el solo mérito de haber contenido aquella horrorosa facción que ya se lisonjeaba de asomar su espantosa cabeza. El ha obrado y obra de frente; imítenle si pueden, y si no, sométansele más bien."

Mora, camorrista de profesión, no dejó pasar la oportunidad de lucir su ingenio venenoso, y luego corrieron por Lima estos versos que dedicó: "Al más ridículo de los leguleyos de Chile, ci–devant Ministro de Estado":

La enorme masa de su vientre inmundo
revuelca en fango el cerdo pestilente,
y en fango baña el hemisferio ingente
en cuyo hueco cabe medio mundo.

Mas llega el carnicero furibundo;
cobarde el monstruo gruñe tristemente
y en la fétida entraña al cabo siente
punta acerada con dolor profundo.

¡Carlos! , ése es tu tipo; en vituperio
y en calumnia tu torpe fantasía,
cual tu patrón en suciedad se engolfa;

desempeña tan digno ministerio;
no faltará, oh buen Carlos, quien un día
en tu espalda brutal toque la solfa.

El aludido, que a falta de luces literarias tenía en exceso procacidad y encono, respondió presto con otra feroz andanada, que tituló: "Al más vil bufo de la literatura, José Joaquín de Mora, antes, ahora y siempre muy sesos de viento". Lo que más le hería era que el español le pusiera entre líneas como sirviente de Freire, y por eso estalló: "Bien veo que sólo por desahogo me quieres suponer un patrón, y esto ciertamente me pica, porque mi fiebre es por mi independencia personal. Tú, que siempre has sido y serás el siervo de los siervos servísimos, y que estás

acostumbrado a vivir en concurso de acreedores, está muy bien que lo tengas; pero yo no, y si no, nómbralo." "¿No te acuerdas, gañán ratero de las letras —le decía en otra parte, subrayando la versatilidad política de su contrincante—, que tú hiciste las poesías en las exequias de los Carrera?" Y volviéndose después con toda furia hacia el mayor blanco de sus odios, estampaba: "Oprobio eterno a Don Bernardo O'Higgins, matador alevoso, ladrón público, facineroso consuetudinario, hipócrita refinado, profanador habitual de la religión del género humano, vil, bajo, infame, pérfido, ruin, indigno del trato de los hombres de bien, delincuente en toda clase de crímenes, etc.".

Ya era esto demasiado para que en Montalván no se operara una reacción. Y O'Higgins, bajo el patrocinio del abogado limeño Don Juan Ascencio, denunció ante los tribunales peruanos los injuriosos escritos de Rodríguez. Sobre esto decía el 3 de agosto a su amigo el general Don Juan Gregorio de Las Heras, que vivía en Santiago: "No me quedaba por otra alternativa más que tratar estas producciones calumniosas con un desprecio silencioso, o probar las falsedades contenidas en dichos papeles. La invencible repugnancia que siempre he tenido de hablar de mí mismo me habría decidido a seguir lo primero al no sentir que el honor y reputación del fundador de la independencia de su patria son, no solamente la propiedad de la nación, sino propiedad de tan inestimable valor que era mi forzoso deber defenderlos de un modo el más positivo".

Llegó el día 10 de agosto, y ante el jurado de imprenta, reunido en una sala del Ayuntamiento de Lima, que llenaba un inmenso público, el doctor Ascencio formuló la acusación contra el libelo de Rodríguez. Su alegato fue ante todo un glosario de abundantes documentos llamados a justificar y enaltecer la conducta de O'Higgins desde los primeros años de la independencia. Al término de su erudita y extensa exposición, los asistentes y miembros del tribunal pusieron toda su curiosidad en las razones que aduciría la parte contraria por boca del doctor Paulino Roldán. Pero el defensor del libelista, por más esfuerzos que hizo, no logró establecer con pruebas fehacientes la veracidad de los tremendos cargos de su cliente en contra del honor de O'Higgins, ni destruir el mérito de la documentación por éste acompañada. Después de corta deliberación, los siete jurados declararon injurioso el "Alcance a "El Mercurio Peruano", y el juez de derecho, que presidía el acto, condenó al delincuente a dos meses de cárcel y multa de ciento cincuenta pesos.

Pero la sentencia no pudo ser cumplida, porque Don Carlos Rodríguez logró a tiempo emprender las de Villadiego, a pesar de la solemne promesa hecha a la justicia de que no saldría de Lima "aunque esté el cadalso a la vista". Sobre el pobre fiador José Coppola, dueño de la "Fonda Francesa", donde alojaba el violento pipiolo, vino a recaer todo el peso de la sentencia. Pero O'Higgins pidió para Coppola el relevo de su obligación y, asimismo, se desistió de perseguir al reo. De esto escribía a su amigo San Martín, entonces establecido en Francia: "Era necesario otro triunfo importante para reconocer el favor que la mano visible de Dios me había concedido en mi justificación, y éste era el vencimiento de mis pasiones conmovidas por mi amor propio. También me concede el Altísimo esta gracia; perdono al reo y en él a todos mis calumniadores; le permito el escape, porque no podía evadirse de las leyes, y regresa a Chile, su país, llevando consigo la evidencia de lo justo y lo injusto, y la prueba incontestable que jamás triunfarán contra la inocencia la iniquidad y la malignidad".

Sin embargo, la cosa no iba a concluir ahí. La publicación de la defensa del doctor Ascencio, en la que había metido su pluma Don José Joaquín de Mora, vino a desatar los rencores de los carrerinos de Chile. Era demasiado duro el juicio allí emitido sobre los ajusticiados de Mendoza y la víctima de Tiltil, para que sus amigos no reaccionaran con energía. Desde las columnas de "El Araucano", las emprendió Don Manuel José Gandarillas contra el expatriado de Montalván, en una serie de artículos que importaban una verdadera historia de las actuaciones de O'Higgins miradas desde el ángulo más adverso. "Las cenizas de los Carrera, honradas por la nación, y la sangre de Rodríguez, llorado por todos los patriotas —decía el implacable Gandarillas en el prólogo de sus escritos—, serán vengadas de los insultos que les ha prodigado el doctor Ascencio, porque es imposible que los hombres de raciocinio, entre los cuales sólo debe buscarse la verdadera reputación, dejen de convencerse de nuestras reflexiones y de los documentos que presentaremos, aunque no con la abundancia empalagosa que lo ha hecho Don Bernardo."

O'Higgins veía así deshecha en su misma patria la rehabilitación alcanzada en Lima. Todo parecía conspirar en contra de su retorno a Chile y del olvido de los odios cosechados como soldado y gobernante. No sólo se le cerraban violentamente las puertas del hogar, sino que se le desconocía todo mérito y ni una palabra de gratitud brotaba de labios chilenos para bendecir

su nombre. El olvido frío e implacable, cuando no el recuerdo preñado de rencores, eran los únicos presentes que le brindaba la tierra que él, a riesgo permanente de su vida, engendrara a la libertad.

Era difícil impedir que llegasen hasta el cuerpo los dolores del alma y que los desengaños acabaran por debilitar el físico. Primero fue un ataque de terciana a la cabeza lo que le tuvo seriamente postrado, y después, por más de dos meses, una erisipela en los dedos de un pie. Su ánimo abatido corría tras la paz y el sosiego íntimos, pero los incorregibles aventureros de la política no se resignaban a sentirle ajeno a sus intrigas y le seguían acosando con cartas y visitas.

De nuevo Mora insistía en la reconciliación con Freire, y en esta tarea le ayudaba, con singular empeño, el coronel Don Pedro José Reyes, uno de los vencidos de Lircay. Ambos hablaban al general de las buenas disposiciones que ahora mostraba Don Ramón y le urgían a presentarse en Lima para consumar el arreglo. O'Higgins eludía el viaje parapetándose tras su salud herida y sus graves inquietudes económicas, pero en el fondo temeroso de que esta invitación no sirviera sino para envolver de nuevo su nombre desdorosamente en los tejidos poco limpios de los politiqueros. Por otra parte, el humillante desenlace que para él había tenido el primer paso de avenimiento dado por Mora le hacía mirar el segundo con mayor circunspección. Le parecía ridículo que un simple banquete, como se le sugería, fuera por sí solo capaz de borrar tantos enconos, mientras Freire no hacía aún por su lado ademán alguno de reparación. Se decidió, pues, al fin a poner término a esta renovada ofensiva y escribir claro a Reyes, como lo hizo el 12 de agosto de 1834. "No es por este medio —le decía, aludiendo al banquete— que se restablece la paz y la unión interrumpida por una serie de años. La verdadera base que haya de darle solidez y consistencia parte del principio, siempre adoptado en esta clase de transacciones, que es satisfacer mutuamente los errores políticos y los dicterios prodigados con el ardor de las contiendas políticas, y borrar para siempre hasta la memoria de las causas y de los nombres que dividieron el alma que residía en los hombres honrados que eran el apoyo del orden y la prosperidad pública. Este paso preliminar es el que de buena fe abre los brazos y los estrecha hasta el corazón del amigo, y éste es el que recobra y sella para siempre una verdadera amistad. Si se ha explorado mi voluntad (resuelta muchos años hace, en lo anterior, al olvido de lo pasado, a la paz y a la equidad que ordena

la suprema ley), se encuentre igualmente que en las cosas exteriores del mundo se ha pronunciado con la nobleza que corresponde, y es también notorio en Chile y el Perú. Ahora hable la imparcialidad. El general Freire, ¿ha escrito y firmado alguna cosa conducente a una reconciliación que haya de satisfacer los votos de Chile y los de sincera amistad? Siendo públicos los motivos, notorios deben ser también sus desenlaces. Se dirá, quizá, que él llenó este deber en la licencia y pasaporte que firmó para mi venida al Perú. Y bien, ¿han pasado por el mismo crisol las cosas sucedidas posteriormente? La nación chilena no puede ser indiferente a este deber sagrado, sino lamentarse en su retardación, porque sabe por experiencia que la columna más sólida del poder nacional es la gloria nacional, y que el más sagrado patriotismo y espíritu público más inflexible se vivifican más velozmente por la memoria de los triunfos de la patria y las hazañas de sus hombres. Dejemos pues , que las cosas de verdad ocupen con propiedad este lugar, y entonces se dirá, también con propiedad, que esta paz y esta unión no son superficiales ni están edificadas en la arena."

Esta resuelta actitud de O'Higgins acabó en el suelo con todas las ilusiones de Mora. Malquisto entre los peruanos por su intrusidez en la política criolla y apenas soportado por los pipiolos chilenos después de su escandalosa reyerta con Don Carlos Rodríguez, el errante polemista y literato fue a tentar a Bolivia mejor suerte y nuevo campo para sus inagotable cubileteos.

9

DESDE LA REUNION que los nuevos Estados americanos habían tenido en Panamá en 1826, accediendo a la invitación de Bolívar, un anhelo persistente de unidad seguía inspirando a sus mejores estadistas. Aquel primer impulso de entendimiento colectivo no había alcanzado su plena maduración, y México, que quería dar un más resuelto paso en este sentido, se empeñó en buscar el apoyo de las diversas repúblicas del continente en favor de la convocatoria a un nuevo Congreso americano. Así, al través de Cañedo, su agente diplomático en Lima, llegó también al gobierno del Perú la noticia de este propósito y la renovada solicitud de su concurso.

El Presidente Don Agustín Gamarra no quiso adelantar

opinión sin una previa y reposada consulta, y creyó encontrar en Don Bernardo O'Higgins el consejero de más peso en asunto de tal importancia. Sabía de su gran espíritu americanista y de la conformidad de miras que al respecto había tenido con el Libertador Bolívar, y al buscar su juicio esperaba recoger el fruto de una valiosa experiencia. O'Higgins, que en medio de sus contrariedades y decepciones seguía observando con vivísimo interés el desarrollo de las nuevas repúblicas, satisfizo sus deseos en una extensa carta suscrita el 18 de septiembre de 1833.

No podía olvidar la parte que le había tocado en la gestación de la idea de hermandad continental y, por eso, en su misiva al Presidente del Perú, trajo al recuerdo el manifiesto que lanzara después del triunfo de Maipo, llamando a constituir la "gran confederación en el continente americano, capaz de sostener la libertad política y civil". Esta proclama había sido el punto inicial de su amistad con Bolívar, pues éste, luego de conocerla, envió a Don Joaquín Mosquera para concertar un tratado con Chile. "No puede dudarse que si yo hubiera continuado en el gobierno de mi país por un poco de más tiempo –añadía a Gamarra–, el Congreso de Plenipotenciarios se hubiera reunido en el corriente de 1823, o, a más tardar, en el año 1824, y en ese caso hubiera realizado la esperanza y deseos del general Bolívar y los míos propios." Sin embargo, el destino quiso que para salvar a la patria "de la mayor calamidad nacional, cual es una guerra civil", abandonase el poder y se alejara del terruño, aunque la lucha aún no terminada del Perú vino a proporcionarle otro campo de acción y una oportunidad más de exhibir sus sentimientos americanistas.

Dejando de mano sus propósitos de viaje a Europa, había ofrecido su espada a Bolívar, resuelto a trabajar con ahínco en la liberación de la patria hermana. "Fue en tan crítica y difícil coyuntura –estampaba en su carta– que el general Bolívar y yo, después de muy detenida meditación, convinimos (...) reunir un Congreso general de plenipotenciarios, aprobado por todas las nuevas repúblicas, con el fin de establecer una unión general y un sistema de mutua cooperación y que al mismo tiempo discutiese y resolviese acerca de las medidas que pareciesen más eficaces para defender y conservar la libertad e independencia de la América del Sur contra la España y la Santa Alianza." No fue posible celebrar con la premura deseada dicho Congreso y cuando vino a efectuarse en Panamá, en 1826, ya los objetivos principales de su convocatoria estaban caducados. La victoria de Ayacucho había

concluido con el poder español en América, y la Santa Alianza quedaba descabezada con la muerte del emperador Alejandro de Rusia.

¿Cuál iba a ser el fin del nuevo Congreso? Desde luego, parecía a O'Higgins absurda la idea de Cañedo, el diplomático mexicano, de que le correspondería "acordar las bases del derecho público o Código Internacional que debe regir las nuevas repúblicas". Comentando esto a Gamarra, le decía: "No haré al buen juicio y discernimiento de V. E. el agravio de hacerle la más pequeña observación para probar la gran locura y lo absurdo de la idea de que los representantes de media docena de repúblicas nacientes, que se hallan aún en la infancia, puedan, por su decisión, transformar las bases del derecho público, bases fundadas sobre la roca de la razón y de los principios de bien general, y, por lo tanto, establecidas desde hace siglos por el mutuo consentimiento de las más poderosas y civilizadas naciones del orbe".

Pero si esta ambición del agente mexicano parecía a O'Higgins desproporcionada y hasta grotesca, otros de los puntos de su plan le resultaban aceptables, como el de que los Estados americanos se ofrecieran recíproco auxilio en caso de guerra exterior, de que previnieran a tiempo sus posibles conflictos internos y de que, a manera de corolario de esto último, se entrara a determinar, desde luego, con precisión el territorio propio de cada república.

A todo este temario creía él necesario añadir otros dos asuntos de importancia. Uno era el estudio del "mejor medio de educar el pueblo, objeto –decía a Gamarra– que siempre he considerado como de la más trascendental importancia porque sin educación la libertad y la independencia no son más que voces vagas y sonidos que se pierden en el aire"; y el otro, el de gestionar con los capitalistas ingleses la conversión de los bonos de las diversas deudas nacionales en acciones de bancos que en cada país tendrían la misión de fomentar la agricultura, la minería y el comercio.

Era, sin duda, un programa nutrido el que así se adjudicaba al futuro Congreso americano. En él no se cedía espacio a la vana y artificiosa palabrería diplomática y, en cambio, se buscaba la solución concreta a urgentes problemas comunes de las jóvenes repúblicas.

DESDE LOS TIEMPOS en que Bolívar había echado las bases políticas del Perú, la república vivía en un continuo estado de perturbación. Derrocado en 1827 el general La Mar por el general Don Agustín Gamarra, el gobierno de éste se realiza entre intrigas y asonadas. Y cuando en diciembre de 1833 concluye su período y debe entregar el mando a Don Luis José Orbegoso, las conspiraciones y motines no se detienen. Ahora aparece un nuevo caudillo, y es el valiente y ambicioso general Don Felipe Salaverry, que se apodera de Lima mientras el Presidente huye al Sur a organizar la resistencia. Ya en mayo de 1835, el jefe de la revolución domina en casi todo el país, y Orbegoso se mantiene escasamente en Arequipa.

En el retiro de su hacienda contempla O'Higgins con tristeza cómo va consumiéndose en la desintegración una tierra que él ayudó a libertar. La sola idea de que se le pudiera comprometer en causas tan poco nobles le repugnaba en extremo, y cuando, el 7 de enero de 1834, el ministro de guerra de Orbegoso, Don José Villa, le expresó su extrañeza porque siendo Gran Mariscal del Perú no concurría a las órdenes del gobierno a reprimir una de las tantas sediciones, Don Bernardo le respondió, desde Cerro Azul, donde se hallaba convaleciendo de sus últimas dolencias: "Séale permitido, señor Ministro, al que suscribe, decir en contestación a la citada nota circular de US., que después de la gloriosa campaña que concluyó con la memorable victoria de Ayacucho, envainó la espada que desde el primer día de la sagrada insurrección sudamericana estuvo siempre desnuda contra los enemigos de nuestra patria común y en su lugar empuñó otra vez, el que firma, el arado que había soltado por la sola razón de consagrarse a la libertad de América".

Su único deseo era estar lejos, muy lejos de esa vergonzosa reyerta de hermanos, y así se lo decía al general San Martín en mayo de 1836: "Yo que, como usted, mi querido compañero, sabe, fui siempre tan solícito en tomar armas en la guerra de independencia, en las contiendas civiles soy un gamo, que ni el más diestro cazador o el más veloz galgo me encuentran ni me alcanzan; tomé, pues, las de Villadiego, y a favor de las tinieblas de la noche atravesé con mi familia ríos casi a nado, evitando la vigilancia de montoneras, bandidos y salteadores que cubrían los pasos y caminos principales hasta llegar a mi Tebaida de Montalván, para no oir ni saber lo que pasaba en esta región de contiendas y guerras civiles".

480

Las cosas, entretanto, se complican cada vez más. Un nuevo personaje ha saltado a la palestra y es el ex Presidente Gamarra, enemigo jurado de Orbegoso. Ahora llega de Bolivia, donde ha buscado la alianza de su jefe, el general Don Andrés de Santa Cruz, mestizo hábil y cargado de ambiciones que sueña con la restauración del gigantesco imperio de los incas, de los cuales pretende descender por su madre. Gamarra, con la promesa de su ayuda, tras la que se vislumbra un propósito poco leal, penetra en los departamentos sureños de Puno y Cuzco y los subleva en favor de la confederación Perú–boliviana. Pero el aliado de la víspera invade, asimismo, poco después el territorio del Perú y se pone del lado de Orbegoso, que delega en sus manos el mando político de las pocas regiones que aún le obedecen, y marcha contra Gamarra, a quien derrota. Después sigue contra Salaverry, que le ha declarado la guerra a muerte, y al cabo de una breve campaña se adueña de todo el Perú, y pasa al adversario por las armas. El territorio del país queda fraccionado en dos Estados: Nor y Surperuanos, reunidos en la Confederación Perú–boliviana, que tiene a Santa Cruz por Protector.

Todas las ilusiones del descendiente de los incas parecen ir cumpliéndose y ya medita un nuevo golpe que le hará dueño del Ecuador. Pero todavía queda una incógnita por despejar. Hay en la extremidad austral un pueblo que, movido por la voluntad recia de un hombre superior, ha consolidado de manera sorprendente su vida política y muestra una fisonomía nueva y vigorosa. ¿Se mantendrá impasible ante el súbito nacimiento en sus fronteras de la gran Confederación? ¿Y esa rivalidad comercial, arrastrada desde varios años y ahora en aumento, no llegaría a ser un punto en extremo peligroso, cuando a ella se iba sumando el hecho de que en el Perú y en Chile los emigrados políticos conspiran sin descanso contra los regímenes de sus respectivas patrias?

Por lo que toca a Don Ramón Freire, el tiempo no se ha perdido. Sus anhelos de regresar al hogar y también el odio hacia su émulo Prieto y el omnipotente ministro Portales dirigían cada uno de sus pasos. En los días de fortuna de Salaverry se esforzó en vano por obtener su ayuda para expedicionar a la patria, y ahora merodeaba en torno de los amigos de Santa Cruz, muy molestos, como el caudillo, de que en Chile se diera albergue a algunos de sus enconados enemigos políticos. Orbegoso, que mandaba nominalmente en el Estado Norperuano, escribió al Protector sobre estas gestiones no ocultándole las esperanzas de que el resentimiento de Don Bernardo hacia Prieto ayudara a su

reconciliación con Don Ramón y, en último término, a utilizar a los dos para derrocar el régimen portaliano: "Los generales O'Higgins y Freire son mis amigos y ambos desean una variación de gobierno en Chile. Ambos me aseguran que sucederá indefectiblemente y que está muy cerca. El segundo me ha visto confidencialmente y asegurado que tiene todos los medios y que contaría con seguridad de éxito si yo le proporcionase un buque con municiones y algunos cañones en bodega y fusiles. Yo le he contestado que, aunque mi deseo sería ver variado un gobierno que nos hace tantos males, no daría paso alguno sin acuerdo de usted en asuntos de tanta gravedad. Lo mismo le he contestado cuantas veces me ha vuelto a hablar. En la última me manifestó que era el tiempo preciso, y que las cosas en Chile habían llegado a su término y los momentos eran apreciables; le aseguré mi respuesta a la primera entrevista con usted; mas, demorándose ésta, y viendo por su estimable citada que coincidíamos exactamente, he escrito al general Morán para que haga una visita al general Freire y con toda reserva le diga que estamos convenidos y que tome con el mayor sigilo sus medidas, que a nuestra llegada a Lima acordaremos sobre todo. El general O'Higgins, como usted sabe, no está con Freire, pero podremos unir ambos partidos. Me repugna, sin duda, turbar un gobierno establecido; pero estoy cierto de que no podemos organizarnos teniendo por enemigo aquel gobierno, y que refugiados allí todos nuestros enemigos, nos atacan como de un baluarte".

En esos días los deseos de Freire se vieron ampliamente satisfechos. El gobierno peruano declaraba que por razones de economía iba a proceder al desarme de parte de su escuadra, y Don Ramón y sus amigos pudieron tomar en arriendo, con grandes facilidades y por interpósitas personas, a fin de guardar todas las apariencias, dos de los buques dejados fuera de servicio. Con rapidez el bergantín "Orbegoso" y la fragata "Monteagudo" eran equipados para un supuesto viaje comercial a Guayaquil y Centroamérica, sin dejar por eso de mantener toda su artillería de guerra, y zarpaban del Callao el 7 de julio de 1836.

Aunque distanciado de Don Ramón, O'Higgins se hallaba perfectamente al tanto de todos sus manejos. También a él se le había sondeado para conocer su actitud frente a una posible expedición revolucionaria contra Chile, y su respuesta no pudo ser sino una negativa formal. Después el coronel Don Benjamín Viel, otro de los desterrados por Portales, volvió a hablarle de lo mismo, diciéndole que el gobierno peruano ofrecía para la

empresa su apoyo secreto; pero Don Bernardo le disuadió de mezclarse en el asunto, y Viel supo eludir todo compromiso revolucionario dirigiéndose a Europa. Y ahora, al cerciorarse de que Freire había persistido en sus propósitos y logrado zarpar con dos buques, O'Higgins se creyó en la obligación de poner en guardia a Prieto de los peligros que para su estabilidad representaba ese viaje. La verdad era que no tenía mayores motivos de gratitud para con el Presidente de Chile, que, a pesar de las muchas protestas de amistad reiteradas en una última carta, no se atrevía aún a restituirle sus grados militares. Pero el amor a la paz de su tierra era en él demasiado grande para compartir siquiera en pensamiento los anhelos revolucionarios de los pipiolos. Además, la tensión a que habían llegado las relaciones chileno–peruanas le hacía temer que este paso de Freire contribuyera a enturbiar más las cosas y conducir ambos países a la guerra. El no creía en la complicidad de Santa Cruz en los preparativos de la empresa, y las reiteradas manifestaciones de aprecio recibidas del dictador boliviano, de quien Mora era activo confidente, le tenían nublada la vista, al punto de poner la mano al fuego por las intenciones sanas y pacíficas del Protector. Por último, su concepto de la hermandad americana le hacía mirar con horror una posible lucha entre pueblos con que estaba tan estrechamente unido por lazos de amor y gratitud. "La guerra civil –le decía a Prieto– es una grande calamidad; pero la guerra civil a un tiempo con la exterior sería una ruina absoluta. Siendo, pues, éste mi convencimiento, me consideraría un hombre desnaturalizado e ingrato si no usase de cuantos medios estén a mis alcances para impedir la guerra entre Chile y el Perú. Al primero debo mi nacimiento, y, por consiguiente, un deber filial, y al segundo, favores y distinciones a que jamás podré corresponder suficientemente al tamaño de mis deseos."

Los meses que siguieron a la partida de la expedición fueron de una tremenda intensidad. Su fracaso completo y la caída de los jefes en manos del gobierno de Prieto, que los trajo muy cerca del cadalso; la venida al Perú de un plenipotenciario chileno que obtuvo ciertas satisfacciones no consideradas al fin suficientes por Portales; y, por último, la llegada de Don Mariano Egaña como segundo agente, con un ultimátum que, al no ser atendido por Santa Cruz, produjo en noviembre la declaración de guerra entre Chile y la Confederación, fueron otros tantos golpes sobre el ánimo de O'Higgins. Dominado como estaba por las sugestiones del Protector y las cartas de Mora, no veía en la actitud del

gobierno de Santiago sino un criminal capricho del ministro dictador, y puso un empeño desesperado por contener los ímpetus guerreros. Escribió una y otra vez a Prieto, ponderándole los deseos pacíficos del amigo Santa Cruz y sugiriendo un arbitraje para llegar a una solución de las diferencias producidas. Pero sus comunicaciones ya no obtuvieron respuesta. El Presidente de Chile y su ministro estaban demasiado bien informados de las miras arteras del Protector para dejarse impresionar por esta correspondencia. No eran sólo los pesados gravámenes a la internación de los trigos del país en el Perú, ni la gran deuda no cubierta por este país por la cesión de parte del empréstito contratado en Londres por Irisarri, ni el reembolso aún no obtenido de los gastos originados por la expedición libertadora de San Martín y Cochrane lo que hacía imposible a los ojos de Portales llegar a un avenimiento con el descendiente de los incas. Había algo más hondo, y era el inmenso peligro que la unión perú–boliviana representaba para la seguridad e independencia de Chile y de los demás países vecinos. El sentido de nacionalidad primaba en el alma de Portales sobre el acomodaticio y utilitario concepto americanista de Santa Cruz y le movía a desear resueltamente la caída de la Confederación. Y en la frustrada tentativa revolucionaria de Freire, urdida con la complicidad del Protector, encontró la prueba fehaciente de las intenciones de éste y el motivo determinante para obrar en su contra sin demora.

Pero Portales no iba a ser testigo de la realización de su programa. Un motín militar concluía con su vida, y hasta Don Manuel Blanco Encalada, enviado a luchar contra Santa Cruz, capitulaba ante fuerzas superiores y suscribía un tratado en la aldea de Paucarpata, reconociendo la Confederación. Todo parecía indicar la derrota de Chile y de la política sostenida hasta el último por el ministro desaparecido. Pero su sombra, agigantada por el martirio, presidía aún los consejos de gobierno, y Prieto, luego de repudiar el convenio de Paucarpata por atentatorio al honor nacional, equipó una nueva y fuerte expedición al mando de su sobrino el general Don Manuel Bulnes. En sus filas tomaron colocación algunos emigrados peruanos, entre ellos Don Agustín Gamarra, el incansable aventurero de la política.

El 7 de agosto de 1838 las fuerzas chilenas desembarcaban en Ancón; catorce días más tarde combatían victoriosamente en Guías, a las puertas de Lima, y entraban a la capital. Una

asamblea convocada por el Cabildo de la ciudad concedía el título de Presidente provisional del Perú al general Gamarra, y éste se ponía de inmediato a reclutar tropas de su tierra para complementar a las de Chile.

11

A DOS CUADRAS de la plaza mayor y próxima al templo de la Merced, en la calle de Espaderos, que prestigiaban la fonda de José Coppola, el ex fiador de Don Carlos Rodríguez, su estación de coches de diligencia, la dulcería de Marcenaro y otros atrayentes baratillos, tenía su casa limeña el general O'Higgins. Mansión de dos pisos, con sus ventanas cubiertas de hierros forjados y grandes mamparas de cristal en los altos, habitaciones amplias y comedor que se abría a una refrescante azotea, era este lugar un asilo cómodo para Don Bernardo y sus familiares.

Su vida oscilaba sencilla y retraída entre las plantaciones de caña de Montalván y la colocación en el mercado de la ciudad de los productos de la hacienda. Para eso tenía junto a su morada un almacén que regentaba Doña Rosita, con muy bien puesto cerebro de varón, y en el que servía de dependiente Pedro Demetrio, transformado ya en un muchacho de veinte años. Trabajaba también en el mismo comercio con esmero y prolijidad, el joven Don José Toribio Pequeño, hermano del médico de la casa, que ese año se unía en matrimonio a Petronila Riquelme, la regalona "chinita" de Doña Isabel. Y en verdad que Don Bernardo jugaba a sentirse abuelo, pues la otra india pehuenche que trajo de Chile estaba ya casada, y al negocio de confites, que gracias a su apoyo tenía calle de por medio, iba él a buscar todos los días a su hijo de tres años para sentarle a la hora de almuerzo en sus rodillas y hacerle comer como a miembro de la familia.

Los progresos introducidos en la explotación de Montalván que administraba ahora Don José Borne, no iban tan rápidos como lo hubiera deseado, porque la estrechez de capitales le obligaba a caminar con paso lento. En mayo de 1838 pudo, sin embargo, instalar allá una maquinaria, de cuyo inicial funcionamiento escribía en correcto inglés al amigo Mr. Thomas: "La marcha majestuosa de la rueda, por una parte, y los cilindros devorando diez cañas de azúcar a la vez, por la otra, causaron la mayor admiración en los espectadores venidos de las ciudades y haciendas de este valle". Pero el adelanto material no le

preocupaba tanto como la dignificación de los esclavos, sometidos habitualmente en el Perú al trato propio de los animales. No podía él soportar que a esos seres se les diera por comida el sobrante propio de las bestias y que, como a éstas, se les mantuviera en corralones, en medio de la promiscuidad más indecente. Separó a los casados de los solteros y le dio a cada uno un pequeño terreno y un día libre en la semana para que lo trabajara a su gusto. Y a las doncellas las agrupó en una especie de claustro, bajo la dirección de una negra que ejercía las funciones de "abadesa", y que mantenía una estricta supervigilancia sobre las encomendadas. Yendo más a fondo en sus propósitos de moralización de los esclavos, les instituyó un capellán permanente, encargado de enseñarles la doctrina cristiana y administrarles los sacramentos, sin conocer los cuales no era permitido a ningún negro contraer matrimonio y fundar un nuevo hogar.

Por sobre todas estas habituales preocupaciones caseras había otra que en vano deseaba alejar de su mente. Era la guerra sin remedio en que se precipitaban los pueblos más queridos. Pudo en un momento creer que la muerte de Portales y el fracaso de Paucarpata facilitaran un entendimiento entre Chile y el Perú, pero la expedición de Bulnes le disolvió las esperanzas. Sólo que tenía que reconocer que, sin abdicar a sus anhelos pacifistas, fue vencido por la emoción al ver la bandera y los soldados de su patria en las calles de Lima. El corazón con sus golpes le había hablado entonces de El Roble, de Rancagua, de Chacabuco.

Bulnes le visita en varias ocasiones, y con mucho respeto escucha sus opiniones y consejos. Cada vez va encontrando el jefe expedicionario nuevos obstáculos en su misión y haciéndosele más incierto el porvenir. La ilusión del apoyo del pueblo peruano fomentada en Chile por los políticos emigrados se esfuma día a día y Bulnes sólo siente en Lima un vacío hostil. El clima comienza a socavar la salud de sus soldados y transformar el campamento en una enfermería, mientras Santa Cruz permanece en el Sur, inmóvil, sin dar ostensibles muestras de sus planes de ataque y como en espera de que las fiebres malignas de la capital den por sí solas cuenta de los adversarios.

En la cadena progresiva de enfermos se agrega también el jefe del Estado Mayor, general Don José María de la Cruz, y O'Higgins, que había tenido con Don Luis, su padre, una íntima amistad, lo acoge bondadoso en su casa y le prodiga los más solícitos cuidados. Con él tiene ocasión de explayarse más de una

vez sobre los sucesos de la guerra y departir sobre las perspectivas reservadas por la Providencia a los luchadores. "Amigo —le ha dicho, sin ocultarle su enorme tristeza por el derramamiento de sangre hermana—, mi posición en la actualidad es mucho más azarosa que la de ustedes, no obstante los trabajos, riesgos y responsabilidad a que les somete el lleno de la empresa que se les ha conferido, situación que yo la preferiría si cambiarla pudiera, como que ese lleno lleva en sí sacrificios satisfactorios o una muerte con gloria. Pero yo, entusiasta como chileno de nacimiento, interesado en la prosperidad y aumento de glorias de esa patria por que he derramado mi sangre, y peruano por gratitud, no sólo por el reconocimiento que le debo a la acogida benévola y respetuosa que me ha dispensado en mi desgracia su gobierno y el pueblo, sino también porque su generosidad le ha minorado, regalándome una propiedad más que suficiente para sostener una vida cómoda y decente, sin cuyo obsequio se me habría unido al peso del ostracismo el sobrellevar una vida de miseria en mi familia. Así es que no me es dado poderme regocijar por el triunfo del uno que sea funesto o que traiga el menoscabo del otro. Deseo, por lo tanto, más bien un arreglo en que no sea preliminar las victorias de armas que a lo dicho, siempre son caras, aun a los victoriosos."

Pero resulta muy difícil prescindir del impulso guerrero cuando él ha constituido el resorte principal de la vida, y así, al llegar Bulnes de visita, Don Bernardo suele pasar imperceptiblemente del tema del entendimiento pacífico a los detalles de la estrategia militar: "General —le dice, en una de estas conversaciones—, si llega el caso de que la cuestión se someta a la decisión de las armas, usted triunfará, porque con la acción de Guías le ha quitado usted al adversario el mejor batallón y regimiento de caballería que tenía su ejército. Como aquél no he visto, ni aun en Europa, mejor en cuanto al menejo de armas y maniobras. Los dos eran los cuerpos más veteranos del ejército del Perú, pues databan desde la campaña de Ayacucho. Haga usted, general, quemar poca pólvora. Un batallón de tiradores y dos o tres columnas mandadas cargar a tiempo con decisión, le darán a usted la victoria, porque al soldado peruano le faltan ese ardor y energía individuales que caracterizan al chileno en la pelea para acometer y afrontarse con el enemigo. Pero de ninguna manera le mire con menosprecio, pues si carece de esa energía individual de pelear por sí solo, no por eso es malo, como se trata de hacerlo aparecer. Es subordinado y, por consiguiente, muy capaz de

sostener su puesto con serenidad, teniendo buenos oficiales; es muy ligero y certero en sus fuegos y en sostenimiento de posiciones es firme. El ejército de Bolivia y aun la misma oficialidad peruana le miran como inferior, pero se equivocan, pues al soldado boliviano, así como en la guerra que sostiene en su país casi es invencible, fuera de él le falta serenidad para sostener el terreno que no conoce, o una carga, maniobra para la cual no es malo si se aprovecha el primer ardor."

De esta manera no faltaban en las charlas los consejos de la larga experiencia heroica y las útiles observaciones, que el general del ejército restaurador recogía con ávido interés, sobre todo en esas horas en que la concurrencia de tantas circunstancias adversas gravitaba penosamente en su ánimo. "Debo a este viejecito —confesó Bulnes a Cruz— el no haberme tal vez vuelto loco en los momentos de conflicto en que casi diariamente me colocan las ocurrencias. Yo no conocía la importancia personal de este buen chileno, sino ahora que las circunstancias me han acercado a él. Antes de tratarle con intimidad tenía días de desesperación, mas hoy he adoptado como un recurso de desahogo visitarlo, porque tiene tal sagacidad y claridad para explanar y desenvolver las ocurrencias a que pueden conducir los sucesos, que cuando me retiro de su casa no sólo me hallo desembarazado y en calma, sino también lleno de una confianza satisfactoria."

Cruz, por su parte, no cesaba de admirar los rasgos sencillos y patriarcales de la vida hogareña de O'Higgins. Le resultaba conmovedor ver a ese hombre que había alcanzado los más altos rangos del honor y del poder, sentado a la mesa, junto a las muchachas indígenas que había traído de Chile y dando de comer en sus rodillas, con solicitud cariñosa de abuelo, al chico de la pehuenche. Pero a la vez le sorprendía la forma en que ocultaba en público la existencia del propio hijo, Pedro Demetrio. ¿Era esto cosa de pudor? ¿O una revancha inconsciente al duro trato paterno recibido en su lejana juventud? Cruz lo ignoraba, pero un día que notó en la mesa un asiento vacante, no se resistió a decir a Don Bernardo: "General, parece que se han olvidado llamar al dependiente, creyéndole tal vez fuera... Lo acabo de ver a la puerta interior del almacén". O'Higgins, sin darse por aludido, le respondió con naturalidad: "No general, come siempre en su cuarto a distintas horas que nosotros por motivo de sus ocupaciones. La silla que ve vacante era para su ayudante, que ayer asistió a la mesa, creyéndolo que seguía mejor, pero acabo de verlo y, encontrándolo peor, le he dicho que no deje la cama, pues no es tan contenido como usted".

La nostalgia de la patria solía aflorar más de una vez en las conversaciones. Don Bernardo parecía ya resuelto a dejar sus huesos en el Perú y sin dificultad accedió a la proposición de compra que le hizo Bulnes de la hacienda de "Las Canteras". Pero no se desprendía del anhelo de hacer un corto viaje a Chile a abrazar a los amigos, y estaba lejos de hallarse resignado a morir sin la posesión de sus grados militares. "Deseo que mi patria me haga justicia —le dijo a Cruz—, restituyéndome mi empleo y suspendiéndome el ostracismo antes que cierre los ojos. Esto es más por el honor de ella que por el mío, pues, por más suspensiones que se me hayan hecho, he de ser siempre citado en las páginas de la historia de ese país como capitán general. Si aquello se efectúa como ahora lo espero, antes de dejar el puesto el general Prieto, iré a Chile a hacerle una visita este verano." Y al estímulo de la fantasía, comenzaba a trazarse un programa que Don José María de la Cruz escuchaba emocionado: "Tengo ganas positivas de ver la Alameda de la Independencia, que la hice plantar con el especial fin de que se celebrase en ella la función de nuestro primer paso dado hacia este gran fin; asimismo, deseo visitar los lugares donde tanta sangre patriota se derramó con el objeto de su logro, pues me será satisfactorio recordar las escenas ocurridas en las batallas y que mi sangre se halla mezclada también en algunas de ellas con la de los héroes que ya se hallarán en polvo. ¡Les daré el último adiós hasta que la Divina Providencia nos reúna! Después de eso, que será obra de un verano, me despediré para siempre de esa patria querida y de los compañeros de gloria e infortunio que aún existen..., contento, entonces, con la emoción que debían producirme estas escenas, con la reparación de justicia recibida y de no dejar enemigos en ella, pues aun cuando existen algunos de los que tanto me han perseguido, habiendo desaparecido todo temor de que pueda ser vuelto a la vida pública de ese país, ha cesado el origen de persecución. Si a pesar de esto me quedasen enemigos, los veré muy sereno y me despediré de ellos tranquilo, pues he echado ya un borrón sobre todos los incidentes de enemistades, así es que no soy enemigo de nadie. He creído deber anticipar este paso al día en que pueda ser llamado por la Divina Providencia a juicio, y cuando haya desaparecido la presente generación, época en que pueda presentarse la verdad de los hechos en nuestra revolución sin herir ni promover susceptibilidades, entonces aparecerá sin duda su relación, pues tengo hechos mis apuntes y juntos los documentos. Esto he creído era mi último deber como ciudadano chileno".

12

LA SITUACION en Lima acabó por hacérsele insostenible al ejército chileno. A las enfermedades que lo herían en forma implacable, a la hostilidad de la población y a las frecuentes incursiones de guerrillas, se sumaba el temor de que en cualquier momento Santa Cruz cayera sobre la ciudad a presentar una batalla, que en esas circunstancias y lugar sería funesta para las armas de Bulnes. Se resolvió éste en definitiva a abandonar la capital el 8 de noviembre y retirarse hacia el norte para disciplinar sus tropas y atacar en mejores condiciones al Protector.

Apenas había dejado Lima, cuando pasó a ocuparla el caudillo boliviano, y O'Higgins, cada vez más empeñado en impedir la efusión de sangre, no titubeó en dirigirle el día 10 un llamado a la concordia: "Si un buen hermano mira a dos hermanos suyos poseídos de ira y llenos de furia, con armas mortíferas en las manos, resueltos a destruirse mutuamente, sin suficiente causa ni motivos, aunque no puede haber causa alguna justificativa de una impiedad de tan cruel determinación, séame permitido, mi respetable general, preguntar: ¿cuál debería ser la conducta de este buen hermano en tales circunstancias? ¿Permanecería inmóvil, con los brazos cruzados, frío e indiferente espectador de una contienda y de un choque tan ofensivo y desnaturalizador? Todo hombre sereno y sin pasiones, racional y humano, exclamaría sin un momento de duda: ciertamente que no; y en la evidencia de esta verdad, ¿cuál es, pues, entonces, el deber de un buen hermano, bajo semejantes circunstancias? La respuesta es clara: interponer sus respetos, ocurrir e invocar a sus hermanos para que suspendan las armas, detengan la ira que fue causa de tomarlas, y sometan sus quejas a explicaciones fraternales e imparciales en manos de tiernos relacionados, deseosos de terminar sus desgraciadas diferencias de un modo calculado a destruir hasta las semillas de futuras discordias."

El Protector, aunque informado de los contratiempos del enemigo, se hallaba lejos de atribuirse una victoria fácil. La tradicional inestabilidad de las cosas del Perú y la bravura del soldado chileno le hacían temer por la firmeza de la Confederación y anhelar un entendimiento. El había creído, por otra parte, próximo el derrumbe del gobierno de Prieto y esperado mucho de la aventura de Freire, pero ahora le parecía imposible contar por aliado a la anarquía en un país como Chile, que después del asesinato de Portales y del fracaso de Paucarpata

seguía con voluntad de acero enviándole nuevas expediciones, mientras conservaba inalterable su régimen interior. Por eso recibió con mucho agrado la carta de O'Higgins y se apresuró a contestarla en términos de amplia aprobación.

Muy alentado Don Bernardo con el éxito de este primer paso, escribió en seguida al general Bulnes, formulándole la misma propuesta de mediación y haciéndole llegar la misiva de Santa Cruz. "La carta de S. E. el Protector —le decía— no me deja otra cosa que desear sino que usted, mi querido general, con igual benevolencia a la del Protector, me dispense, como no lo dudo, el más alto título, que en mi modo de pensar es el de promotor de la paz." Bulnes acogió sin dificultad la proposición de O'Higgins, y en el puerto de Huacho se reunieron plenipotenciarios de ambos bandos en busca de un acuerdo.

Con mucha habilidad Santa Cruz se esforzó por reducir las dificultades a la rivalidad comercial e identificar su arreglo con el de todas las diferencias. Pero lo que más importaba a Chile era asegurar su soberanía con el término de la Confederación, que al lesionar la independencia del Perú estaba amenazando la integridad de su propio territorio. Por eso se exigió del lado chileno que las tropas de Santa Cruz se retiraran a Bolivia y se dejara al Perú en plena libertad de decidir por sí mismo, y sin presión alguna, si deseaba o no permanecer bajo el régimen protectoral. Bulnes se anticipaba, por su parte, a ofrecer también la evacuación del territorio y su regreso a la patria.

El caudillo boliviano no podía, claro está, acoger esta proposición sin renunciar para siempre a sus más caras ambiciones, y por eso al través de su plenipotenciario buscó otras fórmulas de arreglo que en último término mantuvieran su hegemonía. Esto lo rechazó Chile y las negociaciones desembocaron así en un fracaso.

Bulnes impuso a O'Higgins del resultado de las entrevistas de Huacho y le pidió, no obstante, que continuara su papel de mediador: "En cualquier circunstancia —le decía— me encontrará usted dispuesto a admitir toda proposición que se me haga sobre este particular, siempre que sea compatible con los intereses esenciales que Chile no puede abandonar." Pero ya todo esfuerzo de conciliación era inútil y las armas se encargaron de decidir la contienda. Santa Cruz se dirigió con su ejército al Norte en busca del de Bulnes y sorprendió a parte de él en una difícil posición en el río Buin. Sólo la entereza de los chilenos, en número cinco veces menor, logró detener a los atacantes e infligirles, además, fuertes bajas. Pero algunos días más tarde, el 20 de enero de

1839, en las inmediaciones de la aldea de Yungay y junto al río Ancach, se daba la batalla definitiva y las tropas de la Confederación recibían la más completa derrota. Santa Cruz huía del campo, dejando lo que aún quedaba de sus adictos entregados a sus propias fuerzas.

Hasta la calle de Espaderos, en la ciudad de Lima, llegó pronto la nueva de la aplastante victoria de Bulnes en una carta afectuosa al veterano de tantas acciones guerreras. "Por mucho que hayan ponderado a usted lo grande y glorioso de esta batalla y lo decisivo de sus resultados –decía a O'Higgins el triunfador–, es imposible que nadie llegue a hacerse cargo de la realidad, sin haber examinado con ojo ejercitado las inaccesibles posiciones que hemos vencido y sin presenciar el arrojo y entusiasmo indescriptibles de nuestros soldados." Pero el héroe de la jornada, llevado de su espíritu justiciero, no dejaba por eso de estampar: "Créame usted, general, que en el mismo campo de batalla hubiera accedido de nuevo a una paz honrosa para evitar el derramamiento de sangre americana, a no haberse cerrado la puerta a toda negociación".

Don Bernardo, siempre empeñado en su tarea de pacificación, le respondía, acogiéndose a sus últimas frases: "Estos sentimientos eminentemente nobles y generosos, mi querido amigo, los ha grabado en su corazón el Supremo Regulador de las Victorias, que con tanta benevolencia le concedió el triunfo; yo venero sus altos designios y creo hacer a usted tanto honor como el espléndido vencimiento, cuya importancia y magnitud, esté usted cierto, sé apreciar como merecen". Y renovando una vez más sus anhelos, le agregaba: "No queda más que oir, que saber ni desear, si no es la paz general y de que se evite, como tengo fundamentos inequívocos, no haya más efusión de la preciosa sangre de los vencedores de Ancach".

13

LA TRANQUILIDAD HA vuelto y es posible consagrarse de lleno a los trabajos de la hacienda. Sin moverse de Lima, mantiene desde lejos una minuciosa vigilancia sobre Montalván, que ahora administra Don José Toribio Pequeño, desde el regreso a Chile de Don José Borne. Nada se escapa al ojo previsor de Don Bernardo, y su cuidado se eleva de los más ínfimos detalles de la explotación del azúcar y de la engorda de animales a lo que toca a la moral de

los esclavos y trabajadores. "No he dado orden alguna para que las muchachas duerman en el galpón; al contrario, haga usted que vuelvan a dormir en el cuarto designado, bajo llave", dice a Pequeño en una carta. En otra le hace estas advertencias: "Va en la recua el carpintero irlandés católico, llamado Roberto, que entiende de carpintería, maquinaria y muchas otras cosas; es trabajador y honrado, pero tiene el defecto de empinar demasiado el vaso, defecto invariable en todas estas clases de artesanos y, por lo mismo, a él téngale mucho cuidado que no agarre y permitirle bebida alguna espirituosa; su almuerzo será un par de platos, su comida otro par de platos, y en la noche su té, todo esto en su carpintería; de este modo creo que no teniendo bebida encontraremos un buen sujeto; si le pide a usted algún dinero, dígale que no tiene orden de entregarlo".

Su cuidado solícito y paternal se fija ante todo en Petronila Riquelme, la mujer de Pequeño, que soporta un sufrido embarazo. "Tenga cuidado cuando se bañe Petita en tina, que esté con ella una muchacha", le recomienda al marido. "Acaba de suceder, hace tres días, un caso al efecto. A una de las señoritas Irenes le dio el mal en la tina estando sola y cuando fueron a verla la encontraron ahogada." Y ante el progreso de la enfermedad y el deseo de Peta de ir a Lima, él le aconseja que no lo haga, pues los calores del verano de 1839 son insoportables en la ciudad y mueven a volar cuanto antes a las playas de Cerro Azul en busca de los saludables baños del mar. Pero este viaje no iba a pasar del proyecto, porque una grave dolencia postró a Doña Isabel Riquelme, y Petita, desafiando la canícula limeña, dejó en Montalván a su esposo y fue a instalarse con gran fidelidad junto a su noble bienhechora.

Transcurrió así el mes de febrero y se inició el de marzo en medio de grandes angustias para Don Bernardo, que agotó todos los recursos para salvar la preciosa vida de su madre. Y aunque la bolsa andaba escuálida, no hubo tasa ni medida para gastos tan urgentes. "Tres juntas de médicos se han tenido diarias hasta antes de ayer —contaba el 2 de marzo al administrador Pequeño—, y le aseguro a usted que los noventa y siete pesos que ha entregado el arriero Feliciano han sido un auxilio sorprendente, como bajado del cielo; esta mañana se habían pagado cien pesos al señor Palacios y nos habíamos quedado sin numerario." Al cabo de una dificultosa reacción, Doña Isabel abandonó por unos días el lecho, con gran alivio de sus hijos. Fue, sin embargo, por poco tiempo. Ya sin resistencia, se desplomó para siempre, y el 21 de abril dejaba este mundo.

¿Qué podía ocurrir de más duro a Don Bernardo que desprenderse en definitiva del ser por excelencia amado? "Fueron necesarios todos los auxilios de la religión para sufrir tan acerbo dolor", confesaba a Pequeño. Y es que ella lo había sido todo para él. En la época distante de su niñez y juventud, en que el padre severo no respondía una sola de sus cartas y en que sufría el abandono y la soledad en tierras extrañas, ¿qué fue Doña Isabel sino el único receptáculo de sus contenidos afectos? ¿No lo sostuvo acaso desde la lejanía, y a su regreso a la tierra no le prodigó con efusión esas tiernas caricias de que apenas supo en los primeros años? Y luego, al sonar la hora decisiva de la acción por la patria, también se halló ella a su lado, para asistirle con entereza, sin que jamás los temores de madre intentaran frenar sus ciegos arranques de soldado. Ella supo, asimismo, de los sobresaltos y enconos de una lucha que la tuvo en rehenes algún tiempo, e hizo un páramo del progresista hogar de "Las Canteras". Ni el desamparo ni las estrecheces del ostracismo le fueron extraños, porque con el hijo emigró a Mendoza cuando el ideal de la patria parecía esfumarse, y con él había compartido también hasta la víspera la ingratitud de Chile libre. Moría ahora en Lima como muchos años antes el terco irlandés que dispusiera de su virginidad al precio de una incumplida palabra de matrimonio. El destino, que le hurtó los honores de gobernadora y de virreina, no le había, sin embargo, negado vivir durante seis años en el palacio de los mandatarios de Chile, antigua habitación de Don Ambrosio, ni dejar sus huesos en la ciudad cortesana con un rango equivalente al del que pudo ser su marido. Porque en esos mismos días llegaba a Lima el vencedor de Yungay y sus tropas victoriosas hicieron digna escolta a sus despojos hasta el camposanto. Allí la gratitud haría poner una tierna inscripción recordatoria, y la propia figura de Don Bernardo, esculpida en el blanco mármol, ocultando con la diestra el rostro compungido, iba a consagrar el dolor filial inextinguible.

Firme podía estar el espíritu con la ayuda de la fe cristiana, pero la carne débil al cabo se derrumbaría. Y durante el mes de mayo altas fiebres le consumieron, dejándole la mente aún más cansada y desvanecida. Al fin un paréntesis alegre vino a alumbrar la entristecida casa y fue el feliz parto de Peta. Hasta el lecho del general se trajo al infante con buenos efectos para su ánimo. Le tuvo en sus manos con la complacencia y la emoción propias del abuelo. Y olvidándose de sus dolencias, pidió pluma y papel para anunciar sin demora la gran nueva a Don José Toribio Pequeño,

siempre en Montalván: Petita había dado a luz "un niño precioso y lo más hermoso que he visto"... La madre quedaba muy bien "y el infante riéndose a carcajadas en una cama de rosas". La vida había entrado de nuevo en un hogar de donde apenas un mes atrás huyera desesperadamente.

Ya repuesta la salud, pudo participar en las fiestas del 18 de septiembre como invitado de honor del ejército de ocupación. Ahora podía fraternizar dignamente con los soldados de la patria, porque acababa de llegar de Chile la nueva de habérsele reintegrado en su título de capitán general. Vèía así cumplirse un anhelo de tantos años gracias a Don Manuel Bulnes, que desde Lima había reclamado del Presidente Prieto esa merced como pago de sus propios laureles de Yungay. Era el vencedor hombre de firme sentido de justicia y no quiso alejarse del Perú sin sumar a sus glorias militares la de haber alcanzado el más merecido acto de reparación para el héroe de la libertad. Sus periódicas visitas a la calle de Espaderos le habían adentrado en las facetas sencillas del alma de Don Bernardo, y la pobreza con que éste vivía en tierra extranjera y en medio del abandono de sus conciudadanos le parecía un oprobio para el buen nombre de Chile. O'Higgins, por su parte, apreciaba en Bulnes el temple de su carácter y su inveterada modestia, de la que no era capaz de sacarle el más resonante de los triunfos. Había deseado tenerle por unos días en la hacienda, donde, mejor que en Lima, le sería posible agasajarle antes de su regreso a Chile. Y así se apresuró a escribir al administrador para que dispusiera de los adecuados preparativos: "Es necesario blanquear el comedor, los corredores y la pared de abajo y componer como se pueda la escalera... Sería bueno anticiparse y comprar tres o cuatro pavos, una docena de gallinas y media docena de patos chicos o nuevos y media docena de pollos". Pero el festejo criollo no pudo realizarse, y Bulnes, muy en breve, se despidió para siempre de Don Bernardo, en la rada del Callao, junto a los barcos que echaban al viento el pabellón de Chile.

14

TODO EL AÑO DE 1840 lo pasó el general recluido en su apacible Tebaida. Temprano salía a recorrer los campos e inspeccionar el trabajo de los esclavos y operarios, y las largas y silenciosas horas de la noche las ocupaba en el estudio y el

despacho de su correspondencia. Sin esperar su retorno a Chile, que ya lo veía próximo, activaba, desde luego, algunas medidas de progreso en cartas a sus amigos. "Es verdad —decía al general Cruz— que la carga de años que pesa sobre mí pudiera tal vez justificarme en decir que me daba títulos al descanso en el resto de mis días; pero con el ejemplo de mi respetable padre ante mis ojos, no trepido en decir que sería indigno de ser llamado su hijo si no trabajara mientras dure mi vida en beneficio de la América del Sur, y, muy especialmente, de mi tierra nativa, por la que él trabajó tanto y tanto y sobre la que derramó copiosos beneficios." Luego pasaba a repetirle lo que años antes había escrito a Prieto sobre la necesidad de que el gobierno de Chile se ocupase de las diversas tribus indígenas que subsistían aún en el territorio, procurando incorporarlas a la civilización y a las luces de la fe católica. "A la verdad, es lo más humillante —afirmaba—... que nosotros hayamos permitido, por encima de nuestras cabezas, veintidós años que han transcurrido después de la declaración de nuestra independencia, sin hacer alguna cosa por amor a la humanidad."

Fuera de este asunto, otro le preocupaba también desde hacía tiempo: la colonización de las tierras magallánicas y la navegación a vapor en el Estrecho. Las últimas exploraciones realizadas en esa región por el capitán Robert Fitz—Roy, que comenzaban a abrir el apetito de las potencias europeas hacia la tierra austral de Chile, le llevaron a la persuasión de que el gobierno de su patria no debía demorar más el hacer allí ostensible su soberanía y expedito el paso de Magallanes. Sus proyectos eran alentados por el experto capitán John H. Smith, que con su barco "Cigar" atravesaba periódicamente aquellas lejanías al practicar la carrera de Inglaterra al Perú. "Tan luego como su plan haya tenido efecto —escribía al general—, y los vapores de remolcar establecidos, un viaje a la costa occidental de América se considerará como una bagatela, porque en tal caso los peligros efectivos, así como los imaginarios, que se presentan en el viaje por el Cabo de Hornos, no sólo se evitarán, sino, lo que es también más, la miseria de permanecer expuestos y a la merced de los vientos sin saber por cuánto tiempo, en un mar helado y proceloso." "Quizá usted se sonreirá —añadía con "humour" Mr. Smith— cuando le asegure la convicción en que me hallo de que si se establecen vapores de remolque en el estrecho de Magallanes, muchas personas y filósofos, así como sabios viajeros, harán viajes a los Estrechos para ver lo que yo he visto: un patagón de cerca de siete pies de

alto y un ser humano que vive en cueros en uno de los climas más fríos del universo."

Su salud había estado firme hasta donde lo podían permitir sus sesenta y cuatro años de edad. Pero al acercarse el verano una angustia al pecho comenzó a oprimirle y ya no pudo montar a caballo ni tener agitación de ninguna especie. Comprendió que algo vital estaba fallándole y, dejando en la hacienda a Doña Rosita, se trasladó, en enero de 1841, a Lima, a consultar a los médicos. Una hipertrofia al corazón fue el grave diagnóstico, que recibió, sin embargo, con la mayor tranquilidad. La muerte no le había asustado jamás, y menos ahora, a esas alturas en que la vida poco o nada podía aún ofrecerle, fuera de su anhelado viaje a Chile.

En los últimos tiempos su espíritu, templado en el yunque implacable de los desengaños, había ido familiarizándose más y más con las cosas eternas y su mirada sobrepasaba las contingencias del mundo. Los años transcurridos en el ardor de la lucha guerrera y las preocupaciones de gobierno pudieron quitar recogimiento a su espíritu, pero nunca le exhibieron como escéptico o indiferente en materias religiosas. Sus choques con algunos miembros del clero nacieron de la discrepancia política o de la aplicación rígida del patronato, pero no de querellas dogmáticas. La tolerancia privada concedida a los disidentes extranjeros fue sin menoscabo de la condición de Iglesia oficial otorgada a la Católica en las Constituciones de 1818 y 1822. En fin, su deseo de una convivencia pacífica entre los poderes espiritual y temporal había quedado demostrado con la petición al Pontífice de un agente suyo que viniera a arreglar los asuntos eclesiásticos de Chile.

Pero si en ese tiempo ya pasado no escatimó las demostraciones públicas de fe, la verdad es que vino a calar a fondo en ella sólo ahora. La Providencia le había ido desprendiendo poco a poco de sus aspiraciones y afectos, y su alma aliviada se volvía a Dios de manera vital. Los concurrentes al templo de la Merced le veían allí a diario en devota oración y su nombre figuraba también en la nómina de los hermanos terceros de la orden franciscana. Leía el Evangelio con unción y no faltaba a la novena de la Virgen de Dolores. Al saber, en los primeros días de abril, que su hermana se hallaba indispuesta, le escribió a Montalván: "Espero de la bondad de nuestro gran Dios, perpetuo benefactor nuestro, y de la Virgen Nuestra Señora de Dolores, a cuya devoción me dediqué desde que abrí los ojos, no dudo

intercederá por tu salud como se lo ruego en la misa de la presente novena".

El mal cardíaco no decrecía a pesar de las atenciones médicas, y a fines de junio Doña Rosita voló a su lado, dejando vigilancia de la hacienda, pues mil otros achaques tenían al general en el lecho y reclamaban un cuidado especialísimo. Las entradas familiares se hicieron entonces cortas para atender al enfermo y en vano se esperó de Chile el despacho de los sueldos de capitán general que le correspondían desde su restablecimiento en el escalafón. A pesar de la cruel indiferencia de la patria, Don Bernardo no pensaba sino en regresar a ella, y, sin duda, este anhelo ayudó a la favorable reacción de su cuerpo debilitado. En los primeros días de agosto comenzaba ya a levantarse y pronto se halló en situación de escribir a sus amigos de Chile: a Bulnes, recién nombrado Presidente de la República, y al inolvidable y fiel coronel Don Agustín López. Pero a estas cartas, que el mejoramiento de la salud y la ilusión del próximo viaje hacían afables y hasta optimistas, debió añadir algo después una triste condolencia. Era para la viuda de su antiguo ministro e incansable partidario Don José Antonio Rodríguez Aldea. Ahora, como siempre, O'Higgins recordaba de él sólo su honda inteligencia y su continuada adhesión. La culpa del chillanejo en su caída y destierro no la había percibido nunca y menos en estas circunstancias en que su alma, realzada por el ideal religioso, se abría al perdón de los adversarios y al afecto agradecido de los que consideraba sus mejores amigos. Lo veía premiado en la gloria por el Altísimo y con unción religiosa decía a su viuda: "Dios es el que en la dilatada mansión de los siglos ha marcado el término de nuestra vida, de cuyo punto no haya de pasar. El es justo en sus decretos, eterno, misericordioso en sus disposiciones, lo ordena todo con acierto y con la mayor equidad. No hay, pues, ni el más pequeño lugar de duda sobre tan interesante punto del elevado lugar a que ha entrado. Y qué grande y qué abundante el consuelo que los cristianos debemos colegir al meditar lo que dijo Nuestro Señor Jesucristo a sus discípulos, cuando ellos estaban afligidos al prospecto de su partida y separación de ellos: "Si me amaseis, les dice, os gozaríais ciertamente porque os he dicho voy al Padre". Del mismo modo a nosotros los cristianos, cuando vemos partir de esta vida nuestros deudos o nuestros amigos y lo más querido, debe consolarnos el pensar que ellos van a ser más felices que lo que podrían serlo entre nosotros".

Todo su pensamiento va ahora a la patria que con Bulnes le

llama a regresar. Los médicos le han recomendado que pase allá sólo los meses de verano y los aproveche en los baños termales. Y con qué júbilo se prepara a emprender el viaje anhelado por tantos años. Piensa realizarlo en el vapor "Chile", que sale del Callao al 27 de diciembre, y todo lo tiene ya listo, desde la nueva casaca de capitán general que le servirá en las ceremonias oficiales, hasta el texto de la proclama con que temporalmente se despedirá de los peruanos que le han prestado largo y generoso hospedaje. Pero el día del embarco le sobreviene un fuerte ataque al corazón, que de ocurrirle a bordo, sin la debida atención, le habría sido fatal. Vuelve su organismo a rehacerse penosamente y el deseo del viaje es tan grande que se empeña en efectuarlo en el vapor "Perú", que sale para Valparaíso al iniciarse febrero. Sin embargo, en la víspera se repiten los graves síntomas y los médicos exigen que se traslade al Callao, donde junto al mar la angustia al pecho le será más llevadera. El viaje a Chile va distanciándose, y ésta es la prueba mayor que puede Dios enviarle. Pero ahora que las brisas salinas del puerto parecen devolverle la salud, al punto de que puede sin incomodidad realizar paseos en coche a Lima, ¿será tiempo de pensar otra vez en la navegación a Chile? No; la implacable ciencia médica se lo impide. Apenas le va quedando el consuelo de escribir al Presidente Bulnes y a su ministro Don Ramón Luis Yrarrázaval, para repetirles con ahínco sus proyectos de colonización del territorio de Magallanes. Y aun esta correspondencia tendrá que mantenerla a hurtadillas, pues le exigen cada vez más reposo. La enfermedad no declina, y a fines de septiembre y principios de octubre se renuevan los ataques. Ha de regresar a Lima, para recibir un cuidado más prolijo. Ahora perderá de vista el mar que parecía traerle el rumor de la patria lejana. Y con él se borrará toda la esperanza de sus últimos años.

Manda llamar, el 8 de octubre, al notario Don Jerónimo Villafuerte y extiende ante él su testamento, en el que instituye a Doña Rosita heredera del remanente de los bienes que queden después de cubiertos ciertos encargos secretos. El más importante de éstos es el de entregar buena parte de su haber a Pedro Demetrio, que como hijo adulterino queda excluido de la herencia legal. Nueve días más tarde, y en el aniversairo del paso del Roble, redacta un pliego para el Presidente Bulnes. Junto con enumerar allí sus servicios militares, recuerda que al emprenderse el sitio de Chillán cedió al ajército de la patria todo el ganado y bestias de su hacienda, destruida después por los realistas, y, además, veinticinco mil pesos en dinero. Pide al Estado que se le

compensen estos desembolsos, entregando una suma equivalente a la Sociedad de Agricultura de Santiago, a fin de que destine la mitad a un colegio agrícola en el lugar donde tuvo su campamento en Concepción, añadiendo "que tan luego como se construya la iglesia de dicho colegio sean conducidos allí mis restos mortales y depositados para siempre". Y en cuanto al saldo, dispone que se emplee por iguales partes en la instalación de un observatorio astronómico en el cerro Santa Lucía, en recuerdo de los servicios del ejército, y de un faro en la punta de Valparaíso para conmemorar las glorias de la armada.

No queda ahora sino prepararse a morir y lo hace en la mayor paz. En su dormitorio ha hecho improvisar un altar, donde todas las mañanas se dice la misa. En el resto del día escucha una y mil veces el oficio de los moribundos. Su alma está tranquila. Los despuntes de su orgullo, vencidos, y ni rastro de encono queda para sus adversarios. Blanco Encalada, que en 1826 quiso declararle fuera de la ley, le había enviado hacía poco una misiva afectuosa, y a ella contestó el día de su último ataque, afirmándole que la dejaba escrita en su corazón.

Llegó la mañana del 23 de octubre y su cuerpo creyó sentir energías renovadas. Se hizo vestir y colocar en un sillón próximo al lecho. Pero las fuerzas le abandonaron pronto y fue preciso recostarle de nuevo. Ya llegaba el último instante y reclamó tranquilo su mortaja. Y cuando sus manos tocaron el rústico sayal de San Francisco, dijo con unción: "Este es el hábito que me envía mi Dios".

Sobreviene una pausa que acrecienta la angustia de los que le rodean: Rosita, Pedro Demetrio, Petronila... Apenas se oye en el recogimiento de la sala la respiración entrecortada del moribundo. " ¡Magallanes! ", exclama de súbito. Y después cae el peso del silencio definitivo. Con un postrer abrazo que alcanza hasta los antípodas, ha cubierto el cuerpo de la patria ingrata y lejana.

FUENTES ESPECIALES DEL CAPITULO SEPTIMO

A) DIRECTAS

1) ASCENCIO, JUAN:

Acusación ante el tribunal de jurados de Lima por el Doctor... contra el "Alcance a "El Mercurio Peruano", publicado por Don Carlos Rodríguez y denunciado por el Gran Mariscal del Perú Don Bernardo O'Higgins (Lima, 1833. En CHI., T. XII, 1904).

2) BRAVO, ALFREDO GUILLERMO:

Cuatro cartas Inéditas de Bolívar a O'Higgins (''Las Ultimas Noticias'', Santiago, 12—III—1917).

3) CRUZ, ERNESTO DE LA:

Epistolario de Don Bernardo O'Higgins. 1823—1842, T. II (Santiago, 1919).

4) CRUZ, ERNESTO DE LA, Y FELIU CRUZ, GUILLERMO:

Epistolario de Don Diego Portales. 1821—1837 (Santiago, 1936).

5) CRUZ, JOSE MARIA DE LA:

Carta a Don Diego Barros Arana con recuerdos de O'Higgins, 22—V—1855 (M. S. ABA., vol. 20).

6) CHILOE:

Documentos sobre los sucesos de... en 1826 (M. S. ABA., vol. 13).

7) LECUNA, VICENTE:

Cartas del Libertador (Caracas, 1929).

8) MORA, JOSE JOAQUIN DE:

Artículo sobre O'Higgins ("El Mercurio Peruano", Lima, 6—IV—1833).

9) O'Higgins y el Congreso Americano de 1833, Carta al Presidente Don Agustín Gamarra, 18–IX–1833 (RHG., Nº 61, 1928).

10) O'HIGGINS, BERNARDO:
Correspondencia dirigida a... por varias personas, 1817–1833 (M. S. AV., vol. 562).

11) O'HIGGINS, BERNARDO:
Correspondencia con varias personas, 1823–1836 (M. S. AV., vol 559).

12) O'HIGGINS, BERNARDO:
Correspondencia con Don José Toribio Pequeño, 1838–1839 (M. S. AV., vol. 559).

13) O'HIGGINS, BERNARDO:
Testamento (RHG., T. VII, 1913).

14) RODRIGUEZ, CARLOS:
Alcance a "El Mercurio Peruano" ("El Correo Mercantil" Nº327; Santiago, 21–V–1833).

15) RODRIGUEZ, ROSA:
Correspondencia, 1823–1850 (M. S. AV., vol. 565).

16) SILVA VILDOSOLA, CARLOS:
Papeles de O'Higgins. Proyecto de alianza chileno–británica ("Revista Chilena", Nº LXVIII, 1923).

17) THOMAS, JOHN:
Correspondencia con Don Bernardo O'Higgins, 1825–1842, y manuscritos varios (M. S. AV., vol. 566).

18) THOMAS, JOHN:
Diario de viaje del general O'Higgins en la campaña de Ayacucho (M. S. AVM., vol. 27; y RHG., números 23 a 26, 1916–1917).

19) THOMAS, JOHN:
Los proyectos del virrey O'Higgins. Carta a Don Bernardo O'Higgins, 20–V–1824 (RHG., Nº 15, 1914).

20) VICUÑA MACKENNA, CARLOS:
Papeles de Don Vicente Claro (Santiago, 1917).

21) YRARRAZAVAL, JOSE MIGUEL:
Cartas del General Don Joaquín Prieto a Don Diego Portales (BAH., Nº1, 1933).

22) ZENTENO, JOSE IGNACIO:
Correspondencia con Don Joaquín Campino, 1823–1825 (M. S. ABA., vol. 16).

B) INDIRECTAS

1) AGUIRRE HUMERES, ALFONSO:
Relaciones históricas de Magallanes (Santiago, 1943).

2) AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS:
Don José Joaquín de Mora (Santiago, 1888).

3) AMUNATEGUI SOLAR, DOMINGO:
Pipiolos y pelucones (Santiago, 1939).

4) ALBANO, CASIMIRO:
Memoria del Excmo. señor Don Bernardo O'Higgins (Santiago, 1844).

5) BULNES, GONZALO:
Ultimas campañas de la independencia del Perú, 1822–1826 (Santiago, 1897).

6) BULNES, GONZALO:
Historia de la campaña del Perú en 1838 (Santiago, 1878).

7) CONCHA Y TORO, MELCHOR:
Chile durante los años de 1824 a 1828 (Santiago, 1862).

8) DONOSO, RICARDO:
Don Bernardo O'Higgins y el Estrecho de Magallanes (RHG., T. XCIII, 1942).

9) DONOSO, RICARDO:
O'Higgins y Bolívar antes de Ayacucho (En "Hombres e Ideas de Antaño y Hogaño", Santiago, 1936).

10) ENCINA, FRANCISCO A.:
Portales (Santiago, 1934).

11) PORRAS BARRENECHEA, RAUL:
La casa en que vivió O'Higgins en Lima (BAH., Nº31, 1944).

12) SOTOMAYOR VALDES, RAMON:
Historia de Chile bajo el gobierno de Don Joaquín Prieto (Santiago, 1900–1904).

13) VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN:
Don Diego Portales (Santiago, 1863).

INDICE DE PERSONAS Y MATERIAS PRINCIPALES

A

ABASCAL, JOSE FERNANDO: 98, 103, 120
ABDICACION DE O'HIGGINS: 392, 405
ACUÑA, ROSAURO: 49, 51, 54, 56, 61
ADAMS, JOHN QUINCY: 240, 251, 254
ALAVA, LUIS DE: 48, 49
ALBANO CRUZ, CASIMIRO: 23, 139, 368, 376
ALBANO PEREIRA, JUAN: 16, 21, 24
ALCALDE, JUAN AGUSTIN: 232, 234, 247, 401
ALCAZAR, ANDRES DEL: 164, 169, 200, 315
ALDEA, AGUSTIN DE: 380, 382.
ALDUNATE, JOSE SANTIAGO: 382, 472
ALDUNATE, PEDRO: 447, 448
ALIAGA (Vicepres. Perú): 438
ALVARADO, RUDECINDO: 240, 243, 248, 250, 251
ALVAREZ JONTE, JOSE ANTONIO: 62, 200, 287
ALVAREZ THOMAS, IGNACIO: 172, 174
ALVEAR, CARLOS DE: 161, 171, 174, 332
ALZAGA, FELIX DE: 341, 374
ALLENDE, RAMON: 307, 309
ANDES, EJERCITO DE LOS: 174, 186
ARENAS, PEDRO NOLASCO: 62
ARGOMEDO, JOSE GREGORIO: 57, 296
ARIS, MARIANO RAMON DE: 395, 469
ARTEAGA, DOMINGO: 371
ARTEAGA, JOAQUIN: 471
ARTEAGA, JUSTO: 397
ARREDONDO, MANUEL: 436, 469
ARRIAGADA, PEDRO RAMON: 49, 54, 61, 415
ASCENCIO, JUAN: 474, 475
ASTORGA, JOSE MANUEL: 211, 406
ASTORGA, MIGUEL: 78, 145, 153
AVILES, MARQUES DE: 37
AYACUCHO, BATALLA DE: 442

B

BACLER D'ALBE, ALBERTO: 227
BALCARCE, MARCOS: 112, 170, 245, 275, 282, 284
BAUZA, JUAN ANTONIO: 200
BEAUCHEF, JORGE: 406
BELTRAN, LUIS: 175, 226
BENAVENTE, DIEGO JOSE: 457
BENAVENTE, JOSE MARIA: 327, 329, 333, 335, 338, 339
BENAVENTE, JUAN JOSE: 333, 334
BENAVENTE, PEDRO JOSE: 58, 62, 98
BENAVIDES, VICENTE: 284, 301, 315, 316, 363, 451, 456
BESA, JOSE MARIA: 229
BIBLIOTECA NACIONAL: 255, 376
BLACK (Sastre): 271
BLAKE, JUAN IGNACIO: 24
BLANCO ENCALADA, MANUEL: 258, 269-270, 271, 285, 319, 322, 364, 449, 451, 484
BLANCO ENCALADA, VENTURA: 465
BLAND, THEODORICK: 235-239, 245-248, 251, 253
BOLIVAR, SIMON: 385, 411, 438, 439, 441, 442, 443, 445, 448, 450, 457, 477, 478, 480

BORGOÑO, JOSE MANUEL: 280, 281, 283, 325
BORNE, JOSE: 485, 492
BOUGHAN, RICARDO: 254
BOZA (Alcalde): 414
BRICEÑO, JOSE ANTONIO: 350, 351
BUERAS, SANTIAGO: 219
BUFFON: 461
BULNES, MANUEL: 484, 486, 488, 490, 491, 495, 498
BURGO, MIGUEL DEL: 47
BUSTOS, JUAN BAUTISTA: 366

C

CABALLERO, JOSE MIGUEL: 396
CACERES, FRANCISCO: 369, 372
CALDERON, FRANCISCO: 136, 326
CALVO, GIL: 23, 364
CAMPINO, JOAQUIN: 362, 401
CANCHA RAYADA, DESASTRE DE: 217-220
CANTERAC, JOSE DE: 442
CANTERAS, HACIENDA LAS: 45, 46, 47, 89, 90, 97, 107, 116, 489
CAÑEDO (Diplomático mexicano): 477
CARDENAS, JUAN FELIPE: 395
CARLOS IV: 51
CARO, PEDRO JOSE: 38, 253, 254
CARRERA, IGNACIO DE LA: 295, 296, 297
CARRERA, JAVIERA: 379
CARRERA, JOSE MIGUEL: 78, 82-90, 97, 99-116, 132-143, 148-152, 163, 165-171, 206, 209, 211, 251, 252, 254, 263-266, 295, 296, 297, 298, 307, 321, 322, 327-342, 374, 375, 379, 412
CARRERA, JUAN JOSE: 74, 78, 81, 88, 133, 143, 144, 145, 151, 162, 165, 211, 229, 230, 231, 264, 295, 338, 374, 378, 379, 412
CARRERA, LUIS: 102, 115, 143, 170, 171, 206, 211, 229, 231, 295, 338, 412
CASTLEREAGH, LORD: 355
CAVAREDA, SALVADOR DE LA: 278
CAVERO Y SALAZAR, JOSE: 374
CERDA, JOSE NICOLAS DE LA: 88, 401
CIENFUEGOS, JOSE IGNACIO: 109, 114, 348, 349, 359
CIENFUEGOS, JOSE: 208
CISNEROS, BALTASAR HIDALGO DE: 56
CLARO, VICENTE: 460, 466, 467, 468
COBO, JUAN MANUEL: 395, 404
COCHRANE, CATHERINE: 271, 272
COCHRANE, LORD THOMAS: 248, 270-274, 279-282, 285-291, 302-307, 311, 317, 342-347, 361, 370, 372, 386-390, 484.
COGHLAN, CAP.: 464
COLEGIO DE NATURALES DE CHILLAN: 23
COLEGIO DE SAN CARLOS DE LIMA: 24, 47
CONCHA (Ver Santiago Concha)
CONDE, JOSE: 264, 267
CONFEDERACION PERU-BOLIVIANA: 481-492
CONGRESO NACIONAL: 73-85
CONQUISTA, CONDE DE LA: (Ver Toro y Zambrano)
CONSTITUCION POLITICA DE 1818: 260
CONSTITUCION POLITICA DE 1822: 263, 264
COÑUEPAN, VENANCIO: 371, 411
COPPOLA, JOSE: 475, 485
CORTES, EUGENIO: 452
CORTES MADARIAGA, JOSE: 31.
CORVALAN, GAVINO: 336
CORREA DE SAA, JUAN DE DIOS: 385
CORREA DE SAA, RAFAEL: 385
COTAPOS, ANA MARIA: 230, 295, 374, 375, 377, 378, 379
CRAMER, AMBROSIO: 224, 241, 242
CRUZ Y BAHAMONDE, BARTOLINA DE LA: 16

CRUZ Y BAHAMONDE, NICOLAS DE LA: 24, 25, 28, 30, 31, 33, 35, 36.
CRUZ, JOSE MARIA DE LA: 466, 486-489, 496
CRUZ, LUIS DE LA: 205, 211, 215, 221, 223, 225, 241, 266, 267, 278, 312, 396, 399, 407, 436
CUADRA, MARTIN DE LA: 307, 309

CH

CHACABUCO, BATALLA DE: 181-186
CHAPPUIS, PEDRO: 470, 471
CHILLAN, SITIO DE: 105-107

D

DECLARACION DE LA INDEPENDENCIA, ACTA DE: 57, 58, 59, 76, 77, 216
DELPHIN, TOMAS: 19, 46
DORIA, AGUSTIN: 45
DORREGO, MANUEL: 56
DREWETCKE, CARLOS: 371
DUMONT, JOSEFA: 384

E

EATON, ANTHONY: 375
ECHEVERRIA, JOAQUIN DE: 265, 311, 323, 341, 364
ECHEVERRIA, JUAN JOSE DE: 232
ECHEVERRIA, MARIANA DE: 363
EELES, CARLOTA: 25, 27, 443
EELES, MR.: 24
EELES, MRS.: 25, 443
EGAÑA, JUAN: 216, 319
EGAÑA, MARIANO: 260, 395, 400, 401, 402, 412, 414, 483
ELORREAGA, ILDEFONSO DE: 102, 116, 183
EL ROBLE, SORPRESA DE: 108-109
ERCILLA, ALONSO DE: 25, 46
ERRAZURIZ, FERNANDO: 393, 395, 396, 398, 401, 402, 413
ERRAZURIZ, FRANCISCO JAVIER: 193
ESCALADA, FRANCISCO ANTONIO: 172
ESCALADA, MANUEL: 229
ESCALADA, REMEDIOS: 161
ESCANILLA, VENANCIO: 138, 163
ESCUADRA NACIONAL: 257, 259. 270, 285, 290, 298
ESTAY, JUSTO: 181
EXPEDICION DE GAINZA: 115-135
EXPEDICION LIBERTADORA AL PERU: 256, 267-269, 275-285; 298-306, 309-313
EXPEDICION DE OSORIO: 137-152
EXPEDICION DE PAREJA: 98-105
EYZAGUIRRE, AGUSTIN DE: 55, 76, 109, 114, 232, 234, 319, 393, 400, 401, 402, 412, 449, 451, 465
EYZAGUIRRE, DOMINGO DE: 318, 319, 354, 398
EYZAGUIRRE, JOSE ALEJO DE: 350-354, 366, 412
EYZAGUIRRE, JOSE IGNACIO DE: 193
EZCURRA, JUAN IGNACIO: 32

F

FEDERICO II, EL GRANDE: 63
FELIPE II: 29
FERNANDO VII: 51
FIGUEROA, TOMAS DE: 64, 71
FITZGERALD, CAP.: 464
FITZ-ROY, ROBERT: 496
FLEMING, CARLOS ELPHISTONE: 75
FONTECILLA, FRANCISCO DE BORJA: 240, 258, 446
FONTECILLA, MERCEDES: 334, 340
FORMAS, FRANCISCO: 84, 320, 394
FORSTER, CAP. ROBERTO: 288
FREIRE, RAMON: 139, 152, 164, 169, 173, 179, 208, 209, 273, 275, 301, 315, 316, 381-385, 389, 392, 393, 406, 407, 408, 410, 414, 415, 437, 445, 446, 447, 448, 449, 458, 459, 470, 471, 473, 476, 477, 481, 482, 483, 490

FRETES, JUAN PABLO: 31, 48, 71, 72, 81, 82
FUENTE, MATIAS DE LA: 131
FUENTES, MANUEL: 448, 453

G

GAINZA, GABINO: 115, 117-136, 197, 323
GALDEANO (Presidente del Congreso Peruano): 438
GAMARRA, AGUSTIN: 470, 477, 480, 481, 484, 485
GANA, AGUSTIN: 320
GANA, RAFAEL: 320, 394
GANDARILLAS, MANUEL JOSE: 457, 465, 475
GARCIA, ALEJANDRO: 35
GARCIA CARRASCO, FRANCISCO ANTONIO: 50, 51, 52, 55, 56
GARCIA DEL RIO, JUAN: 316, 358, 361
GARLAND, JUAN: 15
GARRIGOS, AGUSTIN: 296
GENDRIN, VICTOR ATHANACE: 370
GODOY CRUZ, TOMAS: 322, 327, 329-332, 335, 338, 339
GOMEZ, VALENTIN: 355
GONZALEZ BALCARCE, ANTONIO: 273
GORBEA Y BADILLO, JOSE: 45
GRAHAM, MARY: 374, 375, 377-380, 390
GRAJALES, MANUEL: 291
GREEN, JUAN: 225
GUEVARA, JUAN DE: 444
GUIDO, TOMAS: 222, 224, 241, 247, 256, 257, 268, 281, 282, 316, 440
GUIRALDES, JOSE LORENZO: 178
GUISE, MARTIN: 288, 307, 312, 317
GUTIERREZ, ALBINO: 329, 332, 335, 338
GUTIERREZ DE LA FUENTE, ANTONIO: 341
GUTIERREZ MORENO, AGUSTIN: 354, 357, 362
GUZMAN, JOSE MARIA DE: 163, 393, 394, 395, 396, 400, 401, 402

H

HALL, BASIL: 324
HANNA, MR.: 454
HATHON, BENJAMIN: 265
HENRIQUEZ, FRAY CAMILO: 73, 173, 366, 374
HERES, TOMAS: 439
HEVIA: 372
HILLYAR, JAMES: 120-125
HIMNO NACIONAL, PRIMER: 292
HOCHE, FELIPE: 34
HOWE, GEORGE: 265

I

IBAÑEZ, FRANCISCO: 150
IBIETA, IGNACIO: 152
INFANTE, JOSE MIGUEL: 109, 114, 233, 248, 393, 396, 400, 401, 402, 450
INSTITUTO NACIONAL: 291
IRARRAZAVAL (Ver letra Y)
IRIARTE, TOMAS DE: 328
IRISARRI, ANTONIO JOSE DE: 121, 162, 168, 170, 235, 260, 262, 263, 277, 355-357, 411

J

JARA, DOMINGO: 415
JARAQUEMADA, CONCEPCION: 137
JORGE III: 30
JUNTA DE GOBIERNO, PRIMERA: 56

K

KING, RUFUS: 29

L

LAGRESSE, JUAN: 266
LANTAÑO, RAMON: 382

LARRAIN, DIEGO: 76, 213
LARRAIN, JOAQUIN: 79
LARRAIN, MARQUES DE: 193, 393, 396
LARRAIN, MARTIN DE: 84
LASALES, ENRIQUE: 353
LAS HERAS, JUAN GREGORIO DE: 165, 170, 204, 207, 208, 303, 305, 346, 474
LASTRA CARRERA, MANUEL DE LA: 264, 267, 379
LASTRA, FRANCISCO DE LA: 120-127, 133-135, 162, 319, 408, 458
LAZO, SILVESTRE: 265, 266
LINDSAY, SANTIAGO: 248
LIRCAY, TRATADO DE: 125-131
LOAIZA, MARIA: 131
LOGIA LAUTARINA: 161, 174, 201, 204, 205, 209, 215, 250, 256, 263, 269, 278, 280, 281, 283, 306, 320
LOGIAS MASONICAS (Ver Masonería)
LOPEZ, AGUSTIN: 397, 399, 466, 498
LOPEZ, ESTANISLAO: 321, 327, 332
LUCO, JOSE SANTIAGO: 307
LUZURIAGA, TORIBIO: 211, 229, 231, 243

M

MACKENNA, JUAN: 37, 59, 61, 62, 64, 65, 72, 79, 80, 84, 101, 103, 112, 113, 116-129, 162, 169, 171
MADISON (Presidente): 464
MAIPO, BATALLA DE: 226-229
MAR, JOSE DE LA: 441, 480
MARCO DEL PONT, FRANCISCO CASIMIRO: 176, 181, 197, 323
MARIN, JOSE GASPAR: 57, 82, 84, 86, 233, 292, 310, 358, 467
MARIN, VENTURA: 292
MAROTO, RAFAEL: 140
MARQUEZ DE LA PLATA Y ENCALADA, FERNANDO: 395
MARTINEZ, ENRIQUE: 305
MARTINEZ DE ROZAS, JUAN: 15, 16, 48-62, 71-76, 82-88, 90, 97, 405
MASONERIA: 320, 465
MEMBRILLAR, BATALLA DE: 130
MERCHER, MARCOS: 266
MERLO, MARIANO: 394, 396, 397
MEZA Y ULLOA, MARIA MERCEDES: 20
MIER, MANUEL DE: 77
MILLER, GUILLERMO: 441
MIRANDA, FRANCISCO DE: 25, 26, 31, 161
MOLINA, FRANCISCO JAVIER: 146, 150, 152, 229
MOLINA, JUAN IGNACIO: 25
MONROE (Presidente): 236-237
MONTALVAN, HACIENDA DE: 436, 443-445, 451-454, 485
MONTEAGUDO, BERNARDO: 243, 250, 257, 259, 264, 342, 346, 377, 378
MORA, JOSE JOAQUIN DE: 455, 469-477, 483
MORAGA, FRAY JOSE MARIA: 292
MORGADO, ANTONIO: 229
MORAN, GRAL.: 411
MORAN (Médico): 147
MORANTE, LUIS AMBROSIO: 372
MORINI, CAPELLAN: 28
MOSQUERA Y ARBOLEDA, JOAQUIN: 478
MOZAZ, ISIDRO: 372
MUÑOZ DE GUZMAN, LUIS: 50
MUÑOZ URZUA, MANUEL: 139, 307, 412, 413
MURPHY, MR.: 28

N

NAPOLEON: 51, 52, 63, 83
NAVARRO, ANTONIO: 240, 243, 244, 249, 250, 413
NAVARRO, FRANCISCO: 369
NECOCHEA, MARIANO: 180, 185
NEIRA, MIGUEL: 176
NOVOA, IGNACIA: 468
NOVOA, RAMON: 438

NOWLES, JOHN THOMAS: (Ver Thomas)

O

O'BRIEN, JUAN: 169, 411, 443
O'HIGGINS, AMBROSIO: 15, 17, 30, 34, 35, 37, 45, 46, 56, 113, 164, 363, 411, 440, 461
O'HIGGINS, CHARLES: 18
O'HIGGINS, DEMETRIO: 47, 363
O'HIGGINS, FEIGE: 18
O'HIGGINS, MATEO: 18
O'HIGGINS, NIEL: 18
O'HIGGINS, PEDRO DEMETRIO: 256, 415, 443, 485, 488, 499, 500
O'HIGGINS, SHEAN DUFF: 18
O'HIGGINS, TOMAS: 45, 60, 414, 453
O'HIGGINS, TOMAS (otro): 34
OLATE, JUANA: 21
OLAZABAL, MANUEL DE: 329, 332-336
OLIVARES, FERNANDO DE: 240
OBREGOSO, LUIS JOSE: 480, 481
ORDOÑEZ, JOSE: 204, 209, 216
ORTIZ, JUAN BAUTISTA: 444
OSORIO, MARIANO: 137, 140, 144, 148, 219, 273
OSORNO, MARQUES DE (Ver Ambrosio O'Higgins)
OVALLE, JUAN ANTONIO: 55, 56

P

PAREJA, ANTONIO: 98, 99, 103, 105
PAROISSIEN, DIEGO: 220, 359, 361, 362
PASQUEL, ANTONIO VITES: 137
PEÑA, JOSE DE LA: 264
PEQUEÑO, JOSE TORIBIO: 485, 492-494
PERDRIEL, GREGORIO IGNACIO: 172
PEREIRA, LUIS JOSE: 394, 397, 399
PEREZ DE COTAPOS, ANA MARIA (Ver Cotapos)
PEREZ DE COTAPOS, JOSE ANTONIO: 393
PEREZ DE COTAPOS, JOSE MIGUEL: 374, 377
PEREZ, FRANCISCO ANTONIO: 80, 211
PEREZ, PEDRO: 372
PERKINS: 24, 27
PEZUELA, JOAQUIN DE LA: 318
PINCHEIRA (Hermanos): 282
PINO, ANGEL: 372
PINTO, FRANCISCO ANTONIO: 451, 455, 456, 457
PITT, WILLIAM: 25
POINSETT, JOEL ROBERT: 100, 101, 174, 234
PORTALES, DIEGO: 414, 457, 466, 467, 469, 472, 481-484, 486
PORTALES, ESTANISLAO: 138, 414
PORTALES, JOSE SANTIAGO: 88
PORTER, DAVID: 229
PORTLAND (Ministro): 29
POSADAS, GERVASIO DE: 171
PRATS, DOLORES: 178
PREVOST, JOHN: 357
PRIETO, FRANCISCO DE PAULA: 284
PRIETO, JOAQUIN: 132, 224, 227, 315, 351, 352, 363, 386, 456, 457, 458, 460, 462, 467, 468, 470, 481-484, 490, 495
PRIETO, JOSE ANTONIO: 49, 50
PRIMO DE RIVERA, JOAQUIN: 229
PUEYRREDON, JUAN MARTIN DE: 175, 180, 193, 257, 259, 266, 267, 269, 278, 332, 440
PUEYRREDON, MANUEL: 328
PUGA, JUAN DE DIOS: 102, 214
PUGA Y VIDAURRE, ROSARIO: 214, 255, 443

Q

QUIJADA, PEDRO: 50
QUILO, ACCION DEL: 117
QUINTA ALEGRE, CONDE DE (Ver Alcalde)

QUINTANA, HILARION DE LA: 195, 208, 210, 218

R

RAMIREZ, FRANCISCO JAVIER: 23, 213
RAMIREZ, FRANCISCO: 321, 327
RANCAGUA, BATALLA DE: 145-153
RECABARREN, MANUEL ANTONIO: 205
REYES, JUDAS TADEO DE: 52
REYES, PEDRO JOSE: 476
REYNA, FRANCISCO JAVIER DE: 74, 76
REYNAL, ABATE: 461
RIO, PEDRO NOLASCO DEL: 46, 47
RIQUELME DE LA BARRERA, FRANCISCO: 19
RIQUELME DE LA BARRERA, ISABEL: 20, 23, 32, 89, 116, 123, 142, 213, 255, 291, 371, 375, 398, 405, 415, 442, 485, 493
RIQUELME DE LA BARRERA, PABLO: 20
RIQUELME DE LA BARRERA, SIMON: 20, 23
RIQUELME, JOSE: 131
RIQUELME, MANUEL: 47
RIQUELME, PETRONILA: 371
RIVA AGUERO, JOSE DE LA: 435, 437, 438
RIVADAVIA, BERNARDINO: 355
RIVADENEIRA Y TEJADA, JOSE: 358
ROBERT, CARLOS: 266
ROBINSON, JEREMIAS: 245, 247, 349
ROBLES, MANUEL: 372
RODRIGUEZ ALDEA, JOSE ANTONIO: 124, 126-131, 140, 197, 212, 309, 311, 314, 322, 323, 351, 364, 367, 370, 380, 381, 383, 385, 387, 388, 390, 398, 445, 446, 448, 455-460, 465, 466, 498
RODRIGUEZ BALLESTEROS, JUAN: 50
RODRIGUEZ, CARLOS: 469-477, 485
RODRIGUEZ, LUCIA: 369, 372, 374
RODRIGUEZ, MANUEL: 86, 179, 203, 204, 208, 210, 223, 224, 230, 233, 240-244, 248, 249, 250, 263, 275, 342, 412, 469, 475
RODRIGUEZ, MARTIN: 321
RODRIGUEZ RIQUELME, ROSA: 23, 116, 123, 142, 213, 291, 371, 375, 405, 408, 409, 415, 485, 497, 500
RODRIGUEZ ROJAS, FELIX: 23
RODRIGUEZ-ZORRILLA, JOSE SANTIAGO: 198, 199, 200, 202, 348, 370, 374
ROJAS, JOSE ANTONIO DE: 52, 53, 55
ROLDAN, PAULINO: 474
ROSALES, JUAN ENRIQUE: 79, 195, 213
ROSALES, MERCEDES: 213, 247
ROUSSEAU, JUAN JACOBO: 461
ROZAS, JOSE MARIA DE: 52, 310
RUIZ, MARCELINO: 294
RUIZ TAGLE, FRANCISCO: 185, 193, 198, 368, 456, 457

S

SALAS, MANUEL DE: 74, 216, 255, 319, 376
SALAVERRY, FELIPE: 480, 481
SALAZAR, FRANCISCO: 21
SALINAS, JUSTO: 375, 377
SAMANIEGO, JOSE: 221
SAN BRUNO, VICENTE: 178, 184
SAN CARLOS, COMBATE DE: 103
SANCHEZ, JUAN FRANCISCO: 105, 273, 284
SANCHEZ, SANTIAGO: 145
SAN MARTIN, JOSE DE: 161, 164-186, 193-202, 205, 206, 208, 211-232, 256, 259, 269, 275-284, 287, 290, 291, 298, 299, 305, 310-312, 315-318, 320, 326, 332, 340-346, 359-362, 377, 385-390, 409, 435, 436, 437, 451, 465, 480, 484
SANTA CRUZ, ANDRES DE: 481, 483, 484, 490-492

SANTIAGO-CONCHA, JOSE DE: 198
SARRATEA, MANUEL DE: 321
SERNA, JOSE DE LA: 281, 323, 342, 442
SERRANO, JOSE MIGUEL: 200
SKINNER, JOHN: 251, 254
SMITH, JOHN H.: 496
SOLAR, FELIPE SANTIAGO DEL: 195, 247, 254, 415
SOLER, ESTANISLAO: 179, 182, 183, 184, 195, 202.
SOTO AGUILAR, JOSE MARIA: 214
SOTO, VICTORIO: 99
SPENCER: 24
SPRY, CAP.: 306

T

TEATRO, REPRESENTACIONES DE: 271, 369-373
TERRADA, JUAN FLORENCIO: 48, 60, 91, 174, 179
THOMAS NOWLES, JOHN: 409, 440, 444, 452, 454, 461, 462, 463, 485
THOMSON, JAMES: 375
TIRAPEGUI, DOMINGO: 21
TOLEDO, LEONOR DE: 20, 149
TORO, NICOLASA DE: 384
TORO ZAMBRANO, MATEO DE: 56, 185
TORRE TAGLE, MARQUES DE: 47, 435, 437

U

URETA, BALTASAR: 412
URIBE, JULIAN: 139, 170
URQUIJO, LUIS MARIANO DE: 38
URRA, JOSE: 264
URREJOLA, LUIS DE: 130
URRUTIA MENDIBURU, ANTONIO: 53, 88, 402, 405
URRUTIA MENDIBURU, NIEVES: 49

V

VALDES, IGNACIO: 254
VALDERRAMA, JUAN JOSE: 320
VALDIVIESO, ROSA: 265, 295
VALLE, GREGORIO: 108
VARGAS, MANUELA: 20
VASQUEZ DE NOVOA, MANUEL FERNANDO: 87, 307, 309, 407
VELASCO, CARMEN: 247
VELEZ GUTIERREZ, BERNARDO: 76, 78
VERA Y PINTADO, BERNARDO DE: 55, 216, 292, 293, 326, 371, 401
VERDUGO, MANUEL: 292
VIAL, HILARIO: 146
VIAL SANTELICES, AGUSTIN: 72
VICUÑA, DOLORES: 234
VICUÑA, JOAQUIN: 456, 457
VICUÑA Y LARRAIN, FRANCISCO RAMON: 84, 458
VICUÑA, MANUEL: 351
VIEL, BENJAMIN: 219, 482
VILLA, JOSE: 480
VILLAFUERTE, JERONIMO: 499
VILLALON, LORENZO JOSE DE: 265, 266
VILLEGAS, HIPOLITO DE: 162, 177, 264, 266
VILLODRES, DIEGO DE: 89
VIRGEN DEL CARMEN: 178, 182, 227, 235
VIVAR, PEDRO: 200

W

WALK, MRS.: 271
WARNES, MANUELA: 351-354
WASHINGTON, JORGE: 26
WORTHINGTON, WILLIAM: 231, 233, 235, 236, 239, 240, 247, 272, 273, 274

Y

YERBAS BUENAS, SORPRESA DE: 102
YOUNG, JORGE: 266

YRARRAZAVAL, JOSE MIGUEL: 393
YRARRAZAVAL, RAMON LUIS: 499
YRIGOYEN, MANUEL DE: 54

Z

ZAÑARTU, MIGUEL: 205, 214, 224, 257, 278, 290, 314, 321, 362, 408, 413, 445-448
ZAPATA: 282
ZAPICLA, MATIAS: 161, 183
ZENTENO, JOSE IGNACIO: 205, 211, 215, 257, 286, 288, 307, 311, 319, 322, 364, 405, 415, 445, 448, 453, 471
ZORONDO, FERMIN: 105
ZUDAÑEZ, JAIME: 123, 125, 127, 128

LIBROS DE BOLSILLO
ZIG-ZAG

Títulos Publicados

1. Enrique Lafourcade: PALOMITA BLANCA (12ª edición).

2. Guillermo Blanco: GRACIA Y EL FORASTERO (7ª edición).

3. Lautaro Yankas: EL CAZADOR DE PUMAS; EL ULTIMO TOQUI (7ª edición).

4. Fernando Alegría: LAUTARO, JOVEN LIBERTADOR DE ARAUCO (8ª edición).

5. Nicomedes Guzmán: LOS HOMBRES OSCUROS (7ª edición).

6. Fernando Alegría: CABALLO DE COPAS (4ª edición).

7. Manuel Rojas: EL DELINCUENTE (5ª edición).

8. Carlos René Correa: POETAS CHILENOS DEL SIGLO XX (2 tomos).

9. Jaime Eyzaguirre: O'HIGGINS (2 tomos) (8ª edición).